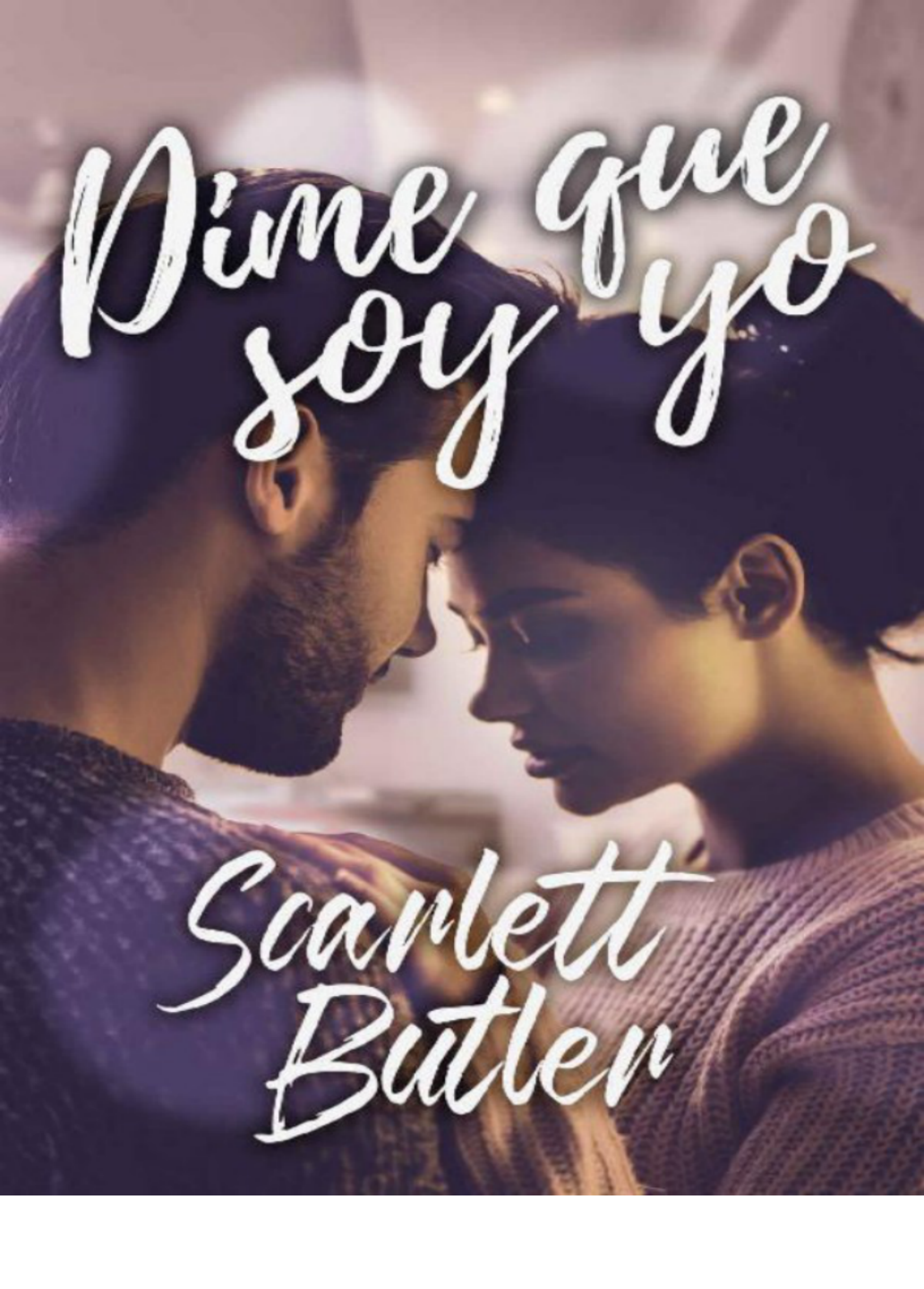

Dime que soy yo
Scarlett Butler

DIME QUE SOY YO

Scarlett Butler

Título: *Dime que soy yo*
© *Scarlett Butler*

Edición publicada en julio del 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*

Dime que soy yo

Scarlett Butler

Para todas aquellas personas que en algún momento se han sentido perdidas o atrapadas sin ser capaces de ver la salida.

«Y quizás un hogar
sean dos brazos
en los que siempre
nos sentimos a salvo».

Ane Santiago

PRÓLOGO

Beatriz llegó a decirme que el amor de Diego estuvo a punto de ahogarla, que lo mismo que brilló iluminando su vida y dándole un nuevo enfoque, un día la apagó dejándola ciega, sin aire. Al igual que llegó a respirar gracias a él, el mismo Diego acabó por destruirla. Ella me había dicho cientos de veces, antes de conocerlo, que enamorarse de un imposible era algo que nos sucedía a muchos. Y hasta que lo conoció, hasta que conoció a la persona, Diego era su imposible.

Pero volvamos al tema, que me despisto fácilmente. Diego. ÉL, la persona que ocupó los días y las noches de una Beatriz soñadora, sensible y enigmática a ratos. Y no es que se portase mal con ella adrede, pues a veces somos un mero producto de nuestros actos y palabras. No es que ella le tirase cosas, le pegara o le faltara el respeto, al menos, que yo sepa, de manera intencionada. Ambos se amaron mucho, pero a veces no lo hicieron bien. Unas veces se quisieron en silencio; otras lo hicieron demasiado en alto, y en otras se quisieron en direcciones equivocadas: cuando uno miraba y el otro ya no lo hacía. Y esto, cuanto menos, es confuso y doloroso.

Con Diego nunca me mostré muy comunicativa ni él fue muy prolífico en palabras. Lo recuerdo bastante taciturno y reservado, quizá a consecuencia de su trabajo. Y es que ya se sabe que el alma de los artistas es tortuosa. Pero las pocas veces que hablamos de Beatriz, me quedó claro lo que ella significaba en su vida, o sea, todo. Y es que a Diego lo recuerdo así: todo a lo grande. No podía hacer nada a pequeña escala. Si cocinaba, quedaba comida para un par de días; si organizaba una cena familiar, no faltaba ni siquiera la familia más lejana, y si amaba… Ay, si amaba, no tenía medida y se dejaba el alma en la relación, perdiéndose a sí mismo.

Y después de Beatriz, ¿qué fue de él? Y después de Diego, ¿qué pasó con Bea? ¿Fue su fin para siempre? ¿Pudieron volver a buscarse en otros? Ellos afirmaban que sí, que algún día habría una nueva persona, una nueva piel, otro olor, otra ilusión… Y aunque yo los miraba en silencio, negando con la cabeza, nunca los saqué de su error, pues estaba muy claro que jamás podría haber un Diego sin Beatriz ni una Bea sin Diego.

Primera parte

1

Aparqué el coche, como cada mañana, en el *parking* del centro donde trabajaba. Resoplé al pensar que al mediodía tenía una reunión de esas que odiaba a muerte. Al salir del coche, vi a dos de mis nuevas compañeras, que se habían hecho amiguísimas en apenas un mes, caminar hacia el colegio. Quería evitar recorrer esos cuarenta pasos con ellas, así que volví a abrir la puerta del coche para fingir que buscaba algo, aunque en realidad estaba haciendo tiempo para que avanzaran delante de mí. Pasados unos segundos, cerré el coche por segunda vez y caminé hacia el colegio. Las vi a lo lejos, entrando por la puerta principal por la que yo entraría en un minuto. Saludé a las compañeras ya congregadas en el *hall* y subí a mi aula a organizar las clases; en diez minutos llegaban las fieras llegasen. Cogí la programación semanal por la que me guiaba a diario; vi que a primera hora tenía que dar ciencias naturales. «Actividades en pizarra digital y el juego en las *tablets*». Encendí el ordenador y busqué la página con la que los chavales trabajaban cada día, disfrutando al mismo tiempo que aprendían. A segunda hora era el examen de inglés; me di la vuelta para comprobar que estaban en el cajón del armario, estiré la mano para alcanzar el bolso y salí de la clase.

—¡Buenos días! —Una de mis compañeras, María, con la que llevaba trabajando tres años, me saludó con la alegría de cada mañana. La seguí a su aula, que estaba junto a la mía, y me apoyé en una de las mesas—. Hoy tenemos la reunión de padres, ¿tienes tantas ganas como yo? —me preguntó en tono sarcástico mientras preparaba sus materiales, como había hecho yo cinco minutos antes. Repasamos los puntos de los que se iba a hablar en la bendita reunión hasta que la sirena nos avisó de que la jornada debía comenzar.

El día pasó sin pena ni gloria, con las mismas quejas de los alumnos por tener que llevarse deberes a casa, aunque fueran pocos; con los típicos conflictos originados por el fútbol en el patio; con los nervios de la reunión, que por suerte no fue tan mal; con las recriminaciones de turno de algunas familias y el mismo papeleo de principio de curso…

«Estoy tan harta…», pensé sentándome en la silla de profe antes de volver a casa. Cada año era igual: más burocracia, más problemas por resolver, más quejas de familias que básicamente me

decían cómo debía hacer mi trabajo, más compañeras egoístas que apenas preparaban sus clases… Llevaba años ejerciendo de profesora. Siete años, tras acabar la carrera de Magisterio en Educación Musical.

La música me había marcado desde pequeña. Para empezar, nací el día de Santa Cecilia, patrona de los músicos. Mi padre había sido músico durante años, tocaba el piano, y yo, con apenas tres, ya lo imitaba en el de juguete que me regalaron. Él tenía un pequeño grupo de *jazz* con unos amigos; recuerdo verlo muchas veces sobre el escenario disfrutando con su banda. Fui al conservatorio, asistí a campamentos relacionados con la música, a clases de canto, de lenguaje musical… Fueron años difíciles, pues compaginar los estudios con la música no siempre es sencillo, y hay que hacer sacrificios y ser muy constante y disciplinado. Además, quise estudiar inglés, porque ya se sabe lo importantes que son los idiomas. Con dieciséis años me presenté a un examen y fui una de las galardonadas con una beca en Canadá para un curso de verano. Recuerdo aquella experiencia con muchísimo cariño. Me alojé con una familia maravillosa que me trató como si fuera su propia hija, y al regresar a casa, me costó readaptarme a mi vida en Madrid.

Al finalizar la carrera, preparé a conciencia unas oposiciones que aprobé sin mucha dificultad, y así fue como acabé en la función pública con apenas veintiún años. Había vivido de todo, y en muchas ocasiones sentía como si llevara trabajando media vida. En los últimos años las vacaciones no eran suficientes (yo, que siempre decía que con un mes me sobraba, a pesar de la mirada asesina de mis compañeras del colegio).

Sin embargo, algo no iba bien. Lo sabía desde mucho antes, pero aún no me atrevía a decirlo en voz alta. Tenía veintiocho años y una obsesión me perseguía hacía tiempo. Algo no funcionaba: mi trabajo, ese que siempre me había apasionado, empezaba a ahogarme y a no hacerme feliz. Quizá había llegado el momento de introducir un cambio, ¿pero cuál? En mi profesión no había muchas opciones. A lo mejor tenía que haber sido más valiente y mudarme al extranjero, como Raquel, mi *Rach* («Reich», como a mí me gustaba llamarla), mi mejor amiga en la universidad, que se fue a trabajar a Londres, donde pasó más de tres años. O quizá debía haber sido mucho más valiente y trasladarme a Estados Unidos, como mi compañera del año anterior, que lo dejó todo por vivir aquella mágica experiencia. Pero yo no era de construirme castillos en el aire; era cien por cien racionalidad, estabilidad y fiabilidad. Por desgracia, aquello ya no me hacía feliz, sino que más bien me comportaba como un autómata haciendo un trabajo que se había vuelto rutinario y aburrido.

—¡Bea! El director quiere verte porque ha llamado la madre de Joaquín para contarle no sé qué tonterías, y como ya sabes que nuestro querido director les hace la pelota a todas las madres, pues ahora quiere hablar contigo.

—Pero si ya es la hora de irnos a casa. Joder, María —bufé, dando golpes al cerrar la tapa del piano. En el aula de música disponía de uno y últimamente lo tocaba a diario; me relajaba bastante. Miré el reloj, las tres y diez. Lo que menos me apetecía era bajar al despacho del director a escuchar boberías. Estaba cansada de todo aquello.

—Venga, cuanto antes vayas, antes te largas a casa.

Bajamos la escalera y, media hora más tarde, conseguí salir del colegio hasta el día siguiente. Volví a casa más cansada de lo habitual. Podía estar todo el verano relajada y tranquila, pero era comenzar el curso y el agotamiento se apoderaba de mi cuerpo. Mi madre no dejaba de agobiarme pidiéndome que me hiciera análisis, pues no comprendía que el ritmo de trabajo era insoportable y que mi ánimo no estaba en su mejor momento.

Las expectativas son algo tremendamente peligroso: nos hacen soñar con un ideal elevado a su máxima potencia. Después, la bofetada que te das es tremenda. Recuerdo las expectativas respecto a mi trabajo estando en la universidad. Raquel y yo nos ilusionábamos con cada tontería. Recuerdo lo nerviosa que había ido en el autobús el primer día. Tras el examen de selectividad había decidido, junto con mis padres —y gracias a ellos—, que me matricularía en una universidad privada por estar más cerca de casa. Me puse música para relajarme, pero ni así. Al llegar allí, las risitas nerviosas y las falsas sonrisas fueron dos de mis mejores armas, porque, reconozcámoslo, nunca he sido una persona muy sociable ni extravertida, a diferencia de Raquel. Aquel día se acercó a mí; siempre he creído que ella supo leer mi interior desde la primera vez que me vio. Me preguntó por la secretaría y, desde entonces, no nos separamos; parecíamos siamesas. Hacíamos todos los trabajos juntas, yo iba a su casa, ella venía a la mía, nos pasábamos los apuntes… Solamente había un par de cosas que no compartíamos: las visitas a la cafetería, que yo pisé tres veces en tres años, y las salidas a fiestas. Mis padres no eran muy permisivos conmigo en aquellos tiempos, quizá por miedo a lo desconocido, a que me pasara algo, y les costó soltar el sedal para que pudiese caminar sola.

El tercer año en la universidad, no sé si por madurez o porque ya estaba harta de recibir invitaciones que rechazaba, comencé a acudir a algunas fiestas junto a Raquel. Ese año también me enamoré por primera vez. David. Tenía veintidós años; él estudiaba

para ser profesor de inglés, por lo que llevábamos tres cursos coincidiendo en asignaturas optativas. Llamadme inocentona, pero en ningún momento de esos tres años me di cuenta de que me había estado tirando los trastos desde el primer día. Según Raquel, no había duda, a él se le notaba a la legua. Salía a los pasillos con sus amigos y me buscaba con la mirada, pero yo, que era una chica poco dada a las multitudes, en los descansos entre clase y clase prefería quedarme dentro del aula guardando los apuntes, charlando con alguna compañera más cercana, o simplemente aguardando sentada a la siguiente profesora. Hasta que llegó el día en el que mi amiga me forzó a salir con ella a un *hall* próximo.

El primer día que nos sentamos en las sillas de aquel amplio recinto, con tablones atestados de papeles en todas las paredes, me sentí extraña e incluso temerosa. Quizá en este punto debería especificar lo miedosa que soy. No es algo lógico ni racional, lo sé, y eso es lo que más me jode. Desde bien pequeña he sido una persona asustadiza, podría decirse que me espanto de mi propia sombra, pero el caso ahora no es ese. Como iba diciendo, la primera vez que me senté en aquellas sillas con Raquel, las dos solas, me sentí extraña, a pesar de que atravesaba aquel lugar cada día. Mi amiga, que me conocía, se percató enseguida y no paró de bromear, provocando que la Coca-Cola se me saliera por la nariz. Aquel momento fue memorable, un momento que yo pensaba que habíamos vivido solamente las dos. Meses después, en una sencilla y fluida conversación con David, mientras entrelazábamos las manos sin parar, me confesó que había presenciado aquel desternillante episodio, que, a pesar de ser vergonzoso, siempre he guardado en mi memoria como algo natural que me hizo soltarme un poco. Y desde aquel día, Raquel y yo salíamos a ese *hall* a esperar la siguiente clase. David se hizo el encontradizo en un inicio, y así fue como poco a poco comenzó a unirse a nosotras, y sin darme cuenta, Raquel fue desapareciendo para dejarnos solos. Recuerdo estar incómoda en su presencia al principio, pero David siempre fue avispado y ágil, y en cuanto se percató, hizo lo posible por solucionarlo, distrayéndome con dudas de asignaturas que compartíamos, que luego no eran tales dudas.

Tercer año de universidad, mi primer amor, las primeras fiestas, los primeros errores (algunos garrafales; otros nimios), el miedo a lo que sucedería a continuación, la incertidumbre, las dudas, los sueños que iban cobrando forma… Los tres años de carrera fueron para mí un viaje en muchos sentidos. No aprendí únicamente didáctica o conceptos: aprendí a manejarme en un ambiente en el que no había nadie de mi sobreprotectora familia que me defendiese o hablase por mí; a salir con amigas; a enamorarme y a

vivir el amor por primera vez, con todo lo bueno y lo malo que eso lleva implícito. Fue un auténtico proceso que me transformó, que ayudó a moldear mi carácter, en el que sufrí, lloré, me agobié, toqué el cielo con el cuerpo entero, fui absolutamente feliz, y que me dio el empujón necesario para convertirme en la Beatriz que fui después.

2

Sábado por la mañana, pero no uno cualquiera: el «sábado». Aquel era el día en el que toda la familia se reunía, mis sobrinos me volvían loca solicitando mi atención continua y mi hermano presumía de familia perfecta. Dios, cómo odiaba las reuniones familiares. No sabía explicar de dónde venía ese sentimiento tan amargo, pues recuerdo que antes de que él se casara, e incluso cuando era yo pequeña, nos reuníamos en casa a celebrar cumpleaños, navidades y fiestas de guardar, y era feliz. Feliz en ese tipo de reuniones que ahora me provocaban alergia.

Once de la mañana, y mi teléfono móvil comenzaba a vibrar desesperado. Solo había dos posibilidades: o era mi amiga Penélope para contarme el polvo de la noche anterior, que en ese momento dormía a su vera y no sabía cómo deshacerse de él (me llamaba normalmente desde el baño de su casa porque, sí, ella cometía el tremendo error de llevarlos a su propia casa), o era mi madre reclamando mi presencia para que la ayudase. No la de mi hermano, no. Él debía llegar a la hora convenida, sin agobios y destilando purpurina gracias a su vida de cuento. Mi madre llamaba a Beatriz, a la hija soltera que no tenía nada más que hacer un sábado de reunión familiar que llegar a casa de la madre y anfitriona para planchar tres manteles hasta que se decidiera por uno, decorar la mesa antes de que ella lo recolocase todo y soportar por enésima vez el interrogatorio eterno del: «¿No sales con nadie aún?».

Sumida en mis pensamientos, el móvil dejó de vibrar sin que llegara a responder. Al darle la vuelta para comprobar quién me había llamado, vi un mensaje de Penélope, que la noche anterior no había salido porque su prima Rebeca se había puesto de parto, lo que me dejaba muy claro quién era la persona que llamaba.

Ring, ring… El teléfono fijo de mi casa empezó a emitir su chirriante sonido. Todavía no había averiguado cómo demonios se cambiaba el tono, y me reventaba los tímpanos cada vez que entraba una llamada.

—¿Dígame?

—¡Beatriz! ¿Ya estás levantada? Necesito que vengas con urgencia, hija. Aún tengo que meter al horno la dorada y preparar los aperitivos, pero no acabo de decidirme por ninguna de las mantelerías, y como tú tienes ese buen gusto, cariño…

Mi madre acostumbraba a ir paso a paso. El primero lo daba el día que nos citaba para la comida familiar y me dejaba caer que podría ir a ayudarla, ya que así me entretenía. Como si yo no tuviera nada mejor en lo que invertir mi tiempo y ella me estuviera haciendo un gran favor. Ese era el segundo paso, el peloteo. Mi madre, la mujer que me había dado la vida, y a la que adoraba, aunque creáis que no, pero que no terminaba de entender que aunque su hija pequeña siguiera soltera y no tuviera responsabilidades a su cargo, también tenía cosas que hacer un sábado por la mañana, como recoger su casa, corregir exámenes o hacer la compra. No, nada de eso.

Mi familia siempre había sido muy tradicional, y mi madre comprendió perfectamente cuando mi hermano salió de casa para casarse con la que era su actual pareja. Bien, podía entenderlo. No hubo ningún drama; era ley de vida, como se suele decir. Sin embargo, el día que decidí irme a vivir con mi amiga Raquel fue una hecatombe. A mi madre casi la tienen que ingresar del disgusto que se llevó. ¿Cómo podía su hija abandonar el hogar para irse a vivir sola? ¡Sola! ¿Acaso no estaba a gusto viviendo con ella? De aquello hacía ya cuatro años, y aún no dejaba de soltarme indirectas o de solicitar mi ayuda como si siguiera bajo su techo.

—No, mamá, todavía no estoy levantada y, a decir verdad, quería limpiar un poco la casa y corregir unos trabajos de mis alumnos.

—Bueno, cielo, pero eso lo puedes hacer mañana, que es domingo. Yo necesito tu ayuda. Tu hermano llegará en unas horas y tampoco acabo de ver la casa arreglada. Anda, mi vida, sé buena y ven a ayudar a tu pobre madre. —Y ahí llegaba el tercer paso: dar pena. Suspiré, entre aliviada y frustrada, y finalmente, como siempre ocurría, cedí.

—Está bien, en media hora estoy en casa.

Mi madre rio satisfecha, logrado su objetivo, y colgó al instante. Me quedé con el auricular en la mano, comunicando, mientras alucinaba una vez más al ver de qué manera había conseguido su propósito. Enfurruñada conmigo misma por no ser tan fuerte como para enfrentarme a ella en ciertos aspectos, cansada de esa situación que llevaba años sufriendo en silencio y molesta por no ser lo que ella esperaba de mí, me levanté para *disfrutar* de una comida en familia.

✲✲✲

—¡No, no, no! Beatriz, ese mantel ya lo pusimos el mes pasado, y acuérdate de que tu cuñada Lucía se fija en todo y me critica si repito juego de mesa.

El décimo suspiro agónico se me escapó mientras retorcía el pañuelo que había cogido para tratar de canalizar la frustración. Joder, cada día se hacía más difícil reunirme con mi familia. ¿Qué coño me estaba pasando?

—Hola, galletita. —Mi padre apareció cual salvador; me dio un abrazo y yo me dejé abrazar y besar.

—Hola, papá.

—Ya está tu madre buscando momentos perfectos, ¿no? —Asentí con pesadez—. Venga, venga, que no pueda contigo.

—Eso es imposible.

—Recuerda lo que te digo siempre, galletita…

—«Si alguien te dice que hay algo imposible, busca cinco formas de hacerlo» —musitamos al mismo tiempo. Desde que era una cría, mi padre intentaba infundirme confianza y seguridad, aunque atravesaba muchos momentos de flaqueza, como ese.

—¿Pero aún estás así? Si es que no puedo contar contigo… Y tú, Javier, no la entretengas, que tiene que ayudarme. Ve a comprar el pan, ¡vamos!

Mi padre me dio un beso en la sien y acató las órdenes de mi madre, o sería peor.

Me encaminé al baño para desahogarme un momento, pero ni siquiera así podía ser libre: mi madre quería saber adónde iba. El bufido que le lancé debió de ser lo suficientemente claro como para que me dejase respirar un momento. Cerré la puerta y resoplé, cabreada por estar allí. Deseé mil veces estar en otro lugar.

Miré mi reflejo en el espejo y no di crédito a lo que veía. Una zona del cuello estaba empezando a enrojecerse, y eso solo me ocurría cuando mi nivel de estrés alcanzaba cotas elevadas. Aunque no se trataba simplemente de la rojez, sino del reflejo que me devolvía el cristal. No había brillo, ni atisbo de alegría, todo lo contrario. Me di de bruces con una Beatriz ensombrecida, apagada y oscura. Nunca había sido una persona irritable o sombría, al revés. Todos mis amigos y familiares siempre elogiaban de mí que era la alegría de la casa, que tenía una sonrisa indeleble. Recuerdo una vez que me hice una fotografía con algunas compañeras en uno de los colegios donde trabajé, y la directora, con la que no mantenía una relación muy estrecha, al ver la foto me dijo que se notaba la felicidad en mí, pues sonreía con los ojos. Creo que ese ha sido el cumplido más bonito que me han dicho jamás.

—¡Bea! ¡Date prisa, que tu hermano llega en veinte minutos!

Me metí un trozo de papel higiénico en la boca, presa de la impotencia, y chillé sofocando los gritos. Empezaba a asustarme si necesitaba llegar a esos extremos; «esta no soy, esta no soy, esta no soy yo…». Respiré hondo y se me saltaron unas lágrimas de pura rabia. No era el momento de flojear y caer, me decía a mí misma. Saldría ahí, elegiría la puñetera mantelería, ayudaría a mi madre en lo que necesitase de la dichosa comida, pondría mi mejor sonrisa, fingiría que estaba bien, jugaría con mis sobrinos todo lo que me apeteciese y un poco más, escucharía atenta a mi cuñada fardar sobre las cuentas conseguidas con grandes empresas aquel último mes, soportaría por milésima vez la pregunta de por qué seguía sin pareja, sonreiría con fingida indiferencia y, en cuanto viese una vía de escape, me marcharía a casa a llorar, a fustigarme por ser distinta a mi familia, a exigirme ser mejor para ellos, y me escondería bajo el edredón hasta que amaneciese un día nuevo.

Agarré el pomo de la puerta y salí al salón.

3

DIEGO

«Las naves se aproximaban a velocidad estelar cuando el capitán de la *Gothic Armada* se lanzó a los mandos para… para…». Puta basura. Me doy asco a mí mismo, ¿quién coño querría comprar esta mierda o, al menos, leerla? Estoy jodido. Si sigo así, mi editor me colgará por los huevos, y quién podría recriminarle nada. Esto es una auténtica mierda, con mayúsculas y en letras de neón.

Mi teléfono móvil me vibra en el bolsillo. Cierro los ojos muy fuerte deseando que no sea ella, ahora no; no puedo enfrentarme a chillidos, recriminaciones y palabras dañinas. Palabras. Nunca imaginé que aquello que me da de comer pudiera causarme tanto dolor. El teléfono no deja de vibrar; a veces, cuando sé que es ella, ignoro por completo la llamada, aunque después es mucho peor…

Inspiro hondo y, una vez que me resigno, saco el móvil del bolsillo de mi chaqueta y descubro que no es ella. Exhalo un suspiro de alivio expulsando el aire contenido en los pulmones, que me quema cada vez que se trata de lidiar con ella, conmigo, con nosotros…

—¿Diego? ¿Estás ahí?

—Sí, mamá. —Antes de pronunciar ese «sí» sé perfectamente cómo va a terminar esta conversación.

—Aún no has pasado por casa desde que te marchaste a las siete al trabajo. Hijo, ella no se merece ese trato, y lo sabes de sobra. Ella siempre ha estado ahí contigo, te ha apoyado, se fue contigo a Estados Unidos cuando lo necesitaste. Tu padre y yo no te hemos educado para que te comportes de esta manera… —Reproches, reproches y más reproches. Es extraño ver cómo tu propia madre, la mujer que te llevó en el vientre y que estableció esa conexión mágica contigo, se posiciona en tu relación del lado opuesto. Ahora ya no me molesto; me agota y me deja sin fuerzas. Ya no me empeño en hacerles ver que ella no es esa mujer maravillosa que creen, ¿o quizá es que simplemente ya no lo es a mis ojos? No lo sé, estoy confuso, destrozado, derrotado…

—¿Te ha llamado?

—No. He ido a casa a dejaros un bizcocho que preparé ayer y estaba… como siempre. —Y ahí aparece de nuevo el sentimiento de culpa para retorcer un poco más el corazón frío de Diego, que es un

maldito hijo de perra que no piensa en los sentimientos de los demás. Dios, estoy tan cansado que no puedo seguir…

—Ya voy de camino, mamá. —Esto es lo que mi madre ha conseguido con el tiempo: que la engañe, que le mienta vilmente, sin un ápice de remordimiento, para que me deje en paz y pueda respirar sin sentir cómo el peso me entierra día tras día.

Un par de elogios de mi madre más tarde, cierro el portátil, frustrado y hecho polvo. Lo guardo en la mochila, pago mi café y salgo a la calle. El sol de mediodía me da de lleno en la cara y el calor penetra poco a poco en mi cuerpo. Un día más he ido al trabajo a escribir artículos cuyo éxito no acierto a comprender, he comido con los compañeros fingiendo que sus vidas me importan, me he sentado en mi cafetería favorita a tratar de redactar algo con ingenio o que, al menos, se acercase a lo que hace un año escribía, he recibido la llamada de rigor de mi madre echándome en cara mi pésimo comportamiento… y aquí estoy de nuevo. En la puerta de la cafetería, anclado en un estado casi catatónico, sin ser capaz de tomar ninguna dirección. De nuevo mi teléfono vibra, pero esta vez sé que es ella, no es necesario que descuelgue. Sin embargo, sé que voy a hacerlo, sé que le diré a todo que sí, sé que llegaré a casa con sus flores preferidas y le diré que yo también la quiero, que esta es una mala racha que podemos remontar. Y sé que después de cenar me iré temprano a la cama, a esa cama, hoy fría, en la que el calor de otro cuerpo ni me inmuta.

—Ya voy a casa…

4

«Si vuelven a pegar un solo berrido, voy a terminar por explotar». Ramón y Natalia estaban agotando mi paciencia, y de un momento a otro iban a acabar en el despacho del director. Me llevé la mano a la frente, que desprendía una temperatura algo más alta de lo normal. Joder, ¿y ahora iba a caer enferma? Cerré los ojos y sentí un ligero escozor al hacerlo. Definitivamente, estaba incubando algo que pronto afloraría.

Ahora Luisa se unía a la fiesta, y tras contar hasta mil quinientos y pico, acabé dando un golpe en la mesa y levantándome. Uy, no había sido muy buena idea. Sentí un pequeño mareo, de hecho tuve que agarrarme a la mesa para no tambalearme más, pero aguanté estoicamente y fijé mi cansada vista en ellos.

—¡Suficiente! Coged una hoja del cuaderno y comenzad a copiar las normas de la clase hasta que suene la sirena.

—Pero, profe, si yo no he hecho nada. Han sido estos dos, y yo estoy en el medio —se quejó Luisa con un brillo acuoso en los ojos, a punto de echar la lagrimita (de cocodrilo, porque ya me la conocía yo, pero a punto de llorar cual magdalena).

—Luisa, haz lo que te he mandado ¡a la de ya! —me impuse con la poca energía que me quedaba en el cuerpo.

Afortunadamente no eran malos chicos y obedecían después de rechistar un par de veces. A los diez minutos por fin sonó la campana y todos los alumnos salieron raudos del aula, como si los persiguiera el diablo. Con las últimas fuerzas que me quedaban para acabar el día, permanecí un par de minutos hablando con los tres mosqueteros, y tras una charla que esperaba que les hubiese calado, abandonaron también la clase.

Me recliné en la silla y, tras inspirar y espirar varias veces, miré el reloj. Me esperaba una reunión de profesores interminable en la que el director del centro nos explicaría al detalle la fiesta de otoño, que celebrábamos anualmente, y que, al menos para los docentes veteranos, podría evitarse. Escuchar cada año lo mismo era agotador, y mucho más en las condiciones físicas en las que me hallaba. Cogí un paracetamol de mi bolso y bajé a la reunión con María mientras hablábamos de los alumnos y de qué actividades tenía pensadas para la fiesta.

Una hora más tarde, salí del colegio. Me encontraba peor, con el cuerpo enfebrecido y tiritando sin poder evitarlo. Me metí en el

coche y llegué a casa casi arrastrándome. Mi vecina, la cotilla de turno, me dijo que habían ido a llevarme un paquete, pero que como no estaba, lo habían devuelto a la oficina de Correos, y que se había sentido muy ofendida porque el cartero no había querido dejárselo a ella. Si no hubiera sido porque soy una de las personas más diplomáticas que existen en el mundo, la habría mandado a tomar por culo. Le expliqué que era su forma de proceder y que no se debía a nada personal, pero ella, que a sus años solo tenía que ver la vida pasar, persistía en esa actitud. Fin; lo dejé, me rendí. Me despedí dándole las buenas tardes, entré en casa y llegué hasta la cama a trompicones. Me lancé sobre ella y casi de inmediato me quedé dormida.



Ni siquiera bajé la persiana, y aunque había poca luz ya, me desperté en una bruma de confusión. No sabía en qué día vivía ni qué hora era. El reloj biológico había debido de activarse. Miré el despertador de Mickey Mouse que me habían regalado mis sobrinos, y que tenía en la mesita de noche, y abrí los ojos como platos al comprobar que habían pasado tres horas desde que llegué. El descanso me había sentado bastante bien; me levanté aún con la ropa que me había puesto hacía horas y me fui directa a la ducha. Conseguí desentumecerme bajo el agua caliente, me relajé y olvidé por un momento la vida que llevaba. Logré no pensar en ese lapso de tiempo, con la música que salía de mi móvil de fondo, mientras tarareaba las letras e incluso me las inventaba a ratos. Así soy yo, incapaz de recordar al completo la letra de una canción, pero capaz de memorizar conceptos y almacenarlos durante años. Cuando salí de la ducha, puse una lavadora y abrí el frigorífico para preparar la cena mientras me peinaba la corta melena con una mano.

—¿Pero qué coño…? —Lo reconozco, soy muy mal hablada. Mis amigas siempre me han dicho que no se creen que hable así siendo profesora. Leyendas urbanas.

Miré el primer cajón del congelador, con toda la comida cubierta de escarcha; segundo cajón, igual, y tercero, ídem. Saqué todo, retiré la maldita escarcha y volví a meter la comida servible. Busqué las instrucciones del frigorífico; al parecer había que descongelar el congelador. En los cinco años que llevaba viviendo allí, creo que podía afirmar sin miedo a equivocarme que era algo que no había hecho jamás. Fruncí el ceño al oír un ruido extraño

proveniente de la lavadora y me precipité hacia ella con cuidado, pues el suelo estaba inundado de agua por la escarcha de los coj… «Esto debe de ser una broma». De la lavadora salía más agua. Forcejeé con mi nuevo enemigo: la lavadora. Cuando por fin conseguí abrirla, una explosión de agua y jabón invadió el suelo de mi cocina junto con múltiples prendas.

Una hora después, pude volver a pisar tierra firme sin caerme más de diez veces; con ocho bastaba, como en la serie norteamericana que veía de pequeña. ¿Qué más podía pasarme? Me senté en el sofá tras limpiar el estropicio y cogí una de mis novelas favoritas: *Reflejos de plata*. Trataba de un policía que vivía en el año 2059 y debía perseguir a una banda muy peligrosa que traficaba con seres humanos. La trama era una pasada.

La tranquilidad y el relax duraron poco. El teléfono de casa sonó e, ingenuamente, lo atendí sin saber que ese sería el tercer desastre que cerraría el círculo.

—¿Sí?

—Beatriz, soy Adrián. Oye, mañana necesito que vengas a cuidar de los niños porque Lucía y yo tenemos una reunión en el colegio.

Me quedé atónita al escuchar a mi hermano exigirme que cuidara de sus hijos. ¿Dónde se había quedado el «cómo estás» o preguntar al menos si podía ir? Pero no, no sabía de qué me extrañaba. Después de todo, yo era la soltera y la que siempre estaba para todos y todo.

No sé qué se apoderó de mí, quizá fuera el día de mierda que estaba teniendo, el agotamiento mental que últimamente acumulaba, el malestar de mi cuerpo o que los electrodomésticos de mi casa se habían rebelado en mi contra, como las máquinas en *Terminator*, pero por primera vez me enfrenté a mi hermano mayor.

—Buenas tardes, Adrián. Gracias por preguntarme cómo estoy y por pedirme tan amablemente que vaya a cuidar de tus hijos, a los que sabes que adoro, pero mucho me temo que no voy a ir.

—¿Qué estás diciendo, *Beita*? —Joder, otra vez ese diminutivo que odiaba.

—Que no voy a ir, Adri. Y no me llames más así, que no tenemos once años.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —No me gustaba nada su tono.

—Me pasa que no voy a ir a tu casa a cuidar de tus hijos, que te busques a otra, que no soy la chica para todo y en cualquier momento, Adrián. Que tengo una vida, joder, a pesar de no tener hijos y un marido. ¡Hay vida más allá de todo eso! —Lo último se lo grité, y ya se sabe que el que grita pierde la razón, pero, joder, llevaba años soportando esas situaciones.

—Mira, Beatriz, no sé qué coño te pasa, y mejor será que cuelgue, porque no me quiero enfadar contigo ni busco pelea. Pero antes voy a decirte algunas cosas: tú no tienes problemas; estás soltera y haces lo que te da la puta gana en la vida; sales y entras sin tener que dar explicaciones a nadie; viajas, sales con uno y otro cuando te apetece, y no, no te estoy juzgando. Únicamente quiero que entiendas la vida tan sencilla y maravillosa que llevas, joder. —¡Bravo! Y así era como definían mi vida mi familia: perfecta, sin preocupaciones ni problemas, idealizada y fácil.

Sé que no debí hacerlo, que debía enfrentarme a ellos y rebatir cada estúpido argumento, pero estaba tan cansada… «Excusas, Bea». Maldita conciencia.

—Bien, Adri, pues entonces colguemos. Adiós. —Y antes de decir la última palabra, mi hermano mayor, más ofendido que comprensivo, me colgó.

5

DIEGO

Acoso y derribo. A eso es a lo que se dedican mis padres cuando me llaman por teléfono o vienen a casa. No hay descanso, ni un respiro. Si estoy en el trabajo, no me dejan en paz, pues constantemente me están interrogando, indagando en mi comportamiento: si estoy haciendo todo lo que se espera de mí, si mi actitud es la idónea y así todo irá de la manera en que debe ir. Es agotador ese control excesivo y continuo. En vez de ser dos en la relación, somos cuatro. Nunca he visto a unos padres más preocupados por la nuera que por el propio hijo, y no es que yo me haya comportado con ella de manera mezquina o cruel.

Con Candela todo había ido como la seda al principio. Recuerdo a aquellos que dicen que en los comienzos de una relación todo es precioso, que estás en una nube de algodón de la que no consiguen bajarte y la vida es color de rosa. A nosotros aquello nos duró unos meses. De pronto las cosas empezaron a cambiar: Candela ya no era la mujer de sonrisa luminosa que me deslumbró un día en la floristería de la señora Manuela, cuando fui a comprarle flores a mi madre por su cumpleaños. La primera vez pensé que estaba cansada del trabajo, que era producto del estrés al que vivía sometida en su día a día. Otra, lo achaqué a la gripe que estaba incubando y que la tuvo en cama dos semanas, hasta que llegó el día en que lo entendí todo.

Cuando su actitud se volvió completamente diferente a la que conocí en un primer momento, comencé a preocuparme y hablé con la que hasta entonces era mi gran apoyo: mi madre.

Ya se sabe que las madres siempre quieren lo mejor para nosotros; quizá no seamos capaces de entender su manera de expresarlo, e incluso puede que con sus palabras y gestos nos hagan daño, pero esa es su excusa: lo hacen por nuestro bien. ¡Y unos cojones! Yo, de verdad, he tratado de razonar con ella, explicarle hasta qué punto me destroza cada palabra que suelta por la boca, pero es en vano. Nada logra que entienda cómo me hace sentir, es como darse contra un muro de hormigón.

Entro en casa. Todo está en silencio, pero no es un silencio apaciguador. Es más bien ese silencio tenso que precede a la tempestad que nos azota sin piedad. Dejo las llaves en el mueble de

la entrada y camino sigiloso en mi propia casa, con pánico a volver a ver a la Candela furiosa que me llevo encontrando día sí y día también. Llego al salón y me derrumbo, literalmente, en el sofá, ese sofá que compramos con la ilusión en los ojos y donde durante semanas follamos como locos para estrenarlo. Me parece mentira que, después de todas las cosas que Candela y yo hemos hecho, haya perdido el apetito sexual por completo. Ya nada me excita: ni Candela con ese picardías que se compró para mi cumpleaños, ni cuando cocina con poca ropa, ni siquiera cuando está en la ducha. Antes, si pasaba a lavarme los dientes y ella estaba duchándose, no podía evitar lanzarme sobre ella y follarla (con poco amor, para ser sincero). Sin embargo, hace ya tanto tiempo de esos arranques pasionales que parece una jodida eternidad. Ya no me pone mi novia, nada; es como una vieja amiga con la que te has acostumbrado a compartir piso. Menuda vida de mierda…

—¡Hola, cariño!

Levanto la cabeza y veo a Candela sonriendo, feliz, como hace muchos días.

—Hola, ¿cómo estás? —Esta pregunta la formulo casi con miedo, pues nunca sé cuál va a ser su reacción.

—Bien, hoy me siento mejor. —Se acurruca a mi lado en el sofá y no siento nada más que el ligero calor de un cuerpo junto a otro.

—Estupendo, ¿has ido al médico? Tenías cita hoy a las cinco. —Y aquí está la tecla que toco sin darme cuenta. Candela salta como un resorte del sofá y me mira con esos ojos llenos de ira que pone cada vez que se acerca la tormenta.

—¿Crees que no soy capaz de recordar mis citas médicas? No estoy loca, Diego, te lo he dicho millones de veces.

—Lo sé, lo sé, tranquila. —Me levanto y tiro de ella suavemente, a la expectativa, sin saber si su reacción será desmedida o, por esta vez, conseguiré aplacar a la fiera que ruge en su interior.

—Solo a veces se me olvida, pero porque tengo tantas cosas en la cabeza que se me pasa…

—Ssshhh, tranquila, ya está. Ven. —La abrazo y nos sentamos en el sofá. Le acaricio la espalda con suavidad, de arriba abajo, mientras siento cómo su respiración vuelve a acompasarse hasta que se queda dormida en mis brazos.

Candela entre mis brazos; ese fue mi sueño durante semanas al comienzo de nuestra relación. Obviamente quería follármela, entrar en ella y sentir el cielo, pero al mismo tiempo anhelaba verla dormida a mi lado; me pasaba ratos eternos viendo cómo dormía, tranquila y estable. Creo que incluso me enamoraba aún más de ella, y ahora apenas siento nada de aquello. Solo es un cuerpo tibio que me abraza como si la vida dependiera de ello y necesitara

aferrarse a mí para no caer en el abismo. El problema es que yo ya he caído en él y no consigo sujetarme a nada para salir.

6

Salí del colegio enfadada; ese era mi estado de ánimo últimamente. Joder, yo no era así. Mi trabajo era mi vida, me apasionaba, me ilusionaba cualquier pequeña actividad que preparase. Cuando llegaba la Navidad, me volvía loca decorar con mis compañeros el aula, los pasillos… Nos vestíamos con absurdos sombreros, espumillones y adornos varios. Sin embargo, de unos años aquí, me sentía extraña, fuera de mi cuerpo, ajena a todo eso que un día fue mi vocación. Recordé una conversación con David hacía unos meses…

—Bea, el mundo no ha cambiado. Los niños siguen demandando las mismas cosas, teniendo las mismas necesidades, siendo los mismos pequeños dictadores de siempre. Bueno, quizá lo sean un poco más porque la sociedad ha cambiado y, por desgracia, no para bien. Pero lo que quiero decir es que tu trabajo sigue siendo el mismo, tú tienes que hacer lo mismo de cada año. A lo mejor el problema está ahí. —Yo lo miré confundida y fruncí el ceño a la espera de que prosiguiera—. La rutina, la maldita rutina, que mata muchas cosas y, entre ellas, la ilusión. Ya llevas mucho en este trabajo, eres experta, dominas a la perfección situaciones, familias y alumnos. A la vez, te has ido desgastando con los años, quemándote poco a poco cada día. Llevo viéndote mucho tiempo con ese semblante taciturno y apagado, y créeme, Beatriz, tú puedes ser muchas cosas, pero una persona apagada no lo has sido jamás. Reflexiona sobre esto que te digo, piensa en mis palabras y actúa, pero, cariño, hazlo pronto antes de que se vaya toda la luz que te inunda…

Puede que como pareja resultáramos un desastre, el auténtico caos, pero reconozco que, como amistad, era el mejor amigo varón que tenía. Podía decirte las cosas de frente, a la cara, y aunque te doliesen, en el fondo sabías que eran las palabras exactas que necesitabas escuchar. No sabía por qué, pero aquel monólogo resonaba muy alto en mi mente. ¿Y si David tenía razón y había perdido la ilusión por mi trabajo? Era consciente de que no era la misma Bea que había salido de la universidad y empezado a trabajar, pero ¿tan jodida estaba? Sacudí la cabeza, negándome la realidad que poco a poco asomaba su terrible cara. Saqué el móvil de la chaqueta y, con un vistazo, deslicé el dedo por los mensajes recibidos. El problema fue que iba tan absorta en la tarea que no vi el coche que se me vino encima hasta que, de pronto, sentí un gran

dolor y todo se oscureció.

***

—Si es que va como las locas, mirando el maldito teléfono todo el santo día. Mira que no fijarse en que venían coches en el paso de cebra… ¡Yo la mato! Cuando se despierte, juro que la mato. —La *angelical* voz de mi madre me taladraba las sienes, que sentía a punto de explotar. Dudé si abrir los ojos, pues no tenía fuerzas para enfrentarme a ella, pero entonces oí la voz de mi rescatador.

—Basta, Marina, no es momento de regañarla ni hacerla sentirse peor. Ahora lo único que importa es que se recupere, que esté bien y salga de esta, ¿entendido?

Mi madre obedeció a regañadientes, pero continuó quejándose por lo bajini; su voz era apenas un susurro, pero era lo que solía hacer cuando aún no había dicho la última palabra, y el runrún siguió. Abrí un ojo despacio, acostumbrándome a la luz que había en la habitación. Después el otro, y de repente noté una presión en el cuello. Me llevé las manos a él, pero no alcancé a tocar la piel, pues un collarín lo rodeaba. Quise hablar, gritar, pero no me salía la voz. Joder, ¿me había quedado sin voz en plan *La Sirenita*? ¿Pero qué golpazo me habían dado?

—Ssshh, tranquila, Bea. Ya está, galletita. —Mi padre me agarró de las manos mientras trataba de calmarme y mi madre salía a llamar a alguien—. Estás en el hospital, cariño. Has tenido un accidente, pero estás bien, ¿vale?

Una enfermera alta y con una sonrisa amplia se acercó a mí. Me preguntó cómo me encontraba, pero yo únicamente era capaz de asentir con la cabeza. En serio, ¿me había quedado muda? Me explicaron que, al parecer, iba mirando el móvil al cruzar la calle y no vi cómo un coche se me venía encima sin remedio. Quería recordarlo, pero tenía imágenes vagas del momento. Me explicaron también que había tenido suerte después de todo, y que no había sufrido más que unos buenos golpes. Lo de la voz podía ser producto del *shock*. Mi madre no dejaba de sermonearme con la mirada; la conozco, sabía lo que estaba pensando, y no me quedaría sin escucharlo, aunque antes necesitaba deshacerse de mi padre, mi protector, mi defensor a ultranza.

Por la tarde me visitó mi hermano con toda la tropa. Mis sobrinos no dejaron de saltar en mi cama, a pesar de que sus padres trataban de evitarlo a toda costa. Les hacía gracia el collarín y me

preguntaban si se lo prestaría al abandonar el hospital. Cosas de niños, sí, pero ¿un poco de tranquilidad era mucho pedir?

—Si ya sabía yo que esto iba a pasar. No miras cuando vas andando por la calle. Ya te caíste en aquella fuente un día cuando íbamos de compras, todo por mirar el maldito móvil. ¿No te das cuenta de que te podías haber matado? ¡Cómo eres tan inconsciente! —El sermón de mi madre llegó cuando mi padre bajó a acompañar al coche a mi hermano y su familia. Yo solo cerré los ojos, como si con eso consiguiera que se pasara antes. No medí el tiempo que siguió así; de hecho, desde que estaba en esa habitación el tiempo había perdido todo su valor y no sabía cuánto tardaban en pasar los minutos. Por suerte mi padre regresó y, al instante, mi madre se calló. ¡Aleluya! «¿Por qué has tardado tanto, papá?», era lo que habría gritado si hubiera podido, porque seguía sin recuperar mi voz. En ese momento comprendí cómo se sentían los cantantes con afonías y enfermedades en la laringe. No poder hablar era un suplicio, no volver a escuchar tu voz, pero, sobre todo, intentar hacer el esfuerzo y que ni siquiera un ligero carraspeo brotase de tu garganta.

Al día siguiente recibí flores, bombones y mensajes de mis compañeros del colegio, que por la tarde me visitaron. Mis padres no se despegaron de mí en todo el día, y mi hermano venía cuando las obligaciones del trabajo y familiares se lo permitían. La visita que más me alivió fue la de David y Raquel. Fueron los primeros que acudieron al hospital en cuanto se enteraron del accidente. Recuerdo la cara de miedo de Raquel, y solo por eso me sentí terriblemente culpable de haber sido tan idiota de no mirar y dejar que me atropellasen.

—Hola, preciosa. —David entró, seguido de Raquel y de Penélope, con unas rosas blancas espléndidas.

Parecía que yo iba recuperando la voz, aunque aún me costaba hablar y estaba afónica. El doctor que me había visitado por la mañana me había dicho que era una secuela emocional del accidente, pero me dejó claro que la voz volvería.

—¿Cómo estás hoy, mudita? —El sentido del humor de mi amiga Raquel era algo encantador.

Me contaron que David y ella tenían que viajar a Noruega para instalarse en la nueva oficina. Se marchaban al día siguiente. Raquel era diplomada en Magisterio, como yo, pero no había tenido tanta suerte y, tras suspender su primera oposición de maestros, decidió que no era lo suyo. No sé si fue que la vocación se le esfumó o que el trabajo que le ofrecieron en aquel momento fue un dulce caramelito que la prendó. David trabajaba en una oficina en Gran Vía y le ofreció un puesto de secretaria de dirección en la compañía

donde ejercía como diseñador gráfico (él también había acabado rehuyendo la docencia). A la empresa le iba tan bien que tenían previsto abrir oficina en Noruega y trasladaban a ambos allí. Desde que Raquel había empezado a trabajar con él, vivían juntos y, de hecho, parecían siameses. A veces pensaba que quizá estaban liados a mis espaldas, pero que no se atrevían a contármelo por aquello de que él era mi ex. Sinceramente, me la pelaba. No sentía celos ni ninguna de esas chorradas.

En cuanto a Penélope, estuvo quejándose de lo odiosa que era su jefa, lo mal que la trataba, y nos hizo reír con su último *follodrama* con un chico de Tinder. Era afortunada por tenerlos en mi vida.

—Hola, Bea. —Mis padres reaparecieron horas después, tras irse mis amigos. Cuando terminaron de cenar, se acomodaron cada uno a un lado de mí y me miraron muy serios. Por un instante, sentí que iban a darme una noticia fatal y me encogí asustada en la cama.

—Cielo, tu padre y yo hemos estado hablando y no puedes seguir así. Algo te sucede. —Hice el intento de hablar con el carraspeo que me caracterizaba esos días, pero mi madre me mostró la mano para detenerme—. No, no hagas esfuerzos, escúchanos.

—Galletita —esa vez fue mi padre quien habló—, como dice tu madre, algo te está pasando, y no es solo el accidente. Te notamos rara, como triste; te quejas por todo y no es lo habitual en ti. Tú no eres así, cariño… —¿Tanto se me notaba? No tenía ni idea de que fuera tan transparente, pero al fin y al cabo, eran mis padres. Si ellos no me conocían, ¿quién lo haría?

—Por eso, mi vida, hemos decidido que te vengas al pueblo con nosotros una temporada. —¿Se habían vuelto locos? A ver, a ver, a ver, entendía su preocupación, su deseo de verme bien, pero ¿irme a un pueblo de cuatro calles con ellos? ¡Ni de coña! Seguí escuchando sus argumentos hasta que terminaron y, entonces, con toda la calma que conseguí reunir, les expliqué mi decisión única e irrevocable:

—Antes de nada, debo daros la razón: llevo una temporada algo apagada y desubicada. No encuentro ilusión en mi día a día, lo sé. Gracias por preocuparos, por estar ahí y por apoyarme siempre, pero no voy a ir al pueblo con vosotros. Cuando salga de aquí, me iré a casa a recuperarme del todo; seguiré de baja el tiempo que necesite y, cuando me encuentre de nuevo preparada, volveré a mi trabajo.

Ambos me miraban fijamente, y con esa simple mirada podía deducir qué estaban pensando. Mi padre, a pesar de desear cobijarme en sus brazos, comprendía que debía hacer mi vida, seguir mi camino, como él había hecho un día, y por ello respetaría mi decisión fuera la que fuese. Pero al mirar a mi madre… Ella no

entendía por qué me negaba a irme a un pueblo tranquilo y aburrido donde no había absolutamente nada más que hacer que ver cómo los ancianos se iban consumiendo poco a poco. No entendía cómo podía ser tan egoísta y rechazar esa fabulosa oferta. Mi madre aún me veía como a una niña; por ella, seguiría viviendo en su casa, bajo su protección, y obedeciendo todas sus instrucciones para siempre.

—Pero, Beatriz…

Mi padre la frenó en seco alzando la mano y mi madre calló. Jamás entendería ese poder que tenía sobre ella, pero con un simple gesto mi madre se retraía y parecía otra.

—De acuerdo, cariño. Sabes que tu hermano y nosotros solamente queremos lo mejor para ti. Si tú crees que lo mejor es estar en casa y recuperarte, adelante. Pero, por favor, te suplico que, en el momento en que nos necesites, solo lo digas, ¿vale, peque? —Me acarició la mejilla con dulzura y yo le sonreí agradecida.

Un alivio me recorrió por completo al sentirme de nuevo tranquila y en paz, como cuando era una niña que jugaba sin preocupaciones ni problemas. Cuando era su pequeña y me sentaba en sus rodillas a hacer el caballito; cuando me ayudaba con los problemas matemáticos, perdiendo la paciencia a veces; cuando jugaba conmigo durante horas en el suelo, en aquellas improvisadas casitas construidas con sillas de madera; cuando me leía cuentos y se quedaba en mi cama, encogido a causa de su evidente altura, pero feliz de pasar ese momento con su hija pequeña. Como cuando era mi héroe y yo lo miraba con la mayor admiración del mundo, esa que aún no se ha apagado en mis ojos.

7

Había pasado mes y medio desde el accidente que me dejó sin hablar unas semanas. Un día, sin más, la voz regresó completamente a mí. Los médicos tenían razón, y fue más cuestión del trauma del accidente y el estrés acumulado.

Una mañana estaba viendo por la televisión un programa de esos de testimonios de gente que se ha marchado a vivir a lugares lejanos y algo se encendió en mí. Tomé la decisión de abandonar mi ciudad natal y comenzar de cero. Solicité el alta voluntaria y pedí una excedencia de seis meses. Mi cuerpo llevaba meses pidiéndomelo a gritos; el agotamiento mental y físico estaba pudiendo conmigo.

Sonó el teléfono, que aún no había dado de baja, y al que no iba a echar de menos debido a su sonido estridente. Me temía que sería mi madre, para variar. En un par de horas teníamos una comida familiar para celebrar el cumple de mi hermano Adri, así que imaginé que la llamada se debía a algún preparativo de última hora o simplemente para preguntarme por qué aún no estaba en su casa. Esa mañana me había levantado inquieta, sabiendo que tenía que decirles que me iba de Madrid en unos días. Había llevado todo con total secretismo para que las reprimendas y las miradas juzgadoras me afectaran lo menos posible y no me volviesen loca.

—¿Dígame?

—Necesito que vayas a comprar… —Lo que me temía. Anoté en una hoja todo lo que requería mi madre a la mayor brevedad posible, como ella misma solía decir. En media hora ya estaba en casa de mis padres con todo.

Mis sobrinos no dejaban de pelearse entre ellos mientras sus padres seguían inmersos en una conversación sobre fondos de inversión, la empresa de Lucía y el último caso de corrupción. Tamborileé con los dedos en la mesa, inquieta, adivinando lo que iba a suceder en cuanto soltase mis noticias. Carraspeé y me lancé; «cuanto antes, mejor», me dije.

—Me marcho. —Las cabezas de los adultos se giraron hacia mí con gesto serio.

—Pero si aún no hemos llegado a los postres —respondió mi madre volviendo a su conversación con mi hermano.

—No, no es que me vaya ahora. Quiero decir que dejo Madrid por una temporada. —De nuevo se volvieron hacia mí, pero esta vez

sus caras fueron de completo asombro e incredulidad.

—¿Qué estás diciendo, Beatriz? —Mi hermano fue el primero en preguntar.

—Lo que acabas de oír. Llevo mucho tiempo estresada, desmotivada y bastante perdida. Mi trabajo ya no me entusiasma como solía hacerlo, y creo que es el momento de parar.

—¿Parar? ¿Pero quién te crees que eres, una *famosilla* que puede permitirse el lujo de dejar su trabajo? —La inquina de mi madre empezó a fluir. Pocas veces salía alguna palabra amable de su boca cuando se dirigía a mí. Siempre era todo en plan: «Péinate bien», «come, que estás muy delgada», «¿así vas vestida al colegio?»… Y lo que peor llevaba eran sus miradas de reconocimiento de arriba abajo cuando iba por casa a hacerles una visita, ya que a la mía apenas venían.

—Claro que no, pero creo que no es difícil de comprender lo que me está pasando.

—Por supuesto que no, hermanita. Tú, como siempre, vives en tus mundos de Yupi y piensas que puedes hacer lo que te dé la gana porque no tienes responsabilidades.

—¿Que no tengo qué? ¿Acaso trabajar con niños cada día no es una responsabilidad? De las más grandes, quiero decir, porque trabajar frente a un ordenador y hablar con clientes y jefes no es que sea mucha carga.

—Ah, vaya, ¿eso es lo que piensas de mi trabajo? Pues fíjate que yo pensaba que lidiar a diario con inversiones y riesgos de caída de la bolsa era bastante responsabilidad, por no hablar del estrés que puede producir. —Se rio antes de llevarse el tenedor a la boca, coreado por la risita malvada de su querida mujer, que le hacía la pelota en todo. Dios, cómo la odiaba. Nunca habíamos congeniado, en absoluto. Nunca tuve esa relación que mis compañeras de trabajo y amigas tenían con sus cuñadas; eso de ir de compras, comer juntas, llamarnos o intercambiar mensajes como si fuéramos amigas jamás sucedió. Lucía, si podía, me hacía la vida imposible, no solamente a mi madre. La diferencia era que yo lo sobrellevaba mejor que ella y a veces también le lanzaba pullitas, como mi cuñada hacía conmigo.

—Opino que tu hermano tiene razón. Para comer hay que trabajar, querida. —Joder, cómo odiaba ese puto *querida* en sus labios. Lo decía con una sorna y una superioridad que detestaba.

—¿Creéis que voy a irme a vivir bajo un puente? Tengo dinero ahorrado y puedo estar unos meses sin trabajar. No soy tan estúpida como todos imagináis.

—Desde luego es que no doy a crédito a la cantidad de sandeces que se te cruzan por la cabeza. Vale que quieras irte a Marruecos en

tus días de vacaciones a enseñar a niños a leer. Pero ¿dejar de trabajar? Tú eres tonta, niña. —Ese fue todo el apoyo que me brindó mi santa madre. El día que le dije que me iba con Raquel a Marruecos quince días con una ONG, puso el grito en el cielo. El problema de mi madre era que no me controlaba, por mucho que ella lo deseara. Yo era libre y tomaba mis decisiones a pesar de las opiniones del resto del mundo.

—¿Tú qué dices, papá? —Mi padre se había mantenido al margen, en silencio, mirando a unos y a otros. Con él la relación era diferente, siempre habíamos tenido un vínculo especial, y lo que él opinase sobre mis decisiones me preocupaba, aunque no por ello dejaba de tomarlas.

Me miró entre serio y orgulloso. Al estar sentado a mi lado, cogió mi mano entre las suyas y suspiró antes de emocionarme con sus palabras:

—Galletita, sabes que soy esa persona que siempre te apoyará, que, a pesar de que muchas veces no comprenda por qué haces ciertas cosas, te respalda, y si crees que es lo que necesitas para ser feliz en este momento, adelante. —Besó mi mano y acarició mi mejilla antes de levantarse para salir a la terraza a fumar. Y entonces me di cuenta: no necesitaba nada más que aquellas palabras. No podía negar que habría deseado que el resto de mi familia dijera lo mismo, pero era una auténtica utopía. Mi hermano siguió con su discurso acompañado de los cabeceos afirmativos de Lucía. Mi madre se fue a la cocina a preparar el postre y yo aproveché ese instante para jugar con mis sobrinos y hacer el loco un rato.

No alargué mucho más la sobremesa aquel día. Después de decirles que me marchaba de Madrid durante una temporada, a un lugar con mar (de sobra sabían lo mucho que me gustaba), las conversaciones fueron tensas y las miradas de incomprensión me afectaban. Me despedí amablemente con la mejor de las sonrisas posibles y salí antes de que retomaran el tema.

Bajé hacia mi casa caminando, pues había buena temperatura. Me paré frente a una de mis librerías favoritas y lo vi: el último libro de mi escritor favorito, ese al que admiraba y seguía como una loca en todas las redes sociales. En el escaparate habían colocado varios de sus ejemplares con una foto de él para anunciar que iba a firmar libros allí mismo en unos días. A pesar de ser muy fan de sus obras, no me consideraba el tipo de lectora que acudía a firmas y charlaba con sus escritores preferidos. Para unas cosas tan lanzada y para otras tan introvertida…

Me fijé en su mirada. Siempre lo había visto como un hombre muy atractivo, y reconozco que en cierto modo vivía enamorada de

él, como esos amores platónicos e irreales. No solamente de su físico y su manera de hablar (ya que no me perdía una sola entrevista que daba), sino de sus historias de fantasía, que me transportaban a otros mundos y me hacían sentir en aquel lugar durante horas, pues yo no leía sus libros: me los bebía, literalmente. Aquella fotografía era diferente a otras con las que me había topado por la ciudad. No era solo el hombre atractivo con ese aire seductor; en aquella instantánea, su mirada era taciturna, de tristeza absoluta, y eso me inquietó de golpe. ¿Qué le pasaría en el momento en el que le tomaron la foto? Imaginé que quizá habría tenido una fuerte discusión con su pareja, pues un hombre como él seguro que tendría una mujer que lo adoraría, y viceversa. A lo mejor la discusión había sido de tales dimensiones que habían roto, y por eso tenía aquel gesto tan triste. Meneé la cabeza, ordenándole que dejase de fantasear. La vida privada de aquel hombre poco me importaba, en definitiva.

Continué andando en dirección a mi casa bajo un sol agradable que calentaba la piel, y pensé en el lugar en el que iba a vivir los próximos meses. Con un cosquilleo inevitable, me sentí entre ilusionada y nerviosa. En unos días formalizaría los papeles para poder marcharme y empezar de nuevo. De nuevo… Qué bien sonaba.

Raquel vino a ayudarme con los últimos preparativos. Desde que había decidido marcharme de Madrid, me había apoyado, a diferencia de mi propia familia.

—¿Cuántas cajas te quedan, chata?

—Perdona, Rach, ya quedan solo esas de ahí.

David se había incorporado a su nuevo trabajo esa misma mañana, pero Raquel retrasó la suya para poder ayudarme. Eso eran las amigas de verdad. Raquel, Penélope y él eran mis almas gemelas. Muchas veces, en nuestras pequeñas celebraciones y grandes momentos, hacíamos brindis, desde brindis absurdos de personas borrachas hasta brindis de gente seria y formal. En una ocasión, en mi cumpleaños, y tras un día difícil con mi familia, dije lo siguiente: «El amor verdadero no tiene por qué ser el de pareja. A veces puede existir entre amigos que se complementan tan bien que se entienden sin palabras, solo con miradas y gestos. Vosotros sois mi alma gemela, y aunque haya momentos difíciles, reproches, pena y distancia, los tres sabemos que uno estará ahí para el otro SIEMPRE. Ese es el amor incondicional. Hay muchos tipos de amor, y el nuestro es un amor de los de toda la vida, para siempre». David se abalanzó sobre mí de manera tan brusca que vertió su copa de cava, pero aun así le permití abrazarme mientras llorábamos como dos críos. Raquel hizo lo mismo, solo que su copa no se vació sobre

nadie. Penélope, que no era de expresar mucho los sentimientos, se quedó apartada sin saber qué hacer. Tiré de ella y así nos mantuvimos abrazados un buen rato los tres, algunos sollozando.

—¿Tienes todo controlado? ¿La mudanza? ¿El billete de tren? Sabes que te apoyo y te apoyaré siempre en todo, pero ¿no crees que esto es un poco… locura? Entiendo que no estás atravesando un buen momento y eso, pero ¿irte lejos de todo es la solución?

Estaba acabando de embalar una pequeña caja cuando me paré en seco al escuchar lo que me había dicho. Alcé la cabeza y negué con vehemencia.

—Rach, eres una de mis personas importantes, mi alma gemela, y te agradezco tu preocupación, de veras, pero necesito aire, respirar, buscarme, volver a encontrarme. Ser yo de nuevo, porque esta Bea me está ahogando y tengo miedo a no salir de aquí, de perderme en este boceto desdibujado…

Se lanzó a abrazarme sin poder contener las lágrimas mientras me decía que me quería muchísimo y no sé cuántas ñoñerías más de las nuestras.

8
DIEGO

—Mamá, lo necesito. Mi editor me ha dado un ultimátum y debo hacerlo.

Doblo con precisión los jerséis para meterlos en la vieja bolsa de asas de cuero que perteneció a mi abuelo y que me regaló al publicar mi primer libro. Poca gente comprendió aquel gesto. Siempre tuve una relación muy estrecha con él. Mi abuelo fue conductor de trenes y de vez en cuando hacía trayectos más largos, de ahí esa maleta, que compró en uno de esos viajes. Desde entonces lo acompañó siempre, y cada vez que llegaba con la bolsa, esta venía con un nuevo sello cosido en ella, que coleccionaba de las ciudades a las que viajaba. A mí me parecía una maleta con mucho recorrido, y al jubilarse me la dio, sabiendo que me creaba una curiosidad auténtica. Cada vez que volvía de un viaje con un nuevo sello, me contaba una historia, quizá inventada o quizá no, y mi fascinación aumentaba.

—Pero Candela…

—Mamá, está decidido. —Mentiría si dijera que su obsesiva manera de tratar el tema de Candela me sorprende; no me inmuto, aunque estoy bastante harto.

—Pero podrías llevártela.

Aliso la ropa antes de meterla yo en la bolsa, tratando de parecer amable. Una pena que sea el momento de estallar y comenzar la batalla.

—¡Basta, mamá! Lo hemos hablado millones de veces; déjalo ya, te lo ruego. No puedo más… —Termino la frase con un hilo de voz y de nuevo soy consciente del agotamiento al que estoy sometido día tras día. Para mi desgracia, nadie lo ve.

—Hijo, yo no quiero hacerte sufrir lo más mínimo, pero ella te necesita.

—¿Y lo que necesito yo? ¿Alguno se ha parado a pensar qué necesito yo?

Los ojos de mi madre me dicen que no es el día, que hoy no voy a ganar absolutamente nada. De hecho, nunca gano en este tema.

—Está bien, no quiero discutir contigo. —Sorprendido, me giro y la veo calmada y sin ganas de pelea. No es el día de batallar, al parecer, cosa que le agradezco. Me pregunta sobre el lugar al que

me trasladaré al menos un par de meses, hasta tener algo decente que entregarle a mi editor. Le doy la dirección, el teléfono del hostal donde me voy a alojar, y tras rodearme en un fuerte abrazo, me susurra consejos de madre al oído antes de dejarme marchar. Mira la bolsa de mi abuelo y sonríe—. Siempre he dicho que te convertiste en escritor gracias a las historias que te contaba.

—Puede ser. —Le devuelvo la sonrisa y, tras tomarnos lo que puede llamarse el «café de la reconciliación», vuelve a casa.

Yo paso el resto del día guardando todas las cosas que necesito para mi próximo viaje; hablando con Roberto, mi editor, que no deja de presionarme con la novela; revisando documentos de Word, borrando páginas completas y fumando. Mucho. En épocas de estrés me dejo llevar y fumo más de lo habitual. Es algo que Candela odia. De hecho, he llegado a pensar que lo hago más a modo de venganza. Una venganza de tapadillo, no directa, pues sería de una crueldad absoluta vengarse de alguien que no puede defenderse y cuyo único pecado, si lo podemos llamar así, ha sido enamorarse.

—Aún no lo entiendo. —Una desolada Candela se planta en la puerta del estudio mirando al suelo. Me doy la vuelta y apago el cigarrillo antes de acercarme a ella para explicarle nuevamente mi decisión—. Estoy asustada.

9

La noche previa a dejar mi casa no podía parar de recorrer el pequeño apartamento. Me sentía como si estuviera traicionando a alguien. Recuerdo cuando vi mi piso por primera vez. Llevaba visitando inmobiliarias y apartamentos cuatro meses. Estaba más que harta; no dejaban de enseñarme auténticos cuchitriles por los que pedían millonadas. El peor de todos fue un espacio de treinta metros cuadrados, con un baño en el que debía girar sobre mí misma para poder levantarme del inodoro; el resto del piso era un cuadrado con una cocina escondida tras un biombo, una cama empotrada en la pared y un sillón de una plaza. Tal cual. La cara que se me quedó debió de ser tan tremenda que la mujer de la inmobiliaria no hizo ningún comentario.

Había perdido toda esperanza de hallar algo medio decente cuando un día, al volver del colegio, mi suerte cambió. Había aparcado el coche una calle por detrás del piso donde vivía con Raquel por entonces. Normalmente encontraba estacionamiento más cerca, pero en esa ocasión no fue así. Tiempo después pensé que aquello no fue casualidad, sino causalidad. Era una tarde soleada, de esas en las que la cazadora te sobra y el sol calienta. Me senté en un banco antes de llegar a casa y alcé la cabeza, los ojos cerrados. Inspiré y espiré deleitándome en los rayos de sol que templaban mi rostro, y al abrir los párpados vi el cartel en uno de los balcones de enfrente. «Se alquila». No lo dudé y me acerqué hasta el portal. Quizá me encontraría con un nuevo cuchitril, pero si no lo intentaba, algo me decía que me iba a arrepentir.

El edificio no parecía muy viejo, a lo sumo, de los años noventa. Llamé al telefonillo y una mujer me abrió. Al subir le pedí disculpas nada más llegar por presentarme sin concertar una cita. La mujer que me abrió la puerta era una señora que rondaba la cincuentena; me sonrió y me dijo que no había ningún problema. Me permitió entrar en su casa y, según fui dando pasos, sentí algo extraño, como si hubiera estado recorriendo un camino muy largo y por fin hubiese alcanzando la meta. La dueña del apartamento me explicó que en realidad era la casa de su hija, pero que esta había encontrado el amor en otra ciudad y lo había dejado todo. Realmente llevaba poco tiempo con el cartel puesto, así que aquella tarde tuve que creer a la fuerza en el destino. Aquel pequeño apartamento de dos habitaciones, salón, cocina, baño y terraza

estaba predestinado para mí. En el comedor había grandes ventanales por donde se colaba una luz intensa que iluminaba la estancia. En un lateral descansaba un piano. Había acariciado sus teclas y, entonces, sucedió: amor a primera vista. Era uno de esos pianos antiguos, que respiran vida y que tienen mucho que contar.

El timbre sonó varias veces seguidas, devolviéndome al presente. Era nuestro código, sabía quién aporreaba sin descanso: Raquel y Penélope. Es curioso cómo el destino nos enlaza a las personas, a veces sin ton ni son, pero en otras ocasiones sabe muy bien lo que hace. Ya he hablado mucho de Raquel, mi compañera en trabajos, exámenes, fiestas, borracheras monumentales, confidencias y todo lo que conllevó mi etapa universitaria. Reconozco que hubo un poco de todo. Ella siempre ha sido bastante alocada y atrevida, y yo simplemente me dejaba llevar de su mano.

A Penélope la había conocido años después. Estaba en una exposición de arte, a las que no me quedaba más remedio que acudir sola, pues entre mis amigos y compañeros a nadie le interesaban las colecciones que se exhibían en una modesta galería cerca de casa. Siempre he sido «poco convencional» en lo que a gustos se refiere, y aquel lugar ya era un poco como mi hogar. Christine, la dueña de la galería, me recibía con su sonrisa francesa en los labios y una copa de champán Moët & Chandon cada vez que inauguraba. Y no es que tuviera un éxito arrollador, pues trataba de dar oportunidades a artistas aún desconocidos para el público. La ventaja de Christine era la cantidad vergonzosa de dinero que poseía. Casada con un magnate de las finanzas, siempre hacía lo que le apetecía, y su marido, que no la quería, sino que la adoraba, consentía cada pequeño capricho. Uno de ellos fue abrir esa galería en pleno centro de Madrid. Como la misma Christine me comentaba muchas veces, no ganaban demasiado, no les reportaba beneficios económicos importantes, pero la hacía feliz. Para Gerard, su marido, nada más importaba. Algunas noches me invitaba a cenar junto a ellos y, aunque el trabajo me absorbía casi por completo, trataba de acudir a alguna cena. Charlábamos durante horas sobre temas de los que no podía hablar con nadie más: arte, literatura francesa, películas europeas… Y en el fondo sentía envidia. Con David nunca había llegado a experimentar el amor que ellos se profesaban. Muchas veces se quedaban mirándose y hasta podías sentir que eras la pieza sobrante de la ecuación. Eran una pareja ideal, de cuento.

Una tarde, me encontraba en la galería de mi amiga Christine, que había dado la oportunidad a una fotógrafa que estaba comenzando. Esa persona era Penélope. Frente a una de sus fotografías, me quedé impactada. La exposición constaba de fotos

en blanco y negro sobre refugiados. Niños llorando, países devastados por la guerra, hambre, dolor… La imagen de una mujer cabizbaja, con la piel oscura y una lágrima surcándole el rostro, me pellizcó de tal forma que me llevé la mano a la boca.

—Impresiona, ¿verdad? —Esas fueron las primeras palabras de Penélope. Me giré sin saber que era la artífice de aquella instantánea y solo pude asentir, pues tanto horror empezaba a afectarme—. Desde la seguridad y las comodidades de tu vida, sin preocupaciones tales como si tus hijos tendrán para comer hoy o si mañana seguirán vivos.

Demasiado impactantes fueron las primeras palabras que compartimos. No entendía por qué una completa extraña me hablaba de aquella forma y, siendo honesta, pensé que era una pirada que se había colado en la exposición. Miré de reojo a Christine pidiendo auxilio en silencio, pero estaba inmersa en una conversación con Gerard, por lo que me ignoró por completo. Carraspeé sin saber qué decir o qué hacer, hasta que la inspiración divina se asomó.

—Precisamente por la crudeza son aún más expresivas. Reflejan su realidad, lo que han sufrido, lo que siguen padeciendo. Aunque yo no me vería capaz de hacer estas fotos sin echarme a llorar desconsolada, y no creo que sea lo que esta gente necesita —dije sin pensar mucho.

—Tienes razón, has dado en el clavo. Echarse a llorar sería como un insulto. Esa gente no necesita compasión, sino soluciones. Soluciones que, por cierto, jamás llegan, y las que lo hacen son como unas migas de pan. Lo que esas personas viven cada día no es ni parecido al infierno más horroroso que hayas padecido tú. —Me molestó su comentario. Aquella chica no me conocía en absoluto como para juzgar lo que había podido vivir yo, aunque la verdad era que ni por asomo había sufrido algo así. ¡Dios me librara! Debió de notar la ofensa en mi cuerpo tenso y entonces fue cuando la conversación empezó a fluir—: Disculpa, a veces me emociono y no mido el impacto de mis palabras, soy así de bruta. Soy Penélope Cartago, la autora de estas fotografías, y una bocazas en ocasiones.

Y así fue como nos conocimos. Empezamos a hablar de los refugiados, de sus circunstancias, de la experiencia de Penélope en zonas de conflicto tomando esas instantáneas, y yo me quedé maravillada ante la valentía de aquella chica que no era más alta que yo y que, por su aspecto, no parecía el tipo de persona que se la juega en situaciones así. Entonces me explicó que había nacido en ellas. Sus padres eran corresponsales de guerra, y durante años los acompañó de un lugar a otro. Los abuelos maternos siempre opinaron que era una verdadera locura y una irresponsabilidad por

parte de sus padres. Sin embargo, Penélope no parecía una mujer con traumas, todo lo contrario: era sensible, valiente y decidida. Por supuesto que había sufrido al ver a aquella gente en esa situación, pero de igual manera era algo que la hacía sentirse feliz. Lo llevaba en la sangre. Después de esa tarde que se nos hizo noche, nos convertimos en buenas amigas y desde entonces seguíamos siéndolo.

—Vais a quemar el timbre —contesté al telefonillo sin preguntar quién era.

—Perdona, galletita. —Me quedé extrañada al escuchar la voz de mi padre. Le abrí la puerta y, en los segundos que tardó en llegar, temí que algo hubiese sucedido. Me dio un abrazo y un beso al verme. Pasamos al salón y nos sentamos en el sofá mientras mi padre me rodeaba con su brazo.

—¿Está todo bien, papá?

—Claro, galletita. Quería venir a despedirme de ti, otra vez. —Me sonrió y me apretó un poco más fuerte. Estaba preocupado, no le gustaba nada mi idea de marcharme, pero, a diferencia del resto de la familia, lo respetaba.

—Es algo que debo hacer, que necesito hacer.

Asintió y me tomó de las manos; las frotó y las besó con dulzura.

—Lo sé, pero para mí siempre serás mi niñita, mi galletita, a la que quiero más que a mi vida, y se me hace difícil no poder ayudarte.

—Ya lo haces, papá, apoyándome y respetando decisiones que no compartes. —Nos fundimos en un abrazo lento y, tras darnos miles de besos y procurarme millones de consejos paternales, se fue a casa.

Media hora más tarde volvía a sonar el timbre de la misma forma insistente. Dejé la novela que estaba leyendo, y que me tenía muy intrigada, y pensé que quizá sería el turno de mamá o de Adri.

—¡Alohaaaaaaaa! —gritaron a la par mis locas amigas. Supuse que venían a celebrar mi partida, mi huida hacia delante.

Cuando abrí la puerta, comprendí el porqué del «aloha». Iban vestidas como hawaianas; no les faltaba un solo detalle. Me pusieron un collar y una diadema de flores para rematar el conjunto con la clásica faldita, porque de los cocos en los pechos pasé, a pesar de su obstinación.

—¿Pero vosotras os habéis mirado en un espejo? No estamos en Carnaval.

Se miraron la una a la otra sin entenderme, como si estuviera diciendo una soberana estupidez.

—Querida Bea, tienes que ser más espontánea y dejarte influir menos por lo que dirán. ¿Que de nuestra casa hasta aquí nos han

silbado, piropeado y aplaudido docenas de personas? Sí, ¿y?

No supe qué contestarle a Raquel, pues, aunque estuviera pirada, era una de las mejores amigas que había conocido jamás. Había retrasado su viaje para poder estar conmigo, ayudarme con la mudanza y hasta para celebrar una absurda fiesta hawaiana con el único afán de animarme y de que me llevara el mejor de los recuerdos de una etapa algo depresiva. Acepté sus palabras, ya que llevaba razón. A mí me afectaba tanto lo que otros pudieran opinar sobre mí que podían llegar a hundirme, a pesar de no querer que así fuera.

Penélope puso música hawaiana y empezó a imitar los bailes, aunque, sinceramente, parecía más un pato mareado. Raquel tiró de mí y nos unimos a su movimiento chorra. Pedimos comida china (que se salía un poco de la temática de la fiesta), bebimos cócteles que inventaron entre Raquel y Penélope y bailamos mucho. Y así llegamos al final del día, encerradas en casa con comida, música y alcohol para detener un tren.

—No recuerdo haber bebido tanto en siglos —murmuró Raquel cuando las existencias se hubieron acabado.

—¿Siglos? Hace un mes te cogiste la misma en la fiesta de despedida de David.

—Tenemos que dejar de despedirnos de esta forma tan alcohólica. Mañana os voy a odiar por marcharos y por obligarme a beber hasta el agua de los floreros. Veréis qué resaca. —Penélope se llevó la mano a la cabeza temiendo que al día siguiente le estallara, como sucedió, de hecho.

—Oye, Pe, que nosotras jamás te abrimos la boca ni te metemos el alcohol con un embudo —bufó Raquel. La ofendida le mostró el dedo corazón y yo prorrumpí en risotadas típicas de borracha, que contagié a las otras dos. Penélope borró la mueca de enfado y se unió a nosotras.

Una broma llevó a otra, y así estuvimos las tres, recordando amores fracasados, trabajos estresantes, polvos de *pim pam* que era mejor olvidar, recuerdos de la infancia… Gracias a ellas, me llevé uno de los mejores recuerdos, que atesoré durante mucho tiempo y que siempre me acompañó, en especial en los momentos de bajón en mi nuevo destino.

10

Me bajé del tren con la misma maleta que me había llevado aquel verano que estuve haciendo un curso en Canadá durante un mes, es decir, tamaño *queen size*. Comencé a andar en dirección a la parada de taxis. A esas alturas ya no estaba para desplazarme en autobús al pueblo donde me iba a alojar por un tiempo. Los nervios del estómago me habían impedido desayunar esa mañana, así que al mediodía estaba al borde del desmayo.

Por suerte, no había habido más reproches por parte de mi familia ni intentos de evitar mi marcha. La nada, como en *La historia interminable*. Nadie se puso en contacto conmigo para desearme un buen viaje, y aunque deseaba que no me molestase, lo hacía, me dolía. Joder, era mi familia. Después de mucho pensarlo, me di cuenta de que en realidad pretendían transmitirme que no estaban de acuerdo con mi decisión. Aun así, escocía.

Al salir a la calle, el sol me dio en toda la cara, recordándome que lo importante en ese momento era yo y lo que necesitaba. Respirar, volver a encontrar la emoción en mi trabajo, sentirme a gusto en él, satisfecha, orgullosa, realizada…

Tras meter el equipaje en el maletero de un taxi, entré en el vehículo y le di la dirección al conductor. Mientras me llevaba a mi destino, escribí a mis amigas para avisarlas de que todo había ido bien y también mandé un mensaje a mi familia. Su respuesta fue bastante escueta: algún «OK» y algunos pulgares hacia arriba. Seguían emperrados en mantener esa actitud, y aunque me sentía apenada por ello, me dije que no iban a amargarme aquella aventura que me tenía tan emocionada. No tenían ese derecho; después de todo, no estaba haciendo nada ilegal ni dañando a nadie.

Por el camino, comencé a pensar cómo los últimos meses me habían quedado demasiado grandes. Por ello esa urgencia de escapar adonde fuera. No es que el pueblecito al que me dirigía estuviera entre mis destinos soñados, pero tenía una playa, estaba en una zona con mucho sol y era pequeño. Tranquilidad con solecito, era el plan ideal. Admito que lo que andaba buscando era esconderme, apartarme de todo lo conocido, que me ahogaba cuando se suponía que debía hacerme feliz o, al menos, no asfixiarme de aquel modo. Con mi familia sucedía lo mismo: sentía cada día una presión que me desbordaba, que me situaba entre la

espada y la pared.

—Hemos llegado, señorita.

El trayecto se me hizo tan corto que no pude disfrutar del paisaje. Había ido enfrascada en escribir los mensajes y en leer las respuestas, alocadas y emocionadas las de mis amigas, parcas las de mi familia. Pagué al conductor y, tras coger la maleta, me giré para ver dónde me hallaba. El taxista había aparcado en un caminito de piedras y tierra con el mar al lado, y se marchó emitiendo un sonido característico con los neumáticos. Yo, por un instante, me quedé obnubilada al contemplar la inmensidad del mar, el tono azul y las olas surcándolo. Cerré los ojos, alcé la cabeza para recibir los rayos de sol que empezaban a calentar ya en el comienzo de la primavera y suspiré hondo. No había ruido de coches, gente o niños gritando. Solo silencio, una calma un tanto apabullante.

Tras unos minutos de paz, como Dorothy decía, seguí el camino de baldosas amarillas, aunque en ese caso era más bien de tierra con pedruscos. Guiada por el GPS del móvil, subí calles empedradas con puertas de colores, ojeé algunas tiendas artesanales en el trayecto, y todo ello acompañada del mar, que no dejaba de verse en ningún momento. Tras recorrer la ruta que debía llevarme al hostal, suspiré al divisar el edificio. Era un bloque de pisos de cuatro alturas, completamente blanco, tanto que incluso deslumbraba bajo el sol. Arrastrando la maleta, entré en el *hall*. Había un mostrador con un chico joven tras él y una estantería repleta de llaveros numerados colgando. A juzgar por la entrada del hostal, era una construcción antigua.

Me acerqué al joven, que hojeaba una revista de cómics.

—Buenos días. Mi nombre es Beatriz Gálvez, tengo una habitación reservada.

El joven alzó la vista y me miró extrañado. Por un momento pensé que me había confundido de hostal o incluso que aquel lugar era peor que la pensión de *Psicosis*.

—¡Abuelo! Nueva clienta —gritó mirando hacia mi derecha, donde había una puerta abierta. Un señor de unos sesenta años apareció por ella con una sonrisa deslumbrante.

—Bienvenida al hostal Adela. —La primera vez que leí el nombre del hostal me había echado a reír sin remedio, pero una vez que fui revisando las fotos y las opiniones de los clientes, no tuve ninguna duda. Era un lugar acogedor, lo más parecido a un hogar.

—Gracias, soy Beatriz Gálvez. Hice una reserva hace unas semanas.

El hombre abrió un libro con muchos nombres y fechas apuntados en él; repasó con el dedo una a una hasta que señaló sonriendo.

—Aquí está, la señorita Gálvez. —Se giró para coger una llave y me la ofreció—. Mi nieto la acompañará a su habitación, pues yo tardo mucho en subir las escaleras.

Le devolví la sonrisa, sintiéndome un poco incómoda cuando el adolescente cogió mi maleta y enfiló el camino sin esperarme. En la página donde había encontrado el anuncio del hostal me había llamado la atención que en pleno centro del pueblo no hubiese conexión a internet ni ascensor. Sin embargo, los clientes que se habían alojado en él lo tildaban de entrañable y acogedor. No tuve ninguna duda más.

Abrí la puerta y el chico dejó mi maleta a la entrada, cerró tras de mí sin despedirse y desapareció; el eco de sus pies arrastrándose resonó en el suelo. La habitación no era muy grande: una cama de matrimonio, una mesita a cada lado, una cómoda con un espejo y un armario. El baño estaba en el pasillo; era lo que menos me gustaba, pero esperaba acostumbrarme a ello. Una suave brisa inundaba la estancia. De todo el conjunto, lo que atraía con más fuerza era la terraza que se abría del otro lado de dos puertas de cristal, una de ellas abierta, tras una cortina blanca que ondeaba. Se vislumbraba un fondo azul, así que me acerqué y salí a la terraza, que era bastante amplia. Una pequeña mesa de madera, un sillón blanco y, sobre la mesa, un cenicero que me provocaba volver a fumar. Lo había dejado un año atrás, aunque de vez en cuando tenía mis encuentros fortuitos con los cigarrillos, que solía esconder en casa para que mi madre no me echara la bronca. Me aferré a la barandilla de madera; repasé el borde con mis dedos, acariciándola muy despacio. Miré al frente y de nuevo el mar me saludó, unido a un cielo igual de azul. Cerré los ojos y volví a abrirlos, y allí, en medio de una nada desconocida para mí, comencé a encontrarme.

11

DIEGO

Después de muchas conversaciones y discusiones, lo he logrado. Me he marchado. He dejado todo y, con la excusa de acabar el manuscrito, he huido. No podía más. Cuando me subí al tren, aún llevaba la amargura del beso de Candela en los labios. Sus manos aferradas a mi cintura, su cabeza escondida en mi pecho, mojándome la camisa con sus lágrimas… Soy un jodido hijo de puta. Llevo con ella diez años, los mejores y los peores que me ha otorgado la vida. Pero… ya no. Ya no hay nada rescatable en nuestra relación; ambos lo sabemos. Ni siquiera los remordimientos, de los que se aprovechaban para que no reuniera el valor suficiente para dejarla. Este *descanso* es lo único a lo que puedo agarrarme para no consumirme junto a ella.

Sé que no es un adiós, sino lo que se suele llamar un «hasta luego».

El viaje se me hace más largo de lo que realmente es. Rememoro nuestros mejores momentos, también los malos, los regulares y las pesadillas. Y de alguna manera, siento nostalgia, dolor y pena. Ya ni siquiera las cosas buenas que compartimos compensan el otro lado.

Bufo, revolviéndome el pelo, y me llevo las manos a la cabeza gritando en silencio, porque es lo que necesito de verdad: chillar, sacarme de dentro toda la porquería que llena mi vida desde hace años.

El tren deteniéndose me devuelve a la realidad, a respirar, a tomar aire lejos de todo lo que ayudaba a acabar conmigo. Y a pesar de tener que terminar el manuscrito (que es un asco de arriba abajo), me siento aliviado por tomar distancia y por ser libre. Libre de ella, de mis padres, de nuestra relación de mierda…

Me bajo en el andén y cojo un autobús que me llevará hasta mi ansiada libertad.

12

—Pero si por las fotos parece un cuchitril de mierda. —Penélope era así, brutalmente sincera y directa.

—Es un cambio. A mí me parece perfecto —le dije desde la terraza, de donde apenas me movía.

—Una mierda de sitio, Bea. Vale que tengas el mar al lado y que sea un lugar bonito, pero a los dos días tú ya te has hartado y estás aquí de vuelta. —A veces me escocía su capacidad de decirme las cosas a la cara.

—Tú piensa lo que quieras. Ven a verme si te apetece. Te dejo, que voy a dar un paseo por el pueblo. —Y así zanjé una conversación que me estaba empezando a producir un resquemor incómodo. En realidad, no iba a dar ningún paseo. Vivía feliz en la terraza cuando no estaba en el comedor leyendo o hablando con Genaro, el dueño del hostal, que era una persona de lo más entrañable.

Por la tarde decidí dar una vuelta por la playa. Ya llevaba allí una semana, aunque aún no había bajado hasta ella. Los primeros días los dediqué a dormir más de diez horas al día, comer, salir a la terraza a respirar el olor a sal, hablar con Genaro sobre aquel lugar, en el que llevaba toda su vida, y leer. ¡Dios mío, leer! Debería ser un pecado capital. Yo podía leer durante horas sin distracciones, sin comer, sin beber ni comunicarme con nadie más en el planeta. No sabía cerrar después de un capítulo, y me daban las tantas de la madrugada acabando el libro, a veces con una sonrisa, otras con lágrimas en los ojos.

Llegué a la playa con uno de mis libros, me senté en la arena y miré el mar embobada. A principios de mayo ya había gente bañándose en él, aunque yo era bastante friolera y no era capaz de meterme a no ser que hubiera más de cuarenta grados.

Nunca había analizado el efecto hipnótico que el mar ejercía sobre mí. Allí seguía, mirándolo, sin articular palabra. Estaba en un pueblo costero, como en las vacaciones de la infancia, cuando íbamos a un apartamento con todos los bártulos durante quince días. Playa y piscina eran nuestra rutina, y yo regresaba a Madrid con un tono dorado en la piel que me duraba unos días.

Desde el relax de aquel rincón hice un barrido de mi otra realidad, la que me esperaría en Madrid. Un trabajo que había dejado de gustarme y motivarme; una familia cuyos miembros

vivían y miraban solo por sí mismos y en la que a veces no me sentía cómoda, sino desubicada y desplazada. Los problemas se veían minúsculos desde la playa. Y de nuevo me dije que podía comenzar de nuevo, que, como rezaba la frase, «cuando se cierra una puerta, una ventana se abre de par en par». En aquel paraíso, mi paraíso, encontraría las fuerzas, la energía para volver a ilusionarme y ser yo de nuevo.

***

—Sí, Raquel, todo bien… No, aún no he conocido a nadie que no sea el dueño del hostal… ¡Qué tonterías dices! Venga, te cuelgo, que allí es tardísimo. Un beso a David.

Colgué el móvil con los ojos en blanco. Mis amigas no habían dejado de llamarme o escribirme desde que llegué al pueblecito costero, aunque al mismo tiempo no dejaban de exigirme que saliera a conocer gente, como si eso fuera tan sencillo. No sabía qué esperaban, ¿que saliera a la calle con un cartel tipo «busco amigos» o «dame un abrazo»? Mi familia, por otro lado, apenas se había puesto en contacto conmigo. Seguían resentidos, sin entenderme, y a mí no me quedaban fuerzas para pelear con ellos.

—Buenos días, señorita Beatriz. —Genaro era un hombre chapado a la antigua y, por más que le pedía que me llamase Bea, a secas, no había forma.

Aquel día había bajado a desayunar antes de lo normal por la temprana llamada telefónica de Raquel. Fui directa a la cocina, me senté a la mesa del centro y esperé a Genaro, pues no había nadie más en el comedor. Normalmente había un mínimo de seis huéspedes, y más los fines de semana, pero a esas horas no había ni Cristo.

—¿Cuántas veces le he dicho que me llame Bea, solo Bea? —le pedí a Genaro, que llegaba con la cafetera para servirme el primer café del día.

—¿Y yo cuántas veces te he pedido que me tutees, criatura?

El café humeaba según caía sobre la taza de porcelana con la que nos agasajaba el dueño del hostal. Todo en aquel sitio resultaba entrañable, como decían los clientes en diferentes portales de internet. Las tacitas de porcelana, las vajillas floreadas, la habitación estilo años sesenta. Era extraño, porque contrastaba con un toque más moderno, como la decoración de la terraza o el baño del pasillo donde se ubicaba mi habitación.

Genaro se sentó a mi lado con otra taza de café y un par de platos con bizcocho casero.

—Creo que me ha quedado rico, pruébalo a ver.

Tomé el tenedor y partí un pequeño trozo para probarlo. Hmmm, una delicia, como siempre. Me sorprendía muchísimo que un señor de su edad regentara aquel hostal, incluida la cocina, pues no pertenecía a una generación en la que los hombres se dedicasen a las labores del hogar.

—Una maravilla, como suele ser habitual, Genaro.

El hombrecillo se sonrojó y degustó su propio bizcocho, cerrando los ojos por un momento.

—Es el bizcocho que durante años me preparó mi Adela. —Desvió la mirada al estante que había tras nosotros, donde reposaba una fotografía en blanco y negro de una mujer. Aún no me había atrevido a preguntarle sobre ella, aunque ya suponía que se trataba de su esposa.

—Pues está delicioso, habría que felicitar a la creadora. —Y así, sin filtrar, provoqué que los ojillos del anciano se humedecieran. El mío era el don de la oportunidad.

—Ojalá pudiéramos hacer eso, pero mi querida Adela nos abandonó hace unos años. Desde entonces he tenido que llevar todo esto yo solo. —La melancolía teñía las palabras de Genaro, y en ese instante deseé que tuviéramos la confianza necesaria para agarrar su mano e incluso darle un abrazo, de esos que alivian y calman un poco la pena que nos oprime el corazón cuando alguien nos deja.

—Lo siento mucho, no era mi intención entristecerte.

—No, criatura, no me pones triste. Siempre es una alegría hablar sobre ella. De hecho fue suya la idea del hostal. Llevábamos casados cinco años; yo trabajaba en el puerto, en la lonja, pero Adela estaba en casa. Enseguida tuvimos hijos y se dedicaba por entero a ellos. Por desgracia las cosas en la lonja no iban bien, así que tras recibir una herencia de un tío materno, me planteó la posibilidad de comprar un edificio y crear este magnífico lugar. Sé que para muchos no será gran cosa, pero se convirtió en nuestro verdadero hogar. —Caray con la tal Adela. No había sido tampoco al parecer una mujer de su tiempo, sino que había estado muy adelantada. Bravo por aquellas mujeres luchadoras que no se habían quedado en casa a criar a sus hijos, porque habían sido mucho más que eso.

—¡Guau! Seguro que era una mujer de armas tomar —bromeé, intentando que esbozara una sonrisa.

—Así era ella, siempre peleando, siempre luchando. No te voy a engañar. Hubo momentos muy duros, en especial al principio. El edificio estaba hecho un asco y lo levantamos de la nada. Nos gastamos una cantidad desorbitada de dinero y los comienzos

fueron terribles. Yo creía que nos íbamos a arruinar, pero Adela no desistió jamás y, sin saber nada de lo que hoy se llama *marketing*, hizo un trabajo de campo admirable. No sé cómo, de un día para otro empezó a llegar gente y más gente, y con ella llegó el equilibrio. Recuperamos el dinero invertido y más. Nuestros hijos pudieron ir a la universidad fuera, en el extranjero. Ella era una todoterreno, se encargaba de absolutamente todo mientras yo seguía con mi trabajo en el puerto. Poco la podía ayudar…

—Estoy convencida de que era alguien muy especial.

Me miró con ojillos acuosos, pero sonriendo.

—Ya lo creo que lo era, hasta para enamorarme. No fui yo quien fue tras ella para conquistarla. Adela iba a la lonja con su padre cada día a vender el pescado y, desde que nos conocimos, no dejó de acercarse a mí para hacerme cientos de preguntas sobre la mercancía, de la que, siendo su padre pescador, sabía más que de sobra. —Una carcajada llenó el ambiente—. Yo creo que se dio cuenta de mi timidez y se lanzó ella. Y así, un día tras otro, nos acostumbramos a vernos y a hablar. Si faltaba en alguna ocasión por estar enferma o porque su padre no llevaba mercancía a la lonja, la echaba de menos. Una mañana acudió sola y se me declaró. La pobrecita estaba harta de ir todos los días y que yo no le dijese lo mucho que me gustaba. Casi me dio un ultimátum; era auténtica, mi Adela.

Aquello era amor: los ojos encendidos al hablar de su mujer, la pasión que ponía en cada palabra al recordarla. Qué envidia, y nada sana, la que sentía.

—Cuando los médicos le detectaron la enfermedad, se puso muy seria conmigo y me exigió que siguiera en este lugar que era nuestro hogar, donde criamos y sacamos adelante a nuestros hijos. Me enseñó a cocinar, porque, como sospecharás, yo no tenía la menor idea. Contraté a gente para ayudarme a hacer las habitaciones y a limpiar. Al principio no podía con todo. No sentía únicamente el agobio y el dolor que me provocaba ver a la mujer de mi vida apagarse, sino que además debía aprender a ser ella.

Y entonces no me hizo falta tener más confianza, simplemente humanidad. Agarré su mano asintiendo, diciéndole con la mirada que lo comprendía y que me dolía mucho, a pesar de no haberla conocido, que lo hubiera dejado solo. Genaro puso su otra mano sobre la mía y le dio un par de golpecitos antes de levantarse a recoger el desayuno. Yo salí en silencio, dejándole espacio al hombre que miraba la fotografía de su mujer. Antes de salir de la cocina, me di la vuelta para ver cómo acariciaba el marco con lágrimas cayéndole por las mejillas.

13

—¿Y no te ha dicho nada más?

—No, David, solo lo que te he contado ya. Solamente ha conocido al dueño del hostal donde se aloja, y debe de ser mayor, porque no nos ha mandado ninguna fotografía del tipo en cuestión. Si estuviera bueno, ya lo tendríamos en el WhatsApp.

Llevábamos juntos en Noruega ya unas semanas, y nuestras conversaciones siempre rondaban alrededor de Beatriz. No me malinterpretéis, porque es una de mis mejores amigas, pero, joder, su novia era yo.

—No me gusta nada el sitio donde se hospeda, las fotos son horrorosas. Parece el caserón de *El resplandor*, no me jodas. —Mientras yo cocinaba, se puso a mi lado con mi teléfono móvil y volvió a enseñarme por novena vez las fotografías que Bea nos había enviado del hostal al llegar—. Mira, si es que hasta las paredes tienen el mismo papel. Joder, qué siniestro.

Apagué el fuego y retiré la sartén. Me quité el delantal, cabreada.

—¡Si tanto te preocupa Beatriz, vete con ella y a mí déjame ya en paz! —Salí de la cocina y subí las escaleras de cristal hasta el piso superior, donde teníamos la habitación. Aquella casa era toda vanguardista y yo no acababa de hacerme a la idea. A David le encantaba, y por eso me había callado, pero no me convencía.

Quizá podéis pensar que era una egoísta y no me preocupaba por mi amiga, pero desde que habíamos llegado a Noruega no hacía más que hablar de ella. No habíamos inaugurado la casa follando en cada rincón, y ni siquiera habíamos salido a cenar para celebrar nuestra nueva vida. Bea, Bea, Bea… era lo único que mencionaba.

—¿Qué coño te pasa? —Con cara de alucine y de tonto total, se apoyó en el marco de la puerta. Resoplé y me di la vuelta en la cama sin querer ni mirarlo—. No he entendido nada de lo que ha pasado ahí abajo. ¿Qué mierdas tienes metidas en la cabeza?

Y entonces exploté:

—¿Pero me lo dices en serio, David? —Me puse de rodillas en la cama gesticulando como una loca. Cuando me enervaba, no paraba de hacer aspavientos ni de gritar como una posesa—. Llevamos aquí varias semanas. No hemos salido a celebrar este cambio de vida, que, se supone, es algo importante para los dos; no hemos salido a comer con los compañeros de oficina ni hemos ido al cine, no; a ti

te preocupa todo el tiempo ella. No tienes otra cosa en la puta cabeza. ¿De verdad no te das cuenta de que ella parece más importante que yo?

—No me puedo creer que estés diciéndome esto en serio. Joder, Raquel. No te tenía por una persona celosa.

—Y no lo soy, hasta que me tocan mucho los ovarios y el que se supone que es mi pareja se preocupa más por su exnovia que por la actual. —Me bajé de la cama. Quería salir de la habitación, pero David no se apartaba del umbral y me bloqueaba el paso. Me crucé de brazos, enfadada, y, resoplando, puse distancia.

—Entiendo que quieras que celebremos que estamos aquí y que empezamos una nueva aventura, pero tú no tienes ni la mitad de trabajo que tengo yo. ¿Sabes qué tengo en la cabeza? Trabajo, trabajo y más trabajo. Hacerlo todo lo bien que pueda para que no me manden de vuelta a España con un fracaso a la espalda.

—¿Estás menospreciando mi labor? Te recuerdo que sigo siendo secretaria de dirección y que me dan las tantas en esa oficina. —Volvía a elevar la voz sin poder evitarlo. El corazón me iba a mil por hora, me encontraba al borde del infarto.

—Y cuando llegas a casa, te dedicas a leer, a ver series y a hablar por el móvil tan tranquila, pero ¿yo qué hago? Encerrarme en el estudio a seguir currando como un jodido esclavo. —Señaló en dirección al estudio, donde era cierto que se pasaba las horas muertas. Un atisbo de culpa se asomó en mí, pero enseguida fue sepultado por la rabia.

—¿Qué somos ahora, el cavernícola y la mujercita que lo espera en casa?

Bufó y dio media vuelta antes de volver a mirarme.

—Reconozco que no te he dedicado tiempo, que no nos hemos dedicado tiempo, pero el trabajo me supera y solo estoy preocupado por Bea, por *tu* amiga. No creo que sea nada extraño, joder. ¿Aún no sabes que te quiero? ¿Me habría venido a un país extranjero contigo si no lo significaras todo para mí? —Se apuntó hacia el pecho, hacia la zona donde tenía el corazón, mientras no dejaba de mirarme con dolor.

—Entonces, ¿por qué no le hemos dicho todavía que estamos juntos?

—Pensaba que era cosa tuya, que sentías que la estabas traicionando por eso de no liarte con los ex de tus amigas.

Suspiré.

—Vale, David, no hay más que hablar. Voy a darme un baño. —Me dirigí al armario y cogí ropa limpia antes de entrar en el cuarto de baño que teníamos dentro de la habitación. Fui despacio, esperando que se diera cuenta de que le estaba dando tiempo para

que se lanzara a mis brazos, me estrechara con fuerza y me dijera de nuevo que me quería y que era lo mejor que tenía en su vida. Por desgracia, muchas veces los deseos que no exteriorizamos se quedan atrapados en algún rincón de nuestro interior, y con el tiempo terminan dañándonos.

14

Dos semanas en aquel lugar y no podía estar más relajada y tranquila. Había hecho un intento de acercamiento a mi madre y, aunque al principio me contestó con monosílabos, poco a poco la conversación fluyó. David me llamaba, al igual que Raquel, día sí y día no, y Penélope me enviaba fotos de los tíos con los que se liaba para que nos echáramos unas risas, porque algunos eran de traca. Menos mal que no era una persona demasiado sensible y se tomaba con humor los encontronazos que tenía con algunos. Ella quería disfrutar de la vida; los conocía por internet, quedaban una primera vez para un café y, si el chico le gustaba, la segunda cita ya era CCC, o lo que es lo mismo, cena-copa-cama. Alguno, tras el polvo de rigor, no volvía a dar señales de vida, pero a ella no le afectaba porque había sido simplemente un desahogo y le había proporcionado sus buenos orgasmos. Creo que hasta ese momento no la había visto enamorarse de nadie. Penélope era feliz así, aunque a mí algunas veces me entristecía pensar que no había sentido lo que era el amor. Yo solo lo había experimentado con David y me daba pena no haberlo vivido de nuevo, aunque tampoco me esforzaba en buscarlo.

Dejé de vaguear y me animé a conocer el pueblo en el que vivía. Genaro me facilitó guías de viaje y me dijo adónde debía ir para conocer lo más bonito de su localidad natal. Tras desayunar con él en la cocina, lo que ya era una tradición, me crucé el bolso y salí a hacer turismo. Anduve durante media hora para llegar a una de las iglesias más hermosas del lugar. Situada en una montaña, las vistas eran espectaculares, con sus tejados rojizos y el mar Mediterráneo al fondo, salpicado de pequeñas barcas que se mecían con las olas. Alrededor de la iglesia se encontraba el casco histórico, que visité deambulando sin rumbo fijo, sorprendiéndome con los colores, olores y rincones que iba encontrando. Entré en una galería de arte, cuya visita ese día era gratuita, y conocí el arte de jóvenes artistas del pueblo; compré objetos artesanales para llevarme a casa y decorar mi pisito de alquiler, y acabé en el paseo marítimo con el ruido de las olas rompiendo como banda sonora.

Volví al hostal con una enorme sonrisa en el rostro. No cabía la mínima duda de que no me había equivocado al elegir aquel destino. ¡Me encantaba! Subí a mi habitación para dejar lo que había comprado y coger la ropa para darme una ducha si pillaba el

aseo vacío. Tuve suerte y pude incluso darme un baño con unas pompas de jabón que había comprado aquella misma mañana, con la música de Sidecars de fondo. Un par de horas después, y algo arrugadita, salí del baño y me tumbé en la cama a leer con relax absoluto. Un relax que yo pensaba que me iba a durar toda la tarde. Qué equivocada estaba…

Sonó mi móvil y, al ver que era mi madre, me alegré, pues intuí que por fin empezaba a ceder y a dejar de estar enfadada conmigo.

—¡Hola, mami! —Hacía meses que no me sentía así, tranquila y distendida en una charla madre-hija.

—Hola, cielo. ¿Cómo te va? —Su tono ya me hizo sospechar que algo sucedía.

—Genial, mamá. Hoy he estado haciendo turismo y ¡ufff! Esto es una maravilla; es un pueblo precioso, mamá. Podríais venir papá y tú a verlo; estoy segura de que cuando se lo diga a Genaro, el dueño del hostal, no pondrá ninguna pega y podréis alojaros aquí conmigo. —Estaba emocionada.

—Cálmate, que te va a dar algo con tanta emoción. Es un simple pueblo de la costa que en breve se llenará de guiris y delincuentes. ¿Ya has acabado de hacer el tonto? ¿Cuándo vuelves a casa? Ya es hora de que abandones tus estúpidas fantasías de niña pequeña y lidies con los problemas del mundo real. Madura de una vez, Beatriz. —Un jarro de agua helada no se comparaba a lo que sentí al escuchar las palabras de mi madre.

—Mamá, ¿me llamas por algo en concreto o simplemente para darme tu visión una vez más? Porque, créeme, no la necesito. —Iba a empezar a enfadarme, así que, sin pensarlo, le colgué. Demasiado tarde; la rabia se apoderó de mí y comencé a sollozar con pena y con una ira que iba creciendo a cada segundo. Volvió a llamarme, pero la ignoré, por lo que decidió mandarme mensajes.

Vuelve a casa ya y déjate de bobadas.
Ya ha durado mucho tu aventura.
Es hora de que madures y te enfrentes a la realidad.
¡Trabaja!

Y así estuvo más de media hora, mientras yo no paraba de llorar por haber recibido una vez más la incomprensión de quien, se suponía, tenía que apoyarme más que nadie en este puto mundo. Cabreada, puse el teléfono en silencio y salí a la terraza a disfrutar del poco sol que quedaba. Recordé que me había traído los cigarrillos que tenía escondidos en casa por si se daban casos de emergencia, como aquel. Entré de nuevo en la habitación y los cogí; busqué el mechero como loca. Con el enfado, no estaba muy lúcida

y no sabía dónde tenía las cosas. Volqué el contenido del bolso sobre la cama y por fin apareció el mechero dorado que me había regalado Penélope cuando le anuncié que iba a dejar de fumar, la muy cabrona. Salí a la terraza y me encendí uno mientras veía que el móvil se iluminaba en silencio.

—¡Basta, joder! ¡Para de una puta vez! —grité al teléfono, aun sabiendo que ella no podía escucharme, pero eso me alivió en parte. Lo sostuve entre las manos; lágrimas de rabia inundaban mis ojos.

—¿Tienes un cigarro? —Una voz a mi izquierda me sobresaltó de tal manera que el móvil salió volando, brincó en mis manos un par de veces y, sin remedio, cayó por la barandilla. Me agarré a ella mirando hacia abajo y lo vi estrellado contra la acera. Fue el fin de su corta vida, pues hacía apenas seis meses que lo tenía conmigo.

—¿Tú eres idiota o qué coño te pasa? —vociferé hacia quien había provocado el fatal accidente.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas al ver que no llevaba camiseta y que era el escritor al que yo idolatraba desde hacía años. ¡Joder, Diego Marín en persona! Y allí estaba yo, con los ojos enrojecidos, la nariz como un tomate, fumando como un carretero y chillando a una de las personas a las que más admiraba. Me observaba frunciendo el ceño, y no era de extrañar, porque solamente me faltaba estar rodeada de gatos para parecer una puta loca.

Hice como si aquel encuentro no hubiera existido y me refugié dentro de mi habitación. Me lavé la cara y bajé a por lo que quedaba de mi teléfono móvil. No salí a cenar; preferí quedarme escondida entre aquellas paredes. Solo cuando me cercioré de que todos los huéspedes se habían ido a la cama, bajé a la cocina a robar algo del frigorífico. Me sentía avergonzada, dolida y enfadada. Los días que habían pasado, y que fueron el comienzo de algo nuevo y positivo, de golpe se desvanecieron. Perdieron su brillo y me sentí otra vez pequeñita.

15

DIEGO

La chica que apareció en la terraza tenía pinta de loca, y no lo digo solo porque le gritara a un teléfono. Cuando se giró, lo comprobé: los ojos tan rojos como la nariz, señal de que había estado llorando; el pelo castaño todo revuelto, y las voces que daba… Pues eso, una pirada. Y la tengo justo al lado de mi habitación; esto es suerte y lo demás, tonterías. Cuando vine aquí, buscaba sosiego, paz, y algo me dice que esa mujer, si se queda muchos días, no va a facilitar que yo encuentre lo que ando buscando.

Me asomo a la terraza una vez que se marcha; no hay rastro de ella. Me apoyo sobre la barandilla mirando al mar, que me tiene hipnotizado desde que llegué aquí. Me crie al lado del mar, pero este que tengo frente a mí posee un tono azulado diferente, quizá por el sol, que también brilla de otra forma; la luz en este pueblo es distinta. Aunque seguramente las sensaciones que he experimentado estos días no son del todo objetivas, porque se deriva de encontrarme en otro lugar, lejos de lo que me asfixiaba.

Miro hacia abajo al oír un grito y veo que la misma chica que hace un rato le gritaba improperios al teléfono lo hace de nuevo. Recoge pieza a pieza, porque el móvil está destrozado, y camina hasta un banco cercano. Se sienta con el rostro muy triste; parece desolada. A lo mejor es una de esas frikis que no saben vivir sin internet y las tres mil redes sociales a las que todo el mundo parece enganchado. Sé que un escritor debe estar comunicado con sus lectores y mostrarse «disponible», pero le fui muy sincero a mi editor el día que me contrató: yo no voy a ser uno de ellos. Tengo grupos de lectores y de fans enloquecidas, aunque de estas últimas a veces dudo si leen mis libros o solo se fijan en mi aspecto. No es que sea un *sex symbol,* ni me lo creo, pero no estoy nada mal, y ese rollo de la barbita, pelo negro revuelto, ojos oscuros y buen cuerpo (porque me cuido) las vuelve locas, pero de remate. De hecho, y por desgracia, más de una vez he tenido algún desagradable encontronazo con algunas lectoras.

Pero a lo que iba: la chica del banco sigue mirando su teléfono como si la intensidad de su mirada consiguiera que todas las piezas se juntaran de nuevo y volviera a tener su aparato en perfectas condiciones. Es irónico: ella tan desesperada por recuperarlo, y yo

deseando que se estropee para no comunicarme con nadie. Como si tuviera un imán que atrae los malos pensamientos, mi móvil empieza a sonar insistentemente. No necesito mirar para saber de quién se trata. Lo dejo pasar una, dos, tres veces, pero a la cuarta me digo que si no le respondo, podría causar un cataclismo.

—Dime, Candela. —Suspiro resignado.

—¿Qué hacías que no contestabas? ¿Estás por ahí? Se supone que te has ido para acabar el manuscrito del demonio. —Genial, está cabreada. No sé si prefiero a la Candela enfadada o a la triste. Sin duda, la primera puede llegar a ser muy cruel.

—Estaba en la terraza y no lo había escuchado. Tengo el teléfono dentro de la habitación, ya sabes que no suelo estar pendiente de él.

—Lo sé, pero ahora que estamos separados imaginaba que ibas a permanecer algo más atento a él. —Empieza el festival de las recriminaciones.

—Siento no ser perfecto.

—¡No me jodas, Diego! ¿Qué tiene que ver la perfección con que estés atento a tu novia? Porque te recuerdo que soy yo, tu novia, la que vive contigo día y noche, la que comparte su rutina contigo y la que daría la vida por ti si fuera necesario.

Exaltarse no le viene bien, pero, joder, a veces me cabrea tanto que necesito ser también un poco cruel con ella.

—Lo sé a la perfección, y si no ya te encargas tú de recordármelo para que no se me borre de la puta cabeza.

—¿Ah, sí? O sea que como te lo recuerdo no se te va de la cabeza. ¿Es eso lo que quieres, Diego? ¿Buscas eso? ¿Dejarme y ser libre? Qué asco me das. —Y *¡boom!*

La mecha se había encendido incluso antes de contestar a esa llamada; lleva años prendida y, de vez en cuando, estalla.

—Vaya, ahora te doy asco, cuando hace un momento me echabas en cara que no estaba pendiente de ti, de mi novia. Candela, aclárate de un jodida vez. Con un loco tenemos más que suficiente. —Y el colmo de la crueldad aparece. Me arrepiento al segundo de decirlo; he ido demasiado lejos y sé lo que me va a costar retractarme—. Perdona, Cande, no sé por qué he dicho eso. Soy idiota. Normal que te dé asco; lo siento mucho, perdóname.

Oigo su respiración al otro lado; inspiración y espiración, alterada, inquieta. La he jodido, y bien.

—No… no pasa nada. Los dos nos hemos puesto muy nerviosos y no pensábamos lo que estábamos diciendo… No te preocupes. —La Candela guerrera se ha esfumado. La Candela insegura y miedosa ha vuelto.

—Perdóname, de verdad. Soy gilipollas, no sé cómo he podido

decir eso…

—No pasa nada, Diego. Mira, voy a cenar y a acostarme. Mañana hablamos.

—De acuerdo. ¿Pero de verdad me perdonas? ¿Estás tranquila? —Debo asegurarme de su estado, corroborar que no he desatado una crisis. Lo siguiente que tengo que hacer al colgar el teléfono es llamar a mis padres para que vayan a solucionar el desaguisado que yo solito he creado.

—Estoy bien, no te preocupes. Hasta mañana, mi amor. —Y cuelga.

La culpa es ya una amiga bastante conocida. Me maldigo por haber llegado a ese extremo con ella cuando sé que debo contenerme. Llamo a mi madre y le pido por favor que se acerque a casa para comprobar que Candela está bien y no sufre una de sus crisis.

No descanso mucho esa noche. Yo, que jamás duermo con el móvil cerca, no me separo de él hasta el amanecer. De madrugada, mi madre me manda un mensaje que me parte el alma.

Candela está tranquila; hemos conseguido que se duerma tras ponerle un calmante. Ha tenido que venir la ambulancia. Hoy me quedo con ella y mañana no abriré la tienda para estar pendiente.

16

No conseguí devolverle la vida a mi móvil y tampoco me apetecía mucho comprarme uno nuevo, aunque no me quedaba más remedio. Lo peor no era eso, sino que había tenido junto a mi terraza a mi autor favorito y le había gritado como una loca. A esas horas lo más lógico sería que pensara de mí lo peor de lo peor; entre las pintas que llevaba y mi actitud, había sido vergonzoso.

Volví a la habitación tras tomar un poco el aire frente al hostal. Me metí en mi habitación y me introduje en la cama sin quitarme ni la ropa. Deseaba que las horas del reloj pasaran y olvidarme del desprecio de mi madre, que tanto daño me ocasionaba.

De madrugada seguía sin dormirme. Me levanté y bajé a la cocina. Respiré hondo antes de sentarme en una silla que rechinaba cada vez que te inclinabas hacia atrás. Ojalá hubiera podido esconderme. Odiaba sentirme así; por fin, tras meses de desidia, había comenzado a sentirme mejor, y de golpe, en unos minutos, había regresado al punto en el que me encontraba en Madrid. Mientras comía una magdalena de chocolate de las que elaboraba Genaro una vez a la semana, reflexioné sobre el valor de las palabras, el peso que tienen sin apenas darnos cuenta. Muchas veces decimos cosas que afectan a los demás, aunque nosotros mismos no nos demos cuenta del daño que podemos causar; otras lo hacemos adrede porque conocemos al receptor, sus puntos débiles; somos crueles y queremos hacerlo sangrar. Mi madre era de ese tipo de personas cuando no conseguía sus objetivos. Podía hacerte daño, mucho, pero si alcanzaba su propósito, no le importaba nada más.

—¿Qué haces aquí a estas horas, criatura? —Genaro apareció con su bata de *guatiné* y las pantuflas a juego, con una mano en el bolsillo y la otra tapándose la boca al bostezar. Yo lo miré con los ojos aún tristes, a punto de volver a derramar lágrimas, y volví a enfocarme en la *muffin*—. Voy a preparar café.

No tuvimos demasiada conversación durante la primera media hora. Genaro me estuvo hablando de sus hijos, los que vivían cerca, que se habían pasado por el hostal aquella misma tarde con los nietos para estar un buen rato con él. Se le notaba la emoción en la voz, en los gestos, en la mirada… Me sorprendía con qué rapidez había conectado con él. Me había fijado al llegar al hostal en que, con los demás huéspedes, solía servir las comidas con una sonrisa, pero sin cruzar tres palabras, y se volvía a la cocina. Sin embargo,

conmigo actuaba de otra forma. Para mí era el único amigo que había encontrado en un nuevo lugar, y para él quizá yo era lo mismo, ya que su familia no lo visitaba muy a menudo.

—¿Me vas a contar a qué se deben esos ojillos rojos? —Tras mucho irse por las ramas, se atrevió a preguntarme.

—Qué difícil es querer, Genaro, qué complicado… —Un hilillo de voz salió de mi garganta. Me estaba dejando llevar nuevamente por la congoja.

—¿Difícil? Pero si es lo más sencillo que hay. Es sí o no, nada más.

Lo miré ya con los ojos encharcados.

—¿Nada más? Es lo más complejo que existe. Hay tantos matices, subidas, bajadas, frenazos…

—Entonces es mal de amores, criatura. —Sonrió, quitándole importancia a lo que me pasaba, y reconozco que me escoció un poco.

—¿Qué? No, no, no. Ni por asomo. —Ya no recordaba qué era el mal de amores—. No me refiero a eso en absoluto.

—Pues explícamelo, venga. Mejor fuera que dentro. —Aquella expresión me recordaba a cuando mi padre pretendía excusarse por tirarse pedos en las siestas, y no por hablar de emociones. Me hizo gracia y me reí.

—Lo que quiero decir, aunque no sé si sabré expresarme, es que nos venden el amor como algo maravilloso, casi místico, sea del tipo que sea: en pareja, entre amigos, en la familia… Pero al mismo tiempo es complicado gestionarlo. A veces queremos… *necesitamos* hacer algo que va en contra de las creencias de otras personas, y parece que estemos cometiendo un delito grave, cuando es pura necesidad lo que nos empuja. Porque no podemos más, porque nos ahogamos, porque nos negamos a nosotros mismos una realidad que nos hunde más y más cada día…

—Uy, qué misteriosa te pones a veces, criatura. A ver, Beatriz, dime las cosas como son, porque para este tipo de acertijos no sirvo. Mi mujer era un hacha, pero yo soy bastante torpe. —Y ahí tenía a un absoluto desconocido tratando de averiguar qué me sucedía para poder ayudarme, mientras, a cientos de kilómetros de distancia, una familia casi al completo no era capaz de comprenderme a pesar de conocerme desde que nací. Me sentí bien charlando con Genaro, tanto que quise explicarle mi situación.

—Llevo años trabajando como profesora en un colegio de Madrid. Años de luchas, de batallas a veces perdidas, de decepciones y cansancio hasta la extenuación, pero siempre todo por ellos, por mis alumnos. Sin embargo, con los años ese trabajo que me deslumbró en un primer instante ha perdido todo color. No

me encuentro cómoda, no soy feliz, vivo amargada y enfadada la mayor parte del tiempo…

—Bueno, pues cambia y haz otra cosa. No sé dónde está el problema.

—En mi familia, en que no entienden por qué he abandonado un trabajo estable para cogerme unos meses de descanso y meditar sobre lo que me está pasando. Porque no comprenden que esa vida me asfixiaba y cada día era más y más infeliz. Estos ojos rojos se deben a una llamada telefónica de alguien de mi familia que se ha tomado esta huida como una aventura inmadura y me ha recordado por enésima vez que regrese a Madrid a ser de nuevo una persona sensata y responsable.

Exploté. Al verbalizarlo, rompí a llorar y me cubrí los ojos con las manos. Genaro no tardó en arrimar su silla y pasarme el brazo por los hombros. Y una persona ajena a mí, que me conocía desde hacía relativamente poco, tuvo más empatía y mostró más preocupación que mi propia familia.

17

DIEGO

Sentado en la terraza, con el portátil abierto más de media hora, me digo que este viaje no va a ser en el que termine el manuscrito. Mi editor no hace más que llamarme y enviarme mensajes metiéndome prisa, lo peor que puede hacer, pero ya se sabe cómo funciona el mundo editorial.

Necesito cigarrillos, fumarme uno, sentir cómo el humo sale por las fosas nasales y se me queda ese sabor a alquitrán en la boca.

Cierro de nuevo el ordenador y reviso por décima vez el teléfono, que lleva mudo una hora. Roberto se habrá dado por vencido al notar cómo lo ignoro. Tampoco he tenido noticia alguna de mi madre o de Candela. No conseguí conciliar el sueño en toda la noche; a eso de las cinco de la mañana bajé a servirme yo mismo una pila de cafés que me mantuvieron más que despierto. Estuve tentado de mandar un mensaje a mi madre o llamarla, pero provocarle un infarto no entraba en mis planes.

Me calzo las deportivas y, tras abrocharme la sudadera, salgo del hostal. Esquivo al dueño, que, a pesar de parecer una persona de lo más agradable, no es con quien quiero hablar. Envío un mensaje a mi madre, pero no ha estado en línea desde la noche anterior. Pruebo a llamarla, pero tampoco responde. Me lo guardo en el bolsillo y voy en busca de un estanco para poder surtirme de tabaco. Dios, lo necesito más que respirar.

Llevo en este pequeño pueblo unas semanas y aún no lo conozco mucho, así que tardo un buen rato en encontrar el estanco. Lo que más me gusta de este lugar es que, vayas por donde vayas, el mar te acompaña como un amigo fiel. No le pierdes la pista a no ser que te adentres mucho en el pueblo. Haberme criado en una zona con playa me ha hecho amarlo, percibirlo como si fuera parte de mí. Mis padres me llevaban los fines de semana; acarreábamos una nevera con comida y pasábamos domingos enteros allí. De hecho, cuando estoy muy bloqueado o debo buscar una solución a un problema, es mi refugio. Me marcho durante horas a la playa y me siento a verlo; puedo pasarme horas enteras contemplando cómo las olas coronan la meta en la orilla, y su rumor me calma. Mi madre siempre dice que durante todo el embarazo iba a sentarse sobre la arena y que casi dio a luz allí.

Una vez que consigo llegar a un estanco y puedo comprar varios paquetes de tabaco, abro una cajetilla, deslizo un cigarro entre mis dedos y me lo llevo a la boca. Con el mechero, que también me he comprado, lo enciendo y aspiro profundamente, una bocanada lenta y honda. Llevo el humo a mis pulmones antes de expulsarlo por la boca. Frente al agua, me fumo un pitillo, pensando en la inmensidad del mar, en cómo hace que tus problemas parezcan ínfimos y absurdos. Absurdos, ya…

Es mediodía, un domingo como los que viví de pequeño en una playa similar a esta. Hay familias bañándose, atrevidas, pues aunque sea primavera, las temperaturas aún no son ideales para el baño. Un chico con un perro saltando y mojándose a la orilla, niños dando brincos y salpicando a diestro y siniestro, y… mi vecina del hostal. La loca que se aloja en la habitación contigua. Lleva ropa deportiva y unos cascos en las orejas; corre por la playa, concentrada en cada pisada, hasta que se detiene, mirando al mar. Permanece así minutos; después se sienta sobre la arena, se quita los cascos y se desabrocha la sudadera de *sport*. No puedo ver su cara, aunque, haciendo un alarde de imaginación de escritor, seguramente estará cerrando los ojos, sintiendo el olor a salitre, deleitándose en él. No sé por qué me quedo anclado, sin moverme, hasta que la loca se levanta. Cuando se gira, veo su cara, bañada en lágrimas. Se las enjuga y se coloca de nuevo los auriculares, para volver a echar a correr en dirección opuesta.

Apenas la he visto dos veces, y en ninguna de las dos la he notado serena. La primera, por estar gritando desquiciada, y esta, llorando. ¿Qué le sucederá a esa mujer?

Una vibración en mi bolsillo me hace olvidarme de ella. Un parpadeo constante en la pantalla y un nombre con una foto de los días en que todavía conseguía hacerla sonreír… Candela.

18

—A ver, Beatriz, que sí, que está muy bien eso del hombre de tu vida, el príncipe azul y todas esas cosas. Pero, querida mía, eso no existe. Las personas, al igual que somos valientes, somos cobardes: tenemos miedos, inseguridades, debilidades… Tienes que estar satisfecha con encontrar a alguien que se alegre de respirar el mismo aire que tú, que a veces se levante con mal pronto de la cama y tú pagues las consecuencias. Que hable sin pensar y te haga daño, pero que con un abrazo y una mirada sincera te diga lo mucho que significas en su vida. Quererse tal cual somos, con lo bueno, lo malo y lo regular. —Rach y sus sabios consejos. Recuerdo aquel monólogo una noche en mi piso, regada con vino a mansalva. Hacía unos días que yo había zanjado la tontería que tenía con un chico al que había conocido en la discoteca un mes antes. No iba a ningún lado, era el típico con alergia (que no miedo) al compromiso. Ligaba con todo lo que se meneaba un poco; de hecho tenía mis dudas de si me fue completamente fiel durante el mes que nos liamos. Raquel vino a casa cuando supo que le había dado la patada. Trajo una botella de vino tinto y bebimos mientras sacaba la rabia fuera. Rabia porque a veces no me quería lo suficiente a mí misma y soportaba a gilipollas como ese. Rabia por no encontrar a la persona de la que Raquel hablaba, y que, para ella, yo sospechaba que era mi exnovio, David.

Estaba en una librería cerca del hostal tras mi ventolera para hacer *footing*, dado que no era una persona muy deportista, y, de pronto, al ver un libro de novela romántica superventas, me vino a la mente ese momento. En el escaparate había libros de Diego; no me hizo falta nada más para entrar. Al empujar la puerta, sonó un tintineo; elevé la vista y vi sobre el marco un angelito de metal. Era media mañana y estaba repleta de gente. Había estanterías en los laterales y pequeños estantes en el centro, todos llenos de libros. El establecimiento estaba dividido por zonas: novedades, géneros, edades, e incluso al fondo había una pared entera llena de libros antiguos. Me guio hasta ella y la admiré largo rato. Había un sillón orejero de piel *beige* a mi derecha y una mesa baja frente a él. Una alfombra redonda de colores delante de mí y una escalera a la izquierda, imagino que para alcanzar a leer los títulos de los libros más altos, ya que eran centenares. Seguí caminando y me encontré con la última novela de Diego Marín: allí estaban los volúmenes esperando a que alguien aspirara su aroma a papel nuevo. Tomé

uno y enseguida supe que tenía que llevármelo. Además, el mismísimo escritor podría firmármelo una vez que le pidiera disculpas por haberle chillado.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —El librero me despertó de mi letargo. Miraba el libro que sostenía entre mis manos—. Hmmm, Diego Marín, es uno de los autores con más éxito en ciencia ficción y fantasía ahora mismo. Sin duda le gustará esa novela si es fan del género.

Asentí sin añadir nada más, porque para decir que había metido cuatro gritos al gran autor de ciencia ficción mejor cerraba la boca.

—¿Señorita? —El librero seguía allí a mi lado, quizá pensando que me había dado un aire.

—Gracias. En realidad es uno de mis escritores favoritos, así que pienso llevármelo *ipso facto*.

El señor, bajito y regordete, sonrió y tomó el ejemplar de mis manos. Lo perseguí hasta la caja sin dejar de maravillarme por aquella librería que había descubierto por casualidad. Me moría de ganas de hacerle muchas preguntas.

—¿Es nueva por aquí? No me suena su cara, y este pueblo es muy pequeño. —Tecleaba en una caja registradora antigua que me alucinó todavía más.

—Sí, soy de Madrid.

—Ah, muy bien. ¿Está de vacaciones? —Metió el libro en una bolsa y me dijo el precio.

—Más o menos. Muchas gracias. Quería decirle que su librería es una verdadera pasada; tiene encanto, personalidad…

—Gracias, señorita…

—Beatriz. —Llegados a aquel punto, le tendí mi mano, que apretó, e hicimos las presentaciones.

—Encantado, Beatriz. Yo soy Félix.

Le di el dinero y él me entregó el tique. Me fui de allí con un deseo acuciante de hacerle preguntas, pero aún no tenía suficiente confianza para interrogarlo. Sin duda iba a pasear por allí más veces. Abrí la puerta, oyendo de nuevo el tintineo, y se cerró tras de mí. Miré de nuevo el letrero: Ánima. Tras haber estado en su interior, entendí por qué se llamaba así, pues aquella librería tenía alma.



Entré en el hostal con el libro contra mi pecho. Iba con los

cascos puestos, escuchando y tarareando una de las últimas canciones de una de mis bandas favoritas, cuando me encontré de frente con Genaro.

—¡Bea! Por fin te encuentro. Llevo buscándote un buen rato, ¿dónde estabas, criatura?

Miré a mi ya amigo sorprendida, pues no recordaba haber quedado con él en nada.

—¿Habíamos quedado?

—No… Te han estado llamando. —Arrugué el ceño sin comprender nada. ¿Quién podría buscarme allí?—. Una tal Raquel ha llamado cinco veces, y una tal Penélope, otras tantas. ¿Por qué no te llaman al móvil?

Había pasado por alto el detallito de contarle que se me había hecho añicos.

—Ah…, eso, bueno, es que no lo tengo. ¿Pero ha pasado algo? ¿Qué te han dicho? —Un sudor frío empezó a recorrerme la nuca. A lo mejor le había ocurrido algo a alguien de mi familia…

—Nada, que llevan días intentando comunicarse contigo y que es imposible. Llámalas, porque están muy nerviosas. Luego hablamos, que tengo que poner las mesas para la comida.

Se fue, dejándome ansiosa, con el corazón palpitándome a mil por hora. No me lo pensé y, sin pedirle permiso, me lancé al teléfono que utilizaba Genaro para las reservas. Marqué el teléfono de Raquel sin pensar. Un tono, dos, tres… «Venga, joder».

—¿Siempre estás diciendo tacos?

Alcé la vista y vi a Diego Marín clavándome su mirada. «El que faltaba».

—¿«El que faltaba»? —Joder, seguía susurrando en lugar de hablar mentalmente.

—Ahora no tengo tiempo. —Colgué y volví a marcar; esta vez llamé a Penélope.

—¿Y esto? ¿Es tuyo? —Vio su libro en la mesa y lo cogió sin ninguna vergüenza. Joder, joder, joder, ¿es que no podía salirme algo bien por una vez?

—¡No lo toques! ¡Es mío! —Se lo arranqué de las manos de malas formas y de nuevo detecté en su mirada el pensamiento de «esta tía está loca».

—No te preocupes, tengo decenas en mi casa. —Me guiñó un ojo con prepotencia y se fue escaleras arriba.

Adiós a volver a empezar con el escritor. No sabía si era por mi admiración hacia él o porque me imponía su presencia, pero me había comportado como una cretina. No obstante, en ese momento me daba igual, porque me preocupaba más contactar con alguna de mis amigas.

—¡¿Bea?! —Penélope por fin me contestó. Estuvo gritándome un par de minutos, ya que había dejado de dar señales de vida y tanto Raquel como ella estaban muy nerviosas sin saber dónde o cómo estaba. Me disculpé cuando me permitió hablar y, una vez que le hube explicado lo sucedido con el teléfono, mi querida amiga no dejó de reírse de mí. Llegué a no entender lo que me decía. Le pedí que llamara a Raquel y se lo contara de mi parte. Todavía oía las risotadas de Pe cuando colgué.

Respiré aliviada y entonces me di cuenta de que tenía que comprarme un móvil nuevo sí o sí. Recogí el libro y subí a mi cuarto para darme una ducha antes de bajar a comer. Me asomé un momento a la terraza para contemplar el mar y aspirar el aire salado. Miré de reojo a mi izquierda, pero el famoso escritor no estaba. Suspiré y bajé a comer.

El comedor estaba lleno de gente. Normalmente llegaba con tiempo para poder coger sitio, pero ese día era imposible, peor que las rebajas. Genaro, a esas horas, estaba muy ocupado sirviendo a los comensales, así que comer en la cocina tampoco era una opción. Deambulé por el comedor fijándome en si alguien se levantaba y se iba, como en los restaurantes, pero no hubo suerte.

—Si quieres, puedes sentarte conmigo. —Giré la cabeza y vi a Diego Marín retirando una silla para que me sentase. Tragué saliva y esbocé una sonrisa—. ¡Guau! ¡Pero si sabes sonreír! Definitivamente quiero que te sientes a comer a mi lado.

Exhalé el aire contenido y unos nervios de fan chalada se empezaron a gestar en mi estómago. Decidí no responder a su impertinencia y accedí.

—Gracias —carraspeé. Coloqué los cubiertos a cada lado del plato. Genaro tenía la costumbre de poner el tenedor y el cuchillo en el mismo lado, pero no me gustaba.

—Juegas con ventaja. —Lo miré como si lo viera por primera vez—. Al parecer tú sabes quién soy, pero yo no sé ni tu nombre.

—Soy Beatriz.

—«Yo, Beatriz, soy quien te hace caminar; vengo del sitio al que volver deseo; amor me mueve, amor me lleva a hablarte».

—¿Perdón? —¿De qué coño iba ese tío?

—*La Divina comedia*, canto segundo, versos setenta al setenta y tres. Veo que no te gusta mucho la literatura; una pena, me habías dado otra impresión.

Genaro nos sirvió las lentejas casi sin mirarnos, concentrado en su tarea, y yo sentí deseos de ayudarlo para escapar de las impertinencias que no cesaban. Empezaba a caerme fatal.

—No está bien eso de juzgar a las personas antes de conocerlas, y nosotros no nos conocemos. —Me puse la servilleta en el regazo y

comencé a soplar las lentejas, que ardían. Me armé de valor para sostenerle la mirada y tratar de mantener una conversación con él.

—Eso no es del todo cierto, Beatriz. Tú sabes mi nombre y sabes que, al menos, he escrito un libro. —Se revolvía el pelo constantemente. Quizás fuera un tic nervioso, pero lo hacía mostrarse sexi. Ya lo creo… ¡Pero qué coño estaba pensando!

—De hecho, creo que estás a punto de echarme de tu mesa, pues sé quién eres: he leído todos tus libros, soy una de esas fans locas que se compran todas tus novelas, leen y releen y hasta subrayan párrafos. —Le guiñé un ojo sin saber por qué y a Diego se le escapó una pequeña risa que me hizo sentir bien—. ¿Ves cómo me encanta la literatura?

—Ahora ya va encajando todo. Tus gritos, tus malos modos… se deben a que te pones nerviosa frente a tu ídolo, ¿es eso, pequeña Bea? —Todo lo que tenía de guapo lo tenía de chulo. Casi prefería no haber coincidido con él en el hostal. Porque era mi vecino y debía comportarme, ser simpática y ese tipo de cosas, pero me estaba poniendo de los nervios. Comí en silencio un rato. Diego tampoco hablaba mucho; nos mirábamos, mirábamos al plato y poco más.

—¿Todo bien por aquí? —Vi el cielo abierto al tener a Genaro allí. Podría irme con él y dejar al escritor que se lo tenía demasiado creído comiendo solo; a ser posible, la próxima vez con un poco de veneno en su plato.

—Perfecto. Seguramente necesitarás ayuda para recoger, te ayudo. —Me estaba levantando cuando me empujó en el hombro para que me sentara a terminar de comer.

—No, no, no, criatura. Come, que estás en los huesos; yo me apaño perfectamente solo. —Y se fue. Diego me miró, entendiendo perfectamente la situación, pero por fortuna no dijo nada.

—¿Conoces al dueño? —me preguntó mientras pelaba una naranja. Por fin estábamos en los postres.

—Sí, de las semanas que llevo aquí. Es un tipo entrañable.

—Entrañable no es como yo lo definiría. Es un señor raro. Por la noche pone la música a tope, y a juzgar por la decoración de este sitio, diría que tiene un tocadiscos de los años sesenta en su casa. —Bueno, ya estaba bien. ¿Metiéndose con Genaro? Eso no se lo iba a consentir.

—No sé qué clase de problema tienes con la gente que vive a tu alrededor, pero un poco más de respeto. Es una excelente persona, y si supieras su historia, callarías esa bocaza. —Lo señalé con el dedo, amenazante. De pronto, la persona a la que admiraba me caía como el culo.

—Y aquí vuelve, señoras y señores, la chiflada del móvil. Esta sí

eres tú, querida Beatriz —se mofó de mí, y yo, en un ataque de rabia y sin pensar, le lancé la poca agua que me quedaba en el vaso. Suficiente para empaparle esa barba recortadita que llevaba. Echó hacia atrás la silla al notar el agua sobre la cara. Tiré la servilleta sobre la mesa y me fui a mi habitación más cabreada que un mono.

19

Desde la planta baja me llegaba una melodía ochentera de Ángela Carrasco. Lo sabía porque a mi madre le encantaba, sobre todo cuando cantaba con Camilo Sesto. Mis padres habían asistido al musical de *Jesucristo Superstar* y recuerdo haber escuchado la banda sonora en bucle muchas mañanas de sábado, en especial las de batallón de limpieza. Sábados que mi madre ponía cedés o la radio y nos encargaba a cada uno una tarea. Mi hermano se escaqueaba muchas veces, pero cuando mi madre lo pillaba, tiraba de su oreja y, tras la bronca del siglo, hacía lo suyo y lo de los demás.

No conseguía conciliar el sueño, y menos con la música, que estaba a toda pastilla. Me puse una chaqueta de lana *beige* a modo de bata y bajé siguiendo la pista a la música. Me llevó hasta la puerta que daba a la casa de Genaro. Aquello era a lo que el escritor estirado se refería. Me quedé tras la puerta escuchando la canción, que, una vez terminada, volvía a iniciarse. Me imaginé al dueño del hostal sentado en su sillón favorito, rememorando otros tiempos, quizá esos en los que vivía con su mujer, o a lo mejor tenía más que ver con sus padres, cuando él era apenas un mocoso. Media hora después dejó de sonar. No me atreví en todo ese tiempo a llamar a su puerta; sentía que era un instante que Genaro debía vivir en soledad, estaba convencida de que era algo importante para él. Esa noche no interferiría en sus recuerdos; quizá otro día.

Subí a mi habitación y, antes de entrar en mi cuarto, me encontré con Diego. Para ser más exactos, con Diego en pantalón de pijama y sin parte de arriba. Jo-der. Intenté no recrearme en el pecho desnudo, pero los ojos se me fueron solitos. Aquel hombre estaba de infarto. Carraspeó, y fue entonces cuando pude apartar la vista de él. Lo miré a la cara, somnolienta, mientras se frotaba un ojo con expresión de sueño.

—Hola.

—¿Vienes en son de paz? —Debía de ir al baño que estaba cerca de mi habitación.

—Eh… sí. —Seguí caminando con la mirada clavada en el suelo. Al pasar por su lado me rocé con su brazo y se me escapó el aire.

—Bea. —Lo miré al oír mi nombre en sus labios. No parecía un «Bea» irónico o de mofa. Al revés, lo sentía sincero—. A veces soy un poco tocapelotas.

—Ya somos dos —le dije sonriendo tras su comentario. Dio un

paso y yo otro, pero antes de avanzar más, me di la vuelta y lo llamé—: Diego. —Él se giró y yo caminé hasta él tendiéndole mi mano—. ¿Empezamos de nuevo? Soy Beatriz, la loca gritona, desequilibrada a ratos. —Esperé a que estrechara mi mano sintiéndome un poco gilipollas, porque solamente la miraba, petrificado en medio del pasillo. Iba a bajarla cuando la cogió.

—Encantado, yo soy Diego. Escritor algo perdido y un imbécil integral.

Esbocé una sonrisa y estreché su mano. Me fijé en su calidez y en lo mucho que me gustaba apretar por primera vez la mano de una persona a la que admiraba desde hacía años. Nos quedamos mirándonos a los ojos unos segundos hasta que se rompió el contacto. Diego me soltó y se fue sin decir adiós. Ese tío escribía de puta madre, pero era un pelín rarito.

Volví a mi habitación y, antes de cerrar los ojos, de nuevo escuché la canción de Genaro y soñé con los tiempos en los que era una niña pequeña, cuando en casa escuchábamos música en el tocadiscos y mis padres bailaban en el salón, descalzos.



—Aquí tiene su nuevo teléfono.

Le di las gracias muy amablemente al dependiente tras gastarme un dineral en el móvil y me fui caminando hasta la librería que había conocido el día anterior. Llegué gracias a las indicaciones de un par de señoras con un acento muy marcado. Abrí la puerta, que sonó gracias al angelito que colgaba del marco, y un olor a madera me recibió. Me había enamorado del lugar en mi primera visita, pero por alguna razón no había reparado en aquel aroma a madera, a antiguo. Y es que soy de esas personas que creen fervientemente en que hay olores que te transportan a lugares y te recuerdan a personas. Había colonias que me recordaban a mi madre en una época de su vida, hasta que cambiaba por otra y entonces era una nueva fragancia la que me llevaba hasta ella. Yendo aún más lejos: había olores que tenía firmemente conectados a recuerdos: la graduación, la boda de mi hermano, el amor loco y juvenil por David…

Recorrí la librería, que no era muy grande pero tampoco pequeña, y descubrí un rincón apartado, una esquina donde había un par de mesitas con sillas, rodeadas de más libros.

—Bienvenida de nuevo.

—Hola, Félix, ¿verdad? —El dueño asintió y siguió colocando libros en la estantería a mi espalda. Me giré y eché un vistazo a los que estaba ordenando.

—Literatura romántica. Durante años fui una devoradora de esos libros, aunque la ciencia ficción y la fantasía me atraparon hace un tiempo y no puedo parar.

Él se rio mientras no dejaba de colocar un libro tras otro.

—Entonces habrás leído grandes clásicos, como las hermanas Brönte, Jane Austen, Lisa Kleypas, Nicholas Sparks, Cecelia Ahern…

—Soy maestra, y una de mis asignaturas favoritas en la universidad fue literatura inglesa. Gracias a mi profesora, conocí a grades autores, clásicos, y de ahí fui sumergiéndome poco a poco en otros escritores. Precisamente porque me encanta el género me molesta que muchas veces lo tilden de «literatura para mujeres». Es ofensivo, y retrata a los lectores como amas de casa aburridas y frustradas.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. A mí me encanta esa literatura, y no porque a mi esposa le guste o porque yo deba ser gay. Los prejuicios hacen mucho daño. Bueno, esto ya está.

Acabó de colocar los libros románticos y cogió otro montón. Yo lo seguí sin saber muy bien por qué; quizá encontrar a alguien a quien le atrajese la misma literatura que a mí me había intrigado.

—O sea, que la fantasía también te gusta. —Yo asentí con la cabeza mientras Félix se acariciaba el mentón y musitaba algo. Dejó los libros que llevaba en la mano y anduvo un par de pasos más, hasta la sección de «Fantasía, terror y ciencia ficción»—. Dan Abnett es uno de mis novelistas favoritos. Ha escrito más de treinta novelas, y también guiones para cómics. Este libro es el primero de una serie que relata hechos acaecidos diez mil años antes que los referidos en las novelas de *Warhammer 40000*. ¿Conoces *Warhammer*?

—¡Por supuesto que sí! En ese sentido soy bastante friki. En la casa de mis padres tengo una habitación llena de cómics, así como miniaturas de muchas cosas de estas, entre ellas de *Warhammer*.

—Pues entonces debes leerte esto, así conocerás el origen de episodios y personajes de otras novelas. ¿O lo tienes ya? —Por mi mirada absorta debió de pensar que ya lo había leído y me estaba quedando con él.

—No… —Estupefacta, contemplé la cubierta, que era simplemente preciosa. Lo tomé entre mis manos como si fuera un tesoro. Hacía años que no conectaba con mi parte infantil, y ver aquel libro me trasladó a mi niñez, cuando durante horas montaba figuritas junto a mi padre y compartíamos esos momentos.

—Es tuyo, disfrútalo. —Me guiñó un ojo, conocedor de lo que

estaba pensando, y yo únicamente pude abrir la boca y susurrar un «gracias».

Con el libro pegado a mi pecho, cerré los ojos unos segundos y me deleité en esa infancia que ya quedaba muy lejos. Deambulé con él por la tienda y me dirigí a la parte de los sillones, donde habitualmente había clientes leyendo.

—Hola…

—Hola, Diego —lo saludé sorprendida.

—No esperaba encontrarte aquí. —Se recostó en la silla. Frente a él tenía el portátil abierto. Imaginaba que estaría trabajando en una nueva historia.

—¿Qué estás escribiendo? —Señalé con los ojos el ordenador.

—¿Te interesa?

Asentí y, con la mano, indicó que podía sentarme a su lado. Acepté, decidida a ser simpática y dar una nueva imagen de mí misma.

—Como hemos decidido empezar de cero, voy a contarte algo. —Hice una pausa dramática mientras Diego se apoyaba sobre la mano que tenía encima de la mesa—. Lo que te dije ayer era cierto: soy una auténtica fan de tus libros, los he leído todos, y hasta tengo párrafos subrayados con rotuladores fluorescentes.

—Joder, quién lo diría… Espera, ¿has dicho párrafos subrayados? Eso es un ultraje: subrayar un libro con un rotulador es un sacrilegio. —Dudé de si estaba mofándose de mí nuevamente o si iba en serio.

—Bueno, yo no soy tan maniática. A mí me encanta leer un libro y resaltar frases o párrafos, porque eso significa que me han encantado y que significan algo para mí. Siento ser una demente asesina de textos —le respondí molesta, removiéndome en la silla. De su garganta brotó una carcajada que me sonó a pura sinceridad. En ese momento no solo sonrió con la boca, sino con la mirada.

—Tienes unas cosas… Así que eres una de mis fans. Jamás lo habría imaginado después de nuestros primeros encuentros. —Me mantuve callada, aguardando a que el aire se llenara de palabras pronunciadas por Diego, a ser posible amables. No quería volver atrás, a los momentos en los que le había chillado o cuando le lancé el agua a la cara, pero me lo estaba poniendo muy difícil—. Este es un buen sitio para concentrarse. Y respecto a tu pregunta, estoy trabajando en mi novela. Debo acabar el manuscrito. —De nuevo el tipo borde.

—¿Y por qué no quieres hacerlo? —pregunté sin rodeos.

—¿Cómo que no quiero?

—Has dicho «debo» y no «quiero». Hay una diferencia abismal entre esas dos palabras.

Me miró frunciendo el ceño, observándome con detenimiento.

—Te juro que no entiendo una palabra.

Inspiré despacio para que los demonios no me llevaran; no por lo que me decía, sino por el aire de superioridad que desprendía en ese momento.

—No es lo mismo que quieras terminar tu manuscrito, lo cual lleva implícito que tienes ganas y te apetece, a que digas que debes hacerlo, lo cual significa que es una obligación y tienes que hacerlo sí o sí.

Se rascaba la barba sin apartar su mirada de mí. Con aquello le confirmaba que estaba como una cabra.

—Vaya, nunca lo había visto desde ese ángulo. —Seguía frotándose la barba y mirando el portátil, como si estuviera recapacitando—. Creo que tienes razón y aún no estoy en el «quiero», sino en el «debo». —Miró el reloj y cerró el ordenador con un golpe sonoro—. Bueno, tengo que irme. Ya nos veremos. —Cogió su chaqueta de cuero negra y se marchó con rapidez.

No entendía a aquel tío por mucho empeño que pusiera en ello. Cuando lo vi alejarse, me sentí un poco culpable, como si le hubiera arruinado el momento de inspiración. Aunque, a juzgar por su cara de reflexión, más parecía que le había dicho una verdad en la que no había reparado hasta entonces. Y todos sabemos que las verdades duelen, por más que sean totalmente necesarias.

Al pasar por mi lado, su olor se había quedado en el aire; cerré los ojos y aspiré. Era una mezcla de menta y el perfume de su propia piel. Quizá fueran las feromonas, pero desde aquel día el olor de Diego se me quedaría clavado, y por muy lejos que estuviera de él, siempre seguiría percibiéndolo.

20
DIEGO

No puedo aguantar un minuto más sentado ahí. Regreso al hostal tratando de desechar esa idea. Después de todo, esa chica no sabe de mí una mierda. Seguramente se ha equivocado.

Dispongo el ordenador en mi regazo, acomodándome en la cama. Retomaré mi manuscrito, le daré una vuelta de tuerca de tal manera que en pocas semanas tendré el definitivo. Sí, estoy convencido. Doy una palmada, me froto las manos y abro el documento de Word. Escribo, borro, reescribo, borro cinco veces más… No puedo continuar, todo es una auténtica bazofia. Estoy frustrado, rabioso, cansado… Hasta los huevos de todo. La chica gritona llevaba razón. Como solía decirme siempre mi editor: el escritor se regocija con sus escritos, se siente bien al teclear sin pensar en el final. Y yo, desde hace mucho tiempo, no soy así.

Me escoció lo que Beatriz me dijo, me hizo sentir incómodo y hui. Nunca he sido una persona que se rinda, que huya; hasta que me he sentido tan asfixiado en mi propia vida que he empezado a hacerlo. Abandoné a Candela, y en la librería he dejado plantada a esa chica que, aunque bastante chillona, parece agradable y sincera. Joder, sincera de cojones. Te dice las verdades a la cara, esas que te revientan por dentro pero que a la vez son del todo necesarias.

Bajo a comer esperando no encontrármela; no me apetece ser amable con ella después de haberme hecho ver una realidad que me negaba a mí mismo. Por desgracia, el comedor es pequeño y ahí está ella. Sentada en el sofá de la antesala, con una taza en la mano y un libro en la otra. Mi última novela, para ser más exactos, de cuando escribía cosas que merecían ser leídas.

Me paro a observarla: sopla la taza suavemente sin despegar los ojos de la novela. Está realmente ensimismada. En un momento dado, abre mucho los ojos y deja la taza en la mesa frente a ella para llevarse la mano a la boca. Seguro que está leyendo el ataque de… *¡spoiler alert!* Al segundo se ríe, con fuerza, haciendo que reverbere en su garganta un sonido agradable, de esos que te provocan una media sonrisa y te calientan el pecho. Decido acercarme para justificarme por mi espantada en la librería, aunque, una vez que llego a ella, esa intención desaparece.

—Parece que lo que lees te gusta.

Eleva la vista hacia mí y me sonríe como no me merezco.

—Eres bueno, muy bueno —es lo único que me dice. Cierra el libro y lo deja en la mesa. Coge la taza y se marcha al comedor. Me quedo aquí plantado como un gilipollas sin saber qué hacer. Esta mujer tan pronto es encantadora como enigmática.

Tras unos segundos de indecisión, voy en dirección al comedor, pues Genaro ya estará sirviendo la comida.

—Tú, aquí. —Beatriz señala la mesa de mi izquierda, indicándome que me siente. Lleva un delantal de flores y un plato con macarrones gratinados con queso en la mano. Se da la vuelta sin esperar mi respuesta y la veo servir platos a los diferentes huéspedes del hostal. Me siento, dudando si hago bien. Observo a la desequilibrada de mi vecina ir y venir sorteando mesas como si le hubiera tocado la lotería, porque no deja de sonreír en ningún momento. Y qué jodida sonrisa tiene. Nuestro primer encuentro resultó bastante desagradable, pero a medida que van pasando los días descubro a una chica diferente a la loca del primer día—. Tu comida.

Se quita el mandil floreado y, tras dejar mi plato y el suyo en la mesa, se sienta conmigo. Comienza a engullir, porque esa forma de comer no es nada humana. Debe de estar hambrienta. Beatriz es todo un misterio. No sé a qué se dedica en su día a día. Únicamente la veo por el hostal ayudando a Genaro, con el que parece haber hecho buenas migas. Lee mucho y, sobre todo, sonríe; se muestra tal y como es, pues comer de esa manera delante de un desconocido no es propio de alguien tímido.

—Siento haberme marchado de la librería con esos malos modos. —Ni siquiera repara en mí. Está ensimismada comiendo. Traga, bebe agua, vuelve a tragar… como si le importara una mierda que me esté disculpando y, joder, eso para mí supone un esfuerzo. No me gusta reconocer mis errores y pedir perdón, me cuesta la vida.

—No pasa nada. Rectificar es de sabios. —Y todo lo dice sonriendo. No reconozco a la chica gruñona de los primeros días. Sin embargo, me hace sentir bien. Está todo aclarado entre nosotros, por el momento. Quizá podamos empezar de cero, como ella misma me pidió. Ahora sí.

—¿Y qué te está pareciendo la novela? Puedes ser todo lo cruel que quieras, lánzate.

—No, jamás me atrevería. Escribir un libro debe de ser algo sumamente difícil. Yo no soy nadie para criticarlo; de hecho odio a las personas que lo hacen, las que se creen con todo el derecho del mundo a tirar por tierra el trabajo de otros simplemente porque se han gastado un dinero. —Quiero ser el clásico escritor poco

rencoroso y oponerme a su afirmación, pero algunos críticos literarios me han tocado las pelotas tantas veces con sus críticas ponzoñosas que no puedo más que quedarme en silencio—. Si te parece, podemos hablar un poco de la historia. Hay cosas que no llego a comprender, y otras… con todo el respeto del mundo, no me gustan una mierda.

Se me sale el agua por la nariz y toso varias veces pensando que me ahogo. Esta chica tiene personalidad, vaya si la tiene, y me empieza a gustar compartir momentos con ella. Terminamos de comer y pasamos a la salita, donde charlamos durante un par de horas sobre la novela. Beatriz me inspira con una conversación más que un buen disco de *jazz*, de esos vinilos que escucho en la soledad de mi estudio en casa. Cerca del ocaso, nos despedimos. Ella sube con el libro abrazado a su pecho y yo salgo a fumar viendo atardecer. Repaso mentalmente todo lo que hemos hablado, los giros que me ha ofrecido, los cambios que podían haber sido y no fueron. Saco la libreta que siempre me acompaña y apunto algunas de sus ideas. Poco a poco van encajando en la línea del manuscrito que estoy escribiendo. Me doy cuenta de ciertos fallos que cometo; me ha aportado una nueva visión de la historia y, después de meses de sentirme atrapado, respiro, hondo y en paz. He encontrado el camino por el que seguir, aunque algo me dice que no exclusivamente en la novela.

21

—Es un tipo extraño, mucho. Estábamos hablando tan tranquilamente en la librería que te dije y de golpe se fue. Es un grosero.

—A ver, criatura, sé poco de él, porque aquí cuando viene un cliente no le hago un interrogatorio, pero por lo que transmiten sus ojos, sé que no es así realmente. Confía en mí: mi mujer tenía un sexto sentido para descubrir esas cosas, que, creo, me cedió antes de irse.

—No sé, Genaro, es cierto que no empezamos con buen pie, pero si alguien está hablando contigo y, de hecho, está tratando de ayudarte, ¡no seas maleducado!

—No creo que lo sea. Es más, me parece que está sufriendo. Si te fijas, siempre mira al suelo, sus ojos permanecen inexpresivos, y no es que sea muy hablador. Hazme un favor: obsérvalo, fíjate en si esto que te digo es verdad. Y, sobre todo, sigue ayudándolo.

Cuando volví de la librería, estaba ofendida y molesta. Simplemente le había dado mi opinión sobre sus palabras. Nunca me han conocido por callarme las cosas, de hecho, he sido cien por cien sincera desde que tengo uso de razón. A alguna gente no le gusta y he perdido amigos por ello, pero, como dice Penélope, «aquel que quiera estar a tu lado siempre lo estará, sin importar lo que le digas».

Reflexioné sobre lo que me comentó Genaro durante la mañana y decidí darle un voto de confianza. Cogí de la mesita el libro y bajé a leer al salón antes de ayudar con las comidas. A medida que iba leyendo, me enfrascaba más y más en su lectura; estaba completamente fascinada. Mis amigas me llamaban friki por leer ese género, pero me importaba poco. Cuando tomas un libro entre tus manos y lo disfrutas, es como el que adora comer y se deleita en una buena comida.

—¿Te gusta lo que lees? —Escuché su voz y elevé la vista hacia él, sonriéndole. Joder, estaba coladita por la imagen del escritor. Tenerlo allí, tan cerca, me provocaba un nerviosismo que a veces no podía controlar.

—Eres bueno, muy bueno —fue lo único que acerté a decir.

Cerré el libro y lo dejé en la mesa. Cogí la taza para marcharme a la cocina. Genaro iba a empezar a servir las mesas y me gustaba ayudarlo.

—Ya estás aquí, criatura. ¿Cuántas veces he de decirte que no tienes por qué molestarte?

—¿Y cuántas tengo que decirte yo que me encanta hacerlo? —Me puse el delantal de flores que había encontrado días atrás en un rincón de la despensa y me lo até con un par de nudos. El dueño del hostal al que estaba comenzando a considerar mi hogar se quedó mirando el mandil fijamente. Algo me dijo que había cometido un error indebido.

—Hacía años que no veía a nadie con ese delantal. Era de mi Adela. —La melancolía asomaba a los ojos envejecidos de aquel anciano al que tanto cariño había cogido.

—Lo siento, ahora mismo me lo quito. —Frenéticamente, para poder ahorrarle sufrimiento a Genaro, quise desatar el lazo, pero había apretado bien fuerte—. Joder con los nudos…

Me detuvo meneando la cabeza.

—Me alegra verlo de nuevo. Este sitio siempre estuvo lleno de alegría, de flores que mi propia mujer cortaba de las macetas de nuestra casa, y de música. Desde que has llegado, esa alegría está volviendo, y no sabía que la necesitaba tanto. Gracias, Beatriz. —Era la primera vez que me llamaba por mi nombre, y lo hizo de una manera tan tierna que sentí cómo se desprendía un pedacito de mi corazón al pensar en su pena. Le di las gracias con un abrazo que me salió del alma. Genaro se limpió una lágrima y me apremió a llevar los platos a las mesas.

—Tú, aquí. —Cuando Diego entró, le señalé la de mi derecha, indicándole que se sentara. Me di la vuelta sin esperar respuesta, pues lo mismo se negaba. Una vez que servimos todas las mesas, llegué hasta la suya—. Tu comida.

Me quité el mandil floreado, doblándolo con sumo cuidado y dejándolo a un lado. Miré a Genaro, que hablaba con su nieto, el jovencito de trece años que acudía a ratos a echar una mano a su abuelo. Me senté con Diego y empecé a pensar en darle una nueva oportunidad. Comencé a comer como si fuera mi última comida; estaba famélica. Desayunar poco por las mañanas siempre me hacía engullir a la hora de comer.

—Siento haberme marchado de la librería con esos malos modos.

—No pasa nada. Rectificar es de sabios. —Ni siquiera lo miré, pero lo dije con mi típica sonrisa. Raquel siempre decía que se logra más con una sonrisa que con palabras, y a decir verdad, yo era mucho de sonreír, con la boca y con los ojos.

—¿Y qué te está pareciendo la novela? Puedes ser todo lo cruel que quieras, lánzate.

—Nooo, jamás me atrevería. Escribir un libro debe de ser algo sumamente difícil. Yo no soy nadie para criticarlo, de hecho odio a las personas que lo hacen, las que se creen con todo el derecho del

mundo a tirar por tierra el trabajo de otros simplemente porque se han gastado un dinero. Si te parece, podemos hablar un poco de la historia. Hay cosas que no llego a comprender, y otras… con todo el respeto del mundo, no me gustan una mierda.

Se le salió el agua por la nariz y tosió varias veces. Creí que se moría allí mismo, y todo por mi culpa. Se recuperó a los pocos segundos y bromeó con que casi se va para el otro barrio. Terminamos de comer y pasamos a la salita, donde charlamos durante un par de horas sobre la historia de Alistair y el planeta alienígena al que viajaba. No daba crédito al hecho de estar allí con mi autor favorito, comentando lo que me parecía su última novela y tratando, con muchísima educación, de aportarle algo. Sin darnos cuenta, el atardecer llegó, y subí a ducharme para salir a dar una vuelta. En el pasillo me encontré con Genaro.

—Veo que has hecho caso a mis consejos. Así me gusta, criatura.

—Tienes razón, no es ni grosero ni maleducado. Quizás un poco bastante prepotente, pero estoy acostumbrada a lidiar con padres así en el colegio. De hecho… me parece que necesita más ayuda de la que cree, y yo voy a ayudarlo. —Le di un beso en la mejilla y me fui a mi cuarto a leer un poquito más antes de dar ese paseo. Lo que no quería reconocer es que ese «solo un capítulo más» se convirtió en beberme la novela entera a costa de mi paseo por la playa.



Por la noche, a la hora de la cena, no vi a Diego por ningún lado. Bajé a ayudar a mi amigo Genaro, pero estaba distraída. Le eché a un huésped los guisantes por encima, y a otro lo mojé con el agua. Menos mal que aquella noche no había sopa, o me habrían denunciado.

—Hoy te has ganado algún que otro enemigo. —El dueño del hostal fregaba los platos a mano, ya que, a pesar de tener muchos que lavar, no le gustaban nada los lavavajillas. Me los pasaba y yo los secaba.

—No sé qué me ha pasado, lo siento tanto.

—Yo creo que lo sabes aunque no quieres admitirlo. Venga, sé valiente.

Dejé de secar la taza y lo miré, tratando de averiguar a qué se refería. A pesar del poco tiempo que hacía que nos conocíamos, me bastaba con bucear en sus ojos para saber por dónde iban los tiros.

—No tengo nada que admitir, estoy distraída. Hay días tontos.

—Me hice la loca porque sabía perfectamente lo que me estaba diciendo.

—Ya, días tontos. ¿Ahora lo llamáis así? Mírame, Beatriz. —Me quitó la taza y el trapo y tomó mi mano en su lugar—. Aquí está pasando algo, tú lo sabes. No es únicamente admiración por tu autor favorito. Te gusta ese chico, y hoy que no ha pisado el comedor, no has dejado de preguntarte dónde estaría y por qué no ha hecho acto de presencia.

No sé por qué, no podría explicarlo, pero me sentí incómoda ante sus palabras. A lo mejor Diego había ligado con alguna chica y estaría cenando con ella, o empotrándola contra la pared de su apartamento. Era guapo, había que estar ciega para no darse cuenta, y escribía de maravilla, lo cual también era evidente, pues cada libro que publicaba se convertía en un éxito de ventas. Y yo apenas lo conocía; él me veía como una loca desequilibrada que le daba su opinión sin venir a cuento. Soñar con que algo pasara entre ambos era una fantasía absurda, aunque Genaro tenía razón: Diego me gustaba.

—No digamos tonterías, que es muy tarde. Puedes acabar esto solo, yo me subo a la habitación a descansar ya, a ver si mañana no estoy tan torpe. —Me quité el delantal de su mujer, lo colgué en la percha de detrás de la puerta y me fui sin echar la vista atrás, porque, al igual que yo ya sabía qué pensaba solo con una mirada, Genaro iba más allá. No solamente adivinaba qué cruzaba por mi cabeza, sino qué sentía.

Recorrí el pasillo lentamente, observando cada cuadro que colgaba de sus paredes. Para mucha gente, la decoración del establecimiento sería un horror: paredes de flores con cuadros que representaban aún más flores, todo muy barroco, pero destilaban un encanto especial. Rocé con los dedos esas flores de la pared mientras caminaba hasta mi cuarto. Abrí la puerta y me descalcé nada más entrar. Seguí investigando mi móvil; no era muy ducha en las nuevas tecnologías. Había conseguido descargar una aplicación para comprar música y así tener en la memoria las canciones que me encantaban. Llevaba unos días con una rutina diaria: una vez que terminábamos de recoger las mesas, fregar todo y preparar un poco para el día siguiente, subía a mi habitación, me descalzaba, elegía una canción que me apasionaba, de esas que cantas en silencio con los ojos cerrados, y salía a la terraza a fumarme un cigarrillo o dos.

Aquella noche elegí *Solo luz,* del grupo Funambulista. Encendí el cigarro y apoyé los pies descalzos en la barandilla del balcón. Aún no era medianoche, por lo que me permití tener el volumen medio-alto. Cerré los ojos y no pude evitar canturrear, emitiendo los

sonidos estridentes en que se convertía mi voz al cantar.

—Creo que te falta algo. —Diego me despertó de mi momento *zen*. Abrí los ojos y lo vi en su terraza, mirándome, con ese pelo revuelto que solía llevar. Me sentí un poco avergonzada por haber sido descubierta en un momento tan mío. Debió de notarlo y enseguida me pidió perdón—. No quería molestarte, disculpa.

Me levanté, dejé el cigarrillo en el cenicero y me apoyé en la mampara que separaba un balcón de otro.

—¿Y qué es lo que me falta según tú?

—Una copa de vino y un libro. Con eso haces el *pack* completo —comentó.

—El libro lo tengo, aunque ya lo he leído. Pero vino no tengo.

—Se me está ocurriendo algo… ¿Qué te parece si yo te suministro el vino y tú me invitas a un pitillo?

Cinco minutos después estábamos los dos sentados en mi terraza, cada uno con un cigarrillo y una copa de vino tinto en la mano. Las canciones continuaban sonando, aunque a un volumen más moderado.

—¿Sabes una cosa, Bea? —Se me aceleró un poco el pulso al escuchar mi nombre en sus labios. Giré la cabeza para mirarlo, expectante—. El manuscrito está por fin tomando forma. Va viento en popa, y todo gracias a nuestra última charla.

—¡Cómo me alegro! Es una noticia estupenda. Brindemos por ello. —Acerqué mi copa, que hizo *chin* al chocar con la suya. Dimos un sorbo y seguimos escuchando la música, mirando el mar oscurecido por la medianoche.

—La verdad, lo es, en especial para mi editor. Cuando lo he llamado esta tarde para contárselo creo que ha tenido un orgasmo. —Me reí y di una última calada al cigarro—. He estado toda la tarde encerrado escribiendo, y llevaba meses sin poder hacerlo. Joder, ha sido liberador. Se me ha olvidado hasta cenar. —¡Bingo! Sin sonsacarle, había descubierto dónde había estado.

—Estarás hambriento. Podemos bajar a la cocina a prepararte algo —musité.

—No te preocupes. Cuando volví a la Tierra, aún estaba allí el bueno de Genaro y me dio de comer. Ese hombre es un portento. Ojalá llegue yo a su edad con su energía y vigor. —Le dio un sorbo a su copa y por primera vez lo vi relajado.

—Yo hoy en la cena la he liado parda. —Diego me estudió con atención—. He bañado al de la habitación doce, ese hombre de mediana edad que va siempre abrazado a un maletín. ¿Qué demonios llevará ahí? Y a la mujer de la once le he echado los guisantes con jamón por encima. Si las miradas matasen, ahora no estaría contigo aquí.

—Joder, Bea, no puedo dejarte sola.

Levanté la mirada y asentí, riéndome como una tonta.

—Brindemos por mi torpeza. —Volvimos a juntar las copas y a beber. Recuerdo que comenzamos entonces a brindar por estupideces: por el mar que teníamos delante, por aquel hostal antiguo con encanto, por Genaro, por el futuro brillante de Diego…

—Juegas con ventaja. Tú sabes a lo que me dedico, pero yo no tengo el placer.

—No hago gran cosa. Soy maestra de primaria, y ahora estoy de baja. —Me serví más vino en la copa con una sensación amarga en el paladar. No quería hablar de eso.

—Es más de lo que crees. Los profesores son nuestros primeros guías en la vida, aparte de nuestros padres. ¿Y cómo es eso de que estás de baja? ¿Estás enferma?

—No me apetece hablar de ello. —Me refugié en la copa.

—Perdona, no era mi intención incomodarte —susurró.

—¿Te gusta bailar? —No esperé a su contestación. Creo que el alcohol empezaba a hablar por mí. Me puse en pie y tiré de su mano libre, con fuerza. Dejó la copa como pudo, pues casi se cae al suelo—. ¡Vaya, sí que eres alto! —Al estar descalza, me di cuenta de su evidente altura, aunque no me frenó. De hecho, me sentía tan envalentonada que nada podía detenerme—. Me encanta esta canción. —Agarré sus brazos y lo guie para que rodeara mi cintura con ellos mientras, de puntillas, trataba de bailar, aunque no era nada cómodo. Asenté las plantas de los pies un segundo en el suelo, abrazándome más a Diego.

Quédate, hagamos todo como la primera vez
Esperaré mojado en la estación de tren
mordiéndome las ganas de querer saber si saldrá bien
Tú quédate…

Diego nos mecía a ambos al ritmo de la canción de Funambulista. En un momento dado, cerré los ojos y no pensé. Un minuto antes, la angustia había regresado a mí, y esa sensación desagradable me apretaba el estómago. En ese instante no quise pensar, solo sentir. Me abracé a Diego, a una persona a la que apenas conocía, pero que por alguna razón me hacía sentir bien, tranquila, a gusto. Bailamos toda la canción; era la última de mi lista de música, así que cuando acabó, todo se quedó en silencio. Solo escuchábamos el sonido del mar que nos llegaba en ecos. Me bajé de sus pies un poco mareada por culpa del alcohol. Diego me sostuvo, subí los ojos hacia él y lo vi sonreír por primera vez. No quería fijarme en algo que no era para mí. No quise continuar con

esa idea y le devolví una sonrisa algo ebria.

—Gracias por el baile; hacía siglos que no bailaba. La verdad es que se nos ha hecho tarde y nos hemos bebido la botella entera.

Asentí con los ojos achispados. No podía dejar de sonreír, pero no por él, sino por lo que me había hecho sentir. Joder, hacía meses que no notaba esa calma.

—Gracias a ti. Hacía mucho que no me sentía así. Creo que hasta podríamos ser amigos —murmuré, más para mí que para él. Diego asintió con la cabeza y cogió el casco de la botella, completamente vacío.

—Buenas noches, Bea.

—Buenas noches, Diego.

22
DIEGO

—Deja que te lo cuente… No, espera. Dame un momento, mamá… —No hay forma cuando coge carrerilla. Me llamó el miércoles para decirme que pronto era el cumpleaños de Candela y que van a hacerle una fiesta. Ahora me llama para convencerme de ir a la celebración.

—No pienso aceptar un no por tu parte. Es tu deber estar aquí. Coge un tren, un autobús, un avión, lo que te dé la gana, pero ven. No hay más que hablar. —Y cuelga. Pocas veces me enfrento a mi familia, pues no sirve de nada, como hoy. Les he explicado la situación, cómo me siento, pero a pesar de ser mis padres, no me comprenden.

No voy a ir. No volveré a ponerme en contacto con ellos y dejaré que llegue la fecha sin mí allí.

—¡Buenos días, vecino! —Beatriz me saluda según sale del baño. Viste un albornoz blanco con corazones rosas. Con una mano se revuelve el pelo mojado. Y siempre con una sonrisa.

—Buenos días, compañera de baile. —Creo ver un atisbo de vergüenza en la rojez de sus mejillas. Iba algo achispada, a decir verdad, pero me hizo sentir bien por primera vez en meses—. Estuvo bien, ¿no?

—Sí, aunque eso no quita que me dé un poco de vergüenza. Hacía tiempo que no bebía tanto. —Se ríe, seguramente recordando la de veces que brindamos.

—¿Vergüenza? Pues parecías estar en tu salsa. —Imito algunos de sus pasos de baile, provocando una sonora carcajada en ella. Se tapa la boca, tratando de acallarla, mientras sus ojos sonríen.

—El alcohol no me sienta bien. La próxima vez no me dejes beber tanto. O mejor: no me dejes beber, directamente. —Y se va. Me quedo en medio del pasillo, mientras las sensaciones agradables de la noche anterior me envuelven.

Cierra la puerta de su cuarto y yo salgo a desayunar fuera del hostal. Hoy no me apetece sentarme en el comedor a ver cómo Genaro reparte desayunos a los clientes habituales, algunos quejándose de que el café quema, otros de que está frío…

Enfilo hacia abajo la calle del hostal, reteniendo en mi cabeza los letreros de las tiendas, los aromas de las panaderías que dejo a

mi paso, las personas con las que me cruzo y a las que no reconoceré aunque lo intente, pues soy bastante despistado… Y todo con un mar azul de fondo.

Llego, sin ser muy consciente, a la librería donde coincidí con Beatriz. Entro y ojeo libros y más libros que se apilan en estanterías por todas partes. Junto a la escalera de caracol que lleva a la segunda planta, donde esperan más libros, se encuentra la pequeña salita donde esbocé unas líneas antes de verla a ella.

—Es temprano, seguro que necesita un café. —El dueño del local, al que conocí hace unos días, me ofrece una taza de café que emana vapor caliente. Se lo agradezco y me siento a la misma mesa. Remuevo el café para que esa lava ardiente no me abrase la garganta y me apoyo en la silla. A mi izquierda, un libro llama mi atención; lo alcanzo y lo abro por la mitad.

«Lo que se hace no se puede deshacer, pero se puede prevenir que vuelva a ocurrir». Había leído y releído aquella joya de la literatura millones de veces. Los sentimientos, las emociones y las desgarradoras vivencias de Annelies Marie Frank me conmovieron desde la primera vez que su libro cayó en mis manos, cuando contaba con apenas nueve años de edad. Mi padre me lo regaló unas navidades. Estaba de vacaciones en casa de mis abuelos y recuerdo haberlo devorado en pocos días. Se convirtió entonces en una de mis novelas preferidas.

No sé por qué, mientras degusto este delicioso café, esa frase me hace reflexionar. Actuamos a lo largo de nuestra vida sin ser conscientes de nuestros actos. A veces podemos hacer daño a las personas a las que queremos; no es nuestra intención, pero el daño está hecho. Como esa leyenda china que habla de un poderoso hombre al que se le rompió su cuenco de té favorito. Mandó repararlo a artesanos que le devolvieron su cuenco recompuesto con feas grapas que lo inutilizaban, privándolo de la delicadez que se le atribuía. Entonces buscó artesanos japoneses que consiguieron repararlo con barnices de oro, pues aquellos hombres pensaban que cuando algo ha sufrido un daño y tiene una historia, lo hace más bello. Lo mismo ocurre con las personas: no importa la batalla que atravieses, puedes llevar tus cicatrices con honor. Sin embargo, por mucho que queramos pintarlo con palabras bonitas, como honor y orgullo, no dejamos de tener cicatrices, de estar marcados para el resto de la vida. Y con Candela las cicatrices son ya incontables. Algunas se las ha provocado ella sola; otras se las he hecho yo sin ser consciente. Lo peor de todo es cuando las creamos adrede, sabiendo dónde tenemos que dar, donde más duele, porque el orgullo nos puede y necesitamos que el sufrimiento que llevamos por dentro salga por algún sitio. Es lo peor de la condición del ser

humano. Yo también llevo mis propias cicatrices, algunas hechas por ella sin saberlo; otras causadas por mí *motu proprio*.

Mi teléfono móvil vuelve a parpadear ante un nuevo mensaje de Candela. Quiere saber cómo estoy y recordarme que su cumpleaños es en breve. Como si lo hubiese olvidado, como si fuera tan sencillo alejarme físicamente de ella y no recordarla, no sufrirla. Porque lo que hago con ella es sufrir, no vivir una relación plena y llena de felicidad, como dos personas sanas y enamoradas que no se hacen daño, aunque sea sin querer. Respiro antes de contestarle y decirle que estoy bien, que la novela va avanzando despacio, por lo que debo quedarme un tiempo más. Obvio el tema del cumpleaños; aún no puedo decirle que no pienso ir, que necesito estar aquí, en este lugar sereno que me aporta paz.

Oigo un piano. Esta librería esconde maravillas que todavía no he descubierto. Dejo el café en la mesa y sigo el sonido del melódico instrumento. Subo por la escalera de caracol escuchando la que, sin duda, es una sonata de Beethoven. Mi madre tocaba el piano en casa cuando yo era pequeño; era profesora de piano, así que con unos pocos acordes puedo identificar cualquier melodía. La puerta de la estancia está entreabierta; me asomo como un curioso al que no han invitado a la fiesta y veo al dueño de la librería tocando un piano antiguo. Las notas fluyen lentas y armoniosas. El hombre cierra los ojos y mueve la cabeza de un lado a otro, con énfasis y auténtica devoción, golpeando las teclas a veces salvajemente y otras, rozándolas con suavidad.

Cuando termina, bajo con rapidez las escaleras. No quiero ser descubierto en un momento tan íntimo. Salgo de ahí haciendo sonar la campanita y vuelvo al hostal un poco más ligero. Escuchar la sonata me ha transportado a mi infancia, esos días en los que uno es completamente libre de penas y feliz. «Lo que se hace no se puede deshacer, pero se puede prevenir que vuelva a ocurrir». De nuevo la frase de Anna Frank viene a mi mente. Ya no puedo deshacer todo el daño que le he infligido a Candela, y viceversa, pero quizá podríamos evitar causarnos más. En algún momento volveremos a vernos, a hablar como tiempo atrás, y, con suerte, conseguiremos separar nuestros caminos, pues hace mucho que se han bifurcado. Solamente tenemos que admitirlo y que cada uno camine por el suyo.

23

El escritor al que admiraba se estaba empezando a convertir en un ¿amigo? Una mañana nos encontramos en el pasillo, cuando yo regresaba de darme una ducha, y me hizo recordar la noche anterior, en la que había acabado más que ebria y bailando con él. Lo disfruté mucho. Poco a poco me iba haciendo a aquel lugar, y cada día que pasaba me sentía más a gusto. Diego se iba abriendo progresivamente; nos cruzábamos por el hostal y, sin darnos cuenta, ideábamos un plan: comer juntos, hablar de su manuscrito, ir a la librería, compartir un cigarro…, aunque no cruzábamos la línea de lo personal, y estaba bien. Por otro lado estaba Genaro, con el que compartía charlas al lado de un café o un té, que me contaba anécdotas compartidas con su difunta mujer, a la que no había dejado de recordar un solo día. Ahora que tenía a mis amigas lejos, él las había sustituido.

—Bea, ¿tienes un momento? —Diego me abordó en mi habitación nada más entrar en ella tras mi paseo matutino.

—¡Por supuesto! Pasa. —Venía con el portátil abierto y parecía inquieto. Cerré la puerta y me giré. Diego estaba de pie frente a mí, escudriñando la pantalla de su ordenador—. ¿Y bien?

—Estoy nervioso. Llevo unas semanas avanzando con la novela, aunque siento que me he estancado, y tú tienes tantas buenas ideas siempre… Sabes exactamente qué quiero decir. ¿Podrías ayudarme? —Me quedé petrificada. Mi autor favorito pidiéndome consejo—. Cuando cierres la boca, podemos empezar.

—¿Por qué eres tan gilipollas a veces? En serio, ¿te entrenas o te sale solo?

Se rio, el muy capullo, y yo lo ignoré. Le señalé la terraza aprovechando el sol de la mañana y nos sentamos.

—Bien, te cuento. La nueva novela que tenía que enviar a mi editor ayer se titulará *Más allá del Velo de Orión*, o al menos eso creo. Trata sobre cómo la humanidad explora la galaxia sin encontrar vida en ningún planeta. Se sienten solos porque no logran obtener resultados, más que planetas vacíos e inertes. Pero hay una región, llamada El Velo de Orión, que exploran tres naves repletas de colonos. En dicha región encuentran una civilización de máquinas conscientes de sí mismas, que sobrevivieron a sus creadores, y cuando los humanos llegan, creen que son sus creadores originales… —Diego iba desgranando el argumento, sus

ideas, pero le faltaban las palabras, los medios. Con algún que otro titubeo, me ofreció lo que llevaba de manuscrito, permitiéndome leer todo lo que había desarrollado hasta ese momento.

Durante un largo rato, lo hice en silencio bajo su escrutinio. Se frotaba las manos con ansiedad. Le acerqué la caja de cigarrillos que descansaba en la mesa y se encendió unos cuantos. Después, empecé, cual corrector, a marcarle frases en rojo, palabras que no me cuadraban, y a pie de página añadí ideas que me iban surgiendo según leía. A pesar de todo, aquella novela era magnífica.

—Hostia, Bea. —Me llevé las uñas a la boca en un gesto nervioso, pensando que a lo mejor me había pasado—. Creo que eres más cruel que mi editor.

—¿No querías mi ayuda? Pues ahí la tienes. —Me puse en pie y me encendí un pitillo después de darle un golpe en el brazo a modo de reprimenda. Miré al mar mientras él examinaba mis anotaciones. Me di la vuelta fumando y lo observé. Por desgracia, Diego no era una persona muy transparente; era complicado leerlo, descifrarlo. Me dio tiempo a acabarme el cigarro; iba a encender otro cuando por fin habló:

—Joder… Eres mejor que mi propio editor, me has dejado alucinado. Esto es acojonante. —Se apoyó en la silla con los brazos tras la cabeza sin apartar la vista de la pantalla.

Sonreí halagada y me senté a su lado, explicándole cada anotación. No sé cuántas horas nos pasamos en esa terraza, solo sé que anocheció cuando terminamos de hablar del manuscrito.

—Me alegro de haberte ayudado —le dije con una sonrisa orgullosa en los labios, pero la faceta prepotente de Diego tenía que aparecer antes de marcharse.

—Bueno, profe, no te lo creas demasiado, ¿eh? No te vengas tan arriba, que no ha sido para tanto.

Abrí la boca, flipando.

—¡Pero si me has dicho que lo he hecho mejor que tu editor! ¿De qué coño vas?

—Vamos, vamos, profe. Tómate una tilita y relájate. Mañana nos vemos. —Me guiñó un ojo y se dio la vuelta para irse a la habitación contigua. Agarré un cojín para lanzárselo, pero por desgracia solo acerté a darle a la puerta. Apreté los puños, enfadada, y proferí un grito de rabia. Menudo gilipollas, me sacaba de mis casillas.

Genaro llamó a mi puerta pidiéndome ayuda en ese momento. Me vio enfadada, pero le dije que no quería hablar de eso. Bajamos a la cocina y me expuso una idea muy chula que consiguió que se me pasara un poco el cabreo. Cada año, cuando llegaba la primavera, el hostal organizaba una cena especial para los clientes y

amenizaba la velada con un karaoke en el jardín. Sus hijos siempre lo ayudaban; sin embargo, aquel año había coincidido que unos estaban de vacaciones y otros, trabajando, por lo que les era imposible. Se me encendió la bombilla mental de las tres mil ideas y me puse manos a la obra. Contaba con siete días aún para poder preparar todo a la perfección.

—Aquí tienes. —Le presenté a Genaro una libreta con algunas ideas para la «Bienvenida, primavera», que era como llamaban al evento. Según me comentó, incluso venía gente de fuera del hostal, vecinos del pueblo, y aquello se ponía de bote en bote. Era una ocasión especial.

—No quiero leer nada, tú haz lo que consideres oportuno. Yo me ocupo de la comida y las mesas; tú, de lo demás.

Cinco días después de pedirme ayuda, comenzamos con la preparación. Genaro diseñó un menú especial con comida típica del pueblo mientras yo buscaba los temas musicales más casposos y clásicos de nuestra querida España. En esos días estuve poco activa para el manuscrito de Diego, aunque él desapareció de pronto; ni siquiera coincidíamos a las horas de las comidas.

—¿No te lo dijo? —me preguntó Genaro mientras fregábamos los platos de la noche—. Se marchó hace unos días, pero dejó aquí algunas cosas. Volverá.

No terminaba de entender a Diego, pero como decía mi amiga Penélope: «Los artistas tienen un alma diferente al resto de los mortales». Y así era Diego: extraño, huidizo, distante, soberbio… Quizá jamás llegaría a entenderlo al cien por cien. Decidí que no era momento de pensar en él. Seguí secando vasos y platos mientras Genaro me informaba del menú.

Los dos días previos a la cena especial, yo seguía guardando silencio. Desde que me había dicho que Diego se había ido, me sumí en una melancolía extraña, en un mutismo absurdo. No es que él y yo compartiéramos demasiados momentos, pero había comenzado a acostumbrarme a nuestras charlas sobre el manuscrito, las poscenas en mi terraza fumando y bebiendo vino, las mañanas en la librería Ánima, donde Félix nos servía cafés y nos recomendaba libros que iban llegando o clásicos de todos los tiempos.

—Beatriz, ¡BEATRIZ! —Genaro me llamó a gritos la mañana previa a la esperada noche. Estaba, una vez más, absorta en mis pensamientos, y todos iban dirigidos a él. Seguía sin aparecer, y yo continuaba barruntando por qué se habría ido de repente. No es que fuéramos amigos inseparables, pero al menos podría haber dejado un mensaje en la puerta o perder un minuto para despedirse—. ¿Quieres centrarte, criatura? Llevas unos días que no das una.

—Perdona, Genaro, no sé qué me pasa.

—Oh, claro que lo sabes. Lo echas de menos. Habéis estado juntos desde que os conocisteis. No me importa lo que hayáis hecho o hayáis dejado de hacer, pero la realidad es esa. Lo entiendo, pero necesito que estés más espabilada y centrada o mañana todo será un desastre. —Tenía razón. Llevaba unos días comportándome como una tonta que deambulaba por las nubes y no entendía por qué Diego era un subnormal integral. A mí, que solía tener los pies en la Tierra y creer en lo que palpaba y veía (*Realista* era mi segundo nombre), me jodía estar así por aquel idiota. Diego se había marchado, no sabía adónde ni por qué. Seguramente se habría ido con su novia, la chica a la que alguna vez mencionó de pasada, y que ya estaría harta de la distancia entre ambos. Fin.

Genaro y yo consensuamos cómo recibir a la gente de fuera del hostal, la decoración del jardín, las canciones seleccionadas para el karaoke, la comida, la bebida… Todo estaba listo, solamente quedaba esperar a que el día siguiente comenzara.

—A Adela le encantaba esta fiesta, de hecho fue ella quien comenzó a organizarla. Disfrutaba de compartir esa noche con la gente del pueblo y con los clientes que teníamos en el hostal. Adoraba cantar, lo hacía como los ángeles, y yo me quedaba embobado mirándola.

No sé bien qué me llevó a lanzarme, simplemente lo hice. Sentí que era el momento adecuado.

—Algunas noches se oye música en tu casa, Genaro. No me he atrevido a preguntarte antes porque no quería entrometerme en tus cosas, pero se repite siempre una canción. ¿Significa algo especial? —Sus ojos se iluminaron con un brillo acuoso que me hizo arrepentirme de mi insana curiosidad—. Disculpa, no es de mi incumbencia, yo…

—Criatura, pero ¿a estas alturas crees que puedo no contarte algo? Eres una chica muy especial; te involucras con las personas nada más conocerlas, apenas necesitas unos minutos para entregarte por entero, y eres observadora, mucho. Esa canción era, por así decirlo, la nuestra. Una de esas noches, creo recordar que de las primeras que celebrábamos la bienvenida a la primavera, Adela cogió el micrófono y me la cantó. —Tarareó la melodía y poco a poco la letra regresó a mi cabeza.

Había buscado en internet la canción un par de noches después de oírla a través de los muros que separaban la casa de Genaro del resto del hostal. Genaro sonrió al escuchar la letra que lo emocionaba, pues le recordaba a su querida Adela.

—Estoy cansado, mañana nos espera un día duro. —Se levantó, apoyándose en la silla con aspecto más que agotado. Sin duda esa canción le traía recuerdos de su gran amor, al que había perdido

hacía unos años. Suspiró, y pensé que, cuando se tiene la enorme de suerte de encontrar al amor de tu vida, perderlo debe romperte el corazón.

Me dio las buenas noches y salió por la puerta que daba directamente a su casa.

—«Si puedes, si te dejan, ven junto a mí cuando yo también esté en mi lecho de muerte». —Me di la vuelta bruscamente al escuchar una voz a mi espalda. Era Diego—. C. S. Lewis dijo eso a su mujer antes de que muriera, a lo que ella respondió de modo magistral: «¿Dejarme? Trabajo le va a costar al cielo retenerme. Y en cuanto al infierno, lo rompería en pedazos».

24

Estaba en la puerta de la cocina que daba al comedor con cara cansada; incluso vislumbraba unas ojeras bajo esos preciosos ojos negros, que destacaban en su rostro. Los fijó en mí con una mirada que me resultaba difícil de explicar: parecía debatirse entre contarme algo importante y alejarse del mundo.

—¿Ahora espías conversaciones ajenas? —No se lo iba a poner fácil. Estaba molesta por su repentina marcha.

—No estaba espiando. Acabo de llegar y he oído lo que hablabais. Eso es todo.

—Ya, ¿y se puede saber adónde coño fuiste? Me parece de muy poquita educación irte de esa manera y aparecer ahora de golpe y porrazo espiando a la gente. —Metí la silla donde Genaro había estado sentado bajo la mesa, haciéndola chirriar al arrastrarla. Recogí su taza de té y la lavé bajo la atenta mirada de Diego. Notaba sus ojos clavados en mi nuca.

—No te pega hacerte la ofendida, profe. Me tuve que ir por… Bueno, eso da igual. ¿Tanto me has echado de menos? —quiso saber, socarrón, haciéndome ojitos. ¿De qué coño iba? Me sequé las manos en el trapo antes de colgarlo en la percha donde estaban los delantales.

—¿Echarte de menos? ¿Qué eres, mi perro? No seas tan creído. —Me quité el delantal de Adela, que Genaro me había cedido con mucho cariño, y me dirigí a la puerta que bloqueaba Diego.

—Hoy no, Bea, por favor. ¿Podemos subir a tu terraza?

No sé por qué, pero me apiadé de él. Olvidé ese resquemor que me llevaba acosando unos días y lo aparté con la mano. Diego me siguió en silencio por la escalera; sostuve la puerta de mi habitación para que entrase. Tomé el paquete de cigarrillos medio vacío que descansaba en la cómoda y salí a la terraza. Me senté, encendí uno y esperé a que él hiciera lo mismo. Oí cómo arrastraba los pies por el cuarto y tardaba en salir. Se sentó a mi lado con las manos sobre las piernas; tenso y agarrotado, miraba hacia el horizonte, a la noche en calma con el rumor de olas al fondo.

—Yo sí te he echado de menos. —La primera frase que decía en voz alta, en el silencio únicamente roto por el sonido del mar, me dejó sin aire. Tragué saliva y seguí fumando sin querer o saber decir nada. Diego cogió uno y empezó a dar largas caladas antes de soltar el humo—. Tengo novia. Llevamos tantos años juntos que no sabría

decirte exactamente cuántos. Hemos ido y venido muchas veces. Algunos lo llamarían relación tóxica.

Lo dejé hablar. Por primera vez mencionaba a la chica con la que compartía su vida. Opté por permanecer en silencio. Aguardaba mientras él hablaba, pero sentí un pequeño nudo en el estómago que me apretaba.

—Nos hemos amado mucho, hemos discutido mucho también, pero, por más que nos empeñemos, ya no hay solución. Por eso vine aquí. Dejé la casa que compartimos porque no podía continuar viviendo en ese ambiente…

—No tienes por qué contarme nada de todo esto, Diego. Yo no te he pedido explicaciones, no creo que debas dármelas.

Se levantó de la silla y gritó enfadado:

—Joder, Bea, pensaba que éramos amigos y que podíamos contarnos nuestras cosas.

—¿Amigos? Pero si eres un cretino insoportable. Lo que no sé es cómo te fiaste de mí para mostrarme algo tan íntimo y personal como tu manuscrito, porque luego te comportaste como un gilipollas.

—Solo te pico a veces, nada más. No sabía que eras tan tierna. En fin, será mejor que me vaya.

Me sentí incómoda. No tenía muy buena cara. Al menos por esa noche le daría un respiro.

—Vale, perdona, me he pasado un poco. No te vayas. —Le ofrecí otro cigarro, que, tras titubear unos segundos, cogió complacido.

—Necesito explicarte por qué me he ausentado, necesito contarte que hay alguien en mi vida que me está ahogando y a la que no puedo dejar. —Estaba cabizbajo, con el pitillo consumiéndose en su mano, y me arrepentí de haberle hablado de aquella forma.

Dejé mi cigarro en el cenicero y cogí el suyo para dejarlo también. Me adentré en mi habitación a por mi teléfono y busqué una canción para ese instante violento que nos hacía sentir mal a ambos. A él, porque bastante mierda tendría en su vida, y además me lo estaba contando todo. Cuando tenemos problemas, tendemos a ocultarlos, a esconderlos bajo la alfombra, como si no existieran, y cuando nos decidimos a sacarlos a la luz, es duro. Es lo más jodidamente complicado a lo que nos enfrentamos. Yo también me sentía mal porque Diego estaba contándome que otra mujer ocupaba su vida, y por mucho que quisiera negármelo, yo sentía por él cosas que una amiga no siente hacia otro amigo.

Puse el teléfono sobre la mesa de madera y le di al *play*. Pensé que aquella canción era idónea para nosotros en ese momento. ¿Había un nosotros? La cabeza me bullía con mil pensamientos

contradictorios que se peleaban con mis sentimientos. Traté de racionalizar la situación y decirme a mí misma que solo era la amiga que ayuda a un amigo en un momento de flaqueza.

La letra de la canción comenzó y me armé de valor. Me acerqué tanto a Diego que podía percibir el latido de su corazón. Posé, sin ser muy consciente, mi mano en su pecho, y efectivamente allí estaba, uno de los sonidos más bonitos que había escuchado nunca. Él alzó la cabeza y me miró con una expresión tan triste que me rompió el alma. Enmarqué su rostro con mis manos y pegué mi nariz a la suya; cerramos los ojos y escuchamos la canción sin movernos. Tal y como decían los primeros versos, sentí de golpe unas ganas tremendas de aliviarle la pena que lo consumía, alejarlo de aquella mujer que no lo dejaba vivir tranquilo, y sobre todo, besarlo. Rozar sus labios, sentir el aliento que salía de su boca en una respiración acelerada. Y me odié, me flagelé; no podía sentir eso, no debía. Diego no me pertenecería nunca porque ya le pertenecía a otra. No entendía por qué la vida o el destino permitían que alguien encajara conmigo si no iba a ser para mí. Alguien que olía a casa y a tranquilidad, a pura felicidad.

Las manos estáticas de Diego llegaron a mi cintura y comenzó a mecernos al ritmo de la música. Abrimos los ojos y nos mantuvimos la mirada en silencio. Moví las manos de su cara a sus hombros y lo abracé sin dejar de mirarlo. A cada paso que dábamos, sabía que estaba mal. Una mano voló hasta mi mejilla, y al sentir su palma sobre mi cara, cerré los ojos inconscientemente con un pequeño gemido, no sé si de placer, de miedo o de todo a la vez. Imaginé entonces cómo sería besarlo, notar sus labios sobre los míos. Estaba convencida de que encajarían, que estaban hechos para hacerlo. La vena romántica me pudo en ese momento.

Volví a abrir los ojos, sintiendo cómo lo que fuera aquello fluía sin necesidad de pensar. Diego miró mi boca y sucedió. Acerté: nuestros labios se acoplaron sin dificultad. Nos besamos posando un labio sobre otro, algo pueril y sencillo. Me apretó más contra él mientras prolongábamos el contacto. Y entonces decidí abrir la boca, abandonarme a lo que deseaba. Ya pensaría después las tres mil razones por las que aquello estaba tremendamente mal, y ya me arrepentiría y me autoimpondría un castigo, como evitarlo durante días, a ser posible. Diego me abrazó con tanta dulzura, introduciendo su lengua en mi boca, que sentí ganas de llorar. Los besos resonaban en la silenciosa noche; labios, lengua y saliva fundiéndose sin control. Paramos para poder respirar cuando, agarrándome por la nuca, me apoyó contra él. Le rodeaba la cintura con los brazos, pero entonces volví a oír ese mágico sonido y posé una mano sobre su pecho, allí de donde procedía.

Me inventaré para salvarte del miedo
Estrellas para tu cielo
Y no pinten de negro tu sueño al oscurecer.

Y la canción cesó, devolviéndonos a la realidad. Sin darme cuenta, una lágrima se me escapó y mojé la camiseta gris de *sport* que solía llevar los días en los que se encerraba a escribir sin parar. No supe qué decir. Agarré el brazo que sostenía mi cabeza y él me limpió la mejilla con el dorso de la otra mano. Besó la punta de mi nariz, haciéndome sonreír, y me soltó para irse. Lo oí alejarse y cerrar la puerta. Me quedé en la misma posición en que me había dejado, y entonces, sin poder controlarme, empecé a llorar. A llorar por sentir que había besado a un hombre comprometido y estaba mal; a llorar por las sensaciones que me había hecho experimentar; a llorar por miedo a no poder volver a mirarlo a la cara; a llorar por perderlo antes de tenerlo.

25
DIEGO

No sé qué tienen las canciones que Bea me hace escuchar que siempre me tocan alguna puta fibra sensible. Había permanecido lejos del hostal unos días y estaba intranquilo, desasosegado; necesitaba volver, pero hasta que no la vi en la cocina con Genaro no entendí que era por ella.

Agotado de tanto mensaje por parte de mi familia, regresé a casa unos días. La peor decisión de las últimas semanas. No había accedido a ir al cumpleaños de Candela, y precisamente por eso mi madre no dejó de escribirme y llamarme para que fuera a verla, porque llevaba días sin salir de la cama, sin querer comer ni beber. Así que me fui a la que ya no consideraba mi casa, sino la de ella. Fueron días realmente agobiantes…

—Candela, tienes que levantarte.

—¡Mi amor! ¡Has vuelto! —Dio un brinco en la cama y se lanzó a mis brazos sin medir distancias. Si no hubiese llegado a inclinar el cuerpo hacia delante, se habría caído. Me abrazó tan fuerte que no podía respirar. Me besó, afortunadamente sin lengua. Para mí besarla no significaba nada, pero no quería alimentar falsas ilusiones.

—¿Cómo estás? Me han dicho que llevas dos días sin comer ni beber, ¿es que quieres matarte?

Se puso de rodillas en la cama. Llevaba una de mis camisas, algo que en algún momento de la relación me encantaba y que ya me daba igual.

—No puedo vivir sin ti aquí. No me importa nada más que tenerte cada día en casa y poder mirarte, besarte, sentirte…

Me senté a su lado y la rodeé con mi brazo. Candela hizo lo mismo y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Venga, no te pongas dramática, que sabes que soy un desastre. No soy la persona que te mereces, no sé cuidarte ni quererte como tú necesitas.

Me soltó con el miedo en los ojos. Se levantó y se fue separando de mí hasta que chocó con la pared.

—¿Qué…? ¿Qué estás diciendo? ¡No! ¡Yo no…! ¡Cómo puedes siquiera decir esas cosas!

Fui rápido: una crisis le iba a sobrevenir de nuevo por mi culpa. Me levanté veloz y la abracé forcejeando con ella.

—Sshhh, lo sé, tranquila, sshhh…

Tardé en apaciguarla más de lo habitual. Candela quiso besarme con lengua, y esa vez no pude negarme. Ella lo necesitaba, y si se lo negaba, podría volver a desequilibrarse, lo que era jodidamente horroroso. Pero no paró ahí: me besó el cuello y se aferró a mí tratando de llevarme a la cama. No era lo correcto, no es moral ni ético acostarse con alguien a quien consideras una simple amiga. Pero me dejé llevar hasta aquella cama donde habíamos follado millones de veces, donde habíamos compartido ilusiones y sueños. Y como aquella tarde, otras habían venido antes; como

si estuviera anestesiado, me la follaría y se calmaría del todo, porque para Candela aquello significaría que seguíamos queriéndonos y que todo estaba bien. Me sentí la peor persona del mundo y me daba asco a mí mismo, pero la tumbé y dejé que me chupara, o no sería capaz de meterme dentro de ella. No dejaba de gemir y decirme que me quería. Cuando la tuve lo suficientemente dura, me puse el condón y me la follé sin pensar en nada.

Evité a mi madre aquellos días. Me quedé con Candela, asegurándome de que se encontraba bien y un poco más recompuesta tras la última crisis. Una mañana, me levanté y me fui de allí, dejándole una nota con la excusa de terminar el manuscrito, que había mejorado bastante desde mi marcha inicial.

En el camino de regreso pensé en Beatriz, en si habría notado mi ausencia esos días, si me habría echado de menos; quizá habría ido a la librería y discutido con Félix sobre los libros que a ella le encantaban y defendía a muerte, convenciéndote al final de cada debate. La visualicé en la terraza, con los pies descalzos apoyados en la barandilla, fumando mientras escuchaba música y miraba al mar. Necesitaba hablarle de Candela, mencionarla para que se hiciese real de una vez por todas en esta otra vida que estoy viviendo en un lugar parecido al hogar.

Por eso, cuando la canción que elige empieza a sonar, no puedo no dejarme llevar. Me siento un hijo de puta por toda la situación con Candela, pero hay algo más relacionado con Bea que no logro identificar. Estoy confuso y perdido. Así que opto por sentir y dejar el cerebro en blanco.

Besarla es alucinante. Rodearla con los brazos, mecerme con ella en un ritmo lento acompañando a la música y besarla a fondo, con lengua, con intensidad, sin querer escuchar los pensamientos más profundos, que gritan: «Candela» con un luminoso de neón. Beatriz se deshace en mis brazos, en los besos, en los abrazos; cuando noto que está llorando, siento una ternura tan intensa que me doy cuenta de que esto no va solo de mí. Va de Beatriz y de mí; va de una chica dulce que también tiene historias en su cabeza; va de un Diego diferente al de Barcelona, pero también va de Candela y de mí.

Vuelvo a sentirme un cabrón por dejarme llevar y, tras darle un tímido beso en la nariz, me alejo de ella. Es lo correcto, lo que tengo que hacer, lo que debo hacer… Por desgracia, al llegar a mi cuarto me doy cuenta de que va a ser muy difícil alejarme de esta chica que, sin pedirme explicaciones, me lo entrega todo.

26

No pude evitar a Diego mucho tiempo. Un día después del beso que nos dimos envueltos en esa magia extraña en la terraza, tuvo lugar la fiesta de la primavera. Ni siquiera coincidía con el equinoccio, pero Genaro siempre la celebraba aquella noche. Por la mañana salí a pasear por la playa, como muchos días solía hacer. En el desayuno tuve suerte y Diego no apareció. No sabía cómo iba a comportarme tras la noche anterior, o cómo iba a hacerlo él. No me había parado a analizar qué demonios había sido eso, ¿un impulso? ¿Un deseo retenido? Me preocupaba que no volviera a dirigirme la palabra o que no quisiera contar con mi ayuda para seguir con el manuscrito, cuya historia me tenía superenganchada.

Y entonces, sentada en la playa, pensé en el amor. Mi única relación formal y estable había sido David, la —seguramente— pareja actual de una de mis mejores amigas, y también mi mejor amigo. Aún no tenía la confirmación, pero ese sexto sentido que nos atribuyen a veces a las mujeres me decía que era así. Lo nuestro no había sido nunca un drama, ni tampoco de esas relaciones en las que sientes vibrar el pecho al ver al otro. Fue algo más paulatino: amigos que un día se besan y al otro se sienten cómodos en casa. No piensan más allá, no se detienen a escucharse a sí mismos para identificar qué sienten. Solamente se dejan llevar, las cosas fluyen, y al tercer día ya le ponen la etiqueta de pareja y mantienen una relación. Con él siempre fue todo agradable y sencillo, hasta que nos dimos cuenta de que no estábamos enamorados. No hubo peleas, gritos ni discusiones, solo algún enfado que otro, y le pusimos fin a lo nuestro, que fue más una amistad llevada un paso más allá que la relación de dos personas enamoradas. A veces me asustaba no poder sentir el amor como debía darse, la chispa que se encendía al mirarse a los ojos, el cosquilleo en los dedos, la energía al juntar las manos… Había leído demasiada novela romántica.

Volví al hostal a la hora de comer y tampoco vi a Diego por ninguna parte. ¿Y si aquel beso lo había invitado a marcharse? Subí a mi habitación y pensé en mis chicas. Joder, a veces las echaba tanto en falta que me costaba respirar. Rach y Pe eran mis dos muletas; estábamos tan acostumbradas a estar juntas que era raro no verlas o estar más en contacto con ellas. Llamé a Penélope, pero no obtuve respuesta. Le dejé un mensaje de voz, aguardando que, cuando pudiera, me respondiera. Después hice lo propio con

Raquel, pero conseguí lo mismo, nada. Dejé el teléfono en la habitación y bajé al comedor a ayudar a Genaro con las comidas, como solía hacer. Quizás Diego estuviera por allí; no sabía si era una reflexión o las ganas que me carcomían por dentro.



El hostal estaba a rebosar. Nunca lo había visto tan lleno, con gente del pueblo y clientes habituales. No volví a ver a Diego hasta que empezó la fiesta, pero vayamos por partes…

Tras la comida, me tumbé en mi cama a descansar y aproveché para hablar con Penélope, que aquel fin de semana tenía trabajo en una finca apartada de Madrid para fotografiar una boda. Con Raquel no pude comunicarme más que a través de mensajes, pues al parecer estaban muy liados con el nuevo proyecto. Cerca de las ocho de la tarde, empecé a prepararme en la habitación, con reguetón de última moda, que no es que fuera mi música favorita, pero yo también tenía mis momentos de *perreo*.

Había llevado en la maleta un vestido por las rodillas estampado, en tonos amarillos y pastel, que me regalaron mis chicas en una de las graduaciones de mis chavales. Me anudé un lazo amarillo en el pelo y me calcé mis sandalias bajitas, con las que iba muy cómoda. Bajé las escaleras casi danzando y al llegar al *hall* flipé en colores. ¡No cabía un alfiler! Me entremezclé con la gente; a la mayoría no la conocía, pues serían vecinos del pueblo. Busqué entre tanto rostro a Genaro, pero no lo encontré. Fui hasta la cocina y allí estaba, mirando el retrato de su mujer. Un pellizco me atravesó el corazón. Carraspeé para que supiera que estaba ahí y él inmediatamente se dio la vuelta.

—Criatura… —Con ojos emocionados, me ofreció su mano, y en un par de pasos llegué hasta él. Me rodeó la cintura con esa misma mano y, delante de su mujer, sus palabras me hicieron tragar saliva muchas veces—: Adela, esta es la chica que me ha devuelto la alegría en estos aciagos días sin ti. Ahora sé que tú me la enviaste para que saliera del pozo, de esos días en los que vivía de forma automática. Ni siquiera nuestros hijos lo consiguieron, hasta que Beatriz llegó. En este tiempo, las ganas han vuelto a mí, y hoy más que nunca, esta fiesta que tú inventaste va a celebrarse con verdadera felicidad y energía, como hacíamos cuando aún estabas aquí. Gracias por enviármela.

Lo abracé con fuerza y lo estreché conteniendo las lágrimas, que

estaban a punto de aflorar. Él me limpió una de ellas, que se escapó sin permiso, asintió con la cabeza, y no hizo falta decir nada más.

Salimos al jardín, animando a la gente a que buscara una silla en la que acomodarse. Por la tarde, los hijos de Genaro habían llegado por sorpresa para celebrar la fiesta y lo habían ayudado a decorar aquel espacio, que a diario era un simple jardín, pero que aquella noche era una auténtica maravilla. En las mesitas de madera había velas iluminando la cálida noche; un cartel que daba la bienvenida a la primavera coronaba el escenario improvisado con mesas grandes, y guirnaldas de luces terminaban por ambientar el lugar. Fui pasando por las mesas haciendo un poco de relaciones públicas, preguntando a los invitados si todo estaba a su gusto, pues para aquella noche habíamos preparado un *catering* especial. Fueron días de mucho trabajo, pero sin lugar a dudas ese esfuerzo titánico había merecido la pena.

Estaba charlando con una pareja mayor, que no separaba sus manos y que me comentaba lo mucho que disfrutaban aquellas fiestas, cuando elevé la vista y lo vi. La sonrisa se me congeló en la cara. ¿Podía estar más guapo? Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra. No sabía qué tenían los colores oscuros que tan bien le quedaban. Me quedé sin aire según se acercaba a mí. Me disculpé con aquella simpática pareja y yo también fui andando hacia él. Un paso tras otro hasta que estuvimos frente a frente.

—¿Vas de niña buena, profe?

Puse los ojos en blanco al escuchar aquel apelativo.

—¿Y tú de qué vas, escritor?

—De Diego, a secas.

Tragué saliva al recordar el beso que nos habíamos dado. Ese beso que me puso del revés y me asustó, puesto que nunca antes había sentido aquello que Diego conseguía hacerme sentir. Rozó sus dedos con los míos, pero entonces Genaro me dio una voz, lo cual significaba que empezábamos a servir la cena. Me alejé de allí agradecida, ya que de no ser por la interrupción me habría lanzado a besarlo una y otra vez.

Me concentré en que todas las mesas estuvieran servidas y que los congregados disfrutaran de la noche. Para amenizar la cena habíamos contratado una orquesta que, básicamente, consistía en un grupito de cinco chicos y chicas que cantaban canciones de la verbena popular. Algunos asistentes se animaron y bailaban entre plato y plato. Traté de no mirar hacia la mesa de Diego, aunque a veces era inevitable. Algunas personas lo reconocieron y se acercaban a él; unos ello saludaban, otros le pedían autógrafos y algunas le ponían las tetas en la cara directamente. De vez en cuando coincidían nuestras miradas, aunque duraba apenas unos

segundos, bien porque yo lo esquivaba o porque lo hacía él.

Antes de que la orquesta se marchase, hice una petición sin que Genaro se percatara. Deseé agradecerle de alguna forma todo lo que hacía por mí. Les pedí que cantasen aquella canción que escuchaba cada noche y que le traía recuerdos de una vida pasada. Nada más comenzar, se dio cuenta de que era la canción de su mujer y de él. Dejó de hablar con unos clientes y se acercó a la orquesta. Un hombre y una mujer de cuarenta y pico años lo acompañaron, y los tres se fundieron en un lento vaivén mientras la cantaban con los ojos empañados. Genaro me buscó con la mirada y asintió con la cabeza, sabiendo que solo yo podía haberle hecho aquel regalo amargo y dulce a la vez.

Acabada la cena, empezó el karaoke. La orquesta se marchó; era hora de que los propios vecinos y clientes del hostal se animaran a cantar. Una chica adolescente subió al escenario con su madre y abrieron la veda cantando temas de Chayanne. Y así transcurrió la noche, entre canciones de Ricky Martin, Rocío Jurado y Pimpinela, bailes y risas.

—Beatriz, ¿verdad? —El hombre que había abrazado a Genaro se aproximó a mí, que estaba distraída contemplando a una simpática pareja de ancianos cantar y bailar en el escenario.

—Sí, soy yo.

—Encantado de conocerte. Soy Genaro, hijo del otro Genaro. —Me estrechó la mano mientras yo abría la boca al entender quién era.

—¡Es un inmenso placer! Tu padre es una persona maravillosa, aunque ya lo sabrás.

—Cierto, pero llevaba años desganado y sin ese brillo especial en los ojos que solo tenía cuando mi madre vivía. Sé que se debe a ti y quería agradecértelo en nombre de mi hermana y mío. Gracias de corazón, has sido una inyección de energía para él.

Me dejó anonadada, no sabía qué contestar. Si alguien tenía que estar más que agradecida era yo. Desde mi llegada al pueblo, Genaro me había ayudado y animado sin hacer grandes gestos, simplemente con escucharme y estar ahí para mí.

—La verdad, no sé qué decir.

—Esta es, Adela. —El hombre se giró hacia la mujer que acababa de situarse a su lado. La hija de Genaro, vivo retrato de su madre, sus mismos ojos.

—Gracias. —No hizo falta decir nada más. Me dio un abrazo que sentí sincero y lleno de cariño. Me disculpé, pues iba a llorar como una boba si permanecía allí plantada, y me oculté tras una columna en un lateral del jardín. Me limpié las lágrimas y suspiré en la penumbra.

—¿Escondiéndote? No lo hagas nunca, tú no. —Diego estaba allí, a mi lado.

Perdóname si al mirarte te estoy besando
Si al hablar contigo yo te estoy acariciando

Joder con las letritas de las canciones, a veces parecía que estuvieran escritas para nosotros. Se inclinó hacia mí y nuestras narices se acariciaron, reconociéndose del día anterior. Sentí el anhelo de besarlo y olvidarme de su novia y de lo MAL, en grande y con mayúsculas, que estaba aquello. Me tomó de la mano y me envolvió las caderas con sus brazos; yo posé mis manos en su pecho y respiré su olor. Cerré los ojos con una sensación de confort nueva, como si fuera aquel el lugar donde debía estar. Empezamos a movernos al ritmo de aquella canción, que alguien estaba entonando. Su nariz rozó mi cuello mientras yo expulsaba el aire que había estado conteniendo.

Diego y yo nos hallábamos aislados en un apartado del jardín, aunque prácticamente nos sentíamos solos allí. Pensaba en el beso del otro día y ansiaba volver a sentir sus labios, pero ¿sería un error? Aún no sabía qué opinaba él al respecto. Preguntas y recriminaciones rondaban mi mente, impidiéndome disfrutar de ese instante lleno de magia y cosquilleo. Lo mandé todo a la mierda: el miedo a embarcarme en algo peligroso de donde saldría perjudicada sin duda; lo que me asqueaba ser la tercera en una relación, aunque estuviera acabada; perder a alguien que quizá podría ser muy real…

No tuve opción a seguir elucubrando cuando Diego me besó. Me aferré a él, abrazándolo con fuerza, poniéndome de puntillas. Le agarré el pelo mientras abría la boca y nuestras lenguas se encontraban nuevamente; al igual que las narices minutos antes, se reconocieron. No existían palabras suficientes para explicar lo que significaría ese momento; lo sabía, así sin más. Separamos los labios olvidándonos de la música que sonaba entonces. Apoyé mi frente en su barbilla buscando el oxígeno que nos faltaba. Diego me soltó y dio un paso hacia atrás. Traté de adivinar si estaba arrepentido del beso que nos dimos, de los que podríamos llegar a darnos.

—¿Arrepentido? —musité con temor a la respuesta. Frunció el ceño y, de un gran paso, volvió a mí, me agarró la cara y me besó de nuevo, sin descanso. Yo correspondí a todos esos besos, que no podían ser pecado. Al retirar su boca de la mía, negó con la cabeza.

—Sinceramente, no. Por una parte, la racional, sé que debería permanecer a metros de ti, no acercarme a la cerilla porque voy a quemarme. Pero, por otro lado, no hay nada mejor que esto, sentirte, y estoy convencido de que si continúo besándote, acabaré

entre tus piernas esta noche, donde, seguro, no hay mejor lugar para estar…

Se me escapó un gemido entre sus palabras, así como se escapó la mano que se acercaba peligrosamente a mi sexo, el cual se humedecía con cada palabra, con su mirada, su lengua… Me separé de él, seguramente, con las mejillas sonrojadas.

—Entonces hagamos caso a la parte racional y paremos ahora que podemos.

—¿Podemos? ¿Tú puedes parar, Bea? Porque yo creo que ya voy embalado y no puedo dejar de tocarte… —Avanzó unos pasos, pero alguna parte de mi cerebro funcionaba aún. Lo detuve y negué con la cabeza. Los remordimientos hicieron aparición. Era hora de detenernos.

—Hay momentos mágicos, de los que contienen purpurina y color, que rozan la perfección, que te transportan a otra dimensión donde poder soñar. Pero no son reales, son solo fantasías.

Diego no supo qué decir entonces, y entendí que era hora de poner punto y final a aquella locura que se estaba gestando. Me costó Dios y ayuda ser tan racional, pero uno de los dos debía serlo. No volví a tocarlo, pues si lo hacía, estaría más que perdida.

Me marché de la penumbra que nos ocultaba y corrí a esconderme en mi habitación. No me despedí de Genaro, ya que con tan solo mirarme sabría que algo pasaba. Me metí en la cama con el vestido puesto y el rímel corrido por tanta lágrima que había derramado esa noche. Y entonces eché de menos desahogarme con mis amigas, que me regañarían por dejarme llevar con Diego. Jodido Diego, que comenzaba a dejar de ser la persona a la que admiraba para convertirse en el chico que me ponía, y que conseguía hacerme estremecer con un simple roce.

27
PENÉLOPE

—De acuerdo, Mónica. Se hará como tú pidas. —Joder, qué puta loca estaba hecha mi jefa. No la aguantaba, pero por desgracia tenía que vivir de algo, y no podía dejar aquel cutretrabajo de fotógrafa de BBC, o lo que es lo mismo, bodas, bautizos y comuniones.

—¡Penélope! ¿Puedes dejar de mirar el móvil un momento? En cuanto acabe de explicarte lo que debes hacer podrás llamar a tu último ligue para tirártelo.

La sangre me hervía, pero ya una vez había explotado y le había dicho de todo. Perdí mi empleo. Tuve que arrastrarme, literalmente, y pedirle perdón de rodillas para poder trabajar de nuevo allí. Puta crisis económica, qué dañito estaba haciendo. Mi sueño de abrir un estudio fotográfico se había esfumado hacía meses, cuando me robaron el dinero con el que contaba para abrir el local.

—Sí, señora.

Mi jefa me echó una mirada enfurecida, negando con la cabeza. Con un meneo del *pelazo* moreno que tenía, por fin se fue.

Beatriz me había escrito. Hacía tiempo que no hablábamos, y ya iba siendo hora. La llamé, pero no respondió. No había forma de ponernos de acuerdo, así que le dejé un mensajito cagándome en mi jefa y en toda la puta vida, que no me dejaba cumplir mis sueños, y preparé el material para asistir al ensayo de la boda que debíamos cubrir ese fin de semana.

Un ensayo de boda, ¿en serio? Cada vez nos parecíamos más a los americanos y los copiábamos sin escrúpulos: graduaciones de niños, ensayos de bodas, funerales con *catering*… Introduje la dirección en el GPS y me trasladé al entorno rural donde tendría lugar la ceremonia. Mi querida jefa me había exigido —pues ella jamás me pedía, ella hablaba y sentenciaba; por algo era la jefa suprema— que me quedase allí el fin de semana completo. Al menos los novios me pagaban el alojamiento y la comida, pues yo tampoco andaba muy boyante de dinero.

Media hora más tarde, llegué a la finca, donde tuve que dar mis referencias a un portero para que me permitiese acceder al complejo. Aparqué el coche y me bajé con todo el material de camino al hotel rural donde me iba a alojar. Ponerme tacones de aguja no había sido una gran idea. El camino de tierra me impedía

andar como una persona normal, me iba hundiendo a cada paso. Si a eso le sumábamos que llevaba una maleta de viaje con mi ropa y otra con todo el equipo fotográfico, la imagen era un cuadro. Cuando llegué a la entrada, tuve que dejar todo en el suelo porque me estaba ahogando. Joder, ese sendero era el infierno. Mientras respiraba, me quité los tacones y limpié los zapatos, sacudiendo la tierra pegada. Miré a ambos lados para comprobar si había testigos, pero el *hall* estaba desierto. Una vez que pude volver a respirar con normalidad y dejé de hiperventilar, me calcé de nuevo los taconazos y fui hasta la recepción.

—Buenos días, soy Penélope Cartago, fotógrafa de la boda. —En la recepción, un señor de traje, muy serio y estirado, me dio la tarjeta de mi habitación. Tras indicarme por dónde subir, cogí de nuevo mi material y me di la vuelta, con la mala suerte de estrellarme contra un tío—. ¡Cuidado! ¡¿Tú sabes lo que cuesta lo que llevo en esa bolsa?!

—Disculpa, no era mi intención chocar contigo. —El tipo que me pidió perdón era rubio, alto, con ojos azules y acento extranjero. Me quedé extasiada al verlo, pues necesitaba mirar hacia arriba para hablarle. Carraspeé y asentí con la cabeza, buscando el ascensor para poder irme de allí.

—¿Y el ascensor? —Alcé la voz para preguntarle al hombre trajeado de la recepción.

No había ascensor, según el desagradable y frío recepcionista, que me miró mal por hablar tan alto. Parecía que tuviera un palo metido por el culo. Empezaba a pensar que aquella gente era británica, de esos estirados que, si te sales del protocolo oficial, te asesinan con la mirada.

—Yo te acompaño, déjame que te lleve eso. —El hombre con el que había chocado cogió la bolsa con todo el equipo fotográfico y mi bolsa de viaje. Un auténtico caballero inglés—. Por favor. —Me instó a subir la escalera delante de él; sin dejar de mirarlo sorprendida, subí peldaño a peldaño.

—Alguna pega debía tener un sitio tan bonito como este —comenté, por romper el incómodo silencio. No era persona de permanecer callada.

El caballero inglés, como ya lo había bautizado, sonrió antes de hablar.

—Créeme que antes de irte ya te habrás enamorado de este lugar. —Puso la maleta frente a la puerta y lo miré sin comprender a qué se refería.

—¡Vamos, tío! Nos esperan para el partido, date prisa. —Un par de chavales rondando la veintena pasaron por nuestro lado. ¿Un partido? Recordé que mi jefa me había dado el *planning* de aquella

peculiar boda y tenía que hacer fotos de todas las actividades que iban a realizar en el fin de semana. Iban a ser unos días *non stop*.

—¿Eres parte de la boda?

—Algo así. Un placer. —Cogió mi mano y la besó antes de guiñarme un ojo y marcharse.

Me quedé allí plantada, pensando en que nunca me había cruzado con un tío tan caballeroso en mi vida. Mi móvil empezó a sonar. Era Bea, así que respondí rápidamente mientras entraba en la habitación. Tenía todavía unos minutos para hacerme a la idea de lo que me esperaba, aunque ni por asomo habría imaginado la magnitud de lo que me aguardaba.

28

DIEGO

Me despierto pensando en Candela, en la manera de pedirle perdón por todas las cagadas que estoy cometiendo. Abandonarla cuando más me necesita no es de valientes, todo lo contrario, pero aun así lo he hecho. Fingir que me apetecía acostarme con mi novia también es de cobardes, y besar a otra chica mientras ella vive en la ignorancia es de ser muy cabrón.

La luz se cuela por la ventana, ya que no bajé la persiana cuando llegué a mi habitación anoche. Estuve tentado de ir hasta el cuarto de Bea, pero ella había salido corriendo, señal inequívoca de que se arrepentía de los besos que nos habíamos dado.

Salgo al baño a darme una ducha antes de bajar a desayunar, aunque tengo el estómago más que cerrado.

—Buenos días, Diego. —El simpático y afectuoso dueño del hostal me sirve café, como cada mañana, con la sonrisa que lo caracteriza. A este hombre parece que no hay nada que lo haga estar serio; al menos de cara al exterior, siempre se comporta así.

—Buenos días, Genaro. —Busco disimuladamente a Beatriz a lo largo del comedor, pero no hay rastro de ella. Quedan un par de clientes en dos mesas, que se marchan mientras Genaro me deja las tostadas, el aceite y el tomate que tomo a diario junto con el café.

—No la busques, no está. ¿Puedo? —me pregunta señalando la silla a mi lado. Yo asiento con un nudo en el estómago. El hombre se sienta y alisa el mantel con la mano—. No tengo la menor idea de qué sucedió anoche, o cuando haya sido, pero permíteme darte un consejo: Beatriz es excepcional, es uno de esos seres tan especiales que hay que cuidar y mantener a salvo, incluso de sí misma.

—¿Se ha marchado?

—No, no, sigue en el hostal. Pero esta mañana bajó a desayunar casi rozando el alba. Yo me despierto muy temprano, y mi casa queda muy cerca de la cocina, por lo que cuando oí ruidos, me acerqué a ver qué pasaba. Bea estaba preparándose un café y tenía bastante mala cara. No hablamos mucho y me dijo que hoy iba a pasar la mayor parte del día fuera.

Me quedo mirando la taza de café, humeante cual lava, como si ahí estuviera escondido un secreto. En parte me siento avergonzado,

no sé qué responder.

—No lo he hecho bien, soy consciente. Pero no tengo idea de cómo arreglarlo, estoy perdido.

—Lo sé. Desde que pusiste un pie en mi hostal lo vi. Ya se lo advertí a ella. Solo puedo añadir que Beatriz tampoco está pasando por su mejor momento. Pero lo que tengo que decirte ahora seguramente no te va a gustar. La quiero mucho, en poco tiempo se ha convertido en alguien muy importante en mi vida. Me ha despertado de un letargo del que no quería ni podía salir. No se merece que la traten mal, al revés. Parece muy fuerte y echada hacia delante, pero necesita que la protejan y la cuiden.

Después de eso se levanta y me deja a solas con mis pensamientos. Se me mezclan imágenes de Candela en la playa en nuestro primer viaje, la sonrisa de Bea, las lágrimas de mi novia cuando me fui de casa en nuestra primera ruptura, los labios de Beatriz, que me impulsa siempre a querer más y más…

Regreso a mi habitación y me quedo a oscuras; una fuerte migraña se está colando en mi cabeza. Con la persiana aún medio bajada, intento descansar, pero no hay forma. El teléfono suena sin parar durante media hora. Es mi madre; no puedo ignorarla eternamente, por lo que cerca del mediodía leo sus mensajes, que son más de lo mismo y se resumen en la frase de siempre: «Vuelve, Candela te necesita». En un arranque de culpabilidad, llamo a mi novia.

—¡Hola, cariño!

—Hola, Candela. ¿Cómo estás?

—Bueno…, echándote mucho de menos. Necesito que acabes esa maldita novela ya y vuelvas a casa. —Ojalá el significado de «casa» fuera el mismo para ambos, pero desde hace mucho tiempo no lo es.

—Ya queda menos. De hecho…, he pensado ir a verte unos días, ¿te parece? —El grito que da por poco me revienta el tímpano. No es justo para ella, para Bea ni para mí, aunque es lo correcto.

Me cuenta que su psiquiatra le ha cambiado de nuevo el tratamiento porque las pastillas que tomaba le provocaban cefaleas intermitentes. Cuando me aseguro de haberle alegrado el día, cuelgo. Busco por la habitación una de esas botellas de vino que Beatriz y yo bebíamos en su terraza, y afortunadamente doy con una. Me la bebo entera mientras me flagelo por hacer sufrir a dos mujeres. Me duermo y no despierto hasta bien entrada la tarde. Hecho un trapo, salgo a darme una ducha y a dar un paseo por la playa; eso siempre me aclara las ideas.

Cuando encuentro un lugar apartado de la gente que toma el sol y parlotea sin parar, de niños corriendo y jugando, me siento a

respirar el aire salado, que tiene poder curativo y me calma.

—No me puedo creer que coincidamos aquí. —Esa voz… Bea me tapa el sol, su pelo ondea por la brisa, aunque sin rastro de la sonrisa de costumbre.

Se hace sitio en la arena junto a mí y comienza a trazar dibujos canturreando.

—¿Dónde has estado, profe?

—Por ahí, andando, viendo cosas. Este pueblo es maravilloso —habla mientras dibuja estrellas, corazones y lunas.

—¿Empezamos de nuevo por… segunda vez? —le pido casi rogándole. Ella me mira; su respuesta me pilla de sorpresa.

—No sé si te lo mereces, pero vale. —Hace una pausa antes de dejarme KO—. Háblame de ella.

—¿Quieres que te hable de Candela? —Cierra los ojos un instante al oír su nombre y asiente—. Si tú me dices qué te trajo hasta aquí.

Se lo piensa un segundo antes de responder.

—Hecho. —Me da la mano y la estrechamos como si se tratara de una transacción comercial. Estoy convencido de que ella también ha sentido esa electricidad que nos recorre la palma de la mano. Me suelta y aguarda a que comience.

—Conocí a Candela en una firma de libros. Ella es editora, y era amiga de mi editor actual. Me la presentaron y empezamos a hablar de lo típico en esos eventos: de libros, de los autores del momento, los géneros, etcétera. Volvimos a coincidir en otras presentaciones y empezó a trabajar en la oficina de mi editor un mes después. Poco a poco fuimos viéndonos más y más, y de la noche a la mañana teníamos una relación. Un mes después, la tenía viviendo en mi casa.

—¡Vaya! Sí que fue amor a primera vista.

—No, no fue eso, al menos para mí. Candela es una mujer guapa, divertida y generosa. Me ayudó a ascender en mi carrera profesional; se entregaba al cien por cien y nada me hacía sospechar del drama que escondía. Una noche, acudí a una presentación a la que no pudo acompañarme y llegué muy tarde a casa. Cuando entré, estaba todo en silencio; ella siempre se quedaba hasta las tantas trabajando. Me la encontré en el suelo de la cocina encogida, de rodillas, musitando cosas sin razón y con un bote de pastillas derramado a su lado. Lo cogí de inmediato, alarmado y confundido. Tenía la mirada perdida. Llamé a emergencias y una ambulancia se la llevó al hospital. Una vez allí, conocí al que era su psiquiatra. Sé lo que vas a pensar, ¿cómo no podía saber nada de aquello? Pero es que Candela es muy inteligente y sabe ocultar bien lo que le interesa.

—¿Estaba enferma?

Sin ser consciente, yo también he estado jugueteando con la arena.

—No, no lo estaba. Candela lleva años enferma.

No se lleva la mano a la boca ni me formula más preguntas. Me sostiene la mirada cuando comienzo a sentir un calor en mi mano. Beatriz la ha agarrado en algún momento; puedo sentir el tacto de su piel. Me reconforta y, sobre todo, me hace sentir que no me juzga.

29

A la chica que me precedió…

Sé que no soy la primera en tu vida, que antes de mí hubo otras. Quizá algunas no significaran mucho y fueran un mero entretenimiento, un pasatiempo, pero sé que hubo otra que lo fue todo para ti. También sé que me has dicho millones de veces que eras ingenuo, joven, que pensabas que ella era el amor de tu vida, que jugó contigo. Por desgracia, y aun sabiendo yo que es bastante ilógico, pensar en ti con ella me desgarra el alma. Y no, no porque haya posibilidad alguna de que algo se vuelva a avivar cuando la veas. Estoy completamente segura del momento que vivimos, pero las inseguridades y los celos no se pueden controlar y a veces atacan sin piedad.

Es entonces cuando odio esa imagen: tú mirándola como me miras a mí, aspirando su olor y susurrándole las mismas palabras que me dices ahora a mí. ¿Besaba bien? ¿Te hacía sentir igual que yo? ¿Era más guapa que yo? Preguntas sin sentido que únicamente me hacen daño. Y la odio, por ser ella la primera, por ser con quien descubriste el amor, el sexo; por reírte con ella como lo haces cuando estás en mi sofá, abrazado a mí; por ser ella la primera a la que dijiste «te quiero». Releo el texto y comprendo lo absurdo de estas palabras. Hoy no me rozan siquiera, pero al principio me dolían, me creaban inseguridad y me hacían sentir miedo. Miedo a perderte, a no ser suficiente para ti, a no ser ella. Pero gracias a tu paciencia, a hablar mucho y a perderme en tus ojos, entiendo que no tengo que ser ella, que no hay punto de comparación, que aquello fue un amor fugaz que te dejó cicatriz. Una cicatriz que, con el tiempo, te he ayudado a sanar, y que apenas necesita ya gasa protectora. Que solo importa hoy, que lo anterior no tiene repercusión en nosotros y que, aunque doloroso, te enseñó y aprendiste.

A esa chica: gracias por dejarlo ir, porque ahora es todo para mí…

Cerré la libreta. Tras el momento que habíamos vivido en la fiesta de la primavera, me había puesto a escribir mis reflexiones soñando con ser la única en la vida de Diego. Fantaseé con escribir esa carta a su novia y ser yo su amor verdadero, la mujer por la que cambiaría toda su vida.

Recordé a David, mi única relación duradera. Aparte de él había tenido mis líos, pero no habían durado más de dos meses. Nuestra relación fue una balsa de aceite: no hubo grandes peleas, ni dramas,

ni sufrimientos que te rompieran el corazón en mil pedazos. Pero con Diego era todo diferente. No era una persona libre, y yo me había lanzado como una idiota sin saber nadar. No podía dejar de pensar en su chica, en Candela, en que creería que su novio estaba acabando un manuscrito y no enrollándose con otra en la oscuridad de un jardín.

Después de encontrarme a Diego en la playa y de hablar sobre su novia, las cosas dieron un giro, al menos en mi mente. Caí en la cuenta de que no jugaba limpio, que él era uno de esos tíos que tenían novia y se enrollaban con otras mujeres sin ton ni son. Pero Diego me había contado algo muy distinto; había conocido a una chica que escondía algo. A veces creemos que conocemos a las personas con las que convivimos, hasta que se descubre una realidad completamente diferente que nos explota en la cara.

—Buenos días, profe. ¿Te animas a ir a la librería de Félix? Quiero comprarme unos libros de unos amigos que todavía tengo por leer. —Diego había llamado a mi puerta a eso de las diez de la mañana, mientras yo leía su manuscrito. Sonrió al ver que todavía sostenía su novela en mis manos, me la quitó y farfulló algo parecido a un *spoiler* que no quise escuchar, por lo que me di la vuelta y me tapé los oídos canturreando.

Nos encaminamos a la librería Ánima mientras comentábamos cómo llevaba el manuscrito. Le hice muchas preguntas, que contestaba sin rechistar, aunque a veces torcía el gesto sin saber a qué venía tanto interrogatorio. Una vez que llegamos a la librería, me dio las gracias por ayudarlo, pues al parecer esas conversaciones lo aclaraban y después modificaba, ordenaba y plasmaba sin parar en la soledad de su cuarto. Desde que nos habíamos visto en la playa las cosas habían cambiado. Era como si los besos que habíamos compartido se hubieran quedado atrás y hubiésemos corrido un velo sobre ellos. Las charlas fluían, no había tensión, aunque también evitábamos todo contacto. En parte, tenía miedo a que fuera la calma que precede a la tormenta.

Pasamos la tarde en el museo de un pintor célebre del pueblo. Cenamos pescadito frito cerca de la playa y acabamos bebiendo unos vinos antes de volver al hostal. Los días posteriores transcurrieron de forma similar. Estuve en su habitación leyendo lo que llevaba de manuscrito; lo vi escribir, vestido con la camiseta gris que era como su uniforme de trabajo, y en una ocasión, cuando iba a marcharme a mi cuarto, me detuvo.

—¿Puedes quedarte? Si estás cerca, me siento más inspirado, más confiado, y las palabras fluyen solas.

Me sentí halagada y le dije que volvería en un segundo.

Cogí el libro que estaba leyendo y me senté en la terraza con las

piernas estiradas para poder tomar un poco de sol, mientras Diego, en el interior de la habitación, tecleaba sin parar. Su teléfono sonó. La puerta de la terraza estaba abierta, así que pude escuchar parte de la conversación.

—Sí, mamá… No, no es un buen momento. Vale, dile que se ponga… Hola, cariño. —No quería reconocerlo, pero ese apelativo me molestó—. Estoy aún con él… Sí, ya sé que te dije que iría a verte. Dame unos días y nos veremos, ¿OK? —Y no volví a escuchar la voz de Diego. Debía de haber colgado.

Releí la misma línea quince veces; mi capacidad de concentración se había dispersado. Aguardé a que Diego saliera a la terraza, pues yo no me atrevía a decirle nada. Minutos después, oí cómo cerraba el portátil, y entonces salió a la terraza.

—¿Tienes cigarrillos?

Tardé poco en ir hasta mi cuarto y coger el paquete de tabaco.

—¿Cómo va la historia?

Se encogió de hombros, apesadumbrado. Suspiró y cerró los ojos mientras daba una larga calada al cigarrillo. En ese momento su mente estaba en otro lugar, en otra persona.

—¿Has hablado con ella? —Asintió con la cabeza sin decir nada más—. No he podido evitar escucharte. Vas a verla, ¿no? —Me miró con cansancio en los ojos, resignado—. Ve, Diego, y no tardes mucho.

—¿Quieres que vaya a verla?

—Aquí da igual lo que yo quiera. Se trata de ti y de Candela, de vuestra relación. Y aunque no conozco toda la historia, me temo que ella te necesita; yo no.

A juzgar por su cara, le dolió cuando le dije que no lo necesitaba. No me tenía por una mentirosa, salvo en contadas excepciones, como esa. Claro que lo necesitaba, aunque estaba confusa y no sabía si como amigo o como algo más. Lo único que sabía era que su compañía me hacía sentir bien, igual que hablar sobre libros que nos gustaban, hacer planes juntos, reírnos sin pensar en nada más que en el presente. Algo así como un *carpe diem*. Cogí el libro, pero le dejé el paquete de tabaco; le hacía más falta a él que a mí.

—¿Y ya está? —me preguntó acercándose al umbral de la terraza. No me giré, hice como si no lo hubiera escuchado, aunque Diego sabía perfectamente que lo había oído. Me detuve un segundo antes de echar a caminar fuera de aquella habitación donde me sentía en casa, mejor que en la mía propia.

Me senté en mi cama sin dejar de pensar en ellos dos, en que seguramente se saludarían con besos como los que nos habíamos dado; en que se tocarían, se rozarían y se dirían palabras bonitas.

Yo no contaba, no era parte de la ecuación. Me sentía triste; llevaba días sin hablar con mis amigas o mi familia, incluso evitaba a Genaro. No quería regañinas, recriminaciones o sermones. Lo único que necesitaba era dormir, olvidarme un poco de toda esa mierda que me estaba afectando. Solo quería quitarme esa sensación. Me acurruqué en la cama en posición fetal y cerré los ojos intentando poner la mente en blanco. Por desgracia no lo conseguí, y en su lugar lloré echando toda la angustia que llevaba arrastrando meses, como si hubiera regresado a aquel día en mi casa, cuando decidí marcharme lejos y esconderme. Después de todo, era lo que mejor se me daba.

30

La semana siguiente Diego no estaba. Me hizo caso, finalmente, y tras la conversación con su novia, volvió a casa. No habíamos intercambiado los teléfonos en ningún momento, por lo que no supimos nada el uno del otro. En parte me alegraba por ella; según me había contado Diego, la chica no estaba bien, estaba enferma y lo necesitaría. Durante esos días traté de enfocarme en otras cosas. Hablé varias veces con Raquel, a la que notaba extraña; por más que quise indagar y averiguar qué le ocurría, me decía que era solo el trabajo. Sin embargo, yo la conocía perfectamente y sabía que algo sucedía. Le recalqué lo que necesitaba saber: que siempre estaría ahí para ella; pasase lo que pasase, podía contar conmigo. Entre nosotras no había mentiras ni silencios por no preocupar a las otras. Me dijo que lo sabía, pero insistió en que todo marchaba bien. No quise presionarla más y la dejé tranquila.

También tuve más contacto con mis padres; bueno, con mi padre no lo había perdido nunca, pues me mandaba mensajes y me llamaba. Con mi madre era distinto: seguía insistiendo en mi regreso y en que acabase con aquella absurda aventura. Por suerte la iba toreando, ya no me afectaba tanto. ¡Por fin! Con el que tampoco mantenía mucho contacto era con Adri. Lo echaba en falta, pero no desde que había llegado allí, sino desde hacía años. Adrián era un esposo y padre abnegado que vivía para su trabajo y su familia. Se casó, y al irse de casa, desapareció del mapa. Muchas veces pensaba que era yo quien no le importaba, pero mi padre siempre me decía que a veces las personas no nos damos cuenta de lo que está a cinco metros de distancia. Adrián era como esos caballos que llevan anteojeras para ver únicamente lo que tienen enfrente; no son capaces de ver más allá. Lo sacabas de su trabajo y de su vida familiar en casa y no había nada que hacer.

A la que echaba mucho de menos —porque normalmente me bombardeaba a mensajes— era a Penélope. Sabía que su odiosa jefa la tenía explotada, pero era raro que no diera señales. Le mandé varios mensajes y me dijo que, efectivamente, estaba muy ocupada y no daba abasto, por lo que opté por no preocuparme.

—Hola, profe.

Me giré y ahí estaba, en el umbral de la puerta de la cocina.

—Hola —saludé. Diego me sonrió con esperanza en los ojos.

—¿Cómo va todo? —Se adentró en la cocina mientras yo me

secaba las manos en el trapo. Me encogí de hombros, nerviosa.

—Como siempre. ¿Cómo te ha ido a ti? —susurré, con miedo a la respuesta. Rebufó y se sentó restregándose la cara.

—Bien… Cansado, agobiado, sintiéndome culpable…

Me senté a su lado. Puse las manos en la mesa, a muy poca distancia de las suyas, pero me abstuve de establecer contacto.

—Culpable, ¿por qué?

—Por ti. Sentí que al irme a ver a Candela te estaba traicionando, cuando en realidad no somos nada y debería sentirme culpable por albergar sentimientos por otra persona que no sea ella.

Suspiré. Por un momento pensé que era yo la que podía poner fin a esa situación. Podía decirle a Diego que se estaba equivocando y que yo no sentía lo mismo, que nos habíamos dado unos besos adolescentes que no guardaban ningún significado. Sería lo fácil para él, como ponerle en bandeja la decisión que lo estaba carcomiendo por dentro.

—Soy profesora en un colegio de Madrid, donde he pasado toda la vida. Licenciada en el Conservatorio Superior en Composición, Armonía y Contrapunto. Título de Grado Profesional de Piano. He tocado como pianista acompañante en recitales de poesía y para cantantes. Premio extraordinario de Magisterio, galardonada con varios premios autonómicos y uno nacional. —No me gustaba hablar de mis *supuestos* logros, pero él me había abierto una puerta muy privada y yo le debía la misma confianza—. Llevo años dedicada a la profesión. Al principio me encantaba y estaba completamente ilusionada: quería innovar, dejar huella, implementar nuevas metodologías y estar a la última para lograr que mis alumnos fueran los mejores y, sobre todo, los más felices. Después de tantos años estudiando música, considero el tiempo de aprendizaje valiosísimo. Me gusta exprimir las capacidades del alumno al máximo, conseguir que aprenda todo lo posible. Y, sobre todo, que adquiera cuanto antes la independencia para tocar las canciones que más le gustan sin ningún tipo de ayuda. En el colegio es complicado, al tener tantos alumnos, pero con el tiempo me he dado cuenta de que los niños viven la música tanto como yo, la disfrutan y la sienten en su interior. Los moldea de un modo u otro, modifica su estado de ánimo. He visto a niños tristes por alguna situación familiar y que, al acabar la clase, se marchan sonriendo.

—Ya… ¿Y eso a qué viene? No te ofendas, profe, que me parece bien que me lo cuentes, pero no sé por qué ahora.

Le di un pellizco en el brazo y se sobresaltó, carcajeándose.

—Te recuerdo que me pediste que te contara qué hago aquí; creo que es un buen momento. Cállate y escucha. —Se recostó, cruzado de brazos, justo después de hacer el gesto de cerrarse la

boca con una cremallera—. Hace un tiempo sentí que todo se desvanecía y que aquella chica que había comenzado con toda la ilusión del mundo no era la misma de ahora. Me sentía en parte culpable por tener un trabajo fijo y estable y no disfrutarlo, no estar lo suficientemente agradecida por ello. No fue sencillo tomar la decisión de irme de mi casa, alejarme de todo y empezar desde cero, pero cuando la situación me desbordó y peligraba mi salud, lo hice. Tomé una decisión; no sé si la correcta, pues hubo gente que no lo entendió e incluso no la respetó, pero eso no consiguió que cambiara de opinión. Cuando hay que tomar una decisión, sea cual sea, escúchate a ti mismo. Escucharse es algo que no solemos hacer muy a menudo. Párate y escúchate, y después decide sin hacer caso a nadie. Puede que no sea la opción adecuada, pero ya sabes lo que dicen: quien no arriesga no gana.

Diego me miraba muy concentrado. Cuando acabé de hablar, movió su brazo sobre la mesa lentamente, acercando su mano a la mía. Un milímetro las separaba.

—Y con tanto premio y excelencia, ¿te has limitado a ser una simple maestra de colegio?

El comentario me dolió, pero cuando quise apartar la mano, Diego la retuvo y la estrechó.

—Para mí, los premios, los reconocimientos… son simples papeles, formalidades que te hacen sentir orgullosa de un trabajo bien realizado, un instante de satisfacción personal que compartes con tus seres queridos. Nada más. Nunca me ha gustado destacar ni que la gente me señale. Por eso, lo que más disfruto es estar en mi aula con los alumnos, enseñándoles, aprendiendo de ellos, equivocándome, acertando otras veces… —No sabía cuánto tiempo llevaba mirando nuestras manos entrelazadas. Sentía que estaba bien, que era correcto; me hacía sentir cómoda.

—Siento si te he ofendido con lo de «simple maestra», pero una persona con tantos reconocimientos… No sé…, se me hace extraño que no aspires a más.

Alcé la vista y me perdí en su mirada.

—¿Más? Lo que para ti es más, para mí es mi aula. Allí me siento la persona más extraordinaria del mundo cuando los veo aprender, avanzar, caer y levantarse… Eso es la suprema excelencia.

—Nunca imaginé que podías esconder tantas cosas. De hecho, me pegas más como la tarada que chilla y fuma como un carretero. —Retiré la mano para pegarle en el hombro. Diego hizo una mueca, como si le hubiera causado un daño atroz, y yo no pude evitar reírme de sus payasadas. Hubo un momento de silencio, roto únicamente por su carraspeo—. Ahora comprendo por qué la

música significa tanto para ti; la llevas en tu interior. —Tocó el anillo que yo llevaba en el dedo índice: era una clave de sol, regalo de mi padre el día que aprobé la prueba de acceso al conservatorio.

—Y aun así nunca es suficiente para mi familia. Siempre debo estar presente, disponible, ser agradable, la mejor tía, la mejor hija, la mejor hermana…

—¿Tu familia?

Asentí incómoda.

—Soy la hija soltera que vive en su pequeño apartamento y disfruta de una vida sin cargas familiares, ¿cómo no voy estar disponible veinticuatro horas al día si no tengo nada que hacer? Cuando quieran, como quieran y donde quieran. Así que entre la desidia de mi día a día y el agobio familiar, hui de mi ciudad. No podía más con la presión, y tras un absurdo accidente, sentí que era hora de poner fin a todo lo que me apretaba demasiado el corazón y comenzar de nuevo. Un nuevo lugar, nueva gente, una nueva vida. Durase lo que durase. Sé que suena absurdo, pero cuando llegué aquí, lo único que quería era volver a encontrarme con la Bea de hace años. Volver a sentir ilusión en el trabajo, que lo que me diga mi familia no me hunda ni afecte al punto de entrar en un bucle del que no logro salir y acabo cediendo ante lo que ellos quieren. —Me sentí aliviada al confesarle lo que más me preocupaba, y vulnerable por abrirme en canal en unos segundos, por mostrarle los huecos que faltaban por rellenar, los miedos profundos. Diego me miró y apretó mi mano de nuevo, como esos amigos que te dicen: «Ey, estoy aquí, puedes contar conmigo».

—No conozco a tu familia, no sé nada de la Beatriz de la que me hablas, pero algo sí puedo decirte. Deja de fustigarte, no te flageles más por sentirte como te sientes. Las personas no somos perfectas, no estamos hechas de un material irrompible, y es normal quebrarnos de vez en cuando. Pero en algo tienes razón, y es en que no puedes dejar que todo te afecte de esa manera tan intensa. No siempre puedes estar para los demás; cada uno elige su camino, hace su vida, y no pasa nada por estar en diferentes etapas. Quizá se equivoquen también, como todos. Lo importante es disfrutar con ellos y no centrarse en lo malo.

Casi me hizo llorar con todas las verdades que me dijo. Carraspeé y cambié de tema:

—No debería preguntarte cómo te ha ido, pero me está estrujando la garganta y necesito escupirlo.

Comenzó a trazar círculos con los dedos en la mesa y pude observar sus manos. Eran perfectas, ni muy grandes ni muy pequeñas, con un anillo de acero en el pulgar y una alianza en la derecha. No me considero alguien fetiche; a pesar de haber visto ese

anillo siempre ahí, fue ese día cundo me pregunté si no estaría casado con Candela.

—Entonces no lo hagas. Creo que al decirte que me siento culpable y agobiado ya he expresado suficiente. —Cuando tocaba el tema de su novia, el brillo de sus ojos se apagaba.

—Nunca me había fijado en tus anillos —mentí.

—Este —dijo señalando el del pulgar— me lo compré en la feria de un pueblo al que fui con unos colegas hace unos años. No es nada especial, no tiene un significado de la hostia ni nada de eso. Cuando me preguntan por él en las entrevistas, no sé qué decir y cada vez me invento algo nuevo. —Se rio mientras lo tocaba.

—¿Y este? —Arañé la superficie del otro anillo con la uña. Diego lo miró y lo acarició despacio con un suspiro ahogado. No me iba a gustar su respuesta.

—Nos lo regalamos Candela y yo hace un par de años. Ella me preguntó si algún día nos casaríamos y yo no supe qué contestarle. Lo único que me salió fue comprar estas alianzas como una señal de que sí. Ella se volvió loca de felicidad y pasó unas semanas muy bien, hasta que sufrió una recaída. —Me miró con los ojos apagados —. Sé lo que me vas a decir: que soy un miserable y que si ya entonces las cosas no iban bien no debería haberle dado esperanzas, que soy un cabrón y…

—Suficiente. Ya te lo dices tú, y con uno que opine así de ti basta. Además, yo no puedo juzgar tu relación, solo conozco una versión, y tampoco es asunto mío.

—¿No lo es? Creo que no podemos seguir engañándonos, Bea. Es evidente que sentimos algo el uno por el otro. Que lo hagas tú es perfectamente razonable. —Volví a darle en el brazo al presuntuoso —. No me malinterpretes, no me refiero a que todas caigan rendidas a mis pies y con las bragas en la mano. —Puse los ojos en blanco—. Ni siquiera con Candela me sentí como cuando tú apareces en mi campo de visión. Y no soy tonto, noto que a ti te ocurre algo parecido.

—No está bien, no es correcto, no puede ser, no…

Se levantó de súbito, llegó hasta mí y me agarró la cara con expresión compungida.

—No digas lo que debes decir, dime lo que quieres. —Acercó su boca a la mía, tanto que pude sentir su aliento en mis labios entreabiertos. En mi cordura parpadeaba una luz de peligro enorme. Le cogí las manos y las retiré de mi cara.

—No puedo hacerlo, Diego. —Me levanté y salí huyendo de la cocina.

Esa noche no dormí apenas; todo se estaba enredando demasiado. Yo había cambiado de ciudad para encontrar paz, para

volver a sentirme feliz de trabajar en mi centro. No había viajado hasta allí para volverme loca.

—Joder, *Beita*… —El móvil sonó y, por un momento, pensé que quizá sería Diego. Al segundo siguiente me alivió recordar que no tenía mi número—. ¿Pe?

—Hola, Bea. —Hacía una semana que no hablábamos; yo creía que se debía a que andaba muy ocupada con los trabajos que le encargaba la zorra de su jefa, pero nunca imaginé que sería por otra cosa…

31
PENÉLOPE

Aquellos pijos se lo montaban de lujo. Nunca había estado en una boda como aquella. Tenía que fotografiar cada puñetero momento, y empezaba a hartarme. Por la mañana ya había tomado fotos a los niños correteando por los jardines, tirándose parte del barro que quedaba de las lluvias de la semana, manchándome a mí de mala manera. Jodidos niños. Además, había hecho fotografías de cada rincón, pues la pareja de novios quería luego poder hacer un *collage* con imágenes del lugar donde se iban a casar. Y para rematar, un partido de críquet a mediodía. Hasta ese día ni siquiera sabía de qué iba aquel juego, porque ¿quién coño juega al críquet en España? Pues al parecer, había incluso una selección de criquet en nuestro país.

El chico de ojos azules —o *caballero inglés*, como yo lo llamaba —, ese que me había llevado la maleta a la habitación, estaba allí.

Se me acercó un chavalín de veintipocos años, que pensaría que ligar con la fotógrafa le animaría el día.

—Te veo poco preparada para jugar.

La idea de ignorarlo cruzó mi mente, pero la de vacilarle me pudo.

—Yo siempre estoy lista para jugar, aunque quizás los juegos en los que yo participo están fuera de tu alcance, chico. —Todo eso lo dije sin mirarlo, haciéndome la *femme fatale*. Soy gilipollas en toda regla; no sé por qué no pensé que eso no lo iba a espantar, más bien al contrario.

—Uhhh, eres de esas golfillas… Mola.

No vomité allí mismo por pura vergüenza. Lo miré de reojo con repugnancia y volví a apuntar con el objetivo de mi cámara.

—Philip, vuelve al partido y deja de molestar a la gente. —El caballero inglés me salvó; aunque no iba en corcel blanco, sí tenía el aspecto apuesto de los príncipes. El chaval bufó y se alejó arrastrando los pies y dando patadas, llevándose trozos de césped con él.

—Te pido disculpas en su nombre. No es más que en un chiquillo con las hormonas muy revolucionadas, pero la forma en la que te ha hablado estaba fuera de lugar.

—No pasa nada. —Continué mirando por el objetivo, tratando

de centrarme en aquellos británicos jugando al críquet. Yo todavía no sabía qué coño era eso.

—¿Has jugado alguna vez? —Él seguía a mi lado. Solté la cámara que llevaba al cuello y lo observé.

—Si te soy sincera, no tengo la más jodida idea de qué es el críquet.

Soltó una carcajada.

—Se juega con un bate y una pelota; se enfrentan dos equipos de once jugadores cada uno en un campo de hierba, más o menos como este. En el centro hay un área rectangular, que se conoce como *pitch*. El equipo bateador es el que anota las carreras. Los bateadores juegan en parejas: uno en un extremo de la cancha, desde donde se batea, y el otro desde donde se lanza la pelota… —Y durante lo que me pareció una eternidad, me contó los pormenores de ese deporte. Yo no le hice mucho caso, porque me interesaba poquísimo; simplemente me concentré en la profundidad de sus ojos marinos y en cómo le brillaba el pelo al sol—. ¿Lo has entendido?

Absorta por un instante, me di cuenta de que me preguntaba algo cuando chasqueó los dedos frente a mi ojos. Sacudí la cabeza y sonreí.

—¿Y tú no juegas?

—Yo no tengo ánimo como para estar divirtiéndome, prefiero que lo hagan ellos.

—¡Henry! —dijo alguien, y él se dio la vuelta. Así que ese era su nombre. Henry…, como Henry Cavill, el actor, también británico, aunque muy diferente físicamente—. La novia te está buscando con desesperación. —Él asintió y el chico volvió al juego.

—Me encantaría seguir charlando contigo, pero el deber me reclama. —Cogió mi mano y la besó antes de marcharse a la carrera, lo que me permitió recrearme en su tremendo culo. Joder, aquel tipo lo tenía todo: bonita sonrisa, ojos preciosos, un pelo divino, un cuerpo que se intuía excepcional, y hasta era culto, porque para saber de deportes raros había que leer mucho, por lo menos. No es que me sorprendiera que existiera ese tipo de hombres, lo que pasa es que yo nunca había tropezado con alguien más o menos instruido. Me fijaba en vagos y maleantes con cuerpo cañón, o en tíos alérgicos al compromiso (también con físico de infarto) que, después de unos cuantos polvos, me dejaban tirada.

La mañana fue pasando, gracias al universo, y el partido acabó. Continué fotografiando paisajes hasta que fui a dar con un laberinto en uno de los jardines. Estaba formado de enormes setos, enredaderas y flores. Reconozco que era todo muy bucólico; me estaban dando ganas de vomitar.

—No, Gloria, esto no puede seguir. ¡Por el amor de Dios, te casas en un día! —Oculta tras uno de los setos, pillé *in fraganti* una conversación casi de película.

—¡Pero, Rupert! Ya sabes que no lo quiero, yo te quiero a ti. Me da igual mi familia, el pueblo y todo. No llegaré a ese altar; de ti depende que vengas conmigo.

Apenas respiraba para no ser descubierta.

—Es mi mejor amigo, casi mi hermano. ¿Cómo voy a hacerle esto? ¿Cómo voy a quitarle a su novia y fugarme con ella en el fin de semana de su boda? ¡Esto es de locos! —En ese momento un avión decidió pasar por allí y las voces perdieron nitidez. ¿Sería Henry el que se iba a casar con esa mujer que lo engañaba? No terminaba de identificar su voz, no estaba segura de si era la suya.

—Pues para follar, bien poco que te ha importado que fuera tu *casi* hermano. No me puedo creer que seas tan cobarde. ¿Sabes qué? Ponte tu esmoquin, acude a la capilla mañana y observa cómo me caso con tu mejor amigo. Después de todo, si no eres capaz de luchar por mí, no mereces la pena. —Y alguien salió corriendo.

—¡Gloria! ¡Espera! —El chico la siguió a voces. ¡Virgen santísima, lo que acababa de escuchar! Me sentía como en una novela de Danielle Steel. Aquel horrible fin de semana de trabajo comenzaba a ponerse emocionante.

Me adentré en el laberinto y entonces oí que alguien me hablaba.

—Hola.

Me giré y vi a Henry. Traté de recordar la voz que discutía con la tal Gloria, pero no sabía decir si era la suya.

—¿Qué tal? ¿Ya has encontrado a la novia? —Sí, señor, mi espíritu detectivesco salía a la luz.

—No me lo recuerdes, está insoportable. —«Joder, dame más pistas».

—Bueno, supongo que es lo normal. Por lo del gran día, que salga perfecto y que todo el mundo sea *happy flower*.

Se rio de mi comentario sarcástico y un extraño revoloteo se avivó en mi estómago.

—Aún desconozco tu nombre y tú ya has descubierto el mío.

—Penélope —dije.

—Encantado, Penélope. —Me estrechó la mano y la besó, provocándome un nuevo cosquilleo—. Penélope, la tejedora de sueños: «Y a Penélope, al oírlo, le brotaban las lágrimas de los ojos y se le desconcertaba la piel del cuerpo. Así como en las altas montañas se derrite la nieve al soplo del Euro, después que el Céfiro la hiciera caer, y la corriente de los ríos crece con la que se funde, así se derretían con el llanto las hermosas mejillas de Penélope, que

lloraba por su marido, teniéndolo a su vera». —Y además era un jodido poeta. Mis hormonas iban en picado.

—Recuerdo haber leído *La Odisea* en el instituto, aunque siempre preferí *La Ilíada*. Soy más de batallar, tipo guerrera y eso, ¿sabes? —Estaba coqueteando. Con el novio de la boda, o con el mejor amigo que se follaba a la novia. Mátame, camión…

—Se te ve, sí.

Anduvimos un buen rato mientras hablábamos del clima, algo muy socorrido cuando no sabes de qué coño hablar; de aquel laberinto, del que era un infierno salir; de mi profesión de fotógrafa y lo poco que me gustaban esos eventos, y del trabajo de él: un empresario de las finanzas.

—Bueno, mañana es el gran día. —Yo seguía tratando de averiguar quién demonios era.

—Sí —acordó austero.

—Debe de ser bonito casarse con la persona a la que amas, y que te corresponde, claro. —Eso, echando sal en la herida.

—Sí. —Joder, no me contestaba más que con monosílabos, así era imposible descubrir nada.

—Yo no tengo pareja ni me he casado nunca. En ese tema soy un puto desastre. Suelo salir con tíos bastante indeseables que al poco me dejan tirada, cuando ya se han aprovechado de mí, ya me entiendes. —Le guiñé un ojo tratando de quitarle hierro a la conclusión a la que llevaba tiempo dando vueltas y me aterraba. No sabía estar sola, iba de gilipollas en gilipollas, enganchándome como una subnormal simplemente porque me proporcionaban un poco de cariño.

—No soporto a esos tíos, no soporto la traición ni la deslealtad. —Entonces lo vi claro: se trataba del novio de la boda.

—Bueno, yo también me aprovecho, no te pienses que soy lela.

Me paró con el brazo y se colocó delante de mí, a escasos centímetros. Casi podía sentir el latido acelerado de su corazón, ¿o acaso era el mío?

—No hagas eso, Penélope. No intentes restarle importancia a algo que no debería suceder nunca. Ni hombres ni mujeres deberíamos comportarnos de esa manera ni disculpar comportamientos vergonzosos. Si alguien quiere ser parte de tu vida, lo será. No pierdas el tiempo guardando un espacio para alguien que no hará el esfuerzo de quedarse; aun estando físicamente a tu lado, no quiere decir que lo esté al cien por cien. No lo hagas jamás. Valórate, quiérete y entonces sé feliz con alguien más. —Menudo discursito. Me puso los pelos de punta y, joder, el puñetero cosquilleo no cesaba.

A la mierda. Nunca he sido persona muy reflexiva, más bien al

contrario, la impulsividad me caracteriza. Estampé mi boca contra la suya tras ponerme la cámara a la espalda para así poder acceder bien a él y besarlo sin limitaciones. Henry me abrazó por la cintura y correspondió a mi beso con saliva, lengua y una pasión arrolladora.

—Ufff, ha sido brutal —dije al finalizar el beso. Me separé de él esperando un segundo discurso en el que se disculparía, como buen caballero inglés a punto de casarse con otra, que, por cierto, lo engañaba. Sin embargo, lo único que hizo fue mirarme, con profundidad, gesto serio y el ceño fruncido.

—Reconozco que hacía años no me besaban así. Gracias, Penélope. —Dio media vuelta y echó a andar un par de pasos—. Y nunca olvides lo que te he dicho —agregó sin girarse, desapareciendo en el laberinto. Me quedé alucinada y preocupada, porque ese beso me había gustado mucho, y porque también hacía años que no sentía uno como aquel.

Regresé a mi habitación a dejar el material y a comer algo antes de seguir inmortalizando aquella boda, que se estaba convirtiendo en algo así como *Historias para no dormir*. Me asomé a la ventana abierta y contemplé a Henry riendo mientras una chica lo abrazaba. Supuse que sería su novia y futura esposa. «No soporto la traición ni la deslealtad», me había dicho. Si él supiera que la mujer que lo abrazaba le había sido más que desleal, quizá no estaría riéndose con ella tan felizmente. Un momento, ¿a mí qué me importaba? Solamente me había dado un beso —vale, más que sensacional, pero punto final—. Me aparté de la ventana y cogí el teléfono para llamar a Bea mientras me llegaban las risas de la pareja a la que debía fotografiar al día siguiente mientras se casaba.

32
RAQUEL

Las horas en la oficina se habían duplicado y David trabajaba mucho más en casa. Apenas nos veíamos, salvo en el trabajo. Comíamos juntos, eso no lo perdonábamos, pero más allá no había nada. Tampoco estaba muy comunicativa con mis amigas. Hacía tiempo que no sabía de Bea o de Penélope; no se me ocurría qué pretexto poner cuando notaran mi tono de voz.

—¿Ya te vas a casa? —Como cada tarde, a las cinco en punto, fui al despacho de David para despedirme con un beso en la mejilla antes de coger el tren que me llevaría a la que era nuestra casa. «Nuestra casa». En España soñaba con esas palabras, con que se hicieran realidad y lo significaran todo. Teníamos tantos planes por delante: convivir bajo el mismo techo, trabajar juntos, conocer gente con la que disfrutar los días, viajar, mirarnos… Hacía días que no lo hacíamos, no como una pareja debería mirarse. Una pareja enamorada. Yo, de alguna manera, me sentía mal por no haberle contado todavía a mi mejor amiga que estaba enamorada de su exnovio, a pesar de que su relación había sido más amistosa que apasionada, como siempre fue la nuestra. Y también me sentía frustrada, porque el amor de mi vida se escurría entre mis dedos.

—Sí, voy a coger el tren antes de que se haga más de noche. —Le di un beso en la mejilla, como cada tarde, y salí del despacho anhelando que me llamara y viniese a darme uno de esos besos que compartíamos en la oscuridad de los portales por Madrid. Una vez más, no sucedió, pero ese día una lágrima se me escapó. La limpié rápidamente y, al salir a la calle, el frío de la ciudad me hizo concentrarme en abrigarme el cuerpo, porque el alma la tenía desabrigada desde hacía mucho tiempo.

De camino a casa, debía pasar por una calle ajardinada, en cuyos laterales se alzaban paredes llenas de frases. Los primeros días solía detenerme a hacerles fotografías y enviarlas, hasta que dejé de hacerlo. No sé si por la rutina, el exceso de trabajo o el no ver más allá de lo inmediato. «El amor que pudo morir no era amor». Me paré en seco. Hasta entonces no la había visto, y me encorvé al leerla como si me hubiera golpeado. ¿Estaba mi amor con David muriendo? ¿No habría solución? ¿Qué narices nos estaba pasando, si en Madrid nos queríamos con locura?

Llegué a casa sin poder quitarme de la cabeza aquella frase, garabateada con tinta negra sobre el muro gris junto a un corazón rojo partido en dos. Me di una ducha y me senté a ver las noticias. Preparé la cena, fisgoneé las cuentas de mis amigos y compañeros en Facebook y demás redes sociales, hasta que puse un canal de canciones en español que David y yo veíamos juntos al poco de mudarnos. Era algo así como un ritual: llegábamos a casa, nos duchábamos —alguna vez juntos—, hacíamos palomitas y veíamos videoclips en español, tanto actuales como antiguos. Salió Marta Sánchez en plenos años dos mil, con su canción *Sigo intentando*, y cada palabra se me clavaba como un puñal.

Brotaron lágrimas sin permiso; no fui consciente de ello hasta que no cayeron sobre las manos, que tenía apoyadas en las piernas. Sentí algo húmedo y me toqué la cara. Joder, estaba perdiendo lo que más me importaba y no veía a David más que preocupado por el maldito trabajo. Antes de él, había estado enamorada un par de veces; una de ellas, con tan mala suerte que hasta el quinto golpe pude escapar de sus garras y, tras un año muy tormentoso, recuperar mi vida. David lo supo con el tiempo; aunque en ese momento ya nos conocíamos y él salía con Bea, nunca le conté nada de aquella relación. Cuando lo supo, comenzó a dar golpes y voces, y yo me asusté mucho. Las peleas, los gritos y los golpes se habían quedado como secuelas del trauma, según mi psicólogo, y poco a poco iría superándolo. Fueron años complicados, pero, por fortuna, contaba con los mejores amigos del mundo, y con él. David me ayudó muchísimo mientras acudía a terapia, incluso fue conmigo a varias sesiones. Por eso me dolía tanto que aquello tan grande que habíamos construido y nos llenaba se estuviera esfumando.

—Hola, cariño, ¿qué tal la tarde? —El tiempo había pasado volando, y ya estaba en casa. Cayó a plomo en el sofá y se agarró a mi brazo, tapándose los ojos con la mano.

—¿Ya ha vuelto el dolor de cabeza?

Asintió, y me levanté para darle un vaso de agua y un paracetamol.

—Gracias, cariño. —Se lo tomó y se fue a la ducha. Saldría de allí, cenaríamos, se encerraría en el estudio y yo me quedaría dormida viendo la tele hasta que me arrastrara a la cama, a la que él iría dos horas después, donde no me abrazaría en toda la noche —. ¿Brócoli? Sé que es sano y todas esas mierdas, pero no sabe a nada.

—Yo quería que nos agarráramos de las manos, llenar de fotos nuestras la casa, asistir a conciertos, salir a cenar, leerte pasajes de mis libros preferidos cuando nos metiésemos en la cama, como hacíamos en Madrid; sentirte dentro de mí, que me abrazases fuerte

y me susurraras un «te quiero» o «quédate un ratito más»… Quería todo de ti.

David me miró sin comprender nada. Yo simplemente exploté, aunque pausada y con calma. Se levantó de la silla y dio algunos pasos antes de hablar.

—¿A qué coño viene esto? De verdad que no te entiendo; tenemos un trabajo estable y bastante bien pagado, estamos en una ciudad distinta comenzando una vida juntos, conocemos gente nueva, nos hemos alejado de ese pasado que sigue machacándote… ¡No sé qué más darte!

—No me grites, por favor. —Sabía que yo no podía evitarlo y que a veces le chillaba, pero no soportaba que él lo hiciera. Volvió a sentarse. Se llevó las manos a la cara, se frotó los ojos y me miró.

—Raquel, mi vida, no quiero gritarte. Solo déjame ayudarte, necesito entenderte. ¿Qué te está pasando?

—¿A mí? No soy yo la que trabaja de sol a sol, quien parece un fantasma en la casa, quien no se comunica contigo. No soy la que se ha olvidado del otro. —Se me humedecieron los ojos sin remedio. Sabía que David odiaba verme llorar, y de veras que no lo hacía para darle pena o hacerle chantaje emocional. Simplemente no podía pararlo.

—Cariño, trabajo mucho y lo sabes. Estoy enfrascado en el nuevo proyecto, y no puede ser de otro modo. Cuando llego a casa, por desgracia, debo seguir currando, y al caer la noche me muero de sueño y de cansancio. Pero jamás me he olvidado de ti; no conocí el amor verdadero hasta que llegaste a mi vida, te has convertido en la parte más vital de mi mundo. Sin ti, todo hubiese sido un eterno vacío, sin sentido. ¿No lo comprendes?

Yo deseaba creerle y darle valor a sus palabras, pero algo me atenazaba en el pecho y me decía que no era así del todo. ¿Qué me sucedía?

—Esta noche dormiré en la habitación de la entrada. —Me levanté y anduve hacia la puerta.

—Fantástico, te rindes. Nunca pensé que fueras de esas. Con todo lo que has pasado y lo mucho que has luchado siempre, y ahora, porque estoy un poco más ocupado, te das por vencida, no peleas. Joder, Raquel… El otro día, los celos insanos hacia Bea, y hoy esta mierda. ¿Qué coño está ocurriendo? ¡Mírame! ¡Habla conmigo! No hagas eso, no te encierres en tu armadura y calles. Sabes que podemos hablarlo todo, pero necesito que te gires, que me mires a la cara y seamos una pareja.

Me apoyé en el marco de la puerta, respiré y, con la cara mojada por el llanto, me di la vuelta.

—Tú mismo lo has dicho: no somos una pareja. Hace tiempo que

no lo somos. No sé si tiene que ver con no haberle dicho a Beatriz que estamos juntos y que eso me ahoga; mi pasado, que parece que no deja de torturarme; la desconfianza, los miedos… No lo sé. Solo necesito espacio y tiempo, al menos por esta noche. —No aguardé su respuesta y me fui directa a la habitación. No cogí mi pijama ni nada más. Simplemente me metí en la cama, que aún nadie había estrenado, pues era la de invitados y esperábamos que algún amigo la ocupase por primera vez.

Estuve llorando mucho rato, con gemidos que acallaba para no preocuparlo más. No recuerdo a qué hora me dormí, solo sé que me desperté al día siguiente con un terrible dolor de cabeza. Seguramente se debía al llanto descontrolado y continuado. Por suerte era sábado y podía quedarme en casa sin salir. Al incorporarme en la cama, vi que a los pies yacía un papel doblado por la mitad. Lo tomé entre mis manos y reconocí con rapidez la letra de David.

Te dejo el fin de semana sola para que hagas buen uso del tiempo y espacio que me pediste anoche. Solo te pido que no abandones, no te rindas, porque yo nunca lo he hecho y jamás lo haré. Te quiero, David.

La incongruencia me perseguía. Debía sentirme aliviada porque había respetado mi deseo. Sin embargo, sentía un vacío cada vez más grande en el pecho. En el fondo, mi anhelo era que entrase por la puerta y me dijera esas mismas palabras a la cara, que me abrazase y me consolase, que me protegiese como siempre había hecho y, en definitiva, que no se hubiera marchado de nuestra casa, haciéndome sentir aún más abandonada. *Incongruencia*, mi segundo nombre.

33
DIEGO

Estoy empezando a joderle la vida a alguien, y ese *alguien* no se lo merece. Joder, estoy hecho un puto lío. Candela sigue enferma, siempre lo estará, y Beatriz es el oasis para el sediento en pleno desierto. No quiero decir que sea la tabla de salvación a la vida que tengo con Candela. Beatriz es algo… especial, diferente. Cuando nos besamos, el mundo deja de girar, o soy yo el que se detiene. Estoy aterrado por sentir aquello que nunca antes he sentido. Cada vez que rozo mis labios con los suyos necesito poder tumbarla y colarme en su interior. Nuestra última conversación me deja claro que respeta a mi novia, que la parte racional la domina, pero al mismo tiempo me ha hecho ver más nítido que nunca que siente algo muy fuerte por mí.

Yo también sé que no está bien, pero por un momento lo olvido. La veo salir de la cocina, asustada, y en un primer momento me digo que lo mejor sería dejarla ir y no volver a estar a solas con ella, evitarla, ignorarla… Pero la idea de no hacer caso a la razón me gana, y salgo tras ella. Subo los escalones de dos en dos, acallando los remordimientos que me gritan el nombre de Candela. Me dejo llevar por las emociones. Llevo enjaulado demasiado tiempo y no puedo más. No es justo para ninguno de los tres. Llamo a la puerta de su habitación, y tarda lo que se me antoja una eternidad en abrirme. Cuando lo hace, sonríe, con el teléfono en la oreja. Al verme, se queda muda.

—Te llamo mañana, Pe. —Se retira el aparato de la oreja y retrocede mientras yo entro. Seguimos andando, yo hacia delante, ella hacia atrás. Le quito el móvil de la mano y lo dejo, sin mirar, en la cómoda a mi espalda. Creo que ambos sabemos lo que va a pasar, lo que queremos que suceda, esté mejor o peor. No necesitamos palabras, ya no retrocederemos. Bea intenta hablar, pero la beso como la primera vez, con lentitud y mimo. Deseo recorrerla entera, comérmela, saborearla y que no acabe nunca.

Le quito la fina chaqueta de lana que lleva; ella mete sus manos bajo mi camiseta. Me muero de ganas por verla desnuda. Sube los brazos para facilitarme la tarea de deshacerme de su camiseta y yo me deshago de la mía. Ya nos hemos visto la mitad del cuerpo sin ropa. Lleva un sujetador negro con flores rojas sobre su nívea piel.

La luz del faro se cuela por la ventana junto con el lejano rumor de las olas. Desabrocho el sujetador, que cae al suelo. Acaricio sus pechos despacio, rozándola con la punta de los dedos hasta endurecerle los pezones. Me inclino y beso uno, luego el otro, mientras Bea echa la cabeza hacia atrás y se aferra a mi pelo gimiendo. Alzo la mirada para verla disfrutar, los ojos cerrados y la boca entreabierta, jadeando. La agarro de las mejillas e invado su boca con la lengua.

Le quito el pantalón y ella me ayuda a quitarme el mío; los zapatos salen despedidos por el suelo. No puedo contenerme más y la tumbo sobre la cama. Yo me acomodo a su lado sin dejar de mirarla. Acaricio su mejilla cuando la mano de Bea busca mi polla, ya preparada para hundirse en su interior. Nos besamos; introduzco mi mano entre sus muslos para cerciorarme de lo mojada que está mientras ella recorre toda la longitud de mi miembro sin descanso, de arriba abajo, provocándome un placer indescriptible. Quiero poder follármela y agotar esta necesidad, aunque dudo seriamente que pueda terminarse en algún momento.

Me coloco encima de ella, que abre las piernas, invitándome. Mi boca baja desde la clavícula, lamiéndola entera, hasta llegar al centro entre los muslos. Meto un dedo despacio para ver lo lubricada que está y, joder, podría correrme en este instante. Saco la lengua, lamo, chupo, muerdo… con una Beatriz que se retuerce debajo de mí y la melodía de sus jadeos de fondo. Me incorporo y me acerco a ella para que pueda chuparme como desea. Se la mete en la boca y succiona, acompañándose del movimiento de su mano. Segunda vez en la que podría correrme. No puedo dejar de mirar lo sexi que está en este momento, atrevida y confiada, segura de sí misma, sin dudas rondándola.

La detengo antes de correrme, pues no quiero que sea así; necesito sentirla, hundirme en ella. Compruebo que ha entendido lo que quiero cuando abre el cajón de al lado y saca un condón, que me pongo sin mediar palabra. Vuelvo a acomodarme entre sus piernas y, un segundo antes de encajar, soy consciente de que voy a entrar en el cuerpo de otra que no es mi novia. No hay vuelta atrás. Entraré en Beatriz, en la chica que puede llegar a darme la felicidad completa, la que puede enseñarme la puerta de salida, un nuevo camino. Me acaricia la espalda abriendo las piernas más y más; unos milisegundos y me olvido del mundo real.

Balancea sus caderas mientras yo permanezco quieto. Después, empujo y ella se abre más. Poco a poco adoptamos un ritmo cadencioso y pausado, nada descontrolado. Jadeamos, sudamos, nos besamos enroscando las lenguas; dedos clavándose en mi espalda, en sus caderas, abrazos, respiraciones aceleradas… Empezamos a

volvernos locos ante la inminencia del orgasmo. Beatriz gime, susurra mi nombre sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Las pieles húmedas, pegajosas, el sudor restallando en cada empuje, jadeos y gemidos.

Un grito, el de mi nombre en su boca, es la culminación de su orgasmo sobre mí. La sostengo fuerte, empujando aún con fuerza, aferrándome a sus caderas con una mano y con la otra asido a su pecho. Un cosquilleo eléctrico subiendo por la espalda, el movimiento acelerado bajando de golpe hasta las ingles, y exploto en un gemido largo. Todas las sensaciones y emociones que llevaba reteniendo meses. Caigo sobre ella, que me abraza, sudoroso y jadeante. Alzo la vista y la descubro sonriendo, mirándome con ese candor en sus mejillas y ese brillo especial en sus ojos. Me tumbo a su lado, unidas las manos, buscando la calma, con las olas de fondo y la habitación a media luz. Y ni siquiera entonces los remordimientos pueden conmigo.

34

Hay momentos en la vida que te hacen flotar, como si el peso de tu cuerpo se aligerara y no te afectara la gravedad en absoluto. Así me sentía en ese instante. Respiré profundo, con las extremidades relajadas y el cuerpo flojo, y me percaté de que no estaba sola en la cama. Diego me rodeaba con su brazo y yo a él con el mío. Por unos segundos había olvidado lo sucedido la noche anterior. Al mirarlo, todo vino de golpe a mi mente. Con cuidado me liberé de él y salí de la cama; volví a observarlo dormir, apaciguado, inmóvil. Cogí ropa para vestirme tras darme una ducha y salí del cuarto con sumo cuidado. Lo último para lo que estaba preparada era para afrontar una conversación violenta. Habíamos sucumbido a la pasión que te arrolla y te impide pensar, la que se escapa al raciocinio, ese fuego interno que crece y arrasa, que puede ser destructivo. Y sin duda a nosotros nos iba a reducir a cenizas.

Regresé a la habitación aún con el pelo mojado y con un miedo mayor a encontrarme con Diego. Empujé la puerta y, tras una larga inspiración, alcé la vista para reencontrarme con sus ojos. No estaban; la cama estaba completamente desierta, con las sábanas arrugadas y despidiendo olor a desenfreno. Terminé de secarme el pelo y bajé a ayudar en los desayunos, como era habitual. En una de las mesas del fondo, en semipenumbra, estaba él. No sabía si acercarme y servirle el desayuno como cada día después de haberlo chupado de aquella manera y de haberlo tenido en mi interior. Me ponía cachonda de solo recordarlo.

—Bea, ve a ponerle el café a tu amigo, que no te quita ojo de encima. —Con un guiño, Genaro me sacó de mis pensamientos guarros, que se estaban recreando en la noche anterior. Miré hacia donde me decía y ahí estaba Diego con su escrutinio particular. Me armé de todo el valor que pude reunir y me dirigí a su mesa con la taza oscilando. La dejé sobre la mesa y comencé a servirle el café con mi mano temblorosa.

—Gracias.

Lo miré a los ojos y entonces vi la mirada que me habría encontrado de haber seguido en mi cama. Se sentía culpable, arrepentido, pero en su situación, ¿quién no? Deseaba sentarme a esa mesa, cogerle la mano y decirle muchas cosas; decirle que no tenía nada de qué preocuparse, como si mis sentimientos importaran una mierda. Hacerle ver que no había sido un polvo con

una extraña a la que acababa de conocer, que nosotros no éramos de esos, éramos diferentes. Pero no pude. Asentí con media sonrisa y me fui a la cocina a tragarme las lágrimas que me ahogaban.

—¿Está todo bien, criatura? —Genaro me pilló secándome los párpados—. Diego se ha marchado como si tuviera prisa, sin probar gota del café, y ya sabes lo que le pirra el café.

Me hice la loca, aunque ese hombre me conocía casi mejor que yo.

—Pues no sé, tendrá prisa por alguna cosa, yo qué sé. Voy a tomarme yo un café, si no te importa. —Y salí al comedor. Los comensales se iban retirando mientras Genaro limpiaba sin dejar de estudiarme. El hombre no era nada tonto y sabía que algo me sucedía. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, yo disimulaba haciendo un esfuerzo titánico por sonreír.

No tenía ganas de dar explicaciones ni de hablar de cómo me sentía. ¿Y cómo me sentía? Fatal, hecha una mierda, como si no importase lo más mínimo para él. Traicionada; joder, traicionada yo, cuando la que tendría que sentirse así, de saberlo, sería Candela. Era lo peor. Subí a mi habitación y me senté en la cama mirando hacia la terraza donde tantas veces nos habíamos sentado juntos a leer su manuscrito, a rumiar ideas, a fumar o simplemente a contemplar el mar. No podía dejarme arrastrar, tenía que salir del bucle de mierda en el que estaba encerrada. Me hice una coleta y me fui a la librería de Félix. Un poco de conversación sobre novelas y una taza de té me sentarían bien.

—Buenos días. —El dueño de la librería me recibió disponiendo ejemplares de una novela histórica; el tintineo de la campana de la puerta me había delatado.

—Buenos días, Félix. ¿Qué novedades tienes hoy?

—Pues si miras en la trastienda, hay tres paquetes enormes que desembalar y colocar, aparte de unos cuantos envíos que preparar. Me temo que hoy voy a comer poco.

—Si quieres, te ayudo —le dije tocando los libros que tenía frente a mí y que, cómo no, eran de Diego.

—¿Lo harías? —Asentí con la cabeza, pues una distracción era lo que necesitaba. Me fui a la trastienda con él y estuvimos sacando las novedades, de las que íbamos hablando libro por libro. La mañana se me pasó volando entre cajas y pedidos que veía preparar a Félix—. No sabes lo mucho que te agradezco la ayuda. Ahora, ¿por qué no te tomas un té y vas a la sección de descanso a relajarte un ratito? —No lo dudé y me encaminé hacia allí, contenta y satisfecha de haber sido de ayuda.

La sonrisa me duró poco al encontrarme con Diego. No pude escabullirme, porque él ya me había visto.

—Hola… —dijo.
—Hola.
Fui a prepararme el té rezando por que se marchara, pero no escuché pisadas alejarse. Una vez con la infusión en la mano, ya no podía quedarme más tiempo de cara a la pared como una idiota; tenía que darme la vuelta y sentarme en algún lugar. ¿Sentarme con él o buscar otra mesa? Si hacía lo primero, le estaría pidiendo que hablase conmigo y me dijera algo. Si me decidía por la segunda opción, el hielo se instalaría entre nosotros y sería el principio del fin de lo que fuera aquello.
Fui valiente y me senté a su lado. Diego espiró como sintiéndose aliviado.
—Perdona por no haberte dicho nada esta mañana o por…
—Irte de mi cama sin despedirte. —Que me sentara con él no quería decir que fuera a mostrarme amable.
—También por eso. No sabía qué decirte, necesitaba analizar un poco lo sucedido, pensar…
—¿Y cómo te ha ido? —Estaba dolida, y cuando eso pasaba, podía llegar a ser muy borde e incluso cruel. Agachó la cabeza, frotándose los ojos con vehemencia.
—Mal. Los remordimientos no han aparecido. Algo tan bueno no puede ser malo. No me siento mal por Candela, no albergo ni un mísero remordimiento, pero sí que me arrepiento de hacerte daño. No lo mereces. Tengo una obligación con Candela, un compromiso…
—Pues un poco tarde para darte cuenta de eso. Es curioso; por tu mirada de esta mañana, me parecía que estabas arrepentido.
—Y lo estoy, pero no por haber engañado a mi novia, lo que me hace peor persona, sino por destrozarte a ti. —Sentía que me partía por la mitad.
—Tampoco me has hecho tanto daño.
—No finjas, conmigo nunca. Lo noto, sé que te he hecho daño y que esto que te digo te está matando. Únicamente prefieres ponerte la armadura para que yo crea que lo de ayer no significó nada para ti y que fue un simple desahogo, un polvo entretenido. —El mecanismo de defensa actuaba solo. Iba a llorar si permanecía allí, pero la conversación no había acabado.
—No te preocupes, sobreviviré.
—Lo sé, pero no quiero que me sobrevivas, quiero que vivas como si esto no hubiese pasado nunca y que sigas tu vida sin pensar en mí. —Esa fue la gota que rebosó el vaso y volcó todo hacia fuera. Me di cuenta de que Diego no dejaría a su novia nunca, que a mí acababa de conocerme y, lo peor de todo, que yo no era nadie especial. Mi conciencia me lo gritaba desesperada, pero no había

querido hacerle caso. Ella era la mujer con la que estaría siempre, sobre todo debido a su enfermedad. No sería capaz de dejarla. No sabría decir si era algo admirable, sacrificar tu propia felicidad por la de otro, o lo más triste del mundo, esclavizarte a una vida asfixiante.

—No queda más que decir. —Me levanté, ocultando que estaba a punto de romperme y llorar.

No sé por qué, pero en ciertos momentos, sobre todo en los tristes, las canciones vuelan a tu mente y te castigan. *Te voy a olvidar*, de Malú, surgió nítida entonces, ayudando a que el momento fuera más doloroso. Jodido amor que nos busca y nos encuentra para propinarnos la estocada final. No podía negármelo más: me había enamorado de Diego, de un hombre inalcanzable. Sin embargo, no elegimos de quién enamorarnos. El amor es jodidamente caprichoso. Amar un imposible supone sufrimiento, dolor, insatisfacción… y todo lo soportamos por una simple sonrisa, un leve abrazo o una palabra cálida.

—Bea…, espera.

No podía consentir que me viera llorar. Era muy orgullosa, demasiado, y no me gustaba que nadie, ni siquiera mi familia, me viera llorar. Salí corriendo camino de la trastienda, donde no me encontraría. Esa vez no iba a dejar que me hallara, como la noche anterior. Llegué hasta allí tapándome la boca para acallar los sollozos que me dominaban. Me senté en un rincón, rodeada de cajas, y lloré, expulsé la rabia, la pena, la insatisfacción, el arrepentimiento por enamorarme de alguien que no me correspondería. Me rompí, me permití romperme abrazada a mí misma.

Y allí, sumida en un dolor como nunca antes había experimentado, me convencí de que sería capaz de olvidarme de él; lo sobreviviría y seguiría adelante. Lo correcto eran Diego y Candela, y lo que estaba mal éramos nosotros. No era la primera que se enamoraba de alguien con pareja. No iba a dramatizar más; apenas nos conocíamos, aunque yo sintiera que llevaba a mi lado toda la vida y que me conocía mejor que nadie. El autoengaño iba a convertirse en mi mejor amigo por un tiempo. Había llegado a aquel pueblecito huyendo de una vida y deseaba huir de otra que, se suponía, me iba a ayudar a encontrarme conmigo misma de nuevo. Ni una cosa ni la otra: estaba en el limbo.

35
DIEGO

Candela sigue en la que es nuestra casa, sigue allí. Y me parte el corazón tener a Beatriz cerca y no poder acercarme. Cuatro días han transcurrido desde que nos acostamos y le dije que no podíamos ir hacia delante. Nos cruzamos por el hostal, pero evitamos mirarnos. Ella, con toda la razón del mundo, esquiva mi mirada, y yo lo comprendo, aunque me jode.

—Buenos días. —Genaro me sirve el café hoy; no hay rastro de ella.

—¿Qué tal?

Acompaña el café de un par de galletas con pepitas de chocolate, que me encantan. Ella debe de habérselo dicho. Cuando pienso que se va a marchar, veo cómo se sienta, con otra taza de café humeante, a mi mesa.

—Yo, bien; la que me parece que no lo está demasiado es Bea.

Me atraganto con el café y varias toses me salvan la vida. Genaro me da palmaditas en la espalda para ayudarme. Cuando me recompongo, voy directo al grano.

—¿Qué quieres saber? Seamos francos. —Me cruzo de brazos y me recuesto en la silla mientras el viejo se sonríe.

—Sin rodeos, eso me gusta. En el tiempo que esa chica lleva aquí le he cogido un inmenso cariño, y no quiero que nadie le haga daño. No soy tonto ni estoy ciego, y percibo que algo se está fraguando entre vosotros, aunque ella es una tumba y no suelta prenda. Pero, como te digo, aún soy espabilado y veo que no se encuentra bien. Su sonrisa se ha apagado, y cada vez que estás a su alrededor se ensombrece todavía más. No me interesa saber qué ha pasado entre los dos. Solo quiero que vuelva a sonreír; me da igual cómo lo hagas, pero tiene que ver contigo, y únicamente tú puedes hacer que eso suceda.

Y no añade nada más, pero me ha dicho más en dos segundos que nadie en toda mi vida. Lleva razón, le he apagado la sonrisa. Cuando la veo, a pesar de esquivarnos las miradas, noto que no sonríe como antes. Lo que me cautivó de ella fue precisamente su manera de sonreír siempre. Y yo soy el culpable, joder…

Genaro se levanta tras soltar el discurso y me deja solo con mis pensamientos, sintiéndome el mayor cabrón de la Historia. Si hago

recuento, obtengo el récord de capullo más integral de todos los tiempos: he abandonado a mi novia, a la que visito de vez en cuando y le echo un polvo para tranquilizarla y que así no piense que las cosas entre nosotros van muy mal. He conocido a una chica fabulosa que consigue que la carga que llevo en mi día a día se aligere un poco cada vez que me sonríe. Una chica que está colada por mí; con la que pasé una noche de sexo fantástica —algo excepcional, a decir verdad—, y a la que rompí el corazón al día siguiente. Bravo, Diego, bravo.

Salgo a dar un paseo por la playa. Hace muchos días que no me acerco a esa arena que se te mete hasta en el alma. Estoy hecho una mierda, así que un poco más me da igual.

Nunca he pensado en el destino ni creído en él, pero últimamente son demasiadas casualidades. ¿Quiere el destino joderme la vida y, por ende, a Beatriz? Ahí está ella, sentada en la arena como la otra vez que nos encontramos aquí. Puede que esté mal, pero no lo pienso y me siento a su lado. Ella se tensa al darse cuenta de que soy yo. Permanecemos en silencio; tampoco sé qué decirle. Lo único que sé es que necesitaba sentarme aquí, aunque me mande a la mierda, me chille o me grite lo hijo de puta que soy.

—Ella es tu novia, lo entiendo. Está enferma, y también lo comprendo. Pero no entiendo por qué has dejado que pasara todo esto que ha pasado entre nosotros. No es justo para ella, ni tampoco lo es para mí.

—Siempre sentí que no la merecía, que ella era mucho más que yo y no estaba a su altura. Yo era simplemente un escritor comenzando su andadura, y ella llevaba a sus espaldas mucho camino. La admiraba. Tan segura de sí misma, dominando la situación a cada momento… menos cuando se trataba de su vida personal. Era como si hubiera dos personas en el mismo cuerpo. —Bea me escucha en silencio—. Sus padres fallecieron siendo ella muy joven, cuando aún estudiaba en la universidad. Su muerte fue bastante violenta. Estaban en la casa del pueblo y en los montes cercanos se originó un gran incendio. Quisieron escapar de él y se lanzaron, como muchos otros, a la carretera, que por desgracia se convirtió en una ratonera. El viento propagó el fuego con rapidez y ambos murieron quemados en su coche. Fue a partir de entonces cuando aparecieron los problemas de Candela. Una vez, quise poner punto final a la relación. Al principio ella lo aceptó, pero según pasaban los días, el duelo, ella se hundía en su oscuridad. Me llamó su psiquiatra para avisarme de que se había tomado pastillas de más y le habían hecho un lavado de estómago. Corrí al hospital con el alma encogida, sintiendo que se iba. Al despertar y verme, se echó a llorar; me rogó que jamás la dejara o entonces lo haría adrede.

Aquella vez se le había ido de las manos, pero su mirada me asustó y la creí capaz de quitarse la vida. Su psiquiatra me dijo en ese momento que me necesitaba a su lado, aunque para mí fuese difícil.

»Puedes llamarme cobarde o cabrón por seguir con una persona de la que no estoy enamorado y a la que no amo como se debe querer a una pareja. Mi madre, en especial, la cuida, la apoya, trata de estar a su lado; ella, que tiene ese espíritu de sacrificio por los demás, me pide que no la deje. Mi vida se resume en eso. Vivo en una relación que me hace infeliz; estoy con alguien para evitar una tragedia mayor. Aun así, he intentado terminar la relación otras veces, cuando ha estado mejor, y con el visto bueno de su médico. Ha habido broncas monumentales, grandes reproches y palabras equivocadas, pero Candela no lo acepta, y cuando trato de alejarme, se hunde, lo que la lleva a un nuevo ingreso hospitalario durante días.

Bea deja de tocar la arena y toma mi mano, reconfortándome. Yo espiro, aliviado por haber compartido mi historia con ella. Cada vez que el fantasma de Candela vaga entre nosotros un nudo se instala en mi garganta. Necesitaba contarle todo esto, piense lo que piense sobre mí.

—No sé qué decirte… Menuda historia.

Me encojo de hombros, resignado, incómodo, e incluso un poco avergonzado. Ahora Bea conoce todas mis sombras; no queda luz para ella.

—Apuesto lo que sea a que nunca habías pensado que escondía tanta fealdad.

Gira la cabeza y me mira.

—¿Fealdad? No la veo por ninguna parte. Solo veo a alguien que se ha sacrificado a sí mismo, su propia vida, por el bienestar de otro. Solo veo a alguien generoso que sufre porque no es feliz y, en el fondo, quiere hacer feliz a una persona que muchas veces se pierde en su propia mente. Antes te decía que no era justo para nosotras, pero me he dado cuenta de que tampoco es justo para ti.

—Eso no importa. Lo que importa es que Candela esté bien; quizá en algún momento consiga romper esa cuerda que nos une y pueda separarme de ella, pero sabiendo que está bien, atendida y tranquila en otros brazos. Su psiquiatra quiere ingresarla en una prestigiosa clínica de Barcelona, que conoce de primera mano, y donde estaría muy bien, pero ella es tan cabezota que no consiente nada que signifique alejarse de mí.

Suspira con pena.

—¿Sabes? A veces nos enamoramos en el momento equivocado, no de la persona equivocada. Y, por desgracia, no todas las personas tienen su destino unido.

La miro y sé que se refiere a nosotros dos. La rodeo con el brazo, atrayéndola hacia mí, y ella se recuesta envolviéndome con el suyo.

—Últimamente no he hablado con su psiquiatra y no sé cómo se encuentra ahora. Hace tiempo que no sufre una recaída; quizá dentro de un tiempo pueda zanjar nuestra relación, escapar de ese bucle y dejarla en buenas manos. Antes de conocerte, soñaba con conseguirlo alguna vez, pero no ponía todos mis esfuerzos en ello.

—¿Y ahora? —Eleva su cara para mirarme con esa enorme sonrisa que me alivia el peso.

—Desde que te conozco, ya no sueño con ello: lo anhelo, lo necesito, porque si algo sé es que no puedo dejarte ir.

Me acaricia la mejilla con la mano y se acerca despacio a mis labios. Nos damos un beso suave y tierno, sin lengua ni saliva. Algo casto y puro, como lo que sentimos. No somos culpables por enamorarnos. Mi relación con Candela lleva años rota, no hay solución, y como Beatriz dice, no es justo para ninguno de los tres.

—«Por supuesto que te haré daño. Por supuesto que me harás daño. Por supuesto que nos haremos daño el uno al otro. Pero esta es la condición misma de la existencia. Para llegar a ser primavera, significa aceptar el riesgo del invierno». —No va a ser sencillo. A decir verdad, va a ser muy complicado; Beatriz sufrirá en el camino, como yo, como Candela, pero ya es hora de asumir el riesgo y pagar el precio que tenga que pagar, pues si de algo estoy convencido es de que hay un precio. Aun así, por ella todo merece la pena.

—¿*El principito*?

Asiento con la cabeza. Nos levantamos y caminamos en silencio por la playa, como si fuéramos una pareja normal que se quiere y comparte una vida dichosa y tranquila. Algo me dice que el día que lo consigamos, seremos tremendamente felices.

36
PENÉLOPE

Los secretos son terriblemente difíciles de llevar, no digamos ya de guardar. Sabía que no era nadie en aquella curiosa ecuación, pero a mí no me gustaba que me mintiesen, y Henry había dicho que no soportaba la traición. Blanco y en botella, chato. Al día siguiente se casaría con una infiel que se tiraba a su mejor amigo; menudo panorama le esperaba.

Me costaba tomar ciertas decisiones, especialmente cuando no tenían que ver conmigo directamente. Mi breve charla con Bea no me había aclarado nada. La muy pécora me colgó a los diez minutos; no había llegado a contarle ni un cuarto de todo. Afortunadamente, la tarde del viernes la tenía libre. Se había acabado la cobertura de cada jodida actividad que llevaban a cabo. Disponía de una tarde completa para mí sola; con solo pensarlo tenía un orgasmo. Lo malo era que estaba encerrada en un recinto lejos de la civilización, así que había pocas cosas que poder hacer.

Di una vuelta por la finca. Primero fisgoneé la zona de la boda. Había mucha actividad; la estaban dejando preciosa. Los trabajadores, uniformados al estilo antiguo, con su cofia y su delantal blanco, ponían manteles perfectamente planchados y limpiaban copas y platos. Uno de ellos me instó a marcharme de muy buenas formas; hasta para eso se les notaba el carácter inglés. Me sorprendió mucho que incluso la gente que trabajaba para la boda fuera británica, aunque imaginé que con el dinero que manejaban habrían contratado incluso peluqueras y maquilladores de su país.

Cené algo rápido en la cafetería, pues, aunque iba a gastos pagados, no me apetecía cruzarme con los jovencitos salidos o con el propio Henry y su novia. Después de la estampa maravillosa de ambos besándose y abrazándose, pasaba bastante. Comenzaba a anochecer, y gracias al buen tiempo que hacía, me apetecía estar un rato al raso y contemplar las estrellas. Cogí una manta de la habitación, así, al más puro estilo cutre, y me alejé un poco del edificio. Prácticamente a oscuras, extendí la manta y me tumbé a admirar la belleza que sembraba el cielo. Echaba en falta mi cámara réflex, pero me dio pereza regresar a la habitación, así que el espectáculo no sería inmortalizado.

—Gracias a la luna nueva se pueden observar tres mil puntitos luminosos. La mayoría de ellos, estrellas, ya que los planetas no brillan. —Si digo que me dio el infarto del siglo, me quedo corta. Pegué un salto y me incorporé con un chillido. Sentía que se me salía el corazón por la boca—. Perdona, no quería asustarte. —Reconocí la voz de Henry, pues apenas podía ver nada. Estaba inmóvil, esperando a que volviera a respirar con normalidad. Le hice un gesto con la mano para que se sentase y así lo hizo.

—Joder, menudo susto. —Aún con la mano en el pecho, notaba los latidos a mil por hora. Volvió a pedirme perdón y nos mantuvimos en silencio hasta que sentí que todo estaba en su sitio.

—Te ruego que me disculpes de nuevo.

—No pasa nada, ¿qué me dijiste, que con el *sustazo* no te he hecho caso?

—Te decía que hay miles de puntitos brillando en el firmamento, aunque algunos de ellos son planetas y no brillan. La luz de la luna nueva ayuda bastante a poder ver el cielo así. La intensidad con que vemos brillar cada estrella es su magnitud aparente. Cuanto más brilla, menor es su magnitud. La estrella más brillante del cielo nocturno es Sirius, con menos uno coma cuarenta y seis de magnitud aparente. No hay que confundirlo con su luminosidad real o magnitud absoluta. —Lo miré sin entender una mierda, pero en aquella oscuridad total no se percató—. Si tienes buena vista y enfocas bien, al cabo de un rato podrás distinguir que no todas las estrellas son blancas. Las hay rojizas, amarillas e incluso azuladas. El color de cada estrella depende de su temperatura superficial. Las azules son las más calientes, seguidas de las blancas, amarillas, naranjas y, finalmente, las rojas.

Miré hacia el cielo para comprobar si la tontería que me acababa de soltar era cierta o lo hacía para tirarse el rollo, aunque no parecía de ese tipo de hombres. Más de diez minutos estuve mirando y no vi nada. Cuando fui a decirle que aquello era una chorrada más grande que una casa, vislumbré una lucecita naranja.

—¡Ostras!

—¿Ves? Yo no miento, Penélope, ya te lo he dicho. Odio la mentira y la traición. —Volví a pensar en la mujer a la que le daría el «sí, quiero» en unas horas. Menuda arpía…

—Te vi antes por la ventana, con tu futura esposa. ¿Hace mucho que os conocéis?

—Toda la vida. Sus padres y los míos son amigos desde que coincidieron en la luna de miel. Nos hemos criado juntos.

—Y entonces surgió el amor, ¿no?

—Supongo…

—Yo pensaba que cuando te criabas con alguien lo querías más

como a un hermano. —No podía verlo bien, pero sí noté que se tensaba.

—Pues ya ves que también puede surgir el amor.

Asentí poniendo los ojos en blanco. Si él supiera… De hecho, ¿por qué no saberlo? Se iba a casar con alguien que le era infiel y que seguiría siéndolo el resto de sus días. Henry no se merecía eso.

—¿Y tú estás seguro de casarte con ella?

—¿A qué viene eso? —Más tensión en su cuerpo; parecía una tabla.

—No sé, es una decisión muy importante. Hay que estar muy seguro de dar el paso con la persona correcta, ¿no crees?

—Y te he dicho que nos conocemos de toda la vida…

—Sí, pero no te estoy preguntando eso. Te estoy preguntando sobre lo que sientes; si cuando llega ese momento, se siente en el corazón que es ella; si hay esa conexión; si te explota el pecho cuando ella sonríe. No sé. Ese tipo de cosas, ¿me entiendes?

Giró su cuerpo para ponerlo frente al mío. Cara a cara, nos intuíamos.

—No estoy seguro de esto. Apenas sé nada de ti, pero ese beso que compartimos no deja de rondarme, de hacerme sentir mal por gustarme tanto. —Me agarró con una mano por la nuca y posó la otra sobre la mía, apoyada en mi pierna—. «El corazón tiene razones que la razón no entiende», decía Blaise Pascal.

—Pues escucha a tu corazón entonces. —Acerqué mi cara a la suya, invitándolo a repetir ese beso que a mí tampoco dejaba de rondarme.

—Yo… no puedo… —Un milímetro más y nuestros labios se estarían rozando—. El hecho de que las cosas sean fáciles para ti no significa que también lo sean para los demás.

—Las personas somos complicadas, y el amor a veces es confuso. No pienses ahora y solo siente. —Y sin vacilar más, me lancé a besarlo. No pensé; solo había encontrado a un hombre que se alejaba de todos los idiotas con los que me había cruzado, y deseaba poder conservar por un rato la sensación de ser importante para otra persona, de que alguien no pueda refrenar sus emociones y necesite besarte, tocarte, rozarte… A pesar de haberlo conocido el día anterior, sentía algo extraño, como esas conexiones de las que hablan, esos flechazos. Henry correspondía a mis besos sin dejarse nada, profundizando, avasallándome con su lengua. Nos pusimos de rodillas y nos abrazamos sin dejar de besarnos, hasta que me tumbó de espaldas y, al segundo, se retiró por completo.

Boqueé en busca de aire y, cuando me incorporé, vi que hacía lo mismo con el dorso de la mano sobre los labios. Por desgracia, su mirada me lo dijo todo.

—Discúlpame, no sé cómo he podido… yo…

—Relájate, que no ha pasado nada, solo nos hemos besado.

Se puso de pie frenético. Lo imité y traté de tranquilizarlo, pero andaba de un lado a otro, inquieto. Ni que hubiera matado a alguien.

—¿Solo? ¡Maldición, Penélope! Me caso en pocas horas. ¿Cómo he podido hacerle esto a Gloria? Soy un ser despreciable.

Entonces no filtré, no medité, simplemente actué.

—Pues tu querida Gloria no es lo que tú crees. No es la persona íntegra que piensas, créeme.

—¿Tú qué sabes de ella? Ni siquiera la conoces, por el amor de Dios —gritaba.

—Bueno, no la conoceré, pero sé de buena tinta que no es quien tú crees. Ella no es quien crees, de verdad. Mira, Henry…

—No, mira tú. No sé qué demonios me ha pasado; he sentido una irresistible atracción hacia ti y no he podido evitar besarte. No sé, Penélope. —Miró hacia arriba, suspirando—. Sé que es cursi, pero mi cielo nunca ha estado tan lleno de estrellas como desde el momento en que tu sonrisa lo iluminó, desde que me miraste y me sonreíste directamente. —Hostia puta, nunca antes me habían dicho algo tan bonito y ñoño a la vez. Me quedé paralizada y no supe reaccionar—. Pero no te voy a consentir que insultes a la mujer con la que me voy a casar y con la que pasaré el resto de mis días. Esto —dijo señalando el espacio entre ambos— ha sido… no sé lo que ha sido, pero es momento de pararlo. Recuerda lo que te dije ayer: «Valórate, quiérete y entonces sé feliz con alguien más». Lamento muchísimo mi comportamiento contigo, no ha sido caballeroso. Te ruego que mañana seas profesional, cumplas con tu labor y, cuando acabe la boda, te marches sin más. —Me dejó helada la frialdad de sus palabras. Se acercó a mí y, tras depositar un suave beso en mi frente, desapareció en la oscuridad.

Con el corazón golpeado, recogí la manta y me fui a mi habitación, reflexionando sobre la intensidad de lo que me había pasado en pocas horas. «Gilipolleces», me dije a mí misma para convencerme. Un tonteo, eso era todo. Había querido ayudarlo a no ser el cornudo mayor del reino, pero él se lo perdía. Me puse de nuevo la coraza de la que, por unas horas, me había desprendido.

Al día siguiente me duché y, tras vestirme, bajé a desayunar. Había niños correteando, ya vestidos con las que, suponía, eran sus mejores galas, y algunas mujeres también deambulaban sonrientes y elegantes. En media hora empezaba la farsa. Subí a por el equipo fotográfico y accedí a la pequeña capilla donde se casarían los *felices* novios. Poco a poco comenzaron a llegar los invitados y finalmente llegó él. Si ya era guapo con esa pose de *gentleman*, en

traje estaba tremendo. Intenté no mirarlo mucho, pero la novia no aparecía, y ya tenía todo listo. Quizá la infiel Gloria se lo pensara mejor y se fugase con su amante.

Henry me miró una vez. No era la mirada de siempre, estaba claro que se arrepentía de todo lo sucedido. Elevé la barbilla dignamente y enfoqué hacia la entrada al sonar la música. Eso solo podía significar una cosa: la novia llegaba. Unos latidos vibraron antes de que se oyera la grandiosa voz de Annie Lenox. Joder, tenían que estropearme también una de mis canciones preferidas de una de mis pelis favoritas, *Drácula*. Genial, gracias. Avancé por el pasillo fotografiando a la novia. Podía ser una hija de puta, pero estaba preciosa.

Cerca del altar, me giré para fotografiarlo a él justo en el momento en el que sonaba una canción de amor. Henry desplazó su tierna mirada de Gloria a mí justo cuando la letra hablaba de las estrellas, y no tuve que escuchar sus pensamientos para saber que estaba recordando la noche anterior. Apenas unos segundos en los que nos miramos y volví a sentir la conexión; la coraza cayó y mi corazón se resquebrajó un poco más. La novia se aproximaba, así que me aparté y me comporté de forma profesional el resto de la celebración. No volvimos a mirarnos, tampoco cruzamos media sílaba. Avanzado el baile, al atardecer, era hora de irse de allí y no volver a vernos nunca más; hora de llevarme un recuerdo agridulce de aquel fin de semana. Antes de marcharme, me acerqué a la recepción a dejar algo para el novio. Casi nos cruzamos, pero una planta me ayudó a esconderme.

—Señor Brown, la señorita fotógrafa le ha dejado esto antes de marcharse.

«Cerrar los ojos no va a cambiar nada. Nada desaparece simplemente por no ver lo que está pasando. De hecho, las cosas serán aún peor la próxima vez que los abras. Solo un cobarde cierra los ojos. Cerrar los ojos… no va a hacer que el tiempo se detenga».

Haruki Murakami

No me quedé a ver cómo se daba la vuelta. Me puse el sombrero que las chicas me habían regalado en un cumpleaños, y que iba siempre conmigo a los eventos. Me giré antes de subir al taxi y fotografié el edificio principal, que me recordaría siempre aquellas horas.

37

RAQUEL

David no apareció en un par de días. Imagino que esperaba un mensaje mío o una llamada para decirle que el brote psicótico había cedido. Eché en falta un mensaje por su parte, que se preocupara por mí, que preguntara si estaba bien. Con Rodrigo siempre había sido así. Él fue mi mayor torturador psicológico. Lo conocí un caluroso día de agosto en una ITV, al acompañar a una amiga. Era uno de los técnicos. Soraya, mi amiga de la infancia, tuvo que ausentarse para atender una llamada de teléfono urgente, y yo me quedé encargada de hablar con él acerca del coche. Me tendió la carpeta con todos los papeles, por suerte, pues soy una torpe con el tema de la mecánica. Recuerdo que, años después, mi psicólogo me prohibió insultarme a mí misma, aunque fuera para llamarme torpe. Eso es lo que él hizo durante años, machacarme psicológicamente, minarme día a día, y no eran solo insultos, también fueron golpes, aunque pocos. A la quinta bofetada, escapé. Rodrigo era más del maltrato psicológico que del físico. Dicen que nunca te recuperas de algo así, que siempre queda una marca, una cicatriz en el alma que te recordará lo que pasaste. Por eso a veces tenía miedo. ¿Y si eso iba a estar siempre ahí, convirtiéndose en una barrera en mi futuro? ¿Y si en ese momento era un impedimento para poder disfrutar de la vida con David? Malditos los «y si…» que nunca te llevaban a nada bueno.

Estaba hecha un lío, cansada, y extrañaba mucho a mis amigas. En el fin de semana había hablado con mis padres, que querían venir a verme; llevaban pidiéndomelo meses, pero los convencía con la excusa de que la cantidad de trabajo era enorme y no podía ser. No tenía hermanos; Penélope y Beatriz eran lo más parecido a ello, eran mis personas, con las que podía contar siempre, pero no estaban cerca. Me había ido a vivir al fin del mundo, joder. Además, me pesaba mucho no haberle contado a una de ellas sobre mi relación con David. Todavía recuerdo el día que Penélope nos pilló besándonos. Se quedó en *shock*. Estábamos en una barbacoa en su casa, celebrando su nuevo trabajo, cuando David y yo nos metimos en el baño a darnos unos besos inocentes. Penélope entró de repente; el hielo que llevaba se le cayó al suelo mientras nos miraba con la boca abierta. Cerró la puerta tras de sí con rapidez y nos

señaló furiosa con el dedo.

—No sé de qué coño va todo esto, solo espero que Bea lo sepa y que no estéis haciendo el subnormal en mi baño. ¡¿Os ibais a dar el lote aquí?!

—¡No! Solamente es… joder, joder… —David me agarró las manos y, después de mirarme de esa manera que conseguía amansarme, guio la vista hacia la dueña de la casa—. No íbamos a darnos ningún lote. Solamente nos hemos cruzado cuando yo salía del baño y nos ha apetecido besarnos porque sí. Salimos juntos desde hace un tiempo, y no, Beatriz todavía no lo sabe. Déjanos gestionar eso a nosotros. —Besó mis manos y tiró de mí para volver a la terraza. No pude mirar a Penélope a la cara el resto del día, aunque disimulamos bastante bien.

Desde entonces, fue una pequeña piedrecita en nuestra relación. Los meses transcurrían, y yo aún no era capaz de contarle a Beatriz que me acostaba con su ex. Sabía perfectamente que la relación entre ellos era de amistad sincera y que su noviazgo había sido breve y poco intenso. Aun así, me sentía mal, como si existiera un código por el que no podías tirarte a los ex de tus amigas.

Antes de salir para el trabajo, donde me encontraría con David, decidí llamar a Bea. Hacía mucho que no hablábamos, necesitaba escuchar su voz.

—¡Hola, Rach! Me tienes muy abandonada, ¿qué te cuentas?

—Hola, Bea. Pues ya ves, a puntito de irme a la oficina he pensado que tenía que arreglar eso. Siento no haberte telefoneado antes; esto ha sido un poco locura, bueno, y todavía lo es. —Me brotó una risa amarga.

—Hmmm, te noto la voz rara. ¿Está todo bien? ¿Qué tal lo lleva David? Seguro que apenas tiene tiempo para nada que no sea trabajo, trabajo y más trabajo. Dile de mi parte que tiene que vivir, a veces se le olvida. —Lo conocía a la perfección.

—Sí, bueno, has descrito exactamente cómo está. Pero háblame de ti, ¿cómo va todo? Debéis de tener muy buenas temperaturas, aún no estáis en pleno verano. Es la mejor estación del año.

—La verdad, es así. Yo, bien, bueno…, están pasando cosas, pero creo que las tengo bajo control…

—¿Cosas? ¿Qué cosas? ¿Tu familia está bien?

—Perfecta. Hablo mucho con mi padre. La que todavía sigue haciéndose la digna es mi madre, y con Adri me mensajeo de cuando en cuando. Este lugar es una auténtica pasada, es como un paraíso. Me encantaría que pudieras venir con Penélope; os echo de menos.

—Yo también os extraño. Comenzar una nueva vida lejos de todos es duro, entiendo cómo te sientes. —Un nudo no me dejaba tragar.

—Rach, cariño, me estoy empezando a asustar. A ti te pasa algo y no quieres decírmelo. ¿Es Rodrigo? No me digas que ha vuelto a la carga, porque esta vez lo mato.

—No, no, no. Nada de eso. Por suerte no sabe dónde estoy, y que siga así. Es que… —No podía, era imposible contarle lo que me pasaba si ni siquiera imaginaba que estaba enamorada de su exnovio—. Hay mucho trabajo, estamos agotados, y no es sencillo hacer amigos cuando tu vida se reduce a una oficina. David…, bueno, trabaja hasta la extenuación. Supongo que me siento un poco sola, eso es todo. —Bravo por las mentiras. Nunca me habían gustado, hasta que me vi en la tesitura de usarlas para sobrevivir. Mentía a mis padres, a mis amigas, a los compañeros del trabajo e incluso a Rodrigo, porque si le decía que estaba de copas con mis amigas, me lo hacía pagar. Si me compraba ropa nueva y no era de su agrado, también lo pagaba. Me convertí en una máquina de mentir sin control.

—No me convences. No es lo que dices, sino cómo lo dices. También sé lo cabezota que eres, así que lo único que puedo sugerirte es que vengas a verme al hostal. Genaro, el dueño, es un amor, y no le importará en absoluto que te quedes aquí un tiempo. Tómatelo como un descanso. Yo también necesito contarte cosas, pero no por teléfono.

—Hace poco que hemos llegado y dudo que me permitan irme de vacaciones, aunque creo que sería lo más recomendable en este momento. Me dejas preocupada, ¿seguro que está todo bien? —pregunté.

—Sí, sí, sobreviviré. —Rio—. Piensa en lo que te he dicho. Hace unos días hablé con Penélope y le voy a proponer lo mismo. Sería fantástico que pudiéramos coincidir aquí las tres, rollo Donna y las Dinamos, como en *Mamma Mia*. —Bea estaba obsesionada con esas pelis; cada vez que celebrábamos algo se llevaba la banda sonora y nos hacía escucharla horas, aparte de cantar en karaoke imitando al grupo. Era un caso.

—Vale, *Donna*, lo intentaré. Oye, tengo que colgar, que si no cojo el tren llegaré tarde al trabajo. Cuídate. Hablamos pronto. Besos.

—Cuídate tú también; un besazo. —Y la comunicación se cortó.

Me encaminé al tren aún con la sensación amarga de no saber nada de David. En el fondo era culpa mía porque yo le había pedido que me dejara espacio, aunque hubiera deseado un poco menos y algo más de cercanía. Joder, era una incongruencia andante. En el vagón coincidí con una pareja de enamorados que no dejaban de mirarse sonriendo, de acariciarse las mejillas, el pelo, de darse tímidos besos… Y sí, soy de las que desean borrar a ese tipo de

parejas del mapa. Ya sabemos que estáis enamorados y que os queréis, pero no por eso los demás tenemos que aguantar semejante espectáculo. Así, en plan vieja gruñona de los años cincuenta. Las puertas se abrieron; casi me pasé la parada por estar quejándome del mundo en general, y del amor en particular.

Corrí, literalmente, hasta mi oficina para no tener que encontrármelo; de alguna forma no estaba preparada. Me quité el abrigo y lo colgué en la percha junto a la puerta. Me froté las manos, pues las tenía heladas; había olvidado los guantes en casa. Cada mañana era David quien me recordaba cogerlos, y yo volvía sobre mis pasos para ponérmelos. Anduve hasta la mesa, dispuesta a encender el ordenador y coger el teléfono para anotar los cien mil mensajes que tendría para el señor Jacobsen, el dueño de la empresa y para quien yo trabajaba. La imagen de un libro en mi escritorio me detuvo. Se trataba de uno de mis preferidos, *Cuaderno de amor*, de Antonio Gala. Pensaba que me lo había olvidado en Madrid. Ya imaginaréis que soy un despiste con patas; si no fuera porque la gente a mi alrededor me centra, sería el caos en sí mismo. Acaricié la tapa roja y le quité la sobrecubierta; era una manía. Las flores violáceas de la portada me llevaron al instante en el que me lo habían regalado. Era un día de otoño; había salido a caminar, como cada tarde al volver del trabajo. Me gustaba pasear por el parque cercano a mi piso y sentarme en uno de sus bancos a observar cómo las hojas caían lentamente. Al ver el libro parecía como si hubiera viajado al pasado y me encontrara en aquel mismo banco…

—Hola.

Dirigí la vista hacia la voz que me saludó y me encontré con los ojos oscuros de David. Hacía unas semanas que quedábamos los dos solos, sin las chicas. Sentía su mirada sobre mí cuando yo no lo miraba, algún inocente roce en mi mano… ¿Qué estaba pasando?

—Hola.

Se sentó en el banco.

—No he conocido jamás a nadie a quien le guste tanto contemplar las hojas caer —dijo.

—Soy algo especial, lo sé.

—No sabes cuánto —sentenció, poniéndome colorada.

Las últimas semanas todo había sido así: indirectas directas, miradas, guiños… Me sonreí, simulando que no lo había entendido.

—Esto es para ti. Lo vi ayer en el escaparate de una librería. —Me tendió un paquete envuelto en papel marrón, que abrí ágilmente. Era un libro, uno de Antonio Gala. Lo hojeé por encima y me percaté de que se trataba de una recopilación de poemas sobre temas diversos. Me quedé

impactada al descubrir que me estaba regalando poesía, pues David no era un tipo precisamente romántico.

—Nunca nadie me ha regalado algo tan hermoso. —Alcé el rostro y me encontré con sus bonitos ojos sonriéndome. Tomó el libro y buscó una página concreta.

—«El amor. Dos seres se encuentran, se miran y ya está» —recitó.

Abrí la boca; me faltaba el aire. David fue acercándose a mi cara hasta que posó sus labios sobre los míos muy suavemente. Agarré su mejilla y correspondí a ese beso que llevaba esperando mucho tiempo. Fue algo breve, intenso y definitivo. Volvimos a casa abrazados.

La puerta del despacho se abrió y dejó pasar una melodía. Me di la vuelta y vi a David en el umbral, con su mp3 en la mano, dubitativo, sin saber si entrar o no. Le sonreí, lo que le dio la clave para avanzar. Me devolvió la sonrisa y, al llegar a mi lado, me abrazó por la cintura. Nos meció al ritmo de aquella canción con la que se estaba declarando una vez más.

Deposité el libro en la mesa y le quité el mp3 para dejarlo también allí. Lo agarré por la nuca mientras nos balanceábamos, nos observábamos como aquella vez en el banco, presintiendo que algo grande estaba por llegar. No necesitamos hablar, las palabras se quedaban cortas en ese instante. Con mirarnos era suficiente. Todas las dudas, los miedos, las inseguridades que me mortificaban se fueron. Vi el amor en sus ojos, la sinceridad con la que siempre me había tratado, y el pellizquito en el estómago me recordó una vez más que era él.

38

Después de nuestro encuentro en la playa y de unos días muy tristes, las cosas iban rodando poco a poco. Todavía no había podido hablar con mis amigos de Diego, aunque tampoco sabía bien qué decirles al respecto. En cuanto mencionara a su novia, me iban a mandar de cabeza al infierno. La infidelidad era un tema peliagudo en nuestro grupo. A Penélope le habían puesto los cuernos millones de veces. La pobre era enamoradiza y daba con tíos bastante asquerosos que no la respetaban y que preferían seguir con ella antes que ser valientes y dejarla por haber encontrado a otra. Casi siempre ella sospechaba, hasta que un día se daba de bruces con la realidad. En cuanto a David, también le había sucedido con alguna que otra chica. Él era de darse por entero, de entregarse a la persona a la que amaba; por desgracia, se había topado con algunas arpías que, tras unos polvos mágicos, se esfumaban con otros, dejándolo taciturno y apagado. Yo seguía con mis suspicacias de que Raquel y él tenían algo, y en el fondo me molestaba que no fueran capaces de contármelo, como si fueran a causarme un daño terrible. Nada más lejos de la realidad. Eran dos de las personas a las que más quería en el mundo. Raquel, aparte, había sufrido tanto que se merecía a alguien como David.

Aún recordaba las veces que había tratado de ocultarnos lo que pasaba con el cabrón de Rodrigo. El día que le vi un ojo morado quise morirme. ¿Cómo no me había dado cuenta de semejante tormento? ¿Por qué no había querido decirnos nada? ¿Por qué vivir esa angustia sola y aterrada? Nunca entendería por qué lo hizo. Ella nos decía que lo único que podíamos haber hecho era permanecer a su lado, apoyándola y ayudándola, como de hecho hicimos, pero yo siempre tendría la espinita de no haber actuado antes. De haberlo sabido, yo misma le habría dado una paliza semejante a la que se atrevió a propinarle a mi mejor amiga. Valiente cabrón, hijo de puta.

Gracias a Diego, yo empezaba a ver las cosas de otra forma. Quizá también se debía a la tranquilidad del lugar, las charlas con Genaro, la librería Ánima, donde el tiempo volaba… Una mañana, escribí a mi hermano, y al mediodía hablamos por teléfono. Fue una charla fluida, relajada y llena de risas. Ese mismo día hablé con mi madre, y aunque la conversación no discurrió como la de Adrián, tampoco fue tan terrible como pensaba.

—Buenos días, profe. —Con tan solo escuchar su voz se me cambiaba el semblante.

—Hola, escritor.

Me dio un beso en la mejilla mientras yo amasaba la pizza. Eran las fiestas patronales del pueblo y Genaro andaba ayudando en la organización. Esa noche habría verbena, y él ofrecía una cena a los jubilados de la asociación de pescadores.

—¿Te ayudo?

—No creo que seas muy ducho en cuestiones gastronómicas, no tienes esa pinta. —Me reí.

—Tienes razón, soy un puto desastre. Candela es la que cocina.

Un silencio reinó en la estancia. Intentábamos no hablar de ella, ni siquiera pronunciar su nombre, pero llevaban años juntos. Era normal que Diego la mencionara en sus conversaciones de manera natural.

—Esta noche hay verbena, ¿te vas a animar?

—¿A bailar pasodobles, reguetón y demás bailes tradicionales junto a los lugareños y ancianitos del pueblo? —Asentí—. Claro que sí, me apetece mucho bailar contigo.

Continué amasando entre sonrisas y ojos brillantes. Diego se mantuvo apartado de mí, dejándome cocinar mientras hablaba del manuscrito. Debatimos buena parte de la mañana sobre él, hasta que llegó Genaro y nos puso un poco al día de la noche que nos esperaba.

—… y eso es todo. Con la comida que tenemos, habrá de sobra para el aperitivo al que invitamos cada año. También fue idea de mi adorada Adela. Era una visionaria. —Los ojos se le empañaban cuando hablaba de ella y, al mismo tiempo, sonreían; esos recuerdos todavía lo hacían feliz en parte. Ojalá todos tuviéramos la gran suerte de vivir un amor así de grande, que ni la muerte pudiese borrarlo. Ojalá todos los amores fueran así de eternos.

Diego y yo salimos por la tarde a dar un paseo, que acabó en la librería de Félix. Adoraba ese lugar. A veces soñaba con no regresar nunca a Madrid, quedarme en ese pueblo y regentar la librería, incluso ayudar a Félix en el día a día. Vivir en el hostal de Genaro, con el mar de fondo y Diego a mi lado. No era mal plan de vida.

—¡Beatriz, mira! —Vino corriendo hasta mí y me enseñó una novela negra que llevaba meses buscando y de la que me había hablado hasta el cansancio. En vez de emocionarse por la quinta edición de su libro, que se vendía como churros y estaba allí mismo, se ponía como loco por encontrar el de otra persona. Si es que hasta para eso era sencillo y natural, nada creído ni pedante, como tantos había.

Conversamos con Félix un buen rato y terminamos en la playa

un día más. Nuestra rutina se había establecido así: yo ayudando en la cocina a Genaro, él dándome charla, tardes de siesta en su habitación o la mía, a veces con música de fondo y otras con el sonido del mar. Después, largos paseos por el centro histórico, un café en alguna terracita o en la librería, y acabar el día sentados en la playa.

—Quiero más de esto, lo quiero siempre. —Apoyada sobre su brazo, que tocaba mi pierna, me pasaba las horas muertas mirando el mar. A veces hablábamos de tonterías; otras, de sus novelas y sus proyectos de futuro. Yo le hablaba de mi familia, a la que sentía más lejos que nunca; de mis amigos, a los que consideraba familia; de películas de superhéroes, a las que era adicta, y sobre todo, de sagas como *Harry Potter*, que me fascinaba. Poco a poco tratábamos de conocernos más, siempre evitando el tema principal, que seguía, como la espada de Damocles, a punto de caer. Y todo eso evitando que el contacto pasara a mayores, cosa bastante complicada cuando quieres a otra persona y te mueres por tocarla, rozarla, besarla… Diego me besaba el pelo y me acariciaba con cariño, aguantándose las ganas de ir un paso más allá. Cuando nos veíamos al borde de darlo, nos separábamos, pues quien evita la ocasión… ya se sabe. Era una mierda muy grande.

—Yo también lo quiero. «*Omnia vincit amor, et nos cedamus amori*».

Me incorporé.

—«El amor todo lo puede, démosle paso al amor». Virgilio, *Bucólicas*.

Asintió.

—Así es, ¿has leído algo de él?

—Por supuesto. En el instituto era una fanática de la mitología griega y romana. Recuerdo que en clase de Cultura Clásica había otra chica tan enamorada de esa asignatura como yo; no es por fardar, pero éramos las mejores de la clase. Un día, nuestra profesora de Griego y de Cultura Clásica propuso un juego sobre mitología. Al principio nos pusimos juntas. Puedes imaginarte la paliza que le dimos al resto de compañeros, a los que estábamos desmotivando. Entonces nos separó y empatamos, hasta que en la última ronda gané por poco.

—Así que eras una empollona. —Se rio y me hizo cosquillas mientras me acordaba de aquellos maravillosos años.

Casi se nos había hecho de noche cuando Genaro, desesperado, me llamó al móvil para pedirme que regresara al hostal y lo ayudara a transportar la comida a la plaza del pueblo, donde tendría lugar el aperitivo y toda la fiesta.

La plaza estaba llena de gente. Muchos jubilados de la

asociación ya estaban por allí vestidos con sus mejores galas, esperando a que Genaro llegase y se diera el pistoletazo de salida a las fiestas del pueblo. La comida gustó a todos y yo no pude más que sentirme orgullosa por haber colaborado. Diego nos ayudó a recoger antes de que la orquesta de turno arrancara con su repertorio. Allí estaban los amigos de Genaro, las parejas con las que seguramente habría disfrutado de esas mismas fiestas en compañía de su querida Adela.

—¿Bailamos ya? —El escritor que me volvía loca tiró suavemente de mi mano y me condujo a la improvisada pista de baile en medio de la plaza. Rodeados de parejas de gente mayor, que bailaban muy compenetradas después de años y años de bailes, intentamos seguirnos el ritmo en un pasodoble español. Baile tras baile, no paramos hasta casi las seis de la mañana, cuando la orquesta se despidió; era hora de ir a comer los churros con chocolate. Esa noche bailé con Genaro, con sus amigos, sola… Desde hacía mucho tiempo no me desmadraba, y eso que eran unas inocentes fiestas patronales, pero disfruté como una niña.

—Me lo he pasado genial —les dije a Genaro y a Diego de camino al hostal. Agarrada del brazo de ambos, repasé los momentos estelares de la noche, como el baile de la escoba, muy tradicional en esas fiestas. Yo había bailado con Genaro, y Diego, con la mejor amiga de Adela. Íbamos bailando con una escoba, dábamos una vuelta y le pasábamos la escoba a la siguiente pareja. Si la música se detenía, perdías. Menudas risas nos habíamos echado, de esas con las que te duele el vientre e incluso se te escapa un poco de pis. Tal cual.

—Gracias por vuestra ayuda. Cada día estoy más seguro de que eres un ángel enviado por ella.

Negué con la cabeza, emocionada. Me dio un beso en la cabeza y se fue a dormir.

—Si no supiera que le tiene amor incondicional a su esposa muerta, me pondría celoso. Ese hombre te adora.

Me limpié una lagrimilla y le di en el brazo, riéndome. Me aparté el pelo, que me caía sobre la frente, y me refugié en sus brazos a la puerta del hostal. Su nariz acariciaba mi cabello mientras nos mecíamos al unísono. Subí la cara y, al encontrarme con sus ojos, nos besamos. Siempre que lo hacíamos comenzaba como algo tierno y suave, inocente, diría, pero acababa por volverse pasional y salvaje. Entonces, era el momento de detenernos. Y es que los besos, en definitiva, no se piensan, se sienten.

—Hasta aquí… —dije buscando resuello, soltándome de sus brazos.

—Bea…

Le puse la mano en el pecho para impedir que avanzara.

—Buenas noches, Diego. —No esperé respuesta. Salí corriendo hacia mi habitación, rezando para que no me siguiera, para que no apareciera ante mi puerta, porque no iba a tener la suficiente fuerza de voluntad.

39

Había llegado el verano finalmente. Un par de semanas atrás había hablado con Raquel, a la que notaba rara, pero por más que lo intenté, no conseguí sonsacarle. Ojalá me hiciera caso y viniera a visitarme. Ya solo me quedaba convencer a Penélope; aunque su jefa era un hueso duro de roer, le había dado vacaciones hacía un mes. En cuanto a Diego, se había vuelto a concentrar en el manuscrito: salía de la habitación para comer e ir al baño, y por las noches venía a mi terraza a comentar las escenas escritas mientras fumábamos con el sonido del mar de fondo. No habíamos vuelto a dormir juntos; era demasiada la tentación. Las cosas había que hacerlas bien; él necesitaba tiempo para hablar con Candela, para poner las ideas en claro y ser justo, lo que no quería decir que fuera sencillo. A veces nos besábamos tumbados en la cama y casi se nos iba de las manos; después de todo, éramos humanos y nos habíamos enamorado. En ese tiempo recibió algunas llamadas y mensajes de su madre rogándole que regresara de una vez por todas. Cada vez que eso sucedía, le cambiaba el semblante; si estaba conmigo, trataba de disimular, pero al poco rato se iba y yo me quedaba peor, pues sabía lo mucho que le estaba costando sobrellevar la situación.

Pero no todo era amargo: yo descubrí finalmente lo que era el amor. Descubrí que no me habían querido antes de él; que cuando me miraba, se detenía el tiempo; que buscaría agua en un desierto simplemente por mí. Sin esperar nada a cambio. Estaba enamorada, pensaba en él a cada momento. Candela seguía existiendo, pero cuando estábamos juntos, tratábamos de diluir la idea de que hacíamos algo malo.

—Hola, profe. —Diego me sorprendió en la terraza, leyendo.

—¿Vienes? —Asintió, y en unos segundos cruzó el umbral de mi puerta y me avasalló a besos—. Uf, eso ha sido muy… —No me dejó seguir hablando, pues volvió a callarme con sus besos.

—¿Vemos una peli?

Acepté, aún recuperándome de la intensidad de la bienvenida. Nos trasladamos a su habitación, donde tenía el ordenador, y nos acomodamos en su cama, sentados con las piernas estiradas y las manos entrelazadas. Durante la película, lo miraba de reojo y siempre veía lo mismo: el ceño fruncido. Algo debía de haber sucedido que no me estaba contando, y eso que yo era bastante

tonta para darme cuenta de las cosas. Con quince años, un compañero de clase comenzó a hablar conmigo, a pedirme ayuda en química —y eso que yo era pésima—, a acompañarme a casa cuando la suya quedaba en dirección contraria… hasta que una tarde me pidió ir a dar una vuelta y acabamos tomándonos un batido en un bar. Entonces me preguntó si aún no me había dado cuenta. Yo, confusa, no supe de qué hablaba, y fue entonces cuando se me declaró mientras yo enrojecía más que un tomate. Así era yo: cuando algo carcomía o molestaba a otra persona, no me enteraba. Necesitaba que me lo dejasen claro. Pero aquel día resultaba obvio que Diego estaba raro. A pesar de estar sentado junto a mí, lo notaba lejos, y eso me dolía.

—Me ha encantado, ¿y a ti? —Sacudió la cabeza y se levantó a apagar el ordenador—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Diego, ven aquí y mírame. —Obedeció tocándose el pelo, gesto que hacía cuando estaba nervioso. Se sentó frente a mí en el borde de la cama y me miró con los ojos tristes—. Hay algo que te reconcome, venga, vamos a hablar.

—He hablado con Candela. Hacía mucho que no la llamaba y me ha dejado un poco, no sé… —Escondió su cara en mi regazo y yo le acaricié el pelo. La fantasía de Diego, yo y una nueva vida se difuminaba. Tuve miedo a perderlo en ese momento, cuando lo vi flaquear. La preocupación de conocernos poco, mi escasa experiencia en el amor real, el de verdad, las inseguridades… ¿Y si se lo estaba replanteando y la elegía a ella?

—¿Te estás arrepintiendo? —Quizá desatara la caja de Pandora, pero no podía seguir así. Diego se incorporó y me miró entrecerrando los ojos.

—¿Cómo?

Clavé la vista en el techo para reunir fuerza y mantener esa conversación.

—Estás extraño, distante, a kilómetros de mí. Y Candela sigue allí, esperándote. Habláis, y todo cambia; es como si estuvieras con ella en vuestra casa, y no sé si piensas que ojalá no nos hubiéramos cruzado, que no hubiéramos hablado jamás y que nada de lo que sea esto hubiera sucedido.

—¿«De lo que sea esto»? ¿Qué coño me estás contando, Beatriz? Joder, esto es acojonante. —Se levantó enfadado y me dio la espalda—. Lo dices como si hubiera elegido enamorarme de ti, como si lo nuestro fuera algo sucio y feo. Dios, me duele el alma cuando hablas así de nosotros. —Se giró con los ojos brillantes.

—¿Entonces?

—No está bien, eso es todo. Y cada vez que hablo con ella me

chantajea, me hace sentir culpable. En estas condiciones no puedo dejarla, y tampoco es justo para ti… Joder, no sé qué hacer.

Resoplé y fui a la terraza a por el tabaco. Necesitaba fumarme un cigarrillo, porque empezaba a cabrearme. Alternaba caladas con morderme las uñas. Diego no salió a por mí; de hecho, dudaba que siguiera en la habitación. Lo fumé solo hasta la mitad y lo apagué. Volví al interior; seguía allí, de pie.

—¿Cuál es la solución? Dime qué vas a hacer, Diego. ¿Vamos a seguir jugueteando, evitándonos cuando se nos va la vida en reprimir las ganas de tocarnos? ¿Llegará el día en que te vayas con ella y no regreses? —Su ceño se acentuó—. Mira, Diego, comprendo que está enferma, que tienes que prepararla, pero tampoco puedes vivir eternamente atado a alguien a quien no amas, joder. Solo tenemos una vida y hay que disfrutarla, cada segundo de ella, y no arrepentirse de los actos. Dime que soy yo…

—¿Cómo?

—Dime que soy yo la mujer con la que deseas estar.

Su rostro adolecía, se veía que le estaba haciendo daño con mis palabras, pero necesitaba despertar. Llevábamos unas cuantas semanas así, era insoportable. Quizá fuera una maldita egoísta, pero, joder, en algún momento nos tocaría pasar por ese amargo momento y ser felices de una puta vez.

—Tengo que irme.

—Será lo mejor. —Volví a la terraza, pero me detuvo en seco en el umbral.

—A casa, con Candela. —¿Ya estaba? ¿Se había acabado? Joder, me estaba dejando. Sin aire, me di la vuelta—. Ella me necesita, al menos por unos días… Nos vemos. —Y se fue.

Quise ser comprensiva, pensar que en realidad no me estaba abandonando, que eran únicamente unos días para calmar a su novia, y que volvería a mí. A complicarse la vida, a no arriesgar, a quedarse en la infinita soledad que llenaría sus vidas de seguir en esa rutina gris y asfixiante. Me dolió mucho, pero en ese momento pensé que sería capaz de perdonarlo cuando regresara de su viaje. Me refugiaría en sus brazos y él me diría que ya quedaba menos para poder estar juntos sin sentir que estábamos cometiendo un delito, porque quererse como nosotros lo hacíamos no podía ser malo. Pero en el fondo sentía que nos hallábamos al borde del precipicio, que se terminaba, y que yo, en el fondo, no iba a poder perdonarlo.

40

DIEGO

Cuando me subo al tren, lo hago rememorando la mirada triste de Bea antes de marcharme de su cuarto. Me duele hacerle daño, pero mi madre me ha llamado aterrada tras una crisis muy grave de Candela que la ha llevado derecha al hospital. Su psiquiatra está a su lado, eso me tranquiliza en parte, aunque deseo poder hablar con ella y cerciorarme por mí mismo. Por desgracia, cuando estas crisis tan acuciantes la asaltan, no le permiten comunicarse con nadie.

Mi madre tiene el teléfono apagado cuando la llamo al bajarme del tren. ¿Por qué cojones no lo tiene encendido? Ella nunca lo apaga, de hecho está muy enganchada; cada dos por tres se mensajea con sus hermanas y con sus amigas, o entra en Facebook a compartir cartelitos con frases bonitas y buenos deseos para sus amigos virtuales. ¿Y si ha sucedido algo más que no quiso contarme? El agobio vuela hasta lo más profundo de mi pecho. Entonces pruebo suerte con mi padre, que sí me contesta.

—¿Diego?

—Papá, ¿dónde estáis? Llamo a mamá, pero tiene el teléfono apagado —pregunto ansioso.

—No te lo vas a creer, pero tu madre se lo dejó en casa cuando vinimos en la ambulancia con Candela. Espera, te la paso…

—¿Diego?

—Hola, mamá. ¿Seguís en el hospital, entonces?

—No, estamos en una clínica. El psiquiatra de Candela la ha ingresado y hemos venido a ver cómo se encuentra. Hijo, deberías estar aquí…

—Lo sé, por eso te pregunto dónde estáis. He vuelto.

Voy a casa a dejar la maleta, puesto que no dejan pasar visitas hasta dentro de dos horas. La casa permanece en el mismo estado en que la dejé la última vez que estuve aquí fingiendo que todo marchaba sobre ruedas, engañándola una vez más. Las fotos del dormitorio me miran fijamente. Me atraviesan, me señalan, me echan en cara todo lo sucedido con Beatriz. Remordimientos, bienvenidos.

Una tormenta de verano me pilla por sorpresa de camino a la clínica. El calor es sofocante, apenas se puede respirar. Llamo a mi padre al llegar y me explica cómo localizarlos. Ambos están

sentados en una sala con el psiquiatra de Candela. Mi madre me abraza muy emocionada después de mirarme con ese gesto de «ya era hora de que estuvieras aquí». Abrazo también a mi padre y le doy la mano al doctor, con el que llevo años en contacto. Nos sentamos y me ponen al día del estado de la que todavía es mi novia.

—Durante años te he dicho que para ella eres un pilar fuerte; te necesita a su lado porque si no… ya ves lo que pasa. Una ruptura sería muy perjudicial, pero no estoy diciendo que sea culpa tuya si te marchas. Únicamente expongo lo que sucede en la mente de Candela.

—Pensaba que estaba mejor, que llevaba una temporada bien.

—Y así era, sobre todo desde la última vez que viniste a verla. Por desgracia, los altibajos de Candela son impredecibles. Sabéis que la depresión es una enfermedad clínica severa. Le he cambiado la medicación, y hasta que su organismo se acostumbre, puede pasar un tiempo con delirios o alucinaciones. Diego, sabes que llevo años tratando de ingresarla aquí, pero ella se niega en redondo y no puedo hacerlo contra su voluntad.

—Lo sé.

—Trata de convencerla, es de vital importancia que se quede aquí.

Es hora de poder verla, hablar con ella y hacer lo que sea necesario para que se encuentre bien. Me dirijo a su habitación y la encuentro dormida, con cables conectados a su cuerpo, mucho más pálida que el último día que la vi en nuestra casa. Me acerco y me siento en el borde de la cama. Acaricio sus manos, unidas sobre la pierna. Están frías, como si la sangre no le regara bien y fuera un cuerpo inerte. Siento un escalofrío al verla así. Se revuelve con un quejido y aparto mi mano de las suyas.

—Ehhh…, mi amor. —Con la voz apagada, me muestra una media sonrisa. Vuelvo a tocar sus manos, las cojo y las beso. Beso mármol.

—Hola, preciosa.

—Por fin has venido, cariño. Te he echado tanto de menos, te necesitaba tanto.

Trago saliva sintiéndome muy mala persona.

—Ya estoy aquí. —Beso su mano de nuevo.

—Los he visto, ¿sabes?

—¿A quién, Candela?

—A ellos, a mis padres. Han venido a verme. —Su mano sobre la mía. Siento pánico. Hacía años que no sufría alucinaciones; han regresado, como ya me ha avisado su psiquiatra.

—Cariño…, tú sabes que eso no puede ser. Tus padres no están

aquí.

Se zafa de mis manos y me mira enfadada.

—Han estado aquí, conmigo. Nos hemos abrazado, hemos hablado. ¿Por qué lo niegas? —Nunca ha sufrido delirios respecto a sus padres. Jamás me ha dicho algo semejante, por eso me asusto como nunca. Comienza a quitarse cables y a patalear—. ¡No sé por qué eres así, no sé por qué me dices estas cosas! ¡Eres cruel conmigo!

Trato de evitar que se quite los cables; está fuera de control, pero no quiero usar mi fuerza para no hacerle daño. Se levanta de la cama arrancándose cables y lo único que se me ocurre es presionar el botón para que venga una enfermera.

—Vale, vale, vale, mi vida. Relájate, todo va a ir bien. Estoy aquí contigo, cariño. Ven. —Mientras la abrazo, se revuelve chillando y dándome puñetazos. Un par de enfermeros y su psiquiatra llegan al instante. Entre los tres la agarran y el psiquiatra le inyecta algo en la vía, que, por suerte, no ha conseguido quitarse.

—No, no, dejadme en paz. ¿Por qué, Diego? Yo… yo no… yo… —Se derrumba en sus brazos con los ojos cerrados. El calmante ha surtido efecto. La tumban en la cama, donde vuelven a colocarle todos los sistemas y la tapan antes de irse. El psiquiatra posa una mano en mi hombro tratando de infundirme ánimos y calmarme. Tengo el corazón desbocado y el pulso acelerado.

—Ven conmigo.

Lo sigo por el pasillo y llegamos a la puerta de lo que, supongo, será su despacho. Entramos y me invita a sentarme frente a él.

—Nunca la he visto así —digo con voz temblorosa.

—Lo sé, se te nota en la cara. Hace años que conozco a Candela y ha sufrido episodios así algunas veces, sobre todo al principio del tratamiento. Parece que se ha aferrado a ti con mucha fuerza, eres un pilar importante en su vida. Se ha agarrado a ti de manera casi enfermiza; en el fondo no es bueno, pero ahora mismo necesito que te quedes cerca de ella, por un tiempo, al menos. Sé que no puedo pedirte algo así, y si no fuera tan importante, no lo haría.

Guardo silencio unos segundos. Me siento como en el momento en que vas a morir y ves pasar tu vida a la velocidad de la luz: todos los acontecimientos relevantes, las cosas buenas, las que te hacen aprender, los errores, los amores; la primera vez que me enamoré, la mirada de Candela al conocernos, los viajes que hicimos, los días felices, las discusiones, los altibajos, la sonrisa de Beatriz…

—Tus padres me han puesto un poco al día sobre vosotros dos. No soy nadie para meterme en vuestra historia, pero créeme, si abandonas ahora a Candela, será un desastre.

De nuevo atrapado en una vida que no deseo y que me hace

infeliz. Conversamos una hora larga sobre el nuevo tratamiento, su ingreso en la clínica, la enfermedad… Mis padres siguen esperándome en la sala; me siento entre ellos, como cuando era pequeño y les contaba un problema. Ambos posan sus manos en mi pierna, y mi madre apoya la cabeza en mi hombro. Cinco minutos más tarde, nos marchamos a su casa. Estamos en la cocina, comiendo, cuando decido ser valiente por una vez.

—He vuelto para quedarme.

A mi madre se le enciende la mirada y me agarra de la mano. Retiro la mía; no quiero ningún tipo de contacto. Ella no ha cejado en su empeño de hacerme regresar, y eso me duele. No entiende mi punto de vista, y es mi madre, ¡joder!

—Eso es bueno. Candela te necesita —dice.

—¿Estás convencido? —pregunta mi padre—. Comprendo que se encuentra mal, pero tampoco puedes tomar una decisión de la que te arrepientas el resto de tu vida.

Lo miro, sabiendo que puede leer mi mente y que, de alguna manera, conoce mis pensamientos.

—Antes de que yo me marchara a finalizar mi manuscrito, nuestra relación ya estaba acabada, muerta, más que hundida. Llevo años con ella por pena, por ayudarla, por no ser una mala persona a ojos de otros. —Hago una pausa—. Ahora es peor: me he enamorado.

—¿Cómo? —dice mi madre con tono avergonzado.

—No lo busqué. Me fui para volver a respirar; aquí me estaba ahogando. Muchas veces intenté dejar a Candela, pero era imposible. Empeoraba y empeoraba, y no podía abandonarla en sus peores momentos.

—¿Y ahora sí?

—No. Por eso me quedo, para que remonte, para conseguir de una vez por todas que salga de ese estado depresivo que se la come viva y…

—Marcharte para hacer tu vida con la otra chica, ¿no? —pregunta mi madre.

—Así es. Creo que tengo derecho a ser feliz, y Candela ya no es la persona que lo consigue.

—«El amor nunca muere de muerte natural. Se muere porque no sabemos cómo reponer su fuente. Muere de ceguera, de errores y traiciones. Se muere de enfermedades y heridas; se muere de cansancio» —recita mi padre, el profesor de literatura que me hizo enamorarme del fascinante mundo de los libros.

—Anaïs Nin —digo, y él asiente.

—No la dejes ahora, de veras te necesita, Diego. Vale que te hayas enamorado de alguien porque *tu mujer* está enferma, pero no la

abandones como a un perro. Quédate un tiempo, como dices, y luego ya se verá. —Se levanta y sale de la cocina.

—Tu madre le tiene un gran cariño a Candela. Sé que a veces crees que no entiende a su propio hijo, pero ya la conoces. Aboga por los casos difíciles, siempre ha sido así. No le hagas caso, se enfada mucho y al rato se le pasa. —Agarra mi hombro y lo aprieta con afecto—. Y respecto a esa chica, si merece la pena, sabrá esperar.

Me deja solo en la cocina. Tras hacerme café, pienso en Bea y en cómo podré llamarla para decirle que no voy a volver, que debo quedarme a cuidar de Candela, aunque mis deseos sean todo lo contrario. Paso por varios estados de ánimo: rabia, indignación, pena, frustración, dolor, tristeza… La que me durará más será la última. No va a ser fácil fingir que todo está bien, al menos por un tiempo, y sobre todo, tengo miedo a la reacción de Bea.

41

Dos semanas habían transcurrido desde su marcha y aún no sabía nada de él. Mentira: tres días después de haberse ido, llegó al hostal una carta a mi nombre. Cuando Genaro me la entregó e identifiqué el remitente, se me paró el corazón. Me miró con cara de pena y no pude soportarlo. Subí a la habitación, simulando que no había percibido el dolor de su expresión, y abrí la carta. Apenas media cuartilla con una sola palabra.

Espérame.

Lo que me estaba diciendo era que no iba a regresar. No podía creerlo. Se había marchado y yo me quería morir, pero, reconozcámoslo, nadie se muere de amor en el siglo veintiuno. No éramos poetas del Romanticismo con almas atormentadas y deseos de evadirnos de nuestra realidad. Simplemente fuimos dos personas que se enamoraron en el momento incorrecto, lo que no quitaba que doliera como el demonio. Quise autoconvencerme y me repetí, en la soledad de mi cuarto, que si no volvía era porque Candela estaba muy mal y tenía que estar con ella. Pero los días pasaban, y no llegó nada más que esa nota; ni una llamada para aclararlo todo, ni un mensaje, nada. Porque la realidad era otra. Diego había vuelto a sus brazos, a esos labios de sobra conocidos. No podría decir si lo había hecho por pena o porque realmente se había percatado de que su relación con ella era lo que tenía que ser. Ella iba antes que yo, siempre lo había hecho. No guardé su nota, que suponía casi un insulto después de lo que habíamos compartido, aunque hubiera sido efímero. Rompí en pedazos el sobre donde iba anotada su dirección para no caer en la tentación de escribirle yo. No había mucho más que decir ya.

Bajé hasta la cocina, donde Genaro estaba haciendo la lista de la compra. Me senté frente a él, que se quitó las gafas que llevaba para ver de cerca y me miró de nuevo con cara de lástima.

—¿Y bien?

Negué con la cabeza, tocando el anillo que llevaba en mi dedo índice. Por alguna extraña razón, cuando me sentía triste, lo acariciaba y me calmaba, aunque lo que más me serenaba era tocar el piano. Alcé la vista y decidí ser valiente.

—No queda nada por decir. —Y cuando lo pronuncié en voz

alta, fui realmente consciente de ello. Me llevé la mano al pecho al sentir opresión. Genaro se levantó y se colocó tras de mí para frotarme la espalda, aliviándome un poco la ansiedad.

Diego no iba a volver, todo había terminado. Lloré de pena, aferrándome al brazo del dueño del hostal, que no dejaba de acariciarme la espalda con un susurro: «Ssshhh, ssshhh. Calma, calma». Y así, poco a poco, me despedí de Diego, entre gemidos y lágrimas. Me despedí de él antes de haber empezado.



Un mes había pasado desde aquella tarde en la que Diego se fue. Me centré en ayudar a Genaro en el hostal, en ir a la librería de Félix, donde me pasaba horas muertas recomendando libros a clientes o simplemente me dejaba atormentar por el recuerdo de los momentos vividos allí con él. Iba sorteando a mis amigos, sus mensajes y llamadas. Los necesitaba, era realista, pero tampoco sabían nada de mi pequeño drama personal, por lo que opté por atravesarlo sola. Entiendo que mucha gente jamás me entendería, no empatizaría con alguien que se enamora casi al instante. No me importaba; yo había tenido la suerte de enamorarme de alguien que me deslumbró y me hizo empezar a ver la vida de otra manera. No tan agobiada, no tan autoexigente; a ser más comprensiva con mi familia, a tratar de entenderlos, a disfrutar más, a volver a valorar la idea de regresar a mi trabajo… Pero también había momentos oscuros, de intensa soledad y de palpar el agujero en el pecho que me ahogaba.

—Criatura, ¿puedes ir a la puerta? Llega un paquete que pidió mi nieto y ya sabes que me lío con esas cosas. —Genaro me distrajo de uno de esos momentos oscuros en los que me imbuía sin querer. Fui a atender al mensajero, ya que al último le había montado un pollo de excepción por cobrarle el envío.

—Buenos… —Me quedé en el sitio al comprobar que no era ningún mensajero.

¡Eran Raquel y Penélope! Chillamos las tres al unísono y nos abrazamos como locas.

—¿Pero qué estáis haciendo aquí? —pregunté entre lágrimas.

—Ya era hora de reunirnos las tres, ¿no crees? —dijo Raquel.

—¿Está todo bien? —Penélope me mesó el pelo.

—Creo que este cartero me gusta más. —Me giré con los ojos brillantes por la emoción y vi a Genaro sonriéndome, cómplice de

mis amigas. Fui hacia él y le di un abrazo que casi lo deja sin respiración.

Las chicas entraron en el hostal y las acomodé en un par de habitaciones libres de la primera planta. Dejaron sus maletas y vinieron a la mía. Penélope traía una botella de cava, así que bajé a por unas copas y nos sentamos las tres en la terraza a brindar por el reencuentro.

—… y esa es mi aburrida vida en Noruega. Anochece tarde, hace frío y trabajo más que un chino. —Chocamos las copas.

—Pues la mía no es más halagüeña. Trabajo como una esclava de evento en evento gracias a la cabrona de mi jefa, que va de *spa* en *spa* mientras yo me descuerno. —Nuevo brindis.

—Y tú, ¿qué? Esto tiene mejor pinta que en las fotos. —Raquel se acercó a la barandilla y admiró el paisaje. Penélope no dejaba de observarme, enredando sus dedos dentro de mi melena.

—Ya os lo dije, es un lugar maravilloso. —Bebí tratando de disimular, pero esquivar sus miradas me delataba.

—¿Sabes qué creo? Aquí pasa algo. Llevo sospechando desde que me colgaste aquel día tan repentinamente. Hoy, nada más vernos, has llorado a moco tendido, y nunca te había visto esos ojos tan tristes. Da un trago y desembucha. —Raquel se dio la vuelta.

Bebí y me lancé al vacío.

—¡Jo-der! ¿Cómo coño no nos has contado nada? Estoy flipándolo muchísimo. —Penélope bebía directamente de la botella.

—Y eso que os he ofrecido la versión resumida —murmuré.

—Yo también sigo impactada. —Rach vino a sentarse junto a mí, ya que Penélope no paraba de moverse de un lado a otro pegada a la botella de champán—. ¿Cómo estás?

—Bien, no pasa nada. Venga, ¿qué os apetece hacer? —Me levanté, pues de otro modo iba a hundirme con ellas a mi lado—. Hoy hay un eclipse lunar y podemos verlo desde la playa. Os va a encantar. —Miré el reloj—. Yo ahora voy a ayudar a Genaro a preparar la comida. Id a vuestras habitaciones, duchaos, tumbaos un rato, relajaos… y nos vemos en el comedor a las dos y media. —Salí por piernas sin darles tiempo a responder.

A la hora señalada me las encontré en la entrada del comedor mirando a su alrededor. Les hice una seña y se sentaron a comer.

—¿Tú no comes con nosotras?

—No, yo como más tarde. Ayudo al dueño del hostal sirviendo a la gente.

—Pues entonces comemos contigo después —dijo Raquel doblando de nuevo la servilleta.

—No, no, querréis descansar, y esta noche tenemos tiempo de sobra para estar juntas. Venga, que aproveche, chicas. —Me alejé

dos pasos y me di la vuelta después de articular un «gracias» silencioso. Sonrieron y me fui a la cocina sintiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

Cuando terminaron de comer, les sugerí que fueran a sus habitaciones a descansar mientras yo comía y recogía con Genaro, quien me pidió que me marchara con ellas, pero me negué en redondo. Si lo hacía, me iba a venir abajo.

—¿Por qué eres tan cabezona? Podías haber comido perfectamente con tus amigas, charlar con ellas y poneros al día.

—Habrá tiempo. La verdad, me ha hecho mucha ilusión que pudieran venir. —Se sonrió como quien guarda un secreto y sospeché—. ¿Has tenido algo que ver?

—No puedo ocultarte nada, criatura. No ha sido sencillo averiguar sus teléfonos; menos mal que mi nieto me ha ayudado buscando por el Facebook ese. —Lo miré abriendo los ojos—. Perdóname, Bea, sé que las necesitas y que las echabas de menos. Simplemente, aprovéchalo, ¿de acuerdo? —No pude enfadarme por la invasión a mi intimidad. No quise saber de qué manera lo habían descubierto, solamente quería aprovechar ese tiempo concedido con mis mejores amigas.

Por la tarde las animé a hacer turismo mientras ayudaba a Genaro con la compra. La hacíamos cada semana, y dependía de mí para llevarlo al supermercado en la furgoneta, ya que no le gustaba conducir a su edad. Pero la noche sería toda nuestra.

—¿Adónde vas con eso? —Penélope apareció con un vestido de estilo ibicenco y la guitarra española con pegatinas de flores que tenía en su casa de Madrid.

—Esta tarde hemos visto Raquel y yo que en la playa van a prender hogueras y a reunirse grupitos con música para amenizar el rollo del eclipse. Además, imagino que debes de estar echando mucho en falta el piano; a falta de pan, ya sabes…

Meneé la cabeza, alegrándome por ello, pues tenía razón.

—Vamos, chicas. —Rach bajó unos minutos más tarde y, como siempre, enfundada en sus vaqueros pitillos.

Nos encaminamos a la playa y nos sentamos cerca de una de las hogueras. Allí había chavales jóvenes pasando el rato con tambores y guitarras antes de que comenzara el eclipse. Durante el trayecto, Penélope nos había estado contando, cual científica, curiosidades de los eclipses totales de luna. Que si el satélite no se veía totalmente oscurecido en el momento de encontrarse oculto tras la sombra de la Tierra porque parte de la luz del sol se refractaba en la atmósfera del planeta, proyectándose sobre la zona de sombra donde se encontraba la luna; que si al filtrarse la luz solar en la atmósfera, la tenue iluminación de la luna era de un tono anaranjado o rojizo...

—… esto es porque la luz azul queda dispersada en nuestra atmósfera, y es el mismo motivo por el cual nuestro cielo es azul y los atardeceres son anaranjados.

La luz de las hogueras nos iluminaba mientras una luna rojiza alumbraba el resto.

—¿Y tú desde cuándo sabes tanto de eclipses?

Se encogió de hombros, callando una información que nos revelaría en días posteriores y que nos dejaría noqueadas.

—Toma, que llevas mirándola toda la noche. —Penélope se había arrancado a tocar las cuerdas de su guitarra cantando a su manera, pues no la había llamado Dios por el camino de la música, desgraciadamente para ella. Siempre me decía que envidiaba mi tono de voz y lo bonito que cantaba.

Para variar, llevaba mucha razón: no podía tocar mi piano, no podía desahogarme presionando sus teclas, dejándome llevar por las notas musicales.

—Penélope está en lo cierto. Tú no estás bien, llevas todo el día evitándonos porque no quieres romperte. Hazlo, lo necesitas. La música lo canalizará como siempre hace. Nosotras estamos aquí contigo, adelante.

Accedí a tomar la guitarra tras las palabras de Rach y afiné el instrumento antes de cerrar los ojos y comenzar a entonar la canción que llevaba rondándome desde que había leído la nota de Diego.

No sé cómo pude terminar de cantar; había momentos en los que se me quebraba la voz. Aun así, ellas permanecieron en silencio, sin tocarme, pues si me hubiesen rozado, aunque fuese la pierna, no habría podido continuar y habría roto a llorar. Nos evoqué en la cama tumbados uno frente al otro, yo observando a Diego dormir apacible; él haciéndome cosquillas sin parar; las manos unidas, los abrazos, las charlas, los planes, los besos… y poco a poco todo se fue desdibujando hasta verme completamente sola en esa cama, con el cometido de emprender un nuevo viaje en soledad, sin posibilidad de volver, de perdonar, de comprender… Decía Jorge Bucay en uno de sus libros: «La fuerza que naturalmente nos empuja a dejarnos llevar por nuestras emociones y a generar el encuentro se enfrenta con la tendencia a cuidarnos para no sufrir, porque intuimos, con certeza, que si nos abrimos a una persona esto le concederá al otro la posibilidad de herirnos». Así había sido, me había abierto en canal a él y me había herido, aun sabiendo a lo que me enfrentaba. Pero no lo hicimos bien, porque Diego y yo no nos quisimos con los ojos abiertos, siendo plenamente conscientes de nuestra peculiar situación. Nos cegamos, nos tapamos los ojos uno al otro ignorando que Candela existía, sufría, lloraba y reía a

kilómetros de distancia. Y eso fue lo peor: querernos con los ojos cerrados, no hacer caso a su situación, aferrarnos a algo que se antojaba imposible desde el inicio, porque a veces la persona que puede convertirse en *tu* persona aparece en el momento incorrecto; a veces el amor que crees predestinado para ti no lo es, o a veces el destino simplemente cambia de planes y todo se rompe.

42

Me sentía como esos soldados que regresan derrotados al hogar, cabizbajos, con el honor destrozado y el alma rota tras la dura batalla. Raquel tiró de mí; apoyé la cabeza en su hombro mientras Penélope me frotaba el brazo, y entonces lloré. A nuestro alrededor la gente cantaba y bailaba, menudo contraste.

—Sé lo que debéis de estar pensando: que soy una zorra robanovios y una fresca por acostarme con un tío con pareja —sollocé.

—Para el carro, nenita, que aquí nadie piensa mierdas de esas —dijo Pe.

—Ojalá pudieran borrarse los recuerdos, los momentos, el tiempo. Quisiera tener el giratiempo de Hermione: poder regresar al pasado sabiendo lo mucho que la has jodido en el presente y poder cambiarlo todo, ¿sabéis? No cometer los mismos errores, eliminar de un plumazo a las personas de tu mente.

—Eso es terrible. ¿Y perder la esencia de esos instantes? No todos los recuerdos nos hacen daño; aparte, nos son de gran ayuda para no volver a cometer los mismos fallos, nos enseñan. Avanzamos gracias a ellos, son aprendizaje. —La *psicóloga* Raquel trataba de animarme. Me limpiaba las mejillas mojadas, aunque ya estaba más serena y pude seguir hablando.

—Hubo un momento en el que creí que podía llegar a ser, que estaríamos juntos hasta hacernos viejitos y nos tomaríamos de la mano sentados en nuestro porche, viendo a los nietos jugar.

—¿Pero ahora vives en la América profunda? Cariño, esto no es *El diario de Noa* —apuntó Pe. No pude evitar reírme un segundo, y me alivió un poco. Raquel chasqueó la lengua menando la cabeza en señal de regañina.

—¿Sabes qué deberías hacer? —Miré a mi amiga la regañona—. Escribirle una carta. —Fruncí el ceño, poco convencida—. Escucha, no es necesario que se la mandes, pero tú te desahogas, sacas toda la mierda que tienes dentro para que no se pudra y puedas respirar.

—La verdad es que esto del amor es una mierda muy grande. Sí, no me miréis así. Ya sabéis lo que opino sobre eso, pero algún día me iba a llegar a mí la hora, ¿no?

Rach y yo nos erguimos, alucinadas. Allí había tela que cortar.

—¿Os acordáis de la boda aquella en la finca de impresión? Pues había un tío… Apuesto es poco. Caballero inglés, con todas sus

características. Fue un fin de semana intenso, breve pero muy significativo. El día que llegué, me di de bruces con él, literalmente, y descubrí que era el novio. No me miréis así, lo sé. Yo sí que soy la zorra quitahombres, aunque no conseguí mi objetivo, para mi desgracia. Dame uno de esos cigarros, Bea. ¿Y no hemos traído alcohol? Joder, ahora nos vendría de puta madre.

Miré a Raquel, que estaba tan a cuadros como yo.

—¿Puedes explicarte mejor?

Encendió el pitillo y, tras unas caladas, volvió a hablar. Nos contó cómo había conocido a Henry, el caballero inglés que la dejó impactada (y bastante encoñada, hablando mal y pronto). Pe no era de esas mujeres que perdían la cabeza por un hombre durante mucho tiempo. Era enamoradiza, y por desgracia muchos de ellos se reían de ella; tras meterla, «adiós, promesas», que se suele decir. Sin embargo, en esa ocasión había algo diferente. Era como si aquel hombre la hubiese marcado a pesar del corto lapso de tiempo que se vieron.

—Y antes de irme, le dejé una nota un poco cabrona. No es por ser vanidosa, es que sé que ella no lo hace feliz, aparte de que le está poniendo una cornamenta considerable. Vi en sus ojos que no había amor; quizá haya cariño y afecto, pero no está enamorado de ella, ya no. Traté de decirle lo de su ya esposa, pero…

—¿Que hiciste qué? —gritó Rach.

—Alguien que valora tanto la honestidad y la sinceridad no se merece eso.

—¡Pero cómo te atreves a hacer eso! Joder, Pe, que ni siquiera lo conoces, que eso tiene pinta de un encoñamiento sin más ni más. —Raquel estaba muy enfadada.

—Habló —contestó Penélope.

—¿Disculpa?

—Creo que tú no puedes hablar mucho; no eres muy sincera, que se diga. —Era como estar en un partido de tenis, mirando de una a otra sin comprender de qué coño iba todo aquello.

—A ver, a ver, a ver, que haya paz. No me estoy enterando de nada. Por partes: Rach, no sé qué te pasa, pero no creo que tengamos derecho a juzgarla. Ella se sintió de esa manera e intentó ayudar al tal Henry, que, por cierto, menudo gilipollas: a punto de casarse y besándose con otras. —No pude resistirlo y di mi opinión finalmente—. Y tú, Pe, ¿qué te pasa con Raquel? Aquí hay algo que me estoy perdiendo. ¿Quién de las dos me lo va a contar? —Se extendió un silencio de esos en los que dicen que ha pasado un ángel, aunque más parecía que había pasado un batallón celestial.

—Yo voy a preguntar a esos chavales a ver si tienen algo de alcohol. —Ofendida, Pe se marchó, y no se dio la vuelta por mucho

que la llamamos. Rach se quedó en silencio observando el eclipse, que todavía duraba.

—¿Y bien?

—Mi psicólogo siempre me decía que tenía miedo a sentir, como si Rodrigo me hubiese dejado incapacitada. Él lo comparaba con esas personas que sufren quemaduras en la piel y nunca más vuelven a tener sensibilidad, ¿sabes? —Maldito hijo de puta Rodrigo. Respiré hondo para no empezar a insultarlo; eso no la ayudaba y, como ella misma decía, debía mirar hacia delante. Mucho trabajo le había costado, y aún entonces arrastraba traumas que seguía tratando de superar. Rach me miró con ojos tristes y a mí se me encogió el corazón—. Vosotras siempre habéis estado ahí, poniendo tiritas a las heridas que sangraban de vez en cuando. Nunca voy a poder agradeceros bastante todo lo que habéis hecho y aún hoy hacéis por mí.

—Anda, tonta. —Hice amago de darle un abrazo, pero me detuvo.

—Pero no me he portado bien contigo, no te he devuelto nada de lo que me has dado, y no sabes lo arrepentida que estoy.

—¿Qué dices, Rach?

—Vosotras habéis ido poniendo remiendos a mis heridas, pero hay alguien que acaricia las cicatrices y a quien no le importa besarlas. —Sonreí, sabiendo por dónde iba—. Y al mismo tiempo siento que te he estado traicionando, pero nada fue premeditado, yo…

Puse una mano sobre la suya, que temblaba, y me acerqué para susurrarle:

—Me acabas de confirmar lo que sospechaba, y déjame decirte, para tu tranquilidad, que no puedo estar más contenta por los dos.

Abrió la boca, los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Pero…

La atraje a mí y nos fundimos en un abrazo. No necesitamos palabras, nos miramos y sonreímos. Ella, por confesarme finalmente su relación con David, y yo, por regocijarme en su alegría, porque cuando el amor es correspondido, bueno, ¿qué puede haber mejor que eso?



Penélope sisó una botella de tequila a un grupo de jovencitos que cantaban y bailaban cerca de nosotras. Parece que ella se había

enterado por casualidad de la relación de Raquel y David al verlos besándose, y desde entonces no estaba de acuerdo en ocultármelo. Comprendí por qué lo había hecho Raquel: durante años la machacaron, la hicieron sentirse mal por cualquier cosa y la fueron hundiendo poco a poco. Por suerte, David y su insistencia consiguieron que volviera a sonreír, y solamente por eso yo le estaría agradecida eternamente.

—David y yo no tuvimos un amor de los de película. Fue más bien amistad mezclada con afecto —le dije a Pe al día siguiente mientras me ayudaba a secar tazas.

—Lo sé, pero aun así no me gustaba que te mintieran y te escondieran algo así.

—Lo entiendo. Ahora ya solo me preocupas tú. —Dejó de secar y se apoyó en la encimera. Me miró arrugando el ceño—. Eso que nos contaste anoche de ese Henry y tú… no sé. ¿Tanto te ha impactado?

—No sé definirlo, Bea. Nunca antes me he sentido así, y ha sido raro. Tan rápido, tan profundo… Me hizo sentir especial. Pero ya da igual, se ha casado y sigue adelante con su vida. Yo seguiré buscando a mi supuesta media naranja, y Santas Pascuas. —A continuación me relató anécdotas de aquel fin de semana y hablamos de lo mucho que odiaba ese trabajo. Su sueño de abrir un estudio fotográfico aún pendía de un hilo. Ojalá pudiera alcanzarlo algún día, como todas: el de Pe estaba claro que era ese; el de Rach, sin duda, era llegar a ser feliz sin que el pasado la persiguiera, la hiriera, y poder caminar de nuevo sin sentirse culpable de nada. ¿Y el mío? De jovencita pensaba que era ser profesora en un colegio, casarme y tener muchos hijos. La vida iba moldeándonos; a veces nos permitía mirar atrás y tantear el camino recorrido, con sus aciertos y sus fallos. Se abría paso sola, quisiéramos o no. En ese momento yo seguía sin saber cuál era mi objetivo, pues estaba claro que el que yo creía ya no lo era. Había viajado lejos de mi casa para averiguar si era eso lo que seguía soñando, y al final era lo que menos importaba.

Por la tarde, las chicas se fueron a la playa, pero yo quise quedarme en el hostal un ratito más. Me senté a la mesa de la terraza con un cigarro y un folio en blanco. Siguiendo los consejos de Raquel, me animé a escribir esa carta que jamás enviaría.

Querido Diego:
Quisiera poder decirte tantas cosas…

Con el corazón encogido, sintiendo un dolor como jamás sentí, doblé el papel y la introduje en un sobre. La deposité en la cómoda antes de echarme en la cama a llorar. Mi móvil sonó; eran las

chicas, pero les envié un mensaje diciéndoles que tenía que ayudar a Genaro. El icono de Spotify en la pantalla parecía llamarme, así que cliqué sobre él y el destino decidió qué canción era la idónea para ese momento. Hablaba de qué pasaba con nosotros, de todos los planes, del amor, la confianza, de ese «felices para siempre» roto…

Era un remate perfecto a lo que había escrito, al alma desgarrada, a sacar todo lo que se me estaba enquistando. La letra de Pink y su *What about us* iba abriendo un poco más la herida, que sangraba y dolía. Llamaron a la puerta, y entre sollozos pregunté quién era. Se me había olvidado cerrarla, así que Raquel y Pe entraron y me encontraron con los ojos hinchados y rojos. Yo seguí en la cama en posición fetal; Rach se tumbó detrás de mí, abrazándome por la cintura, y Penélope se recostó delante. Las tres, abrazadas en una cama minúscula, bien agarradas unas a otras, sintiendo cómo la calma me invadía despacio.

43
DIEGO

Un cobarde, un maldito cobarde es lo que soy. Quiero escudarme en que no puedo dejar a Candela sola unos días. Desde que está ingresada en la clínica, ha mejorado. Sus médicos están satisfechos con los resultados, y nos dijeron que todo es gracias a mí. Maldita la hora en que nos cruzamos.

Lo único bueno de mi regreso es que he podido entregarle el primer borrador del manuscrito a mi editor, que casi me hizo la ola al verlo. Lo pude terminar gracias a ella; tantas cosas han sucedido gracias a Beatriz que no tendré tiempo suficiente para agradecérselo. En el tiempo que compartimos, me hizo sentirme más ligero. Hubo días en los que el peso que acarreo apenas se notaba. En tan poco tiempo hizo tanto por mí…

—¿Vas a ir a verla ahora?

—Buenos días, mamá. Sí, en media hora salgo para allá.

—Bien. —Me mira un momento antes de sentarse junto a mí a la mesa del comedor. Pone su mano en mi brazo y yo la observo con el ceño fruncido, sin saber qué demonios ocurre ahora—. Siento si he sido demasiado dura con todo el tema de Candela, pero sabes que no puedo ver sufrir a las personas más débiles, como ella.

—Lo sé, solamente te pido más empatía hacia mí, que soy tu hijo, joder. —Me levanto enfadado.

—Cariño, te quiero con toda mi alma. Eres mi niño, ¿lo sabes? —Asiento—. Hablando con tu padre anoche, llegué a la conclusión de que creo que me he equivocado. He apoyado tanto a Candela que he olvidado fijarme más en ti. Lo siento, mi niño. —Nos abrazamos en medio de la cocina, uno de esos abrazos que ayudan a recomponerte cuando estás muy dolido, muy roto.

—Gracias por esto —susurro. Mi madre me mira, me toca la cara y me da un beso en la punta de la nariz antes de dejarme aquí solo.

Media hora después, estoy en la clínica visitando a Candela. Mi rutina últimamente es esta: me levanto; desayuno en casa con mis padres, pues he vuelto a vivir con ellos (no me apetece irme al apartamento donde vivía con Candela); voy a verla; pasamos casi todo el día juntos, respetando los horarios que impone la clínica, y regreso a casa, ceno y a dormir. O al menos a intentarlo, pues hace días que no soy capaz de conciliar el sueño.

Y aquí estoy de nuevo, en la línea de salida otra vez. Los remordimientos me van matando día tras día, pero no los de haber engañado a Candela, pues para engañar a alguien tiene que existir algo, y nosotros ya no éramos tangibles. El remordimiento de haber destrozado a Bea, los planes juntos, los sueños, la vida que nos quedaba por delante. No he sido capaz de telefonearla, así de cobarde e hijo de puta soy. Beatriz. ¿Qué habrá pensado al leer aquella escueta nota? ¿Me odiará ya? ¿Será capaz de perdonarme alguna vez? No nos engañemos; estoy atado de nuevo a una vida a la que no sé cuándo ponerle fin. ¿Y si para entonces ha conocido a otro que sí le da lo que yo no puedo? Soy una persona rastrera y cobarde. No me atrevo a ser feliz, no soy valiente.

—Hola, hijo. —Mi padre prepara la comida, como habitualmente.

—Eyy —musito.

—Hoy te ha llegado una carta, ahí la tienes.

Me sorprendo, pues ¿quién envía cartas en pleno siglo veintiuno? La cojo; no lleva remitente, así que me encierro en la habitación antes de pasar por la ducha. Al abrirla, casi se me cae de las manos al identificar la procedencia.

Querido Diego:

Quisiera poder decirte tantas cosas… Ojalá pudieras ver dentro de mí, sentir en tu carne y en tu piel todo lo que me hiciste. No fue poco, lo fue todo. Hace un rato reflexionaba sobre mis sueños. Desde bien pequeña me criaron en dirección a uno en concreto: ser independiente, esposa y madre. Pero con el paso de los años ese sueño, que nunca fue mío, se desdibujó, se fue perdiendo, y, sin darme cuenta, yo con él. Ahora no sé cuál es mi sueño, qué anhelo, qué necesito para ser feliz. Ser feliz, esa debería ser la meta de todos, pero nos complicamos tanto la existencia que necesitamos marcarnos grandes objetivos que nos engañan, porque no nos hacen felices.

Durante este tiempo contigo aquí, mi sueño eras tú, yo, nosotros en esta vida apacible, hasta que el fantasma que nos separaba regresó. Entonces el sueño se difuminó, y vuelvo a estar en el punto de partida. No he recibido muchas explicaciones de tu parte; tampoco te las pido, aunque habría deseado saber algo más. Un simple «espérame» no es suficiente, no define todo lo que hemos vivido, lo que hemos sido. De hecho, creo que es un mal chiste, tratándose de nosotros. Y aunque quiero ser razonable y entender por qué te quedaste allí, hay momentos en los que la rabia me domina y comienzo a odiarte. No quiero hacerlo, en el fondo sé que no lo mereces, que estás tan atrapado como yo y que lo único que deseas es hacer lo mejor; solo que en este caso no es lo mejor para nosotros.

No quiero victimizarme; no quisiera hacerte sentir peor de lo que ya debes de estar; no quiero que mis lágrimas mojen el papel, pero lo hacen. No desearía sacarte de mi corazón, de mi vida; no quiero estar triste, pero lo estoy. En vez de eso, prefiero pensar que la historia de amor que tú y yo vivimos ha sido y será la mejor de todas, porque llegó cuando nadie la esperaba y nos robó el corazón. El mío quedará para siempre marcado por ti, aunque lleguen otros amores, otras caras, otras manos…

Existe una carta, escrita del puño y letra del gran Beethoven, en la que dice así: «Ámame, hoy, ayer, qué lágrimas anhelantes por ti, tú, tú, mi vida, mi todo, adiós. Continúa amándome, nunca juzgues mal el corazón fiel de tu amado. Siempre tuyo. Siempre mía. Siempre nuestros». Creo que para terminar no te puedo decir nada más bonito que eso: «Siempre tuya, siempre mío, siempre nuestros».

Beatriz

Esta es la gotita que faltaba para que el vaso rebosara. No esperaba esta despedida. Una mezcla de enfado, indignación, tristeza y melancolía me invade. ¿Ya está? ¿Todo se acaba así sin más? ¿No luchamos? ¿No nos desangramos en la batalla por conseguir estar juntos algún jodido día? Yo debería seguir en el hostal, en nuestra playa, y no en los malditos recuerdos que ya no dejarán de doler nunca. Y entonces lo sé: ya no volveremos a ser felices. Nos he jodido la vida, se acabó. Los cuentos no siempre tienen el final que nos esperamos.

44

Las chicas estuvieron unos días más conmigo, hasta que les tocó volver a sus vidas, a sus responsabilidades y compromisos. Esos días con ellas fueron revitalizantes; me sentí bien a pesar de la tristeza que me acompañaba desde que Diego se había ido. Sin darme casi cuenta, habían pasado dos meses desde su partida, y aunque había momentos melancólicos y en los que el vacío del pecho se acentuaba, me concentraba en ayudar a Genaro con el hostal.

—¿Quieres tomarte la última en mi casa? —Si se tratara de otra persona, habría dudado de sus intenciones. Me reí y entré en su hogar entre nerviosa y emocionada. Aquel había sido un lugar lleno de amor, de sueños, de episodios duros y de alegrías compartidas, aunque también de mucho dolor.

—¡Tienes un piano! ¿Cómo es que tienes uno?

Genaro me miró divertido. Esa noche cenamos en el jardín y bebimos entre los dos una botella de vino.

—Adela solía tocarlo. Desde que enfermó, nadie lo ha hecho. —Sentada en el taburete frente al piano, refrené la mano con la que había levantado la tapa. No quería herirlo de ninguna forma, y si ese instrumento le recordaba a su fallecida esposa, no iba a ser yo quien lo profanase—. Quiero que lo toques.

Emocionada, no pude responder. Me giré y comencé a acariciar las teclas. Un alivio que conocía muy bien se adueñó de mí; sentía que flotaba, que no existía nada más que el piano y yo. La música me embriagaba, me dejaba la mente en blanco, y los sentimientos, fueran cuales fueran, desaparecían por un espacio de tiempo.

El resto de la noche, Genaro fue sirviéndonos copas de anís mientras yo tocaba lo que me pedía y lo sorprendía con creaciones propias que había mantenido ocultas a ojos de todos.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, no estoy del todo borracha, y además mi habitación queda cerca. —Reí—. Gracias por esta noche: ha sido como un respiro entre tanta emoción desbordante y dañina.

—Yo solo quiero lo mejor para ti.

Lo besé en la mejilla y me fui a mi cuarto. Salí a la terraza para fumar un rato en la oscuridad de la noche, apenas iluminada por el faro de la playa. El mar, ese gran desconocido. De pequeña había ido de vacaciones con mis padres a la costa, aunque nunca fui muy amante del agua. Pero desde que estaba en aquel pueblo pequeñito,

había aprendido a reavivarme con su sonido, su color y sus formas, y entonces recordé un poema de Pablo Neruda.

Necesito del mar porque me enseña:
no sé si aprendo música o conciencia:
no sé si es ola sola o ser profundo
o solo ronca voz o deslumbrante
suposición de peces y navíos.
El hecho es que hasta cuando estoy dormido
de algún modo magnético circulo
en la universidad del oleaje.
No son solo las conchas trituradas
como si algún planeta tembloroso
participara paulatina muerte,
no, del fragmento reconstruyo el día,
de una racha de sal la estalactita
y de una cucharada el dios inmenso.

—¿Pero qué…? —Que tu teléfono suene a las tres de la mañana no es muy buena señal. Casi se me cayó al suelo al cogerlo—. ¿Dígame?

—¡Vaya, por fin! ¡Ya era hora, coño!

—¿Diego? —Y no un Diego normal; un Diego borracho, a juzgar por su tono y su manera extraña de hablar.

—Llevo llamándote toda la puta noche, ¿dónde coño estabas?

—Diego, ¿cómo has conseguido mi número?

Él obvió mi pregunta.

¿Ya estás en la cama con otro? —El alcohol me estaba revolviendo el estómago por culpa de sus palabras. ¿De qué coño iba eso?

—¡¿Pero qué cojones estás diciendo?! Estás borracho, no quiero hablar contigo…

—No me cuelgues, profe, ni se te ocurra. ¿Cómo pudiste, Bea, cómo?

—¿De qué narices hablas? Creo que si hay alguien aquí a quien podamos juzgar es a ti. Ni una llamada; una mísera nota con una sola palabra, y cuando me llamas, estás más que bebido y me dices cosas hirientes. ¿Quién te crees que eres? —Las lágrimas me asomaban a los ojos.

—Lo siento… Estoy tan jodido, Beatriz… Pero tu carta fue devastadora, me rompiste por completo. —¿Carta? Me dirigí a la cómoda donde la había dejado un mes atrás; no estaba por ningún lado. Rebusqué en cajones y armario y no la encontré. Alguna de mis amigas se la habría mandado, pero no acertaba a saber cómo

coño habían averiguado su dirección. No era el momento de eso.

—Yo no te la mandé, no sé quién pudo ser…

—Eso es lo de menos. —Su voz me parecía cada vez más triste.

—Pero mi intención al escribirla era la de desahogarme, hacer una catarsis emocional y no acabar explotando de tanto callarme. —Se me quebraba la voz sin remedio.

—Lo siento, Bea, siento tanto el daño que te he causado, el que me he causado a mí mismo, a ella… —Diego sollozaba. Nos mantuvimos en silencio sin saber qué decir; las palabras ya no eran suficientes—. Joder, estoy tan loco por ti… No puedo hacer nada que no sea pensar en ti, necesitarte, echarte de menos… Llevo así tanto tiempo que no puedo, Beatriz, no puedo más, y al mismo tiempo, es imposible…

—Lo sé, Diego. Yo… —Inspiré para reunir el coraje de decirle lo que sentía— quisiera poder perdonarte y entender la decisión que tomaste, pero tampoco soy capaz, a la vez que también te necesito, te anhelo, te echo tanto de menos que el corazón no lo resiste a veces y lloro sin consuelo… —Una nueva pausa entre los dos—. Quizá algún día, cuando Candela mejore…

—No, nosotros no podemos ser, ya no.

Y cuando crees que ya no puedes sufrir más, viene un huracán en forma de palabras y te devora.

—¿Entonces por qué me llamas? ¿Se trata de alguna tortura que te gusta practicar? ¡Vete a la mierda, Diego! —chillé enfadadísima.

—Nosotros ya no podremos ser nunca. Candela se ha suicidado. —Y colgó.

Entré en *shock*, no entendía nada hasta que empecé a digerirlo. ¿Candela muerta? Me imaginé el dolor que estaría sintiendo. Diego debía de sentirse culpable, al mismo tiempo que me echaba de menos porque me quería, porque no podíamos olvidarnos así como así de todo lo que nos había pasado. No salía de mi asombro; yo también me sentí mal, culpable de esa muerte. Quizá ella había descubierto que su novio se había enamorado de otra y su débil mente no lo aceptó, no pudo con ello. Me tapé la boca para acallar los sollozos que no era capaz de controlar. No podía imaginarme el dolor tan grande de Diego, y yo no podía ayudarlo, de hecho él no lo quería. «Nosotros no podemos ser, ya no». Con eso nos sentenciaba, no quedaba nada más que decir o hacer. Diego había puesto el punto final a todo lo que pudimos ser. A los cinco minutos, recibí un mensaje suyo en el móvil:

… aunque ya nada pueda devolver la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no hay que afligirse, porque la belleza siempre subsiste en el recuerdo…

45

Querido Diego:

Antes que nada, quiero que sepas que te quiero con toda mi alma, eso siempre fue así. Nunca dejé de hacerlo; has sido la persona más valiosa de mi vida. Sin ti no habría podido lograr muchas cosas, pero por desgracia no elegimos la suerte que nos toca, y a mí, me tocó sufrir una enfermedad que no elegí. Nadie elige caer enfermo o sufrir. En los primeros tiempos de la enfermedad no dejaba de preguntarle a mi psiquiatra por qué a mí, y nunca pudo darme una respuesta. Las enfermedades mentales son como son.

Por nada del mundo desearía que te sintieras culpable por no haber podido detenerme. Esto era algo que llevaba mucho tiempo meditando. Quizá pienses que soy una cobarde por poner fin a mi propia vida, pero tras años y años de lucha ya no puedo batallar más. Tú bien sabes que hay altibajos, y en muchos de ellos he hecho algo horrible: arrastrarte conmigo. No te mereces sufrir más, ahogarte, no poder realizar tus sueños por mi causa. Tú tienes que brillar, alcanzar el éxito con la sonrisa en la cara, esa que hace mucho se te ha apagado. Hazme ese inmenso favor y sé feliz, con quien sea, como sea y donde sea.

Ahora por fin podré reunirme con mis padres, a los que llevo media vida echando de menos. No te aflijas por mí; diles a los tuyos, y en especial a tu madre, gracias. Gracias por ejercer de padres cuando no tenía a nadie más, por tratarme como si fuera su hija y estar siempre para mí. Y sobre todo, no lloréis por mí, alegraos porque esto es lo que quiero, lo que necesito: liberarme de la piel y convertirme en el espíritu que siempre velará por ti y permanecerá a tu lado.

Como sé lo que te encanta la literatura, voy a dejarte una frase de mi adorado Walt Whitman. ¿Te acuerdas de cuando me leías sus poemas en la cama? Entonces yo me abrazaba a ti, tú me rodeabas con el brazo, y yo sentía fluir todo el amor que nos teníamos. Quiero pensar que nos quisimos, que en algún momento lo hicimos bien y que realmente hubo buenos momentos.

No voy a demorar más esta despedida, porque en un rato entrarás en mi habitación y pasarás todo el día aquí, conmigo. Te querré siempre.

Candela

«No desfallezcas si no me encuentras pronto. Si no estoy en un lugar, búscame en otro. En algún lugar te estaré esperando».

Segunda parte

«Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura: cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso se trata la tormenta».

Haruki Murakami

46

RAQUEL

—¿No piensas decirle nada?

—¿Qué esperas que le diga? No hay nada que contar —me contestó ella poniendo una lavadora, como si aquello no importase, como si no le estuviera rompiendo un poco más el alma.

—Beatriz, mírame.

Se detuvo para mirarme, postrada en el suelo de rodillas.

—Pero aunque no lo haya ya, algo deberá saber, ¿no? —Quería encontrar a mi amiga en sus ojos, pero desde hacía tiempo habían perdido el brillo que los caracterizaba. Estaba destruida.

—No veo por qué. Me ha sucedido algo que les pasa a muchas mujeres en el mundo. —Y siguió poniendo la ropa en el tambor. Cerró la puerta y fue al baño a guardar el suavizante en el armario del lavabo. Llevaba puesta la armadura para que no la hiriera más de lo que ya estaba.

—Sí, solo que tú ni siquiera sabías que existía. Pero aun así no sé… Bea…

—Ni siquiera sé si quería tener hijos; a lo mejor si lo supiera, hasta se alegraría de haberlo perdido.

—Joder, cómo te pasas Bea. No lo conozco, pero por lo que me has contado, no es el tipo cruel y despiadado que me dibujas ahora. No creo que se jactara de algo así ni que se alegrara.

—Claro que no lo es, pero yo necesito que lo sea. Porque si es un tío sin sentimientos que se alegra del aborto espontáneo de una mujer con la que compartió todo en poco tiempo, es más fácil olvidarlo, odiarlo y encerrarlo en el saco de los tíos más hijos de puta que pisan la faz de la Tierra —me dijo con el dolor en la mirada.

—¿No has vuelto a hablar con él? ¿Nada?

Movió la cabeza, negando.

—Raquel, ya es suficiente. —Salió del cuarto de baño camino del salón, donde se sentó en el sofá y se cubrió con una manta. Era otoño, y las calles comenzaban a cambiar de color con las hojas que caían de los árboles. Beatriz se sentaba a mirar por la ventana muchas horas al día y me describía cómo era la estampa.

—Por mucho que lo ocultes, el dolor y la pena no se van. Sé que ha sido un duro golpe para ti, otro más. Y sé que entre tus planes no

entraba ser madre, pero saber que ibas a serlo y perderlo ha añadido más peso a la carga que llevas desde que volviste de aquel pueblecito. Entiendo que quieres seguir adelante, pero no puedes hacerlo hasta que lo vomites todo y no te dejes dentro nada que vaya pudriéndose y acabe contigo.

Permanecía impasible, ignorando lo que le decía. Hacía un mes del aborto que Bea había sufrido casi sin saber siquiera que estaba embarazada. La muerte de Candela, sin conocerla, le había hecho daño por el efecto colateral que tuvo en su relación con Diego. Y la pérdida de aquel futuro bebé la había fragmentado en más pedacitos.

Beatriz se levantó y se encaminó al piano que tenía en su apartamento de alquiler. Levantó la tapa y comenzó a acariciar las teclas, emitiendo un sonido bastante parecido a una melodía.

—Genaro siempre me decía que lo que duele hay que sacarlo para que no envenene el alma. —Alzó la mano y, de la cajita que reposaba sobre el piano, sacó una hoja de papel arrugada. Me la dio y yo la leí en silencio.

A veces me gustaría llamarte y oír el sonido de tu voz, vivirte, sentirte y no solo soñarte. No consigo olvidarte, como si lo que vivimos siguiera anclado en mí. Me asusta que una mañana me despierte y no te piense, que el dolor del pecho se evapore y no recuerde cómo pronunciabas mi nombre. Pero dijiste adiós, y me di cuenta de que no era como las otras veces en las que te ibas y regresabas. Esa vez era para siempre. Y un día fui consciente de la realidad, la única que tengo, y por mucho que me duela, sé que me merezco ser amada, soñada y vivida plenamente. Como nunca pudiste hacerlo, como jamás supiste hacerlo.

—Bea…

Aporreó las teclas con énfasis, con rabia y desesperación, la pena resbalando por sus mejillas. Cerró la tapa de golpe y lloró apoyada sobre ella.

—Ya lo saco fuera, Raquel. Escribo esas notas. A veces las guardo, otras las arrugo y las rompo en pedazos. No sé por qué he guardado esa, la verdad. —Hizo una pausa, se serenó y me miró. Lo que me contaba mi amiga me rompió el corazón.

—A lo mejor necesitas decírselo a otra persona y no escribirlo solamente —traté de aconsejarla, pero ella negó con la cabeza.

—Me hacía demasiado feliz, y ya se sabe que cuando se es muy feliz, siempre llega algo para arruinarlo. —Volvió al sofá, se tapó con la manta de cuadros y yo la seguí hasta allí, sentándome a su lado.

—Dime qué sientes.

—¿Has tenido alguna vez un vacío grande en el pecho, unas ganas locas de llorar gritando a pleno pulmón, de sentir cómo te desgarras? —Por desgracia, sabía a qué se refería. Asentí con la cabeza—. Pues es mucho peor. Se llevó muchas cosas de mí, no solo mi corazón. Se llevó con él espacios que me han dejado vacía.

—Entiendo… No me imagino cómo puedes escapar de los recuerdos.

—Escapar es imposible, no puedes escapar de tu propia vida.

47

La vida con Diego estaba llena de luz y de color, y ahora lo veía todo en blanco y negro. Nunca pensé que fuera de las que viven en un melodrama, pero por desgracia era mi puta realidad. Aun entonces no conseguía explicar lo que había sentido el día que me llamó y comprendí que no volveríamos a vernos: me quedé hecha un verdadero asco. Me enclaustré en casa; seguía disfrutando de la excedencia, esquivaba las llamadas y visitas de mi madre, y sobre todo, me encerré en mí misma. No podría decir si era por la tristeza que me consumía, por sentir parte de culpa en el suicidio de una persona a la que no conocía o porque llegué a convencerme de que todo lo jodido que me sucedía me lo merecía. Me había enamorado de un tío con novia, la cual, además, tenía problemas mentales graves; la habíamos engañado y habíamos vivido una historia de amor que nos deslumbró. Por eso, cuando se apagó, estar a oscuras fue lo peor. Y no porque fuera un fracaso, sino porque me rompió en tantos pedazos que no había pegamento en el mundo para volver a juntarlos todos.

Cuando pensaba que algún día saldría adelante, entonces, ¡zas! Descubrí que estaba embarazada. En nuestra fugaz relación hubo tiempo para crear una vida que se tomó la justicia por su mano y desapareció sin darme tiempo a asimilarlo. Raquel me preguntó, cuando le comuniqué lo del embarazo, que cómo iba a localizar a Diego, y la verdad es que no tuve tiempo para pensarlo. A los pocos días pagué de nuevo el precio por engañar a una mujer enferma y enamorada.

Mis amigas esperaban que llorase en sus brazos, que chillara y pataleara, pero no fue así, al menos no en público. Ni siquiera con ellas me sentía capaz de hacerlo; la vergüenza era tan fuerte que no me lo permitía. Me consideraba alguien fuerte, y creo que lo demostré al no perder las ganas de vivir. Mi vida había dado un giro, entraba menos luz por las ventanas, pero no me resigné a ser una sombra. Estaba encerrada, concentrada en mi amargura, ni siquiera hablaba demasiado (eso tampoco era nada nuevo), pero pasados unos meses, intenté volver a ser yo. Volví a atender las llamadas de mi familia, acudía a alguna comida familiar, me reunía con compañeras del centro, a las que escuchaba despotricar del trabajo, y a las que, desde el otro lado, en ese momento animaba, y volví a hablar con mis amigas.

No estaba del todo recuperada, aunque tampoco estaba en el inframundo. Raquel seguía trabajando en Noruega junto a David, aunque periódicamente se cogía días de vacaciones y se refugiaba en mi casa. No me decía jamás que las cosas con él iban regular, pero yo sabía que algo ocurría desde hacía meses. Sin embargo, nunca la forzaba a hablar, porque ella necesitaba sus tiempos, que yo respetaba.

Penélope, por otra parte, había tomado una decisión un poco loca, según Raquel, y había dejado el trabajo para convertirse en fotógrafa *freelance*. Su último encargo fue una boda bastante chic y, no sabría decir por qué, eso la trastocó de alguna forma.

—Hola, Bea. —Mi amiga la fotógrafa me recogía cada mañana en casa para ir a caminar, como hacían las señoras mayores en chándal. Siempre que andaba por la ciudad manteníamos esa rutina.

—Hola, Pe.

Los paseos a veces eran silenciosos, como si cada una estuviera inmersa en una maraña de pensamientos que nos atronaban el cerebro. Hablábamos de cosas insulsas, aunque algún día nos levantábamos más animadas y dejábamos caer algo que explicaba la actitud de la otra. Por mi parte, me acordaba de él a cada puto segundo del día, solo que era mi secreto. Siempre había creído que si quieres, puedes, o sea que si hubiera querido, habría podido compartir mi pena, al igual que Pe podía compartir lo que la iba desgastando poco a poco, como a mí. Pero había mucho respeto entre ambas, y no iba a ser yo quien rompiera esa confianza que teníamos la una en la otra. También era de las que aseguraba que hay palabras que es mejor dejarlas atadas, porque al soltarlas y ser libres, hacen demasiado daño. Meterlas bajo la alfombra, porque ya se sabe el refrán: «Ojos que no ven, corazón que no siente», y el mío había dejado de sentir hacía tiempo.

—Y el último viaje ha sido alucinante…

—Sí… —respondí mirando al vacío, sentadas en un banco.

—Vi a una jirafa copular con un elefante y les hice unas fotos de la hostia.

—Claro…

—¡Beatriz, por Dios! —La miré sobresaltada—. No me estás escuchando. No sé de qué me sorprendo, si llevas así meses.

—¿Qué pasa?

—Bea, tienes que ponerle freno ya. No permitas más que te consuma y habla, ¡coño, habla de una puta vez! No les tengas miedo a las palabras —estalló, harta de mi actitud de mierda y de su propio miedo a hablar.

—Déjame, Pe.

—Escúchame: tienes que salir, airearte. Diego no va a volver de ninguna de las maneras.

—¿Y? —expuse con mirada retadora. Me estaba enfrentando a la realidad que quería olvidar. Ya sabía que no iba a regresar, que jamás lo haría. Me dolía cada recuerdo, cada beso que no nos dimos, cada mirada que no cruzamos. No pudimos despedirnos como ambos merecíamos.

—Es lo mejor, Beatriz. Sé que te duele, pero es lo maldito mejor. Mantuviste una relación bonita, especial, mágica… Llámalo como te dé la gana, pero no fue sana.

Entonces exploté y me puse de pie.

—No te consiento que hables así de nosotros, tú no tienes ni idea de lo que vivimos él y yo. No te atrevas a juzgarnos, ni por asomo lo pienses.

Resopló y se levantó también, mirándome muy seria.

—Creo que el tiempo de dejar que te cures y estés a tu aire ha pasado. Tienes que salir de ese estado catatónico, regresar a tus clases, a tu vida antes del accidente y del viaje a ese maldito pueblo que te cambió.

Creo que si me hubieran zarandeado y abofeteado no me habría dolido tantísimo como sus últimas palabras. Y es que cuando te dicen las verdades a la cara, no hay defensa posible. Penélope se dio cuenta de que había tocado una fibra muy sensible y dio un paso hacia atrás, a lo que yo respondí instintivamente dando otro.

—Bea, yo…

—No volvamos a mantener esta conversación nunca más —mascullé.

Emprendimos la vuelta a casa, solo que esa vez ella no subió a ver el programa del corazón que emitían cada mañana y se marchó a su casa. Entendió que yo llevaba mi proceso, que aún estaba en ese viaje y que me quedaba un trecho por recorrer.

«Cada persona necesita un tiempo distinto para salir de una situación», me dijo mi padre un día tras mi regreso. Y mi tiempo era lento y parecía inexorable. Me puse el pijama, me até el pelo en una coleta y me tumbé sobre la cama con una manta por encima. Lloré. Cogí uno de sus libros; lloré por él, por el futuro que habríamos podido tener. Recapacité y me di cuenta de que mi amiga tenía razón y que mi duelo había llegado a su fin. La llamé y le anuncié que el tiempo comenzaba de nuevo a correr.

48

—Gracias a las dos por venir. —Rach y Pe me miraban entre sorprendidas y resignadas, aunque ese día hice todo lo posible por aparentar ser una persona y no una simple sombra de lo que fui.

—Mi avión sale en cuatro horas y aún tengo algunas cosas que hacer, Bea, así que espero que me hayas hecho venir por una buena razón.

—Lo mismo digo. —Eran duras conmigo, pero al fin y al cabo me lo había ganado a pulso.

—Tenéis razón, siempre la habéis tenido, en todo. No he querido buscar ayuda externa por creerme capaz de afrontar todo sola, pero no puedo hacerlo. Hoy es el primer día del resto de mi vida. Ya me he puesto en contacto con un psicólogo; tengo cita la semana que viene. —Ambas asintieron; el alivio se reflejó en sus ojos y eso me animó a continuar—: No gano nada con seguir en esta espiral, y por mucho que me queráis, al final quien te puede ayudar realmente es una persona ajena a ti.

—Me alegra saber que tienes esa actitud, pero mantenla. No puedo estar a millones de kilómetros intranquila, sabiendo que sigues hundida en el pozo de miseria en el que te gusta tanto regodearte.

Miré a mi amiga molesta por su comentario, pero tuve que aceptarlo, pues llevaba razón.

—Yo también tengo unos viajes programados para los próximos meses y no puedo estar preocupada por ti, desconcentrada. Bea, te quiero mucho, pero necesito conservar el trabajo para pagar esta ropa tan estupenda que luzco. —Su comentario nos hizo sonreír a todas. Apoyé ambas manos en la mesa, buscando que ellas me dieran la suya, como hicieron.

—Lamento haberos preocupado tanto, soy consciente de lo mucho que me queréis. Yo siento lo mismo por vosotras, ya lo sabéis.

—Pues adelante, pequeñaja. Tú puedes con esto —musitó Rach.

Asentí y, casi con lágrimas en los ojos, comencé a asumir los actos y las palabras que me habían conducido hasta aquella situación.

—Hoy comienza mi nueva vida. Hoy dejaré atrás el pasado, el dolor, las lágrimas vertidas y las calladas. Hoy empezaré a olvidar que una vez llevé a Diego muy dentro de mí. No pensaré en esa

pequeña vida que un día me acompañó y que se marchó antes de tiempo, pero no quiero olvidarme de Genaro, de su hostal ni de la playa que también me dio alegrías durante ese tiempo.

—No tienes por qué hacerlo. La vida no son solo las cosas feas, también las bonitas, las que nos hacen sonreír al recordarlas —comentó Penélope.

—El mes que viene regreso al colegio, a mi trabajo habitual. Han pasado unos meses y parece que haya pasado una vida entera…

—¿Estás segura? —quiso saber Raquel. Yo asentí, y ya no hubo más preguntas referentes a ese tema—. De acuerdo. Siento deciros que debo marcharme.

Las tres nos levantamos y nos despedimos prometiéndonos escribirnos mucho, llamarnos y estar siempre en contacto. Esas promesas que a veces se quedan suspendidas en el aire y que no llegan a pisar suelo jamás. Raquel se fue a su casa, a dejar todo atado y bien atado. Había tomado la decisión de vender su apartamento, pues deseaba comenzar una nueva vida en aquel país helado. Yo me animé a salir a dar un paseo bajo el sol otoñal y pasé por uno de esos bazares hindúes que tanto me gustaban. Al entrar, el olor a incienso me inundó, y recordé los días de mi adolescencia cuando a mi madre le dio por comprarlos a pares y perfumaba la casa de tal manera que teníamos que abrir las ventanas para airear. Di una vuelta por el establecimiento, lleno de piedras esotéricas, colgantes, anillos, pulseras, ropas tradicionales… hasta que me fijé en una de esas lámparas pequeñas con muchos cristalitos de colores.

—¿Le gusta? —me preguntó el dueño, un hindú de pura cepa ataviado con la vestimenta típica.

—Son preciosas. Es como si te hipnotizaran y no pudieras dejar de mirarlas.

Encendió una de ellas y ahí acabé por enamorarme por completo de esa en particular.

—Lo son. Las fabrican de la misma forma desde el siglo XI. Es un arte en sí mismo. —Miré al vendedor queriendo saber más—. Tienen su origen en una leyenda bizantina, aunque supongo que a usted eso no le interesa.

—¿Cómo que no? Cuéntemelo mientras me la prepara; me la llevo.

Él me lanzó una tímida sonrisa y fuimos hasta el mostrador, donde empezó a envolverla con suma delicadeza en plástico de burbujas mientras relataba:

—En torno al siglo XI, reinó una dinastía en Turquía que desempeñó un papel primordial en la Historia, debido a las barreras que estableció para defenderse de las Cruzadas. Un personaje muy

importante fue un sultán que conquistó tierras, arrasó pueblos enteros y subyugó a sus enemigos. Era el hombre más temido en aquel lugar, y aun teniendo varias mujeres, que sin duda lo complacían en todo, a ninguna amó. Cuenta la leyenda que un día, paseando por su gran palacio, vio más allá de los muros a una muchacha de la que se quedó prendado. Mandó a sus hombres a localizarla e incluso secuestrarla. Se decía que era la muchacha más bella jamás conocida, y el sultán se enamoró al instante de ella; no así la pobre chica, Aynur, que significa «luz de luna».

No podía dejar de escuchar la historia con el aire contenido.

—Un nombre precioso, aunque eso de secuestrar mujeres…

—Eran otros tiempos, señora. —Le di la razón y me callé para seguir escuchando el relato—: Bien, como le decía, Aynur era una joven tímida que no deseaba quedarse en palacio, pues tenía su propia familia, pero ya se sabe que quien tiene el poder domina sobre los demás. El sultán la encerró en una habitación llena de ventanas que daban a los patios, repletos de flores, fuentes; una bella estampa, y por la noche podía divisar el reflejo de la luna en aquellas aguas cristalinas. A ella, nacida una noche de luna llena, le encantaba aquella estrella que lo iluminaba todo. El sultán tuvo que irse en repetidas ocasiones a la guerra, y la dejó sola en aquel aposento. Una de esas veces, los enemigos del sultán asaltaron el palacio, destruyendo la cámara donde la muchacha vivía día y noche. A su regreso, el sultán, encolerizado, juró acabar con sus enemigos. La habitación de Aynur quedó completamente destrozada, así que ya ni siquiera gozaba de la pequeña felicidad que suponía contemplar la luz de la luna. Por ello, el sultán mandó elaborar una lamparita como esta, pues decía que emitía la misma luminosidad que una noche de luna llena. La muchacha se quedó sorprendida ante el detalle; el único deseo de él era verla feliz, ya que la chica nunca lo amaría. Lo que no sabía el sultán era que desde aquella anoche lo hizo. Se había prometido a sí misma jamás amarlo, pues la había separado de sus seres queridos, pero muchas veces el corazón atiende a razones que la razón no entiende. —Emití un suspiro al recordar mi propia historia con Diego y cabeceé afirmando—. El sultán emprendió una cruenta batalla contra sus enemigos, que, por desgracia, perdió. Nunca más volvió a ver a Aynur ni ella pudo confesarle su amor. Lo único que podía hacer era encender cada noche la lámpara que le recordaba al hombre del que se había enamorado.

—Vaya…, qué triste —dije en un hilo de voz.

—Son leyendas, señora, aunque ciertamente lo es.

Pagué al dueño del bazar y, antes de abrir la puerta, me dijo algo que me hizo girarme.

—El amor secreto conlleva sufrir en silencio; no siempre podemos gritarlo a los cuatro vientos. —El hindú me miró sonriendo y yo sentí que estaba al corriente de lo que me había sucedido, pues esa frase no tenía ningún sentido.

—Pero Aynur podía haberle confesado su amor antes de marcharse a la batalla.

—¿Después de repudiarlo por haberla secuestrado, alejándola de todo lo que ella amaba? ¿Tras saber que cada noche lo esperaba una mujer distinta para satisfacer sus deseos? Ella no era la única en su vida, y eso le dolería, seguramente, pues cuando amamos a alguien queremos que sea nuestro por entero, y no a piezas.

Una pareja entró en el local y el dependiente fue a atenderlos, dejándome con los pensamientos bullendo en mi interior. Salí para tomar aire fresco y desintoxicarme de todo aquel incienso, que por un momento me hizo creer que la historia de Aynur pudo acabar bien. No fue así. Ella, como yo, también se había enamorado de quien no podía tener al cien por cien.

49

RAQUEL

Siempre he sido una persona puntual. Por eso odio a la gente que llega tarde y encima te mira con una sonrisa de «no pasa nada». No, no, si habíamos quedado a una hora, se llegaba a esa hora y punto final. Era algo que me sacaba de quicio, así que esperar al taxista más de quince minutos de la hora acordada me hizo cabrearme mucho. Un mensaje de texto de David preguntándome si ya estaba en el aeropuerto y diciéndome que me echaba de menos suavizó mi mal humor. Tenía tiempo de sobra, pero no quería que cualquier imprevisto, como el tráfico, me impidiera llegar a mi destino a tiempo.

Cincuenta minutos era lo que me separaba de aquel avión que me devolvería al que en ese momento era mi hogar. No a mi casa en un país desconocido, sino a David. Él se había convertido en mi hogar. Era ÉL, sin lugar a dudas.

—Menos mal que todavía no te has marchado. —Esa voz tan familiar…

—¿Bea? ¿Pero qué narices haces aquí? Estoy a punto de embarcar.

Se llevó la mano al pecho y respiró agitadamente.

—Lo sé, lo sé, pero, joder, es que no miras el puto móvil. Llevo mandándote mensajes y llamándote un buen rato. —Lo saqué del bolso y me percaté de que lo había silenciado tras leer los mensajes de David.

—Lo siento, no me he dado cuenta. ¿Está todo bien? —Empecé a preocuparme.

Bea tiró de mí y nos sentamos en una silla por la que habrían pasado miles de viajeros y que podría contar millones de historias.

—Sí, solamente que antes de irte quería hablar contigo a solas. Con Penélope tengo más oportunidades, porque no se va hasta el domingo. —Hizo una pausa antes de dejarme helada—: Solo quiero decirte que soy tu amiga, que siempre me vas a tener aquí y que te dejes de tonterías de celos y chorradas. Sé lo mucho que has sufrido, pero él no es Rodrigo. Entiende eso y disfruta de lo muchísimo que te quiere. Tener a alguien como él en la vida es un regalo precioso, no lo desperdicies. —¿Podría estar hablando de David y de mí? ¡¿Cómo coño se había enterado de lo que pasaba

entre nosotros?!

—Beatriz… —Me llevé la mano a la boca. Ella me la cogió con esa sonrisa perenne.

—¿Te crees que soy tonta? Ya sospechaba que no te encontrabas bien. Hace unas semanas llamé a David y le encontré en un estado… Jamás lo había visto tan abatido, tan dolido. Le sonsaqué y me lo contó. No me debes nada, no has provocado una hecatombe ni has roto una pareja, porque no lo éramos. Lo nuestro no es más que agua pasada. Sí es cierto que es uno de mis mejores amigos, pero ninguno siente por el otro nada parecido al amor. Ni siquiera cuando estuvimos juntos sentimos algo así, créeme. Ahora quiero que vuelvas a él, pero de verdad, no solo una parte de ti, y que a la que se siente culpable por habérmelo ocultado la dejes aquí.

—Yo… lo siento.

—No más perdones, Raquel. Reconozco que cuando me lo dijo cómo te sentías me molestó un poco que mi amiga no me lo hubiera confesado ella misma. Después me di cuenta de que muchas veces cometemos errores al pretender evitar malos momentos a gente a la que queremos. —Y entonces vi el alivio en sus ojos, como si hubiera llevado una carga muy pesada durante demasiado tiempo.

—Gracias, Bea. No te imaginas lo que significa esto para mí.

Me besó la mano y se limpió una lagrimita que le caía por la mejilla.

—Y ahora vete con ese hombre maravilloso, no pierdas más tiempo. —Nos levantamos, fundidas en un abrazo en el que le dije todas las cosas que el nudo de la garganta no me había permitido. Beatriz me secó las lágrimas y me dio un beso en la frente.

Fui hacia la puerta de embarque y, como hacían muchas de las personas allí congregadas y listas para alejarse de sus seres queridos, nos dijimos adiós con las manos cien veces y otras doscientas lanzamos besos al aire. Mandé un mensaje al grupo de chicas para que supieran que ya despegábamos, y otro a David dándole las gracias por contárselo a Bea y no decirme nada. Menos mal que los emoticonos nos salvan de malentendidos en ocasiones, y le puse uno sonriendo. Al segundo me respondió diciéndome que era lo que tenía que hacer y que llevábamos mucho tiempo de retraso. Entonces no se me ocurrió una mejor forma de despedirme antes de apagar el teléfono.

«El amor. Dos seres se encuentran, se miran y ya está».

50
DIEGO

Nunca había sufrido una pérdida muy directa, que no fuera la de mis abuelos, y aun en ese caso no asistí a sus funerales. Era apenas un niño, por desgracia, y mis padres me evitaron ese trago. En aquel momento, haciéndome el hombre duro que ni por asomo era, les pedí que me dejaran estar y dar el último adiós a las personas que tanto me cuidaron y me brindaron lo mejor que tenían de sí mismas: su tiempo. Años más tarde, cuando tuve que asistir a funerales de padres de compañeros y de conocidos, agradecí la decisión de mis padres. Es uno de los momentos más complicados a los que se enfrenta el ser humano. Las primeras horas, en las que debes organizarlo todo para llegar al tanatorio y que todo esté en su sitio, te sumergen en una nebulosa indefinida; tú simplemente te concentras en eso. Después, cuando la gente comienza a llegar, la pérdida se vuelve a hacer real, y cuando tras el frío cristal aparece el difunto dentro de la caja, con los ojos cerrados, tomas conciencia de que es completamente cierto. Se ha ido para siempre.

El funeral de Candela no podré olvidarlo nunca. Medios de comunicación a las puertas, compañeros llegados de varios lugares de España, gente que la admiraba y la quería profundamente… Y ella se saltó todo eso y decidió marcharse.

No puedo decir cuántos pésames recibo en esos dos angustiosos días en los que apenas duermes, comes o descansas. Mis padres permanecen a mi lado continuamente, y debo admitir que se encargan de muchos más trámites que yo. Me siento como el fantasma de mi ex, solo que yo sigo viviendo. O malviviendo.

—Ahora comprendes por qué te evitamos todo eso con tus abuelos —me dice mi padre tras enterrarla, cuando nos quedamos solos frente a su tumba. Aquí comienza el verdadero calvario; la realidad te golpea y te dice entonces que se ha marchado para siempre y que jamás volverás a verla.

—Esto es lo más duro que he vivido —musito, con dificultad para sostenerme en pie.

Mi madre se despide de los últimos asistentes agradeciendo su presencia y vuelve con nosotros. Entrelaza sus dedos con los míos y me devuelve a la realidad.

—Es hora de irse a casa. —Y como autómatas, abandonamos ese

triste y gélido lugar.

Paso unas semanas en casa de mis padres. Hablo con mi editor y le confieso que la inspiración ha terminado por volatilizarse con la partida de Candela, a lo que me contesta, muy comprensivo, que me tome mi tiempo. Deseo decirle que ese tiempo es para siempre, pero no quiero aguantar sermones de «ahora lo ves todo oscuro, pero el sol volverá a brillar», como decían en aquel musical de Broadway. Cuelgo.

Al mes, me asfixia la casa en la que me crie, o quizá es la vida en general. Regreso a mi apartamento, el mismo en el que viví con Candela, plagado de recuerdos y olores. Para algunas personas, los olores se relacionan con personas; yo normalmente los asocio con momentos. El aroma a vainilla del pañuelo amarillo que llevaba en los viajes en avión me recuerda nuestras vacaciones. El olor a jazmín del gel de ducha me lleva hasta la época en la que trabajábamos juntos en la misma oficina. El coco me transporta a los momentos poscoitales, cuando nos abrazábamos y ella cantaba bajito.

La soledad, a pesar de tener tan mala prensa, a mí me reconforta. Lo que no puedo soportar más es el recuerdo imperecedero de Candela a mi alrededor. Un día, tomo la decisión de empaquetar todas sus cosas y donarlas a asociaciones que lo necesitan, a amigos y a compañeros que se alegran de conservar algo suyo, y vendo la casa. Me gusta la ciudad donde vivo, pero ya no la siento como mi hogar. Yo sé perfectamente cuál es mi casa, mi refugio, mi paz… La sonrisa de Beatriz, sus ojos chispeantes, sus caderas marcando los huesos que adoraba tocar, sus brazos. Vida de mierda… En eso se convirtió un día mi existencia.

Una mañana, mientras voy de camino a ver el tercer apartamento en alquiler, suena mi teléfono.

—¿Genaro? —Me quedo mudo al oír su carrasposa voz.

—Me alegra volver a escucharte. Antes de nada, quisiera saber cómo estás.

Me invento una vida que no me pertenece; nunca he sido de esos que van dando pena a los demás. Me asegura que me dejé algunas cosas en el hostal y que no sabe cómo enviármelas, pues sus hijos no andan cerca y no pueden ayudarlo. Acepto regresar al único lugar que me proporcionó algo de felicidad en los últimos meses, aunque también sé que será como echar sal en una herida aún sangrante. Paralizo la búsqueda de piso y, con la maleta de mi abuelo, que me acompaña en todos mis viajes, vuelvo al hostal.

No he sabido nada de Bea en este tiempo, no me he atrevido a llamarla de nuevo tras nuestra última conversación. Estaba roto, dolido y me sentía muy culpable. Le dije cosas que no merecía,

pinté con el peor color las sensaciones más bonitas que nunca había sentido, en lugar de decirle: «Lo siento», «no hay día en el que no me acuerde de ti», «soy el culpable de todo», y un largo etcétera de frases que ya no tenían ningún sentido.

Antes de marcharme, ojeo de nuevo las fotografías de Candela y mías; de eso fui incapaz de separarme. Después de todo, fuimos felices por un tiempo. Sonrío, lloro y río viendo algunas instantáneas, pero también me doy cuenta de nuevo de que vivimos demasiado tiempo sosteniéndonos sobre una mentira. Seguimos juntos sin entender de verdad que lo que nos unía ya no era amor. Podíamos llamarlo acompañamiento, cariño o amistad, pero no era el amor que un día nos unió. Aquello era lo que Candela no terminaba de comprender, y lo que fue matándola poco a poco, sin querer. El amor es otra cosa muy distinta.

Guardo las fotos en un armario del salón de la casa de mis padres, adonde he vuelto por unos días, cojo el billete de tren y arrastro la maleta hasta la puerta. Dejo mis llaves en la mesa de la cocina, miro a todos lados con aire triste por última vez y me despido del Diego que se queda aquí.

51
PENÉLOPE

En aquel viñedo podía sentirme como una de aquellas gemelas separadas al nacer que se intercambiaba con su hermana para conocer a su padre. La empresa que me había contratado quería un reportaje fotográfico por todo lo alto y sin perder ningún detalle. Llevaban dedicándose a la producción de vinos varias generaciones, y ahora que nuevos jefes habían llegado a la dirección, querían promocionarse en cuantos más sitios mejor. El dinero me venía de maravilla desde que me habían dejado sin un céntimo y no tenía forma de costearme el sueño de mi vida: abrir un estudio fotográfico.

La noche anterior había llegado en un vuelo muy tardío, pues con la poca antelación con la que me avisaron, resultó imposible coger otro avión. Fui directa a una de las habitaciones y me tiré en plancha sobre la cama. Y a las diez de la mañana, con todo el *jet lag* del mundo, allí estaba, maquillada para disimular las ojeras, con el sombrero que me acompañaba en mis viajes y preparada para cumplir con mi cometido.

—Señorita Cartago, si me acompaña, la llevaré hasta el lugar donde va a comenzar el evento. —Uno de los encargados del viñedo, amablemente, me condujo hasta la entrada de las oficinas, donde se deslucía bastante la imagen que quedaba a mis espaldas. Varios hombres con traje y algunas mujeres muy bien vestidas se encontraban ya allí. Me habían pedido estar presente en la inauguración de la nueva bodega, aparte de hacer las fotos para la promoción. Me quedé en un segundo plano realizando algunas tomas. Sin ser consciente, me giré y volví a observar las viñas, que se extendían kilómetros y kilómetros. Era una estampa bastante parecida a aquella película de Keanu Reeves (que era de mis favoritas, aunque en público siempre negaré haber dicho eso).

—Gracias a todos por venir. —Una voz que me sonaba familiar comenzó a hablar. Me di la vuelta y lo vi a través del objetivo de mi cámara.

—Hostia puta —musité en español. Por suerte estábamos en Estados Unidos y en aquella zona no hablaban castellano. Bajé la cámara y, boquiabierta, vi a Henry. Él no se percató de mi presencia, y en esos milisegundos decidí esconderme como pude,

aunque la gente no paraba de moverse y era muy complicado pasar desapercibida. Me di la vuelta, de frente a las vides, pero no podía dejar de fotografiar el evento. Me calé el sombrero para esconder mi cara y seguí tomando algunas fotos que sirvieran para el reportaje solicitado. En cuanto prorrumpieron en aplausos, salí en dirección contraria hasta que otro de los encargados me bloqueó a unos metros de allí.

—Señorita, ¿adónde va? Ahora vamos a visitar el interior de las bodegas. Por aquí. —Con un movimiento del brazo, me guio de nuevo al corrillo de pijos y millonarios, y a Henry. Habían pasado meses desde la última vez que lo vi, más exactamente, en su boda. ¿Qué coño le había hecho yo al karma para estar otra vez en una situación tan absurda?

Quise ser discreta, pero no pude esconderme bien, así que sus ojos se encontraron con los míos. Pálido es poco. Henry echó un vistazo a la gente de su alrededor y le hizo una seña al que me había bloqueado momentos antes. Llamó la atención del grupito y se los llevó hasta el interior de las oficinas. Yo no podía moverme, su mirada me tenía bloqueada en el sitio. Se acercó a mí expulsando el aire que se le había quedado atrapado en los pulmones y acortó la distancia que nos separaba. «Si solo fuera eso lo que nos mantiene alejados», pensé yo.

—Penélope… —Joder, su puta adorable voz… Ya se me había olvidado hasta el timbre de su voz. Sin embargo, no iba a dejarle ver que volver a tenerlo delante de mí me afectaba; alcé la cabeza, subiéndome el sombrero, y sonreí triunfante.

—O tienes muy mala suerte o el destino quiere que esté metida en todos tus asuntos —bromeé.

—No tenía la menor idea de que eras tú la encargada del reportaje —musitó mirando mi cámara.

—La vida te da sorpresas. —Su olor se estaba metiendo por cada poro de mi piel. Aquello no iba a salir bien.

—No sabes la de veces que recuerdo tus palabras.

—¿Mis palabras? —pregunté sin comprender.

—Ahora no es el momento, después hablaremos. La junta directiva y los invitados me esperan. Por favor, acompáñame. —«¡Al fin del mundo!», quise gritarle. No había entendido nunca cómo alguien al que conoces de escasos días puede llegar a significar tanto para ti. Lo nuestro era la trama de una película barata de mediodía. Lo seguí, recordándome que aquel cheque podía ser un comienzo para mi estudio fotográfico. Obvié el nerviosismo que me provocaba y caminé dignamente tras él.

El recorrido por la bodega me pareció un infierno, y no porque el trabajo fuera duro, sino porque Henry no dejaba de buscarme con

la mirada y me sonreía, el muy cabrón. «¡Que estás casado!», me daban ganas de gritarle delante de todo Dios. Estaba empezando a perder los papeles, así que en cuanto salimos a la superficie de nuevo salí disparada camino del hotel, donde me escondería hasta la tarde, que era cuando tenía previsto hacer unas espectaculares fotografías a los viñedos. Acto seguido, me marcharía al aeropuerto y huiría.

A diferencia de lo que sucede en las películas, no vino a por mí. En mi interior había una parte romanticona y soñadora que deseaba que viniese a buscarme, a explicarme qué demonios significaba eso de que recordaba mis palabras. No lo hizo. Pude estar tranquila hasta que llegó la tarde. Entretenida, mirando los mensajes del móvil de mis amigas, no lo vi plantado en el mostrador del *hall*.

—Hola, yo… —Me quedé muda al encontrármelo al lado. Henry me sonrió y dijo al recepcionista que él se encargaba—. Perdona, pero tengo trabajo que hacer.

—Lo sé, trabajas para mí. Vamos. —Me agarró por la cintura. Estuvo a punto de provocarme un infarto de miocardio pero yo, sabiamente, y pudiendo controlar aún mi cuerpo, me retiré con suavidad.

—¿Y eso?

—«Eso» es la mejor forma de recorrer los viñedos. ¿Sabes montar?

Lo miré como si me hablara un extraterrestre. El chico que estaba junto a los caballos se llevó uno de ellos. Henry se subió al precioso corcel marrón y me ofreció su mano para montar.

—¿Disculpa? ¿Pretendes que me suba en ese animal infernal con la cámara?

Se rio, y me sorprendió la fuerza que tenía para auparme casi sin esfuerzo.

Iba sentada delante de él, agarrando la cámara tan fuerte que podría haberla roto. Nunca me había atraído la idea de montar a caballo, pero en ese lugar me pareció incluso mágico. Henry iba contándome detalles sobre la tradición de su familia de cultivar viñedos, no solo en Estados Unidos, sino en otras zonas del planeta, aunque su lugar favorito era aquel. También me contó que lo habían ascendido hacía pocos meses, al jubilarse su padre, y que era él quien se encargaba de todo.

—¿Puede haber algo más hermoso que esto?

Examiné la imagen de la que me hablaba y le di la razón. El sol caía sobre kilómetros de territorio inundado de viñedos. Era precioso, sin duda. Henry desmontó y me ayudó a hacerlo a mí. Me miraba, pero yo decidí no apartar la vista de la mano que me tendió para poder bajar.

—Gracias —murmuré. Anduve unos pasos y me maravillé por la belleza de aquel paraje.

—¿Damos un paseo? —me propuso, y yo accedí. Caminamos entra las vides; yo no podía parar de fotografiarlo todo. Estaba como en un sueño.

—¿Y ahora vives aquí? —Maldita mi curiosidad.

—No, sigo viviendo en Reino Unido, solo que ahora paso más tiempo en este lugar.

Quise seguir indagando en su vida privada, pero mi Pepito Grillo me gritaba que hiciera mi trabajo y me largara cuanto antes de allí.

—¿A qué te referías con lo de que recuerdas mis palabras? —Bravo, Penélope, de lleno en el fango. Henry se detuvo bajo una vid y su semblante cambió.

—A la nota que dejaste en recepción antes de irte. Odio reconocer cuando me equivoco, pero ese día me equivoqué al casarme.

El corazón se me subió a la garganta.

—¿Cómo? —fue lo único que brotó de ella.

Dio un paso más hacia mí y acarició mis manos a ambos lados de mi cuerpo. Por suerte, solía llevar la cámara colgada al cuello, pues de otra forma se habría caído al suelo.

—Mi matrimonio es un error, y de los grandes. Debí haberte escuchado más, haber interpretado mejor tus palabras. A las pocas semanas de casarnos, descubrí que Gloria tenía un amante, nada más y nada menos que uno de mis mejores amigos. Parece tan de novela barata que me da hasta vergüenza reconocerlo.

Me llevé la mano a la boca, pero él la tomó entre sus dedos y la besó con dulzura.

—Lo siento —dije.

—Yo lo que siento es haber perdido uno de esos trenes que solamente pasan una vez en la vida. —Sus palabras casi terminaron en mis labios, pues había ido acercándose despacio hasta ellos. Abrí la boca justo antes de unir nuestras bocas en una caricia ya húmeda. Me vibró el cuerpo entero al sentir su lengua jugueteando con la mía. Subí las manos para abrazarlo y él me pegó más a su cuerpo aferrándose a mis caderas. No fue muy largo, el tiempo justo para confirmar que lo que sentimos en aquella finca donde se casó fue algo real y no algo que ambos imaginamos.

52

Volver a mi vida, a lo que llaman normalidad, no fue todo lo fácil que yo pensé. Reencontrarme con compañeros, alumnos y montones de trabajo no era lo que soñaba. La vida adulta es así, y para pagar las facturas hay que centrarse en lo que de verdad importa (frase lapidaria que me habría dicho mi madre, sin duda). Afortunadamente, tras mi regreso había logrado que sus palabras y/o exigencias me afectaran cada vez menos. ¡Por fin! El día a día, en el fondo, iba ayudándome, y me fui sintiendo cómoda de nuevo en mi piel.

Una tarde otoñal, de esas en las que el frío comienza a aparecer, recibí una llamada del nieto de Genaro que me dejó preocupada. No lo dudé un instante y me cogí unos días libres, de esos que nos permitían a los docentes, aunque fueran apenas cuatro. Él siempre había estado a mi lado cuando lo necesitaba; yo no iba a ser menos. Compré el billete de tren, metí algo de ropa en la maleta y, sin pensar en el daño que me iba a causar volver a ese lugar, me fui.

Cuando el taxista me dejó en la puerta del hostal, un cataclismo se produjo en mi interior. Volví a recordarlo y a sentirlo todo de golpe. Salí del vehículo un poco mareada, pero contenta de volver a ver a Genaro. Abrí la puerta y el olor a hogar me hizo sentir bien. Arrastré la pequeña maleta por el *hall*; a aquella hora seguramente estaría ya preparando la comida del día, que, a juzgar por el menú del mostrador, eran lentejas.

—Que sí, Nicanor, que luego yo te llevo la manta…

Sonreí nada más verlo salir del comedor, hablándole a algún huésped. Sus ojos se iluminaron más que las bombillas de la feria y, en apenas unos segundos, nos abrazamos como si hubiesen transcurrido años desde nuestra separación.

—Te veo bien —murmuré, temiendo que algo terrible se escondiera tras su sonrisa.

—No puedo decir lo mismo. —Directo al corazón. Me encogí de hombros y subimos a la que había sido mi habitación varios meses. La recorrí con nostalgia, con un halo de melancolía—. No la he alquilado desde que te fuiste, ni la de él tampoco, pero si quieres puedo alojarte en otra diferente.

Yo negué con la cabeza, tragándome las lágrimas.

—Cuéntame todos los chismes que me he perdido —le pedí cogiéndole las manos y sentándonos en el borde de la cama. Genaro

estalló en risas, de esas que me devolvían la esperanza, y me enumeró los últimos cotilleos del barrio.

—Parece mentira que haya pasado tanto tiempo desde que te fuiste —me dijo mientras pelábamos patatas. El tiempo se había convertido en algo más que una medida: era mi carcelero y cada día me pesaba más, aunque no era consciente de que hubiera transcurrido tanto.

—Ya…

—Bea, espero que no hayas callado todo este tiempo. No es bueno, mi niña —apuntó.

—He hablado, llorado, me he desgarrado viva y he deseado morirme. Todo y nada a la vez, Genaro. Ya no más llanto, ahora solo quiero volver a vivir como Antes De. —Penélope había acuñado esa expresión, refiriéndose a Diego como quien se refiere a Cristo.

—Eso está bien, de aquí en adelante, solo risas —contestó echando las patatas a hervir. Yo lo escudriñaba; cualquier pequeño atisbo que me hiciera sospechar que estaba enfermo me valía. No lo conseguí. Lo ayudé, como miles de veces había hecho, preparando la comida y las mesas, hasta que me pidió que fuera a recoger una tarta que le había prometido la señora Antonia.

Caminé por el pueblo y, muy al contrario de lo que imaginaba, pisar aquellos adoquines, cruzarme con las mismas gentes y otear en los establecimientos me dio fuerza. El mar a lo lejos también me infundió serenidad, y llegué a casa de la señora Antonia exultante y llena de vida, aunque no podía engañarme: era pasajera.

—Buenos días, Antonia.

La vecina estalló en palmadas al verme y vino hacia mí con los brazos abiertos. Me fundí con ella en un abrazo del que casi no salgo viva, pero me dio mucha felicidad comprobar cuánto se alegraba de verme.

—No sabes lo que te hemos echado de menos por aquí, sobre todo Genaro.

Sonreí.

—Lo he encontrado bastante bien, la verdad —tiré la indirecta, pues aquella vecina no era de las menos cotillas, y si había algo importante de lo que chismorrear, lo haría.

—Sí, aunque triste sin ti por aquí. Ya sabes que para él eres como una hija. —Esas palabras colmadas de ternura me derritieron un poco más el corazón. Estaba a punto de echar alguna lagrimita, así que cambié de tema y le pregunté por sus nietas—. Mi Toñi regular; la ha dejado el novio y no levanta cabeza.

—Vaya, siento oír eso —murmuré, imaginando la pena que debía de llevar la chica por dentro.

—Ya le digo yo que el amor es así, a veces es bueno y otras, no. A veces te llena y otras te deja seca, y tampoco es la primera a la que el novio la deja. Además, mi niña es muy resultona y hay miles de peces en el mar. —Mientras envolvía la tarta, me impartió una lección sobre el amor, básica, pero no menos cierta.

—Tiene usted razón, Antonia. Gracias.

Volvió a darme un abrazo y a pedirme que me quedara unos días para dejarme ver.

Salí de su casa con el pastel bien envuelto, pensando en lo que me acababa de decir sin poder dejar de sonreír. Las mujeres de pueblo y la sabiduría que albergaban eran dignas de reflejar en un libro. Llegando al hostal, divisé a un tipo parado mirando la puerta. Parecía estar muy lejos de allí y, al mismo tiempo, lo tenía a escasos metros de mí. Ese hombre al que había olido, abrazado, besado y saboreado; quien me dio calor en las noches de frío, como decía la canción, y quien me arrebató las ganas. Alguien a quien quise tanto que mudé la piel; alguien que, pensé, me quiso a su manera dentro de la complejidad de su vida.

53

No se me cayó la tarta de la señora Antonia de milagro, pues las manos me sudaban como cuando tenía exámenes en la universidad. Diego no me había visto aún, lo que me permitió observarlo con detenimiento. Le había crecido la barba, que llevaba desarreglada. Al llegar a su lado, me impresionó la altura, pues me dio la sensación de que era más alto; me imponía. Me quedé allí plantada, a pocos centímetros de él, sin saber muy bien cómo actuar. No me atreví a abrir la boca por miedo a decirle aquellas cosas que llevaban meses fraguándose dentro de mí, y que explotarían hasta inmolarnos a ambos. Se giró al percatarse de mi presencia y dio un paso atrás, sorprendido al verme.

—Hola —musitó.

No fui capaz de decir nada más. Me quedé allí mirándolo, estudiando las facciones de su cara, la mirada cansada, las ojeras marcadas, las manos en los bolsillos y la actitud de derrota. Bajé la vista y entré en el hostal deprisa, en busca de la cocina, donde me escondí.

—Oh, la tarta… Ya verás cuando la pruebes, mi niña. —Los latidos de mi corazón retumbaban como música electrónica. Sujeta a la silla, se me pusieron los nudillos blancos—. ¿Beatriz?

Genaro tuvo que zarandearme para que consiguiera enfocar la vista. Empecé a temblar, lo cual lo asustó todavía más.

—Ven aquí. —Me ayudó a sentarme y me preparó una tila, dándome unos necesarios minutos de silencio.

—¿Qué hace aquí? —atiné a decir tras el primer sorbo. No me gustaban nada las infusiones, pero estaba tan impactada que ni siquiera me molestó. Genaro suspiró y agarró el brazo que yo tenía posado en la mesa.

—Entonces ya lo has visto —murmuró, dejándome helada.

—¿Sabías que está aquí? —Asintió, y no sé por qué, los engranajes de mi cabeza encajaron—. ¿Ha sido cosa tuya?

—No me juzgues mal por ello. Solo quería que os vierais. —Su arrepentimiento no me sirvió de mucho, y aunque me molestó, en el fondo fue lo mejor.

—Genaro…

—Habla con él, pequeña, dale esa oportunidad. ¿Lo harás por este viejo que te quiere? —El chantaje emocional se le daba muy bien.

—No puedo… Las palabras llegan tarde. Tienen su momento, y el nuestro ya pasó. Solo quiero vivir tranquila, sin sobresaltos, sin volver a verlo nunca más. Joder, ¡no pido tanto!

Me acabé la tila mientras Genaro preparaba el café para los clientes. No me dijo nada más y salió a poner las mesas. Yo necesitaba un cigarrillo tanto como respirar, así que me escabullí hasta la habitación, donde guardaba un paquete. No me dio tiempo a comprobar si él andaba por allí porque corrí más rápido que Usain Bolt. Encendí el cigarro y salí a la terraza, como hacía meses atrás, a contemplar el mar y escuchar el rumor de las olas, que llegaba pese al ruido de los transeúntes y de la vida en la calle.

—Beatriz… —De nuevo su voz a mi espalda. ¿Cómo demonios había entrado en mi habitación? A lo mejor en mi carrera atropellada no había cerrado la puerta, o quizá sí y Genaro seguía haciendo de las suyas.

—¿Qué quieres?

Entró en la terraza y se colocó a mi lado, con la suficiente distancia física entre ambos. Yo seguía con la vista clavada en el mar, sin querer mirarlo a él.

—Hablar contigo… Yo no sabía que estabas aquí, ¿tú sí?

—Suelo saber dónde estoy, así que sí —bromeé.

—Sabes a lo que me refiero. Genaro me llamó hace unos días para decirme que me había dejado aquí unas cosas… —Ay, este hombre… Di una calada más al cigarro y los recuerdos emergieron en mi memoria: melodías que bailamos, canciones que cantamos, que sentimos…

—No tenemos nada que hablar, Diego. Nos quisimos mucho y se terminó. No hay nada entre nosotros, no me debes nada ni yo te lo debo a ti. Fin de la conversación —dije apagando la colilla en el cenicero de la mesa.

—Bea, por favor… —Me agarró de la muñeca y el contacto físico fue peor que el fuego quemándome la piel. Quise retirarme, pero, al mismo tiempo, volver a sentir sus dedos rodeando mi muñeca me alivió. Y no sé de dónde saqué el valor, pero esa vez sí lo miré.

—Suéltame —exigí, y accedió. Fui hasta la puerta, que se había quedado abierta, pero de nuevo su voz me detuvo.

—¿Puedes mirarme más de dos segundos seguidos?

Me giré y lo encaré.

—Te miro, ¿qué más necesitas?

Una media sonrisa asomó a sus labios. Se acercó a mí a la vez que yo me echaba para atrás.

—Hablar contigo, aclarar las cosas, pedirte perdón…

—Está bien, pues habla de una maldita vez —le dije con los

brazos cruzados.

—Lo hice todo mal, incluso quererte. Tú te merecías mucho más. Seguro que te mereces a alguien mejor que yo, pero no concibo una vida en la que tú no estés. No encuentro la paz. No consigo escribir, ni siquiera me apetece. Solo soy una sombra.

—¿Sabes qué oigo todo el rato? Yo, yo, yo, yo, yo. ¿Y qué hay de mí? No he escuchado todavía: «¿Cómo estás?», y lo peor es que no sé si quiero que me lo preguntes —respondí, buscando hacerle daño.

—Por supuesto que quiero saber cómo te encuentras… Bea, no lo hagas tan difícil. —Se llevó la mano al pelo y se lo revolvió, como hacía cuando se hallaba en una encrucijada y se agobiaba.

—¿Difícil? —Me salió una carcajada—. No me hagas reír, Diego.

—Entiendo que estés dolida y que quieras devolverme el daño que te hice, pero dame un puto respiro.

Conté hasta diez y suspiré antes de volver a hablar:

—No me considero una persona rencorosa a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros. Simplemente no tenemos nada más que hablar. Ya has dicho lo que necesitabas; puedes quedarte tranquilo y regresar a tu vida. Empieza de cero, como he hecho yo. Suerte, sé feliz. —Me di la vuelta controlando el temblor que me dominaba. Bajé las escaleras y salí del hostal buscando el camino hasta la playa.

54
DIEGO

No voy tras ella, pues la conozco bien y lo que necesita es estar sola. Verme ha sido como ver al fantasma de las navidades pasadas, y su reacción ha sido la esperada. Pero no voy a rendirme, no he llegado hasta aquí para darme la vuelta y marcharme sin más. El pasado no cuenta; no tengo futuro ni casa a la que regresar. Bea es mi hogar y mi porvenir.

—No ha ido como esperabas, ¿no? —Genaro me ha tendido una trampa, aunque en el fondo se lo agradezco.

—Solo necesita tiempo y cerciorarse de que de veras quiero arreglarlo.

—Seguramente tú, que eres una persona culta, conoces la leyenda japonesa que dice que cuando un objeto se rompe, pegan los pedazos con un adhesivo fuerte para rociarlo después con oro. —Lo miré, confundido—. Creen que cuando algo se rompe, se vuelve aún más hermoso, pues cuenta su propia historia.

—No en este caso. No siempre las cosas que se rompen pueden arreglarse. Eso es lo que ella piensa.

—El final de vuestra historia no está escrito. Así se lo he dicho mil veces a Bea, pero debes comprender que ha sufrido mucho, y las experiencias que duelen se quedan ancladas en el alma —me aseguró.

No soy amigo de fiestas de pueblo, pero desde que llegué a este lugar no he dejado de participar en varias. Por la noche lo acompaño a la verbena. Celebran algo relacionado con el patrón de los pescadores; la verdad, no presté atención. Beatriz no ha vuelto a aparecer ni siquiera para cenar y, aunque me preocupa, Genaro me tranquiliza, pues sabe que está bien.

En la verbena, el dueño del hostal se reúne con amigos; se estrechan manos e intercambian abrazos y anécdotas durante buena parte de la noche. A punto estoy de volverme al hostal cuando la veo cerca de la pista, mirando hacia el escenario, donde una de esas orquestas entona una canción de lo más triste que, seguramente, refleja el ánimo de Beatriz. Mueve los labios, cantando en silencio; puedo ver su pecho subir y bajar acelerado, lo que me confirma que está rompiéndose con cada palabra de la letra. No me atrevo a acercarme, a quitarle más cosas de las que ya le he robado.

55
PENÉLOPE

No me tenía por una mujer íntegra al cien por cien, pero acabar entre las sábanas con Henry no podía considerarse un acto de infidelidad como tal. Al fin y al cabo, la primera que había engañado en ese matrimonio había sido Gloria, la actual esposa.

Me desperté antes que él y lo miré, embobada como una quinceañera que acaba de descubrir el amor. Sus pestañas me impactaban, ya me gustarían para mí. Con el dedo corazón, recorrí su velludo pecho, sintiendo cómo subía y bajaba por la tranquila respiración. Se revolvió y retiré la mano al segundo. Abrió los ojos, y la sonrisa que me dedicó podía iluminar un pueblo entero.

—Buenos días.

Le devolví la sonrisa antes de dejar un beso en la comisura de sus labios.

—Hoy tengo que acabar el reportaje antes de volver a Madrid y mandarte todo el material para que me pagues la jugosa cantidad de dinero que me prometisteis —bromeé, aunque él no sonrió.

—Desearía que no tuvieras que marcharte nunca más de mi lado. Sé lo que vas a decirme, y probablemente lleves algo de razón, pero, Penélope… —mi nombre en su boca sonaba sensual. Tomé sus manos y las besé con suavidad, esperando que siguiera—, sé que te quiero y que solo tú puedes llenar mis días de felicidad.

—Pero, Henry…

Puso un dedo en mis labios para silenciarme.

—Sé que ahora mismo no puedo prometerte mucho. Me aguarda un largo camino por delante, pero juro que volveré a ti cuando esté todo arreglado. No quiero tenerte esperándome y que un día no pueda llegar a una cita. Acabo de ascender a la presidencia, y tengo gestiones que llevar a cabo. Aún no voy a abandonar este país, así que no podré hablar con ella. Lo que te pido solamente es que tengas paciencia, que tengas fe si de verdad esto que te late en el pecho es tan fuerte como lo que siento yo. ¿Lo harás, Penélope?

No supe qué decir. No era nada halagüeño lo que me proponía. ¿Paralizar mi vida? ¿Y si se convertían en años? Quizá lo que sentíamos no era tan intenso como para esperar. Estaba hecha un lío. Me levanté de la cama, envolviéndome en un albornoz de la habitación del hotel, y anduve hasta el enorme ventanal, por donde

se filtraban las primeras luces del sol.

—El amanecer es el comienzo de todo: de la jornada, de poder corregir los errores que cometimos el día anterior… Siempre está lleno de esperanza, pero hoy no la encuentro —confesé. Henry vino hasta mí y se quedó a mi espalda, sin tocarnos. Yo me di la vuelta y lo miré con tristeza—. No puedo prometerte cosas que no sé si voy a ser capaz de cumplir. Tú ahora mismo debes centrarte en la empresa, en aclarar lo que tengas que aclarar con tu mujer, y después ya se verá, pero no me pidas nada. No es justo.

Frunció el ceño, queriendo rebatir mi planteamiento, aunque en el fondo sabía que llevaba razón. Puse la mano sobre su pecho; él la agarró y nos sonreímos con un nudo en la garganta.

—Quisiera poder decirte otra cosa, pero entiendo tu postura. Lo siento…

Negué con la cabeza y admití que a veces hay cosas que, por mucho que las deseemos, simplemente no pueden ser.

—Márchate cuanto antes, por favor. Cuando salga de la ducha, no me gustaría encontrarte aquí.

No miré atrás. Fui todo lo valiente que podía ser y me encerré en el baño. No me apetecía ducharme aún, en realidad era la escapatoria perfecta. Nuestros encuentros serían así: él marchándose antes del amanecer para que nadie lo viera, y yo sintiéndome mal al verlo irse.

Cuando, media hora después, salí del baño y noté su ausencia, comencé a llorar por sentir algo tan verdadero por alguien que no estaba destinado a ser mío. Su olor todavía inundaba la habitación; abrí la ventana para poder dispersarlo cuanto antes, ya que de mi corazón tardaría mucho más. Me tumbé en la cama con las mejillas mojadas y me dije que ese sería el primer y último día que lloraría. Al incorporarme para limpiarme la cara descubrí un papel doblado en medio del colchón. Henry me había escrito una nota en uno de los blocs disponibles en la habitación del hotel.

«Lo que importa es decidir aceptar completamente a otra persona en tu corazón. Cuando lo haces, siempre es la primera y la última vez».

Haruki Murakami era uno de nuestros escritores favoritos, al parecer. La última vez yo le había dejado una nota de él, y esa vez fue él quien me la dejó a mí.

Un par de renglones llenos de esperanza no bastaban para alimentar la poca que yo tenía. Yo lo había aceptado y le había abierto un hueco en mi corazón incluso sin habernos rozado. Misterios de la vida que siempre crees que son mentira, como que el amor a primera vista no existe y es solo una fantasía de las novelas

románticas. Sin embargo, allí estaba, enamorada y destrozada.

Mi decisión fue la mejor que pude tomar. No sería la otra de nadie ni la cómplice del engaño, a pesar de conocer los sentimientos de Henry y la peculiar relación con su mujer. Después de ver cuánto había sufrido mi amiga Bea, yo no sería como ella.

Esa mañana acabé mi trabajo, como buena profesional, pero él no apareció por ninguna parte. Gracias, Dios mío.

Por la tarde cogí un vuelo en dirección a España y, al despegar, abrí la nota una vez más. Cerré los ojos y la besé como si aquel fuera el último beso que le daba a Henry.

—Yo ya te acepté en mi corazón, solo que esta fue la última vez —murmuré antes de romperla y arrugar los pedazos en una bola que me guardé en el bolsillo.

56

—No entiendo cómo te metes en todos los *fregaos* —le dije a Genaro mientras preparábamos la cena que se había comprometido a ofrecer para celebrar la patrona. Él se rio y le quitó hierro, como si aquella labor la pudiéramos terminar en diez minutos.

—Ahí afuera está todo controlado —dijo Diego entrando a la cocina. Con el mandil puesto, parecía una persona diferente. Yo seguí a lo mío, sin mirarlo, mientras Genaro le encargaba más tareas.

Un murmullo atrajo nuestra atención y el dueño del hostal salió a ver qué pasaba.

—¿Qué ocurre? —Al ver llegar a Diego con gesto contrariado no pude evitar preguntarle.

—Algunos clientes, que se creen los dueños y señores del comedor. Menos mal que ha salido Genaro, porque a mí me daban ganas de pegar unos cuantos guantazos. —Se me escapó una risa, que oculté con rapidez tras una tos—. Bea…

Ahí estaba, volviendo a la carga. Ese tío no se cansaba, joder…

—Hay que acabar esto, Diego —zanjé la inminente conversación.

Acabados los desayunos, recogimos el comedor y fregamos los cacharros. Terminamos de preparar la cena que se serviría esa misma noche en el hostal, y yo me calcé las zapatillas y me vestí con el pantalón deportivo para ir a caminar. Hacía un tiempo agradable, a pesar de estar entrado el otoño. Llegué a la playa, me senté en la arena y me dejé hipnotizar por las olas y su baile. El día estaba oscureciéndose y las temperaturas bajaban a cada momento, pero no me importaba. Llevaba un forro polar que me abrigaba.

—¿Puedo sentarme? —¿Pero es que no podía conseguir un poco de tranquilidad? Resoplé sin responder. Diego se sentó cerca de mí, a una distancia prudencial.

—¿No tienes nada mejor que hacer? Este pueblo es muy bonito.

—Lo sé, ya lo recorrí hace unos meses. —Pausa—. Sé que no quieres, pero tenemos una conversación pendiente.

—Está bien, empieza cuando quieras —cedí por fin.

—Me marché porque no pude hacer otra cosa. Ella me necesitaba y, bueno, ya conocemos todos el final.

—Lo siento. Debió de ser duro —reconocí, pues lo cortés no quita lo valiente.

—Sí, pero ya es pasado. Lo hice todo mal desde el principio, lo admito. —Asentí—. Lamento la forma en la que te hablé la última vez. Tú nunca tuviste culpa, pero yo te hice en parte responsable.

—Y eso creo que fue lo que más me dolió —confesé en un hilo de voz, recordando la dureza de sus palabras en aquella terrible llamada.

—Lo sé. Pensé que reharías tu vida y me olvidarías, pero cuando nos vimos ayer, lo sentí. —Lo miré, y él a mí—. No lo hiciste.

—Claro que no. Si te refieres a si estoy con alguien, no. Me dejaste destrozada, Diego. Dudo que vuelva a estar con alguien, o al menos pasará mucho tiempo. También se puede estar sola. No dependes de las emociones que te provocan los demás —sentencié.

Ambos nos quedamos sumidos en el silencio, roto únicamente por el romper de las olas en la orilla. Ese tiempo era necesario para asumir el peso de nuestras palabras.

—La elegiste a ella sobre mí; a ella, a la que no querías, y no supe entenderlo. Me sentí culpable cuando me enteré de su muerte, y me ha costado meses asumir que nunca fue culpa mía. Entonces el tiempo me hizo darme cuenta de que lo nuestro fue una aventura, un desahogo para salir de la asfixia que te generaba la relación con Candela.

—Nunca fue una aventura y lo sabes… No lo frivolices. ¿Tú me quieres todavía? Dímelo —suplicó.

—No creo que seguir hablando sea una buena idea —dije levantándome y limpiándome la arena.

—La vida en la que tú no estás no es vida, Beatriz. Me enamoré como un loco de ti; lo hice mal, pero te quise. Esa es la única verdad que tengo. Necesito que me lo digas, tú misma necesitas escuchártelo.

Tanto tiempo deseando oír esas palabras, y ahora que me las decía no sabía qué responder, porque no solo lo quería, también le tenía rabia, y la decepción anidaba entre ambos. Llevaba meses tratando de olvidarlo, de sepultar su recuerdo donde ya no me hiciera daño.

Diego bajó la cabeza, tan derrotado que, en el fondo, me dio pena no ser completamente sincera con él. Después de todo, en dos días ya no estaría allí.

—Claro que te quiero. —Me di la vuelta para irme, pero Diego me agarró de la muñeca.

—No puedes irte si me quieres. Tienes que quedarte a luchar por nosotros —me exigió. Me liberé de golpe, muy enfadada.

—¿Y por qué debería hacerlo cuando tú no lo hiciste? —Sabía que no era justo, pero la rabia hablaba por mí. Diego me soltó y yo hui de la playa sin mirar atrás.

57

El hostal Adela congregó aquella noche a prácticamente todo el pueblo. Se escuchaban conversaciones mezcladas con las canciones que el nieto de Genaro ponía en plan *dj*: un *remix* de pasodobles, salsas y música pop en general. Sonaba en ese instante *La correcta*. Miré al *dj* y me guiñó un ojo señalando a Diego. ¿Pero es que todo el mundo quería ejercer de celestina? Desvié la vista hacia el escritor —ahora frustrado y enamorado hasta el tuétano, según decía— y me lo encontré sonriendo mientras caminaba en dirección a mí.

—Solo es un baile, Bea. Venga… —Tiró de mi mano y cedí sin saber bien por qué.

Me hizo rodearle el cuello y él me envolvió con los brazos a la altura de la cintura. Había aceptado bailar, pero nadie dijo que tuviera que mirarlo.

—Un baile nada más, pero bien —me pidió, buscando mi mirada.

Gruñí. Podía hacerlo. Después de esos días no volveríamos a vernos. Le sostuve la mirada y soporté que canturreara la canción, que yo sentía como aguijones.

—Perdóname —susurró.

—No hablemos.

—Perdóname, perdóname, perdo… —Le tapé la boca con la mano—. No voy a dejar de repetirlo hasta que lo hagas —dijo cuando la retiré.

—Te perdono, ¿contento?

—No. No me he encontrado contigo aquí solo para decirte que lo siento. No voy a irme sin ti.

—Diego…, no podemos —suspiré.

Él negó.

—Siempre se puede si se quiere. Yo te quiero, Bea, y sé que tú a mí también.

—A veces el amor no es suficiente —alegué resignada.

—Esa mierda no vale con nosotros. Cometimos errores, sobre todo yo, pero tiene solución. Lo importante lo tenemos, solo debemos lanzarnos.

Me moría de ganas de decirle que sí, un SÍ grande y bien alto. Olvidarme de todo, sumergirme en sus brazos.

—Me rompiste en demasiados pedacitos, Diego, y no quiero

volver a sentirme así… tan poca cosa sin ti.

—Puedo demostrarte que querernos no te hace ser menos. Beatriz, por favor…

Negué una vez más, desoyendo a mi corazón, que me gritaba que me callara la puta boca y me precipitara a sus labios. La canción acabó y yo me zafé de él; busqué la puerta del jardín trasero y salí a respirar.

—Debes pensar con la cabeza fría, sin sentimientos de por medio. Han pasado meses, pero ninguno ha emprendido un camino. Yo llevo todo ese tiempo muy perdida, ahogada en lo que fue y en lo que vino después… Y tú necesitas volver a ser tú, escribir, encontrar la inspiración, hacer lo que te hace tan feliz.

—¡Tú me haces feliz, maldita sea! —explotó.

—No puedes agarrarte a eso únicamente. Ambos tenemos que ser sin el otro, ¿lo entiendes? No se trata de perdones, de borrar lo ocurrido. Se trata de volver a ser quienes somos y, cuando por fin lo hayamos logrado, ver si puede funcionar estando juntos.

Vino hacia mí aguantando las ganas de llorar y me abrazó. Enmarqué su cara con las manos y apoyé la frente sobre la suya, reprimiendo también las lágrimas.

—No imaginé jamás dejar marchar a alguien a quien quiero precisamente porque lo hago; es un sinsentido —susurró compungido. Lo besé entonces, primero con calma, pero poco a poco el deseo contenido y las ganas que nos teníamos aumentaron la temperatura y todo se descontroló.

Subimos a su habitación enredados uno en el otro. La luz de la luna entraba por la puerta que daba a la terraza, iluminando la estancia. Diego me soltó para reproducir en el teléfono aquellas canciones que habían ido tejiendo nuestra relación. Sus manos recorrían mi cuerpo por entero; se colaron bajo la blusa y llegaron a los pezones, duros ya, que masajeó mientras me hablaba al oído:

—Seguro que si te toco ahí abajo, estás mojada.

Yo asentí; cogí una de sus manos y la llevé a mis bragas. Resopló y me tumbó en la cama sin demora. Casi le arranqué los labios al besarlo. Cada uno se quitó su ropa con celeridad, pues estábamos impacientes.

Tiré de él tan bruscamente que casi nos caemos de la cama. Eso nos hizo sonreír y respirar un poco. No quise preliminares, solo deseaba sentirlo dentro de mí. Me abrí para él y lo insté a entrar sin preocuparnos de nada más que de lo que sentíamos en ese glorioso momento.

—No pares, Diego… —le supliqué mientras él entraba y salía desbocado.

Me asió de las caderas, levantándolas un poco, y en esa postura

creí ver el cielo. Diego sobre mí, agarrándome con fuerza, sin dejar de mirarme de esa forma en que solo él hacía. La sacó para volver a meterla de golpe, haciéndome gemir.

—Eso es, gime, gime…

Y yo gritaba más excitada al saber que lo estaba volviendo loco. Me mordí los labios, disfrutando de tenerlo dentro de mí.

—Así… —musité. Tiré de Diego para sentir su pecho sobre el mío; necesitaba abrazarlo, pegarme a su piel. Uno de sus dedos me acarició el clítoris, ayudándome a llegar al orgasmo, pues él estaba a punto de correrse.

—Bea… —murmuró en un hilo de voz. Me lamió los pezones y los mordisqueó, provocándome una sensación de placer doloroso.

—Sigue, fóllame. No te pares, córrete dentro de mí.

Cerró los ojos y llegó la explosión. Nos corrimos uno detrás del otro en un orgasmo húmedo e intenso. La piel de gallina, el sudor recorriéndonos la piel. Diego salió de mi interior buscando el aire que le faltaba y algunas gotas de semen cayeron sobre mi pubis y parte del vientre. Se tumbó a mi lado; las respiraciones agitadas de los dos llenaban la habitación.

—Beatriz… —Lo miré y volví a ver el amor en sus ojos—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Diego —balbuceé, sabiendo que aquello había sido el punto y aparte a lo que fuera que quedase entre nosotros.



Al día siguiente, volví a ayudar a Genaro en las labores del hostal. Esa mañana no había rastro de Diego por ninguna parte; quizá se había marchado, pues irse a la francesa era su especialidad. Después de hacer el amor como locos otra vez más y de dormir abrazados, me sentía un poco mejor, aunque mi decisión estaba tomada. Él no estaba muy de acuerdo, pero, aunque no la compartiera del todo, la había asumido.

A la hora de la comida lo vi entrar con un aire diferente, más relajado, como aquel Diego que en alguna ocasión había vislumbrado tiempo atrás. Genaro le sugirió dónde podía sentarse a comer y yo fui hacia él para saber qué le había pasado esa mañana.

—He escrito. No me preguntes cómo ha surgido, pero lo he hecho —me dijo antes de darle un trago al vaso de agua.

—Eso es fantástico —aplaudí.

—Esta mañana me levanté y, al no verte, me quedé desolado, pero no me vine abajo. Fui a la librería de Félix, ojeé unos cuantos libros y me acomodé en la mesa donde siempre nos sentábamos. Le pedí a una encargada papel y lápiz y, poco a poco, las ideas fueron fluyendo solas. ¡No me lo puedo creer! Ha vuelto todo, Bea. —Lo dijo con tanta felicidad que me lo contagió, y lo besé en la mejilla, alegrándome de corazón.

—Lo sabía, sabía que iba a suceder.

Suspiró aliviado y ambos sonreímos.

—Gracias, Beatriz.

Me separé de él, aclaré mi garganta y volví a la cocina para ayudar a Genaro con el servicio.

—He cambiado el billete, me marcho esta tarde —le confesé al hombre que me había conducido hasta allí con engaños.

—¿Pero no te quedabas dos días más?

—No puedo seguir aquí. Tú urdiste un plan con tu nieto (al que, por cierto, está muy mal utilizar). Mira que hacerme creer que estabas enfermo… No te lo voy a perdonar —dije molesta. Me sirvió un pedazo de tarta de chocolate para ganarme, pero no iba a ser tan fácil—. Dame toda la tarta que quieras, pero estuvo mal. Lo sabes.

Asintió y me quitó un trocito de pastel.

—Solo quería que vinieras, que hablaseis y solucionarais las cosas. —En el fondo tenía buena intención, y tampoco podía reprocharle que quisiera verme feliz.

—Te lo agradezco, pero la próxima vez deja que yo haga mi vida como considere, ¿de acuerdo?

Volvió a asentir.

—Al menos ha servido para que hablaseis.

Tuve que reconocer que sí, aunque al segundo le quité de la cabeza la idea que le rondaba.

—Pero no estamos juntos.

—¿Cómo? —preguntó confuso.

—Lo hemos aclarado todo y, por ahora, cada uno necesita un tiempo.

—Pero, mi niña…

—Todo está bien —confirmé zanjando el tema.

Al caer la tarde, ya con la maleta preparada, fui a la habitación de Diego, donde horas antes habíamos compartido un momento muy bonito. Y en eso se iba a quedar. Llamé a la puerta y me abrió al instante. El olor a cigarro que inundaba la estancia me hizo toser un poco.

—¿Puedo pasar? —Él asintió y me dejó sitio. Sobre la cama descansaba el portátil en el que escribía sus novelas—. No voy a

quitarte mucho tiempo.

—Tú nunca me quitas tiempo. —Me guiñó un ojo.

—Me marcho —anuncié sin paños calientes.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde?

—Vuelvo a casa. En dos días tengo clases y debo preparar cosas. Solo he venido a ver a Genaro.

—Ya veo… —murmuró revolviéndose el pelo. Me acerqué a él, le cogí la cara con las manos y besé su nariz.

—Hay algo que quiero que sepas…

—Bea, dime que soy yo.

Cuando pronunció aquella frase que yo le había dicho meses atrás, rogándole que me eligiera a mí, me rompió un poco más. Fui fuerte, a pesar de ello, y continué:

—En mi vida solo hay una persona. La razón por la que hago esto…

—Lo sé —respondió. No necesitaba que se lo explicara de nuevo, lo entendió finalmente.

—Nos encontraremos, volveremos a hacerlo. Siempre lo haremos —le dije antes de darle un beso sin lengua y con algo de temor. Nos miramos en silencio, como queriendo preservar aquellas últimas imágenes, recordar el rostro del otro tal cual era. Queriéndonos tanto pero sin poder estar juntos.

58

Tener una chimenea en casa era un lujo del que no mucha gente disponía. Vale, también habría gente a la que le parecería una soberana estupidez, pero a mí me encantaba encenderla y quedarme mirándola. El crepitar de las llamas, los troncos fundiéndose, reduciéndose a ceniza, y el olorcito que me recordaba al invierno, a hogar. Había llegado hacía apenas un par de semanas y ya se notaba cómo el frío iba penetrando en el cuerpo. Las temperaturas se desplomaron de un día para otro, y yo ya estaba helada desde que ponía un pie en el colegio. Por la tarde me encantaba llegar a casa para poder encender la chimenea, y aunque tuviera una tonelada de trabajo pendiente, me reconfortaba observarla y disfrutar del espectáculo.

Un día, el timbre me distrajo. Era mi madre, que últimamente venía a verme con más frecuencia de lo normal.

—¿Te preparo un chocolate calentito?

—Si lo quisiera, me lo haría yo —le dije en tono malhumorado.

—Vale, hija. —No me preguntéis por qué, pero había suavizado las formas conmigo. No sabía decir si por el tiempo que estuve fuera, por mi dramático regreso con aborto incluido o por qué, pero finalmente había captado mi mensaje.

—¿Quieres tú algo, mamá?

Negó con la cabeza. Dejé el trabajo aparcado en un lado de la mesa del salón y la animé a tocar el piano conmigo. Ella había estudiado de pequeñita en el conservatorio, algo que me fue revelado cuando me mudé a ese piso y, en su primera visita, vio el piano. Cuando ambas nos sentábamos allí, olvidábamos un poco las rencillas y nos concentrábamos en ejecutar la pieza. Reíamos, luchábamos por ser la que mejor lo hiciese (la competitividad la había heredado de ella) y disfrutábamos sin nubarrones cerniéndose sobre nosotras.

—No sabes lo feliz que me hace volver a verte esa sonrisa —me dijo aquel día.

Me pilló muy desprevenida y al principio no supe qué contestarle. Volví a mi sillón, me tapé con la manta hasta los hombros y me mantuve en silencio. Ella se sentó a mi lado, pero no quiso la manta; al contrario, en un gesto muy maternal, se aseguró de que estuviera bien tapada.

—Yo solo quiero tu felicidad, como mi hija que eres. Sé que

crees que te digo las cosas para hacerte sufrir, pero nada más lejos de la realidad, cariño…

—Vale, mamá. No te preocupes.

—Claro que lo hago. No soy mala persona; solo me preocupa tu felicidad, aunque a veces no obre bien y sientas que voy a hacerte daño.

—Lo sé, mamá. No hace falta que digas nada.

Se le empañaron los ojos, y yo no podía creerme que eso estuviera sucediendo en mi salón.

—Sé que he sido muy dura contigo, pero los padres a veces cometemos errores…

Me arrimé a ella y la cubrí con la manta de cuadros escoceses. Apoyé la cabeza en su hombro y nos quedamos unos momentos en silencio.

—Todos cometemos errores, mamá —murmuré después.

—¿Quieres hablar de ello? —me preguntó. Al principio no supe a qué se refería, hasta que me puso la mano en la tripa, donde no había nada. Para todos, mi vuelta había supuesto una buena noticia, a pesar de no haber entendido mi marcha. Cuando supieron lo del aborto, se quedaron más que en *shock*, y yo fui incapaz de compartir mucho de lo sucedido los meses previos.

—Ya sabes que no. Estuve unos meses en un pueblecito precioso, conocí a gente maravillosa y me enamoré. No fue sencillo, aunque sí lo más bonito que he vivido jamás. Lo otro… —me llevé la mano al abdomen— fue algo inevitable. La vida a veces es así y, al igual que nos premia, nos arrebata otras cosas…

Todavía me costaba hablar de aquel episodio, y no porque hubiera tenido unas ganas locas de ser madre, sino porque cuando fui consciente, ya no podía serlo, se había ido sin avisar. Comencé a pensar en lo que habría podido ser y no fue; veía más que nunca —o quizá era que yo me fijaba más— a madres con sus hijos, y me invadía una extraña tristeza.

—Sabes que puedes contar conmigo siempre, ¿verdad? —La mirada de mi madre, arrepentida y dolida por haber herido a su propia hija sin ser consciente, me partió el alma. Le di un abrazo largo, asintiendo, y ambas empezamos a perdonarnos. No solo ella había sido culpable; también yo muchas veces le había hecho daño aposta—. Bueno, y ahora me voy, que tu hermano tiene que ir al médico y me quedo con los bichines.

—Pues buena suerte —bromeé. La acompañé a la puerta.

—Recuerda que todo ocurre por una razón, o eso es lo que dice la gente. —Una vez más, quiso animarme, y yo volví a abrazarla. Le di un beso en la mejilla que le supo a gloria bendita.

—Te quiero, mamá. —Necesitaba escucharlo, y yo, decírselo.

—Y yo a ti, hija mía.

Esa tarde cerré la puerta quitándome parte de un peso que llevaba años cargando sobre los hombros.

Mi madre siempre tendría ese carácter especial, por llamarlo de alguna manera, pero había comprendido que las palabras tienen consecuencias y que no siempre podemos decir en voz alta todo lo que nos cruza la mente.

Volví a mi tarea de corregir cerros de cuadernos y trabajos, aunque tuve poco tiempo, ya que de nuevo sonó el timbre. Imaginé que se trataría de publicidad, por lo que ignoré las llamadas, continuas e insistentes. En mi móvil sonó un *beep* al poco. Era un mensaje de Penélope preguntándome si no estaba en casa. Le respondí que sí; al abrirle la puerta traía cara de pocos amigos.

—¿Qué coño hacías? —Entró sin esperar respuesta. Cerré la puerta y fui hasta el salón, donde ya se había instalado bajo la manta.

—Estaba corrigiendo y pensaba que era publicidad. Son las horas exactas de molestar. ¿Y tú qué haces aquí? —Se encogió de hombros, así que supe que ahí pasaba algo—. ¿Una botella de vino y hablamos?

Asintió, y fui a la cocina. Cogí una botella del vino tinto que tanto le gustaba a mi amiga y dos copas grandes. La descorché y serví sendas copas.

—He estado mirando locales, pero, joder, está todo carísimo.

—Pensaba que con tu último trabajo ibas a ser capaz de afrontarlo económicamente —comenté.

—Yo también…

—¿Pe? ¿Hay algo más? —El tono de su respuesta me había hecho sospechar. Ella suspiró antes de darle un buen trago a la copa.

—¿Te acuerdas de aquella boda que cubrí y aquel hombre al que conocí? —Sacudí la cabeza y ella volvió a beber hasta liquidar el contenido. Cogí la botella y rellené la copa, imaginando que lo necesitaba—. Pues mi último trabajo, el de Estados Unidos, era para su empresa.

—Jo-der… —Bebimos las dos—. ¿Lo sabías?

—¡¿Cómo iba a saberlo?! De ser así, no hubiese ido ni de coña. Jodido karma, ¿yo qué le he hecho?

—Por eso has estado tan desaparecida desde que volviste.

Asintió a la vez que volvía a beber.

—Sigue casado con esa mujer que lo engaña; él lo sabe, pero acaba de llegar a la dirección y me hizo ver que, por ahora, no va a dejarla. Yo no voy a ser la otra, Beatriz, por mucho que su matrimonio sea un verdadero fracaso desde antes de casarse.

—Ya…

—¿Sabes lo que es encontrar a esa persona, Bea? —Se me puso un nudo en la garganta, porque lo sabía perfectamente—. Claro que lo sabes. Lo que voy a decir no quiero que te ofenda, pero yo no puedo ser como tú. Yo no voy a quedarme a esperar las migajas, me quiero más a mí.

Apoyé la copa en la mesa y tragué saliva, nerviosa.

—No te preocupes, tienes razón. Yo he visto a Diego…

Volvió la cabeza con brusquedad hacia mí.

—¡¿Cómo?!

—Estuve en el hostal unos días, pensando que Genaro estaba enfermo, y al final era una trampa para encontrarme con él.

Chasqueó la lengua, molesta.

—¿Y cómo fue?

Me encogí de hombros.

—Difícil. Removió cosas que creíamos sepultadas. Me pidió mil perdones y quiso que lo intentáramos.

—Joder… Bebe, anda. —Me llenó la copa y yo le hice caso.

—Pero como tú misma dices, la otra vez no supe quererme, no me valoré a mí misma, no me prioricé, y acabé destrozada. —Hice una pausa para tomar fuerzas—. Así que llegué a la conclusión de que, por mucho que nos queramos, no es el momento. Él también necesita volver a ser quien era sin mí, encontrarse tras todo lo que pasó, la muerte de Candela… Y yo necesito volver a ser la Beatriz de antes de Diego. No sé si me entiendes…

—Claro que te entiendo, y no puedo estar más de acuerdo contigo. —Brindamos, tragando ambas el nudo que nos ahogaba. No era momento de llorar, sino de mirar hacia delante.

—¿Sabes que vamos a acabar borrachas como cubas un martes a las siete de la tarde?

—No creo que haya mejor plan que llorar las penas junto a una amiga y una botella de vino. —Me sonrió a pesar de que debía de sentirse morir por dentro.

—Quien dice una dice dos o tres… —Estallamos en carcajadas, ya algo achispadas, y pasamos el resto de la tarde bebiendo, cantando y tratando de arreglarnos a nosotras mismas.

59
RAQUEL

Los días de lluvia siempre me habían parecido lo más triste del mundo. Además, suele hacer frío y te condenan a quedarte en casa viendo llover y sin planes. A algunas personas unas cuantas gotas no las pararían, pero yo era bastante hogareña y, en cuanto hacía un poquito de mal tiempo, me quedaba calentita en el apartamento.

Dos semanas habían pasado desde que regresé con David, a nuestro trabajo, a nuestra vida en pareja, que ya podía gritarse a los cuatro vientos y sin miedo. Era una sensación nueva para nosotros y, al menos yo, tenía algo de miedo, por no decir pánico. No era una mujer muy estable, y aún estaba repleta de temores, quizá absurdos para otros, pero que ahí estaban.

El día que volví de España, no esperaba verlo aguardándome en el aeropuerto con un ramo de flores, rosas color salmón, mis favoritas.

—No esperaba verte —fue lo primero que le dije incluso antes de saludarlo con un beso. Él me sonrió y me besó con tanta energía que creí que iba a aplastar mi precioso ramo. Olí las flores y le devolví la sonrisa, una relajada y plena.

Llegamos al apartamento y, en cuanto pisamos el suelo de la entrada, me sentí en casa. No podría decir si en algún momento esa sensación de estar en casa me había invadido antes. Recorrí las estancias como si hiciera siglos que no andaba por allí. Vi mis fotografías, las de mis chicas, las de mis padres; el estudio, donde mis libros descansaban en los estantes; los cuadros que habíamos elegido para decorar ese pequeño lugar al que aún no habíamos llamado hogar…

—¿Por qué no me contaste que habías hablado con Bea? —le exigí al entrar al dormitorio. David se estaba quitando el abrigo y buscaba la ropa cómoda para estar en casa.

—No creí que fuera a solucionar nada si lo hacía —respondió.

—Pues no me habría sentido tan estúpida, eso para empezar, y, segundo, es mi amiga también, ¿no crees que me correspondía a mí hacerlo?

Me miró muy serio, meneando la cabeza.

—No fue premeditado. Simplemente un día me llamó, y yo, que me sentía mal por aquella discusión que habíamos tenido, lo solté.

—Ya… —Incómoda, recordé aquellos días.

—¿Acaso se ha enfadado contigo? ¿O conmigo? —preguntó acercándose a mí. Me rodeó con sus fuertes brazos por la cintura y yo lo así por el cuello. Negué y me encogí de hombros.

—No, pero no me lo esperaba.

Besó la punta de mi nariz y nos fundimos en un abrazo de esos que te reinician. Lo que vino después os lo podéis imaginar. Semanas sin ver a tu chico, al que amas y que te ama como nadie, suelen provocar reacciones en cadena. Hicimos el amor un par de veces y, tras bañarnos juntos, comenzamos a sentir que aquel lugar era nuestro hogar. Estábamos por fin en casa.

—David… —Me miró por encima de las gafas que se ponía para leer, esperando mi pregunta—. ¿Y ahora, qué?

—¿Cómo que ahora qué? —Cerró el libro y se quitó las gafas.

—Me refiero a que ahora somos una pareja de cara al mundo, ya no hay que evitar conversaciones o esconderse.

—Cariño, aquí nunca lo hemos hecho, aunque imagino que te refieres a la gente de Madrid.

Asentí, la inseguridad latiéndome en las venas. Se levantó del sillón donde estaba leyendo y se arrodilló a mi lado.

—No me mires así —le dije. Él suspiró y me acarició la cara; ese simple gesto me calmaba y conseguía centrarme.

—Nosotros hemos sido siempre una pareja, no ha habido nada falso ni de mentira. Recuerda: «El amor. Dos seres se encuentran, se miran y ya está».

Yo sonreí, sintiendo entonces cómo el alivio circulaba por mis venas.

—Lamento ser así a veces… —musité.

—Tú no tienes que disculparte por cómo eres. Yo grito y gruño muchas veces y no te pido perdón por ello. Estamos hechos de experiencias, y las tuyas, desgraciadamente, han sido traumáticas y te han vuelto miedosa, aunque cada día te fortaleces un poco más. Debes darte cuenta de eso.

Me enorgullecí al pensar que la persona que te quiere tratará siempre de ayudarte a ser más fuerte y te apoyará como una roca.

—Gracias…

—Además, no te habría regalado esas rosas el día que volviste si no lo sintiera así —me dijo.

—¿El qué?

—¿No sabes lo que significa ese color? Me avergüenzas, tú que siempre tienes la casa llena de flores y me recitas el significado de todas y cada una de ellas… —dijo en tono de burla, para desatar mi risa, y lo consiguió—. Las rosas color salmón simbolizan un amor pleno y consolidado. No podía regalarte nada que no fuera eso.

La sonrisa me salió sola; me lancé a sus brazos y caímos al suelo entre gritos de «¡cuidado!» por parte de David. Observé su rostro, acaricié cada facción y leí en sus ojos que él era mi hogar. No ese apartamento, no mi casa en Madrid; él, únicamente él lo era. Y soñé con ese futuro que nos llevaba esperando demasiado tiempo; sentí la ilusión de construir una vida en común; vislumbré una casa con niños que nos volverían locos y, al mismo tiempo, nos llenarían de alegría. Ese sería nuestro camino, ante el mundo y ante nosotros mismos: ser un hogar el uno para el otro.

60
DIEGO

Una semana exacta, siete días contados desde que regresé de aquel pueblecito donde nos reencontramos. En estos días no he hecho nada muy productivo, ni siquiera lo he intentado. Mi editor me ha llamado constantemente, así que he bloqueado su número para que deje de agobiarme. Ya tengo yo suficiente agobio conmigo mismo.

«Nos encontraremos, volveremos a hacerlo. Siempre lo haremos». No puedo dejar de rememorar la frase lapidaria que pronunció Beatriz justo antes de despedirnos. ¿Qué coño significa? ¿Quería decir que tenemos futuro? ¿Y entonces por qué no hemos empezado a construirlo? La cabeza no deja de darme vueltas pensando en ella, en nosotros, en todo lo que vivimos y lo que sentimos al estar juntos. Explosión para dar paso a la calma más tarde. Paraíso e infierno al mismo tiempo. ¿Cómo puede sentirse todo eso junto?

No sé si me siento enfadado, estafado o traicionado, porque esperaba que ella me perdonara realmente y apostara por nosotros. Que no haya sido así fue como recibir una bofetada con la mano abierta. Al principio me costó entenderla, pero cuando me di cuenta de que la había reducido a cenizas con mi comportamiento, me sentí una mierda. Yo, que tanto la amo y la necesito, había hecho lo peor que puedes hacerle a la persona a la que quieres: reducirla a escombros.

Durante años viví un amor tortuoso, que dolía, y siempre me repetía que eso no podía ser amor. Amor y toxicidad a veces van ligados y la gente no ve la diferencia. Si sufres, no es amor; si es una tormenta constante, no es amor; si te empuja a mirar a otra persona, no es amor. Por eso no deseo que Beatriz y yo nos convirtamos en eso, en toxicidad. Acepté lo que me dijo y traté de comenzar a ser de nuevo Diego: el escritor que es feliz tecleando en su ordenador, el que prepara comidas para amigos y familia disfrutando de la cocina, el que comparte tardes jugando al dominó con sus padres en casa.

—¿Diego? —Mi madre reclama mi atención chasqueando los dedos. Esta mañana ha venido a ayudarme a limpiar el apartamento recién alquilado. Una vez más, me ha pillado sumido en mis pensamientos; me evado de tal forma que siento que nada me ata a

la tierra.

—Perdona, ¿qué decías?

Se echa el trapo al hombro y ocupa la silla nueva, que llegó ayer junto a las otras tres y la mesa grande para el salón. Me siento con ella, cabizbajo.

—Desde que has vuelto estás aún más ido que antes.

—Lo siento, no es mi intención —trato de justificarme.

—Ya lo sé, cariño. Dime una cosa, ¿qué vida quieres tener? —Menuda pregunta, y sin anestesia.

—¿A qué viene eso?

—A que creo que ya es hora de que empieces a replantearte el futuro. Pasaste años esclavizado a una vida que no deseabas, y eso no es vivir. Ahora sé que no fui la madre que necesitabas entonces, pero veía a la pobre Candela tan destrozada por la suya propia que me volqué en tratar de curarla.

—Eso ya da igual, mamá…

—No, cariño. Yo actué mal queriendo hacerlo bien, pero ahora quiero ayudarte a ti a encontrar tu camino. Mi niño, la vida no consiste en escalar montañas y mantenerse ahí, sino en transitar por un sendero con polvo y piedras o por una carretera lisa y llana. No todo es reluciente y hermoso, por eso precisamente es más bonita, pero tú llevas demasiado tiempo en el sendero lleno de polvo. Tienes que llegar a esa carretera también.

No es una gran charla, pero es suficiente para demostrarme que tiene razón y que no puedo seguir así, deambulando como alma en pena. Desbloqueo el teléfono de mi editor y le digo que he vuelto a escribir, ante lo que se alegra enormemente. Establezco una rutina, levantándome temprano para poder teclear sin descanso. Es como si las yemas de mis dedos hubieran estado aguardando este momento con ansiedad. Las palabras me salen solas, fluye la historia, y aunque borro y reescribo, es perfecto tal y como es. De nuevo experimento ese calorcito en el pecho, esa sensación agradable de quien disfruta haciendo algo que lo llena por completo.

A la semana siguiente, organizo una cena de bienvenida en el nuevo apartamento. Mis padres y mis mejores amigos me acompañan. Yo mismo preparo todo al mínimo detalle; ni siquiera permito que me ayude mi madre. Quiero hacerlo solo, lo necesito. Como decía Beatriz, debo volver a hacer las cosas que me hacían llamarme Diego Marín. Una partida a un juego de mesa con mis padres; salir de fiesta con mis amigos y emborracharme recordando otros tiempos; asistir a eventos literarios a los que nunca han dejado de invitarme… Reencontrarme conmigo mismo, joder.

Hallo de nuevo la paz que llevo años anhelando. La calma de sentirse a gusto con uno mismo. Yo también he tenido que

perdonarme por tantas mierdas que han rebosado en mi vida. Me perdono por no saber querer a Candela como ella me pedía; me perdono por no haber estado ahí para evitar su muerte, aunque los psicólogos me dijeron que eso habría sido imposible, pues cuando un suicida determina quitarse de en medio, lo hace. Me perdono por querer mal y a destiempo a Beatriz, por no entender a mis padres cuando me exigían que estuviera al lado de mi novia… Son muchas disculpas que me convierten en una persona nueva, aunque la meditación tiene también algo que ver.

Una mañana, paseando bajo la lluvia invernal, descubrí un centro, recién abierto, donde impartían clases de yoga, meditación, taichí y todas esas disciplinas milenarias. Yo siempre me he reído de ello, pues consideraba que no eran más que palabrería (perdón por un pensamiento tan cavernícola). Por alguna razón, me sentí motivado a entrar y echar un ojo. El local olía a incienso, y una chica joven bailoteaba tras un mostrador, tarareando la música instrumental que sonaba por los altavoces. Aquel lugar invitaba a la paz.

—Buenos días, ¿puedo ayudarlo?

—Buenos días, yo… venía a preguntar por las clases.

Al percibir mis titubeos, hizo muy bien su trabajo y me habló de las excelencias de todas las actividades que realizaban. Tendrían que haberle subido el sueldo solamente por memorizar todas y cada una de ellas.

—¿Le convence? Puede venir a probar una clase sin ningún compromiso.

—Gracias… Ya veré. —Me di la vuelta con un par de folletos en la mano.

La simpática chica me habló de nuevo antes de irme:

—Disculpe, no quiero entrometerme, pero yo le aconsejaría comenzar por meditación. Permite parar, serenar la mente y atender a una cosa de cada vez. Además, el monitor la domina muy bien y a veces ayuda a gestionar el dolor, ya sea físico o emocional. —Esa última parte me dejó descolocado.

—Yo no tengo ningún dolor de ese tipo —mentí.

La chica se acercó a mí frunciendo los labios.

—No soy psicóloga, aunque estoy estudiando para serlo algún día, y por alguna razón soy receptiva a las emociones de otras personas cuando comparto espacio con ellas. No sé quién eres, pero siento que tienes un gran dolor que te bloquea. —Me puso la mano en el pecho y quise morirme de la vergüenza—. Puedes reírte si quieres de esa habilidad que dicen que tengo, aunque creo que en el fondo sabes que es cierto.

Le di las gracias y le prometí que probaría alguna clase, aunque

salí de allí más bien huyendo.

Unos días después, encontré aquellos folletos en el abrigo que llevaba esa mañana, y que no había vuelto a usar. Los había guardado como quien pretende esconder algo que le hace daño. Los analicé con detenimiento y esa misma tarde acudí al centro. La chica del mostrador me sonrió y me aseguró que no me iba a arrepentir. No salí muy conforme, pero tampoco tenía nada mejor que hacer, así que, por simple curiosidad, seguí asistiendo unas cuantas semanas más hasta que los pies me iban solos.

Un mes después, me siento más en paz, más relajado y tranquilo. Hemos comenzado con las correcciones de la novela; en unos meses volveré a publicar una historia, aunque esta vez he arriesgado y salido de lo que se llama la zona de confort. He escrito un *thriller* con toques de amor basándome en mis propias experiencias, pues mi vida, podría decirse, tuvo un halo de suspense durante mucho tiempo. Y entonces sí, entonces decido que tantearé a Beatriz. Volveré a buscarla, a saber si ella ha podido hacer lo mismo y ser de nuevo quien siempre fue. Pelearé como un animal por lo que deseo, porque ambos nos merecemos recorrer este camino juntos. Solo necesito saber si ya es hora de volver a encontrarnos.

61

El tiempo, decían, siempre pasa lento e inexorable, y más que nunca así lo sentía. Mi vuelta a la escuela no había supuesto para mí ningún cambio; yo no era muy distinta a la Bea que se había marchado meses atrás. Era como si aquel trabajo ya no me llenase lo suficiente, ¿sería eso posible? Yo, que había estudiado, trabajado fuera de España y me había involucrado hasta la médula, no comprendía por qué me seguía pasando eso.

Un día, mi compañera María, una vez que se fueron los niños, me dijo que me veía diferente, como si no fuera la profe de música que se había ido unos meses antes. Ese comentario me hizo plantearme mi futuro profesional.

Continué haciendo mi trabajo lo mejor que sabía y podía, aunque divagaba soñando con otra cosa que me hiciera feliz, ¿pero qué?

En cuanto a mi familia, las cosas fueron tomando su cauce finalmente; bueno, no del todo, para ser sincera. Mi padre seguía como siempre, al pie del cañón por mí, y mi madre alternaba momentos de lucidez, en los que me apoyaba, y otros en los que se llevaba las manos a la cabeza pensando que era una loca que se planteaba tirar por la borda una vida estable aunque infeliz. Es verdad que a las madres en especial les preocupa el futuro de sus hijos, pero suelen confundir seguridad con felicidad.

Un sábado de esos en los que nos reuníamos a comer toda la familia, volvimos a discutir.

—Y yo ya te he dicho que no estoy segura de si esto es lo que quiero seguir haciendo el resto de mi vida, ¡no es tan difícil de entender, joder! —Por suerte los niños jugaban en la habitación de soltero de mi hermano y mi cuñada no estaba allí, pues se habría puesto de su lado.

—¿Y qué quieres hacer? ¿No trabajar nunca? ¿De qué vas a vivir, por el amor de Dios?

Resoplé y acepté la derrota en aquella batalla. Mi padre me pedía con la mirada que lo dejara, que ya intentaría él apaciguar los ánimos más tarde. Me despedí de mi hermano, que también permaneció en silencio, y fui a despedirme de mis sobrinos.

—¿Qué quieres, Adri? —le pregunté al verlo en el umbral de la habitación donde jugaban sus niños.

—Si la vida que llevas no te hace feliz, cámbiala. Da igual lo que mamá diga; no importa si no te entendemos, pero no quiero volver a

verte tan abatida como este tiempo.

Me quedé estupefacta. Lo último que esperaba era el apoyo de mi hermano. Nos alejamos un poco de los niños para que no escucharan y entornamos la puerta.

—Adrián, ¿lo dices en serio?

Asintió y me besó la frente.

—Beita, eres mi hermana; sé que no puedo comparar mi vida con la tuya y que en muchas ocasiones no te comprenderé, pero verte tan triste me duele. Yo solo quiero que seas feliz, aquí o en Pekín, trabajando de profesora o tocando la bandurria —eso me hizo sonreír—, así que si tu felicidad no se encuentra en Madrid, ve a buscarla allí donde esté. Solo tenemos una vida, hermanita: vívela y olvídate del resto del mundo.

Aquello, que podría no significar demasiado para otras personas, para mí fue mucho. No siempre contaría con la comprensión de mi familia, pero por fin había llegado al punto en el que lo aceptaba. Decidiría qué quería hacer e iría a por ello. Como le había dicho a Diego, teníamos que volver a encontrarnos, a reconocernos en el espejo y ser feliz sin el otro; y de alguna manera, yo lo había conseguido. Pude volver a estar cómoda entre mi familia sin tener ganas de marcharme de allí cuanto antes; me tomé el trabajo de otra forma y no me estresaba tanto; salía con los compañeros del curro a cenar, a bailar, íbamos al cine y también disfrutaba de mi soledad improvisada. Podía decir en voz alta que había superado obstáculos que habían intentado paralizarme, pero allí estaba finalmente, con la cabeza bien alta, sonriéndole a la vida.

En cuanto a mis mejores amigas, Raquel se había instalado definitivamente con David y habían firmado un contrato indefinido en el trabajo. Se quitó el lastre de ocultar su relación por miedo a perderme, aunque todavía tenía algunos miedos a los que debía enfrentarse. Poco a poco. De la mano de David, todo sería mucho más sencillo. Yo creía firmemente que en esta vida hay una persona destinada para nosotros. A veces nos cruzamos con otras que retrasan ese encuentro, pero de las que sin duda debemos aprender una lección. Son experiencias enriquecedoras en ocasiones, y en otras son auténticas pesadillas. Lo que no dejaba de creer es que esa persona llega de una u otra forma y se suma a completar espacios vacíos, complementando y jamás restando. Esa persona que te agarra por el dedo meñique y no te suelta jamás, que te apoya sin entender tus decisiones, que te aguanta cuando ni siquiera tú misma lo haces…, y para Raquel, ese sin duda era David.

Penélope abrió en un barrio madrileño una galería donde exponía fotografías de autores independientes e incluso suyas propias. Se pensó mejor la idea de abrir un estudio y optó por inaugurar exposiciones como aquella en la que nos conocimos. Su

nueva ocupación la llenaba, la hacía feliz. No necesitaba nada más. Viajaba, conocía gente y, sobre todo, resplandecía. No volvimos a hablar del asunto de Henry; era un tema que oscurecía su mirada y la ponía triste. Admiraba a mis amigas por su coraje y la fuerza que irradiaban, pero Pe me había dejado obnubilada. Supo que él era esa persona, como David para Rach y Diego para mí, y aun así se mantuvo firme, no se dejó llevar por las emociones, y yo no pude estar más de acuerdo. Nos merecemos un amor entero, aunque no sea redondo, pero no una mitad.



Diciembre llegó y fue un mes de los más fríos que se recordaban. Llegó a nevar, y aquello no sucedía desde hacía siete años. La primera tarde que nevó, bajé a la calle, donde me reuní con mi hermano y mis sobrinos y jugamos con la nieve. Hicimos muñecos pequeños, nos tiramos bolas y dibujamos ángeles en el suelo helado. Después Adri nos invitó a un chocolate calentito en un bar, y allí fue donde volví a verlo. En la televisión estaban dando el telediario, y justo en ese instante apareció en pantalla, a lo lejos primero, después delante de los micrófonos. Se trataba de una entrega de premios. Debí de quedarme pálida, porque mi hermano se asustó y pensó que me había bajado la tensión. Yo disimulé bromeando con los niños, pero, de reojo, no quité la vista del televisor hasta que Diego desapareció de la imagen.

Durante aquellos breves días en los que nos habíamos reencontrado hablamos de todo lo que había que hablar, nos sinceramos; ambos nos abrimos en canal y sentimos, vaya si sentimos. No me arrepentía de nada de lo que había pasado, ni de lo malo siquiera. Con el tiempo transcurrido, había recuperado la perspectiva y estaba llena de certezas, las mismas que había perdido por el camino. Sabía que quería tener a Diego a mi lado, como ese faro que ilumina la playa arrojando luz sobre los rincones oscuros; no como lo único que marcara mi vida, sino conmigo, junto a mí, acompañándome en mi felicidad.

Pasé por una librería que quedaba cerca del colegio y entonces me enteré de la presentación de la última novela del gran Diego Marín. Sería allí a las siete de la tarde. Debo reconocer que me dio un vuelco el corazón al darme cuenta de lo cerca que lo tendría. ¿Era el destino, que me ponía en bandeja alcanzarlo? Esa vez no pregunté a nadie más que a mí misma qué deseaba y pronto lo

descubrí.

62

Nevaba de nuevo en Madrid. Me pareció una bonita estampa para aquella tarde en la que me reencontraría con Diego. Decidí ir únicamente a la firma, pues no quería incomodarlo en la presentación de su novela ni ponerlo nervioso. Me acerqué a la puerta de la librería y, tras inspirar con decisión, la abrí. Estaba hasta los topes. Me aproximé a la cola que evidenciaba dónde tenía lugar el evento y me escondí como pude para verlo yo primero. Estaba guapo, como siempre, con la barba más poblada, el pelo revuelto cayéndole por un lado y la mirada diferente. Los hombros estaban relajados, y sonreía a cada lector que se acercaba para que le firmara el libro y hacerse la típica foto de admirador entusiasta. Llevaba un jersey *beige* que se remangaba cada dos por tres en un gesto de nerviosismo. Avancé hacia él y, no me digáis que son imaginaciones mías, pero podía olerlo a cada paso que daba.

—Para Bea —solicité al llegar mi turno. Lo pillé distraído, hablando con un hombre que no se apartaba apenas de la mesa donde firmaba. Cuando oyó mi nombre, giró la cabeza y nos miramos a los ojos. Comprendí entonces que lo que me vibraba en el pecho cada día seguía intacto.

—¿Lo has leído?

—Cada palabra —musité.

—Entonces, habrás reconocido los escenarios y a…

—Julieta, sí… —Me incliné un poco para que nadie nos escuchara. Aproveché para disfrutar de su aroma—. Creo que me debes un porcentaje por eso.

Él asintió. Había plasmado parte de nuestra historia, de esa playa, ese pueblo, esas charlas en la terraza… solo que al final de la novela la chica se marchaba para siempre.

—¿Qué tal si empiezo por invitarte a un café?

Tragué saliva, inquieta. Asentí con la cabeza y me alejé de la fila, pues la gente se estaba impacientando. Diego me siguió con la mirada hasta que desaparecí de su campo de visión. Aguardé pacientemente a que todos consiguieran su firma. Una hora y media más tarde, el último lector se hacía la foto de rigor y se marchaba con la ilusión en los ojos, abrazado al libro.

—Hola.

—Hola —contestó con una sonrisa iluminando su mirada—. ¿Vamos por ese café?

—Sí —respondí. Me di cuenta de que seguía hormigueándome el cuerpo al tenerlo cerca. No quería mirarlo muy fijamente, pero es que allí había un Diego distinto al que, quizá, debería conocer de nuevo.

Salimos de la librería después de que se despidiera de aquel señor que no se había separado de él durante toda la firma. Era su editor, según me contó luego. Nos dirigimos a una cafetería en la que también estaban algunos de sus seguidores. Al verlo entrar, unas risitas ahogadas sonaron a nuestra espalda y él se encogió de hombros. Pedimos un par de cafés y nos sumimos en un silencio nada incómodo. Yo no podía dejar de observarlo; quería reconocer al Diego al que había dejado meses atrás, y él tampoco paraba de mirarme. Imagino que buscaba lo mismo que yo.

—Se te ve bien —rompió el hielo.

—Gracias. Tú estás diferente —dije antes de darle un sorbo al café.

—¿Diferente para mal?

Negué con la cabeza.

—Simplemente no eres el mismo, ¿puede ser?

Asintió sin dejar de mirarme. Apuramos el café hablando de cosas banales como mi trabajo, mi familia y Genaro, del que apenas sabíamos nada. Él me habló del proceso de su última novela, de lo loco que había vuelto a su editor, de su nuevo apartamento y de sus padres.

Salimos a la calle justo cuando comenzaba a nevar. Hacía un frío que pelaba, pero aun así quisimos dar un paseo. Yo me calé mi gorro de lana blanco y me puse la bufanda, protegiéndome bien la garganta, no fuera a ponerme mala, mientras él se abotonaba el abrigo hasta el cuello. Con los guantes puestos, dejé caer las manos a los costados, caminando en silencio, y Diego hizo lo mismo. Nuestros dedos se rozaron en varios momentos, aunque evitábamos cualquier roce. Como si el mismo fuego nos tocara, retirábamos la mano al instante. Los pies me llevaron por inercia hasta mi casa. Necesitábamos un espacio en el que hablar sin miradas ajenas, y aunque no fuera neutral, con el frío que hacía, me pareció la mejor opción.

63
DIEGO

El apartamento de Beatriz no es grande ni pequeño; tiene el tamaño adecuado. Ubicado en una buena zona, es uno de esos pisos antiguos cuyo suelo cruje al pisarlo. En el salón llama la atención el piano, a pesar de estar en un rincón. Bea se quita el gorro de lana, revolviéndose el pelo con la mano para colocar los mechones que se han descontrolado, y lo deja junto al abrigo en un perchero de la entrada. Me pide el mío con la mano para colgarlo allí también y se lo cedo al instante. Me froto las manos para calentarlas, pues se nota el frío.

—Voy a poner la calefacción —comenta abandonando el salón.

Yo aprovecho para examinar con más detalle la estancia. Fotografías de quienes imagino que son sus padres descansan sobre el piano, y también algunas de sus amigas. Un enorme cuadro de Madrid cuelga de la pared encima de la chimenea apagada, y un par de sofás completan el *pack,* junto a una mesa de café y otra grande con sillas del mismo color.

—Dentro de poco no hará frío —dice mientras enciende la chimenea.

—Por mí no hace falta —murmuro.

—Adoro ver la chimenea en invierno, cómo arde el fuego y los troncos se consumen en ese chisporroteo. —Finalmente prende y yo me siento hipnotizado al segundo. Beatriz se acomoda cerca de ella, en uno de los sofás, y yo tomo asiento a su lado, dejando algo de distancia entre ambos.

—¿Sabes que tú también estás distinta? —me atrevo a hablar. Ella asiente sonriendo y se gira hacia mí.

—Lo estoy. No soy la misma que viste en el hostal meses atrás. Como ya te he dicho, las cosas han ido tomando su lugar, asentándose. —La nieve de fuera se mezcla con el granizo, que repiquetea contra las ventanas. Beatriz se levanta a asegurarse de que la gran ventana del salón está cerrada y después desaparece por una de las puertas. Regresa con una botella y dos copas. Vierte vino en ambas y me ofrece una. Entrechoca su copa con la mía y bebemos de ellas aún con miedo a expresar todo lo que queremos.

—Bea…

Se levanta sin dejarme hablar y se dirige al estante contiguo al

piano, donde hay una minicadena de música. Pone una canción que, de primeras, no reconozco. Se da la vuelta y tira de mi mano para bailar.

—Antes de nada, hagamos esto —susurra en mi oído. Se reclina sobre mi pecho, agarrándome por la espalda, y yo la rodeo con los brazos. Dios, esto es estar en la puta gloria. Cuando el cantante comienza a entonar las primeras frases, la identifico. Una de tantas canciones que bailamos en la terraza de su habitación con la luna iluminándonos.

Nos mecemos abrazados sin movernos apenas del sitio. Bea alza la vista en un momento dado y nos miramos a los ojos. El corazón me va a explotar de felicidad y de nerviosismo. Me muero de ganas de besarla, aunque sé que todavía no es el momento. Cuando termina la canción, me lleva hasta el sofá y nos acomodamos, unidos por las manos. Yo acaricio el dorso de la suya y ella hace lo mismo, despertándome la piel.

—Había olvidado lo bien que me hace sentir bailar contigo —le digo. Ella se sonríe y echa la cabeza atrás sobre el respaldo—. ¿Ese colgante ya lo tenías la última vez?

Se lleva la mano a la estrella plateada que pende de su cuello y que yo no recuerdo. Asiente, pero su mirada se torna triste.

—Me lo regaló Penélope hace un tiempo, para no olvidar —me explica, dejándome sorprendido. Se yergue en el sofá y me suelta una bomba que jamás hubiera esperado—. Diego, después de que te fueras con Candela… al tiempo, descubrí que estaba embarazada.

—¿Cómo? —Retiro mi mano para llevármela al pelo, descolocándomelo, sin comprender nada.

—Solo que cuando lo supe ya era tarde. Sufrí un aborto y entonces me enteré de que estaba embarazada; antes no tenía ni idea —murmura con un dejo de pena.

—Pero…

—Imagínatelo, no solo tenía que lidiar con tu marcha, sino con un aborto repentino, y a pesar de no haberme planteado si quería ser madre, sentí que algo se resquebrajaba dentro de mí aún más. —Traga saliva. Necesita tomar aire para continuar—. Estuve sumida en un estado depresivo demasiado tiempo, y en parte se debía a haber perdido a ese bebé del que apenas tenía conocimiento. Cuando supe que había estado aquí —se señala el abdomen—, sentí como si su pérdida hubiera sido mi culpa, la nuestra, como algún castigo divino. Meses después, convertí aquel aborto en un sueño frustrado, hundiéndome todavía más. Un día, Pe vino a casa y me trajo este colgante. —Lo toca—. Me lo dio para que no olvidara nunca que había estado ahí, pero sobre todo, para hacerme creer que aquel sueño perdido podría hacerse realidad algún día.

—Dios, Bea… —La culpa que sentí por la muerte de Candela no era nada comparada con la de aquel bebé que podría haber existido. Ella me agarra por las mejillas; las lágrimas resbalan libres por las suyas.

—Si algo he aprendido en este tiempo gracias a lo que hemos vivido es que todo es posible, hasta lo imposible —me asegura, esbozando una sonrisa entre el dolor. A mí se me saltan las lágrimas también y nos sumimos en un llanto callado pero curativo. Quisiera decirle que ojalá hubiera estado a su lado en esos días, pero las cosas fueron como fueron y ya no hay vuelta atrás.

La atraigo hacia mí y la abrazo, deseando borrar esa pena que guarda en el corazón y todo el dolor que le he hecho sentir con nuestras idas y venidas. Nos conocimos siendo seres incompletos y por fin, tras casi un año de encuentros, desencuentros y distancias, volvemos a estar completos y juntos.

64

—Hola. —Diego me dio los buenos días a la mañana siguiente. Yacía sobre mi cama tras haber pasado la noche en mi casa. Acariciaba el colgante suspirando. Sabía que la noticia de la tarde anterior le había impactado y necesitaba tiempo para asimilarlo y sentirlo.

—Diego. —Me froté los ojos, aún somnolienta.

—Y ahora, ¿cuál es el plan? —preguntó acariciándome la nariz y la mejilla. Le habría detallado el plan perfecto que tenía en mi cabeza, aunque, a fin de cuentas, se resumía en estar juntos sin importar dónde o cómo.

Me senté en la cama tras darle un beso que borrara todos los anteriores de aquella vida que se nos antojaba muy lejana. Ese día sería el primero de un nuevo camino juntos.

—Vivir —respondí. Él se rio y me abrazó muy fuerte.

—Bea y sus ñoñerías —murmuró. Yo me encogí de hombros y comenzamos una batalla de cosquillas disfrutando de lo más trivial que tiene la vida: los pequeños detalles que llenan nuestro día a día.

A los pocos meses, Diego se mudó a mi apartamento con chimenea, que, por cierto, le fascinó. Yo seguía en el colegio, aunque tenía la cabeza en otras cosas. Él me animó a publicar unos poemas que llevaba años escribiendo y, aunque me sentí como una intrusa en un campo que no era el mío, finalmente lo hice. Fue en primavera. Me preparó una presentación en secreto en la galería de Pe, acompañada de diferentes ilustraciones realizadas por él mismo. Mientras elegía los poemas, escribía y reescribía algunos, se los iba enseñando y él me ayudaba. Lo que no sabía era que Diego, a escondidas, plasmaba en imágenes muchos de ellos.

El día de la presentación llegó, y mi sorpresa fue mayúscula al entrar en la galería y ver todos esos dibujos haciendo alusión a lo que yo había escrito tiempo atrás. Penélope había sido su cómplice y prepararon todo entre ambos. Rach asistió con David a la presentación para apoyarme y animarme, pues estaba hecha un manojo de nervios. Acudió más gente de la que pensaba, en especial porque el nombre de Diego Marín se asociaba con éxito instantáneamente. Vendí más ejemplares de los esperados, pero lo mejor de aquella mágica tarde fue estar rodeada de mis amigos y mi familia. Mis padres se mostraban henchidos de orgullo cuando se acercaban a preguntarles si conocían a la autora. Hacía años que no

veía en mi madre la mirada que lucía ese día: estaba orgullosa de su hija y lo mostraba con la cabeza muy alta y la sonrisa muy ancha. Mi hermano también fue; no así mi cuñada, con la que yo no conseguía cuajar tras años y años de relación, aunque no me afectaba demasiado. También fueron los padres de Diego, a los que conocí aquel mismo día. Su madre era una mujer fuerte a la que admiraba muchísimo. Tuve pánico al principio, pues sabía cómo se había consagrado a Candela y temía no ser lo que ella esperaba para su hijo. Por suerte, mis miedos no se materializaron y desde aquel día conté con un apoyo más en mi vida.

—Creo que voy a pedirme la excedencia —le dije a Diego una mañana, tumbada sobre la cama.

—¿Sí?

Asentí con la cabeza. El trabajo en el colegio ya no me hacía completamente feliz y, para mi sorpresa, el poemario iba ya por la tercera edición. Me apetecía dedicarme a tiempo completo a la literatura, a expresarme, desnudarme y exponerme ante los lectores.

—También he pensado que nos vayamos de aquí.

—¿No quieres vivir en Madrid? —me preguntó cogiéndome de la mano. Entrelazamos los dedos y yo negué con la cabeza, sintiendo un hormigueo en el brazo. Así era siempre que él me tocaba.

—No es que no me guste mi ciudad. Aquí nací y crecí, y no encontrarás a nadie más madrileña que yo, pero me apetece estar en otro sitio en este momento. Tú tampoco tienes problema para desplazarte por tu trabajo, así que, ¿por qué no?

—Dicen que París es la ciudad que más hace brillar, aunque no estoy de acuerdo —murmuró. Llevaba unos meses viviendo en Madrid y ya se había enamorado por completo de ella—. Me gusta vivir aquí, pero quien hace que brille no es un lugar, sino tú.

Pestañeé, tratando de no llorar. Con Diego todo era así: podíamos estar hablando de que había subido el precio de la luz y de golpe me soltaba alguna frase ñoña que a mí me encandilaba. Manejaba bien la palabra, el muy *jodío*. Se puso de lado con el pecho al descubierto y yo me distraje un segundo ante la visión.

—Siempre he pensado que no se puede querer más a alguien que no lleva tu misma sangre, que es un imposible, pero llegaste tú y ocurrió. —Le sonreí en la semioscuridad de nuestra habitación antes de besarnos con los ojos cerrados. Hicimos el amor lento, sintiendo la unión cósmica del cuerpo con el alma.

Más tarde, Diego, apoyado en la ventana del salón fumando un cigarro, cubierto solamente con el pantalón del pijama, supuso inspiración suficiente para que abriera el cuaderno que me había regalado, con un unicornio en su portada, donde apuntaba las ideas

que cruzaban mi mente y que iba hilando poco a poco hasta formar poemas o frases que me encendían por dentro.

—¿Y entonces cuál es tu idea? —me preguntó sentándose a mi lado en el sofá. Yo cerré la libreta y me tumbé sobre su pecho desnudo, oliéndolo, respirándolo.

—Irnos al hostal.

Él frunció el ceño.

—¿Quieres vivir allí? —formuló indeciso.

—¿Por qué no? A pesar de todo lo que pasó, es uno de mis lugares favoritos, y además está Genaro —musité. Se quedó pensativo un rato y luego se incorporó en el sofá, irguiéndome a mí también.

—Creo que es una idea fantástica. —Se lanzó a mis labios en un beso de película. Un consejo: no lo hagáis, no es nada cómodo doblar el cuello hacia atrás, aunque en pantalla resulte de lo más bonito.

Comencé los trámites para gestionar mi excedencia mientras Diego escribía un nuevo manuscrito. A Genaro no quisimos decirle nada, preferíamos que fuese una sorpresa. Los meses pasaron más rápido de lo que esperábamos, y cuando llegaron mis vacaciones, me despedí de mis compañeros, a los que echaría muchísimo de menos. Algunos entendieron mi decisión, pero otros pensaron que se trataba de una irresponsabilidad por mi parte o una chiquillada. No me importó; había llegado a un estado en el que, me dijera lo que me dijera cierta gente, no me afectaba en absoluto.

Arrastramos las maletas por al apartamento y, antes de salir, eché un último vistazo a lo que quedaba allí. No significaba que no fuera a volver, pero en el fondo sentía nostalgia al dejar allí recuerdos y vivencias que habían nutrido mi alma.

—¿Todo bien? —Diego me limpió una lágrima furtiva.

Yo asentí, cerré los ojos un segundo y cerré la puerta con llave, diciéndole adiós no solamente a lo bueno, sino a todo lo malo. Las frustraciones por no entenderme con mi familia, el agobio por el exceso de trabajo, mi regreso tras haber conocido a Diego y haberlo perdido al mismo tiempo, la estrella que nos acompañaría siempre, el dolor, la pena, las lágrimas… Todo se quedaba en aquel lugar cerrado a cal y canto. Sin embargo, no era un adiós definitivo, simplemente se trataba de un hasta pronto.

EPÍLOGO

Caminaba descalza por la arena con el vestido cosquilleándome los tobillos. En uno de ellos llevaba una pulsera con cascabeles que ponían nervioso a Diego, y cada noche trataba de quitármela. El vestido era sencillo, blanco, de tirantes, al estilo ibicenco; lo elegí días antes al pasear por el mercadillo del pueblo. Las flores del pelo fueron idea de Genaro, que me decía que un simple vestido blanco no era plan. Cedí porque ese hombre nos había dado tanto que no se merecía menos. De hecho creo que hicimos aquello más por él que por nosotros mismos; no necesitábamos nada de esa parafernalia. Nos queríamos, estábamos juntos y lo demás carecía de sentido.

Un año antes habíamos vuelto a ese pueblecito con un par de maletas llenas de sueños. El dueño del hostal, al vernos, no podía creérselo. Cuando le dijimos que íbamos para quedarnos de forma indefinida, rompió a llorar. Yo me asusté mucho pensando que podía darle un infarto y me lancé a abrazarlo. Diego hizo lo mismo. Después, nos instalamos en mi habitación de forma provisional. Con el tiempo, Genaro quiso hacer reformas para que el hostal se convirtiera un poco más en nuestro hogar, aunque realmente ese hogar estaba en el cuerpo del otro.

Los obreros fueron rápidos y tiraron la pared que separaba el antiguo dormitorio de Diego del mío; así creamos nuestro propio espacio personal. Era amplio, y aparte de la cama y las mesitas, pudimos poner un sofá, un televisor y algunos cuadros. La terraza se ensanchó y ya no eran dos, sino una, como nosotros. Era lo más parecido a una casa que teníamos en ese momento. No necesitábamos nada más.

El hostal se fue llenado cada día. Que el escritor Diego Marín residiera en aquel lugar supuso un notición, y muchos iban más a verlo a él que a otra cosa. Terminó el nuevo manuscrito, se lo envió a su editor, y estaba a la espera de la publicación en un par de meses. Diego tendría que irse de gira a promocionar la novela y yo me quedaría allí con Genaro, ocupándome del hostal. Por eso se empeñó en que teníamos que darnos prisa para celebrar aquella improvisada boda. Yo no podía negarme a nada que ese viejecito adorable me pidiera, y Diego cedió simplemente por verme feliz.

El nieto de Genaro se encargó de la música y convenció a unos amigos suyos para tocar en la playa y en la posterior celebración en el hostal. Se aprendieron algunas de las canciones que formaban la

banda sonora de nuestra vida en común y comenzaron a tocar mientras yo me dirigía a Diego. La primera canción me puso un nudo en la garganta, pues hablaba de que era la persona adecuada, que era perfecta aun con sus defectos. Y es que parecía estar escrita para nosotros. Nosotros, que dimos muchos pasos atrás, que nos equivocamos en otras pieles, que nos fuimos para volver, pero a pesar de llevar nuestras propias cargas, todo se había equilibrado.

No invitamos a nuestras familias; ya lidiaríamos con las reprimendas que nos caerían, por descontado. Mis amigas se enteraron por Genaro y llegaron a tiempo. Sus miradas reprobatorias ni siquiera me molestaron cuando las vi llegar el día anterior, arrastrando las maletas muy enfadadas. No queríamos imprimirle ese carácter tan formal; después de todo, lo hacíamos más por darle una alegría al dueño del hostal que porque nosotros mismos deseáramos hacerlo.

Recorrí el camino de flores que Rach y Pe colocaron a modo de sendero, y que me llevaba hasta donde estaba Diego, y les tendí el ramo de flores que la señora Antonia se había encargado de elaborar (aparte de la tarta nupcial, que ya sabíamos que iba a estar de muerte, como todo lo que cocinaba aquella mujer). El novio vestía un pantalón blanco a juego con la camisa, aunque yo habría preferido que fuera sin ella, sobre todo para lucir el tatuaje que nos habíamos hecho al poco de llegar allí. Los dos llevábamos el mismo: él a un lado de la espalda y yo, en el contrario. *«Amor omnia vincit»*, o lo que es lo mismo: «El amor lo puede todo». Una frase muy ñoña, lo reconozco, pero que en nuestro caso era completamente cierta.

Uní mis manos a las de Diego, que las besó y me guiñó un ojo; solía hacerlo a menudo, pero a mí todavía me trastornaba (en el buen sentido). Penélope fue la encargada de hacer las fotografías. Siempre recordaríamos las miles de instantáneas que tomó en la playa y en la fiesta posterior, algunas más alocadas que otras, gracias al álbum de recuerdos que teníamos en un cajón de nuestra habitación y que, de vez en cuando, Diego abría sonriendo para recordar aquel día. A veces se acercaba a mí por la espalda y me enseñaba el álbum, haciéndome sonreír. La última vez que lo hizo me dio un susto de muerte. Estaba pintando una de las paredes de aquel rinconcito nuestro y me abrazó, posando una mano sobre la tripa donde nuestra segunda estrellita se cocía a fuego lento. Nos reímos al recordar algunos momentos de la fiesta y le pasé el pincel por la cara, a lo que él respondió con un beso y yo, con más pintura, poniéndolo perdido. Nos enzarzamos en una batalla de pintura y besos que acabó con los dos tirados en el suelo riendo a carcajadas.

Aquella soleada mañana en la playa, yo había mirado a mis

amigas, a Genaro y a los vecinos que quisieron acompañarnos, y después a él. Vi en sus ojos todo lo que nos había tocado vivir: cómo nos enamoramos a destiempo, cómo nos quisimos sin querer, cómo lloramos y sufrimos, cómo nos separamos para poder volver a ser quienes éramos, y el reencuentro, tan esperado y soñado.

Recordaba al alcalde casándonos, a mis amigas lloriqueando, los ojos de Genaro brillantes por la emoción, las miradas de las vecinas, las canciones que sonaron en aquella pequeña ceremonia. Momentos con auténtico significado: el de las raíces que comenzamos a echar, la vida que empezaba a andar… Felicidad.

—«No fuiste antes, ni después… fuiste a tiempo. A tiempo de que me enamorara de ti». —Diego me recitó aquella frase de *Orgullo y prejuicio* al oído. Lo miré y supe que era verdad.



Agradecimientos

Esta parte, la de dar gracias a las personas que han hecho posible una nueva novela, es la que me resulta más complicada siempre. No me gustaría dejarme a nadie, pero siento que las palabras no alcanzan para agradecer tanto.

Comenzaré por el lugar que me inspiró a crear esta historia. Surgió en un viaje con una amiga hace dos años. Aquellas aguas azuladas, casi cristalinas; las casas blancas; el cielo, del mismo color que el inmenso mar… Pensé que ese sería un lugar bonito para enamorarse, para oler la piel salada del otro, mirarse, bailar y comunicarse con el cuerpo. Nunca imaginé que de aquella tarde en la playa saldría una historia como esta.

A mi familia. GRACIAS por el amor, los besos, los abrazos, las miradas, las discusiones que nos enseñan y, aunque escuezan, nos ayudan a unirnos aún más. GRACIAS por enseñarme que el amor no siempre es lo que nos cuentan, que en ocasiones hay que decirse las verdades —por mucho que nos duelan— porque nos curan, y por hacerme comprender que lo que de veras importa es querer bien. Mamá, a la que acudo en primer lugar, con quien siento que estoy a salvo, resguardada en sus brazos. Papá, al que le debo ser quien soy. Recuerda que siempre queda el amor, de eso jamás podremos olvidarnos. A mis hermanas, que me han hecho el mejor regalo: mis cuatro sobrinas del alma, el faro de mi vida.

A mis compañeras de letras, en especial a Ana Draghia, que no dudó en ningún momento en leer el manuscrito y me ayudó en el camino de Diego y Beatriz. Mucho de lo que son es gracias a ti.

A mis amigos, que entienden que a veces los sacrificios por escribir son necesarios.

A Víctor, el amor de mi vida, al que conocí hace unos años sin esperarlo. El que me enseñó lo que era realmente el amor y lo eleva a la máxima potencia cada día. Por no soltarme la mano nunca, por no rendirse, por los ratos en el sofá viendo películas frikis, por ayudarme cuando el agobio me hace explotar, por la calma que mantiene y la paz que me aporta. Por comprenderme incluso cuando yo misma no me entiendo. Por ser mi polo opuesto, dándole sentido a esta vida que compartimos, a esta familia que somos Él y

Yo. Por devolverme mi propio reflejo. GRACIAS por ayudarme a saber qué es el amor, sentirlo, tocarlo. Te quiero.

Y, por supuesto, a ti, lector, que me has confiado lo más preciado que tienes: tu tiempo. Espero haberte hecho sentir, soltar alguna carcajada y algún que otro suspiro. A mis chicas Butler, porque dais sentido a cada palabra que escribo. Sin vosotras, Scarlett no existiría. Gracias a vosotras, mis sueños se cumplen. GRACIAS.

— ÍNDICE —